

237

# Horizontes que se cruzan: *El Cerro de las Campanas y la Historia de la Guerra de Méjico*

Alfredo Moreno Flores



SERIE ESTUDIOS  
BIBLIOTECA DE  
CIENCIAS SOCIALES  
Y HUMANIDADES

UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA  
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo

**AM**  
Azcapotzalco



**Alfredo Moreno Flores.** Es Licenciado en Sociología, especialista en Literatura Mexicana del siglo XX y Maestro en Historiografía de México por la UAM-Azcapotzalco.

Actualmente cursa el doctorado en Historiografía y es profesor asociado en el Departamento de Humanidades; imparte las siguientes asignaturas: México: Economía, Política y Sociedad; Metodología de la Lectura a través de textos selectos de la Literatura Mexicana del siglo XX y Comunicación. Sus líneas de investigación están centradas en la historiografía cultural y especialmente en las representaciones y potencialidades históricas e historiográficas del discurso literario, particularmente la novela histórica. Ha publicado en revistas especializadas como: *Tema y Variaciones de Literatura*, *Fuentes Humanísticas*, y *Tiempo y Escritura*.





**Horizontes que se cruzan:**  
*El Cerro de las Campanas y*  
*la Historia de la Guerra de Méjico*



**COLECCIÓN HUMANIDADES**

SERIE ESTUDIOS

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES





**Horizontes que se cruzan:  
*El Cerro de las Campanas y  
la Historia de la Guerra de Méjico***

 **AZCAPOTZALCO**  
COSEI BIBLIOTECA

Alfredo|Moreno Flores

2896079

UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA  
METROPOLITANA  
  
Círculo de Estudios de Historia  
**Azcapotzalco**

**Universidad Autónoma Metropolitana**

*Rector General*

Dr. Enrique Fernández Fassnacht

*Secretaría General*

Mtra. Iris Santacruz Fabila

**Unidad Azcapotzalco**

*Rectora*

Mtra. Paloma Ibáñez Villalobos

*Secretario*

Ing. Darío Guaycochea Guglielmi

**División de Ciencias Sociales y Humanidades**

*Director*

Dr. Alfredo Sánchez Daza

*Secretario Académico*

Mtro. Cristian Leriche Guzmán

*Jefe del Departamento de Humanidades*

Dr. José Ronzón León

*Coordinador de Difusión y Publicaciones*

Lic. Santiago Ávila Sandoval

Primera edición, 2010

Los derechos de reproducción de esta obra pertenecen al autor

© **Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco**

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Coordinación de Difusión y Publicaciones

Av. San Pablo 180, Edif. E, Salón 004,

Col. Reynosa Tamaulipas, Deleg. Azcapotzalco

C.P. 02200, México, D.F. Tel. 5318-9109

[www.cshenlinea.azc.uam.mx/04\\_pub/04\\_publ.html](http://www.cshenlinea.azc.uam.mx/04_pub/04_publ.html)

ISBN de la Colección Humanidades: **978-607-447-114-5**

ISBN de la obra: **978-607-477-375-0**

Se prohíbe la reproducción por cualquier medio  
sin el consentimiento de los titulares de los derechos de la obra

Impreso en México / Printed in Mexico

## ÍNDICE

Preliminar	13
Introducción	17
Capítulo UNO. <i>El Cerro de las Campanas</i> : la novela histórica y la causa liberal	35
Capítulo DOS. <i>Historia de la Guerra de Méjico</i> : la necesidad de la historia contemporánea	105
Capítulo TRES. Los grandes personajes de la novela y de la historia: Juárez y Maximiliano	177
Conclusiones	235
Bibliografía	245



## DEDICATORIA

Al que me dejó por herencia el amor a los libros y una vida honesta... también, a la que tuvo la paciencia de respetar mis aspiraciones y sueños sin someter mi espíritu.

## AGRADECIMIENTOS

A todos mis maestros y colegas de la UAM-Azcapotzalco y del Posgrado en Historiografía por sus comentarios, paciencia y apoyo. Especialmente, agradezco la guía de la Doctora Leticia Algaba y la lectura crítica del Doctor José Ronzón y el Doctor Alejandro Gonzales Acosta. Así como a todos los lectores, y correctores de estilo, que el presente trabajo ha tenido en su trayecto.



## PRELIMINAR

El texto que tiene el lector en sus manos, tuvo como origen la tesis de Maestría (de la Maestría en Historiografía de México) que se presentó, en el examen de grado correspondiente, en septiembre de 2008, dentro de las instalaciones de la Universidad Autónoma Metropolitana de la Unidad Azcapotzalco. Hay que mencionar, que la investigación estuvo sustentada económicamente por una beca de CONACYT.

En relación a las diferencias que tiene esta versión con la tesis mencionada, lo primero es indicar que los cambios son más de forma que de fondo. En general, el estilo discursivo se modificó buscando uno más adecuado y fluido para la lectura del no especialista, con la intención de ofrecer un texto que amplíe su expectativa de lectura, sin por ello dejar de apegarse al rigor metodológico. Para lo señalado se redujo el aparato crítico al mínimo, se incluyeron algunos subtítulos que no aparecen en la primera versión, algunas notas a pie (muy pocas por cierto) desaparecen y, en contados casos, comentarios que sostenían de manera tangencial algún punto de vista se enviaron a pie de página. Lo anterior debido a que en este texto se refieren una gran cantidad de obras literarias e históricas, así como algunas propuestas teóricas derivadas de la teoría literaria, histórica e historiográfica, especialmente en su parte introductoria, que podrían ser causa de confusión

por parte del lector común. Sin dejar de señalar que cada autor citado es reconocido en el aparato crítico y en la bibliografía general.

Dejando de lado la aclaración previamente mencionada, resta señalar que la propuesta de analizar de manera comparada obras de distintos géneros discursivos como es el caso de una novela histórica y un texto histórico, cuyo eje narrativo se basa en un mismo suceso: la Intervención Francesa y el Segundo Imperio en México, parece, sobre todo para el lector común, algo cercano a la petulancia intelectual o a la impronta –para algunos especialistas– negativa que hoy parecen ensombrecer los estudios culturales en los que todo cabe; específicamente en este caso porque la novela pretende ser verosímil y el texto histórico, veraz.

Sin embargo, diferentes propuestas teóricas contemporáneas nos permiten reconocer que, en casos y periodos históricos específicos, la escritura literaria y la histórica no estaban tan alejadas como hoy; las diferencias disciplinares en esos años de 1867 en México y España –considerando que los principales textos analizados y que sustentan el título de este trabajo son obra de un mexicano y de un español– no eran tajantes, la Literatura, con mayúscula, era un amplio paraguas que cobijaba a muchas otras disciplinas que hoy mantienen un canon diferenciado. La historia con pretensiones y metodología positivista estaba en pleno auge, pero competía con otros modelos aún en boga: la concepción providencialista y romántica de la historia. Ésta daba una versión apasionada y viva de los sucesos históricos y narraba de forma muy cercana a la que presentaban los escritores de novelas históricas.

Aquellos literatos decimonónicos, hoy diríamos intelectuales, escribían en diferentes géneros sin apuro: novelas, obras de teatro, poesías, himnos, loas, discursos conmemorativos y textos históricos; en un momento de conflictos políticos e ideológicos que los llevaba a defender sus ideales por



medio de la pluma, y, en algunos casos, por medio de la espada. Hombres multifacéticos que estaban luchando por ideales que pretendían mayores derechos civiles, y coadyuvando a la construcción de imaginarios sociales que, para el caso de México, aún subsisten y que forman parte de nuestra memoria nacional. Entonces, con el ánimo de proponer formas novedosas de problematizar el pasado y con una intención trans y multidisciplinar se desarrolló este análisis.



### EL SUCESO HISTÓRICO

La Intervención Francesa y el Segundo Imperio han sido objeto de estudio de varias disciplinas, especialmente desde una perspectiva histórica e historiográfica y en la creación literaria, durante el último tercio del siglo XIX, en el XX y, particularmente, en las cuatro últimas décadas. En la historia oficial mexicana, el periodo de 1862 a 1867 se ha presentado como una “aventura”, en la que ha destacado la visión de los liberales, los vencedores, los patriotas, y se ha eludido la de los conservadores, los derrotados, los traidores. En la historia áurea el objetivo ha sido relegar al sótano de la memoria nacional algunos hechos y personajes que participaron en la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Esta guerra, sobre la cual se logró la victoria de una forma de gobierno, fue el suceso final de un proceso histórico que para esa generación de mexicanos, era la revelación manifiesta de un devenir que apuntaba hacia el progreso. Para los liberales el modelo idóneo de gobierno era la república y para los conservadores, la monarquía.

Tal maniqueísmo se ha dejado atrás; hoy sabemos que los “traidores” tenían como meta una perspectiva que había tomado forma a lo largo de medio siglo de intentonas militares, de luchas de facción, de privilegios corporativos, de guerra civil en dos palabras, y que para los dos grupos antagónicos, liberales y conservadores, la nación, como ente tangible, aún estaba lejana del triunfo de las fuerzas republicanas. No obs-

tante, si no había una nación, se podía imaginarla e inventarla, de ahí que, particularmente a partir de 1867, los intelectuales comenzaron a abordar en diferentes géneros literarios el devenir histórico, desde el pasado más remoto hasta los últimos sucesos, con el fin de construir y, sobre todo, imaginar a México como una sola nación.

#### LA CERCANÍA DE LOS GÉNEROS: EL DISCURSO HISTÓRICO, EL DISCURSO LITERARIO Y LAS POSIBILIDADES HISTORIOGRÁFICAS

Centrándonos primero en lo literario, recordemos que para el caso de la literatura, se ha intentado regular su campo en el tiempo por medio de las poéticas, a través de las categorías genéricas que éstas postulan, por medio de criterios dispares o heterogéneos y que a lo largo de la historia han tenido cambios. Por ejemplo, la postura clásica sostenía un valor preceptivo, además de clasificatorio. Sin embargo, el carácter intemporal de los géneros se modifica con algunos de los postulados del Romanticismo, el cual considera que el género literario “se concibe como un fenómeno histórico y cultural y por tanto relativo y cambiante”.<sup>1</sup> Además, y retomando las posibilidades que hoy ofrece la historiografía crítica, nos proponemos abordar formas novedosas de problematizar el pasado, por medio del análisis de una novela histórica, subrayando su valor testimonial de una época específica, así como la potencialidad que tiene para mostrar el horizonte enunciativo de su autor. Es decir, se trata de ver su “potencial significativo y la historicidad de los procesos de construcción del conocimiento histórico”.<sup>2</sup>

Es necesario, y antes de enunciar el marco teórico de este análisis, señalar que el discurso histórico en 1867 estaba muy

<sup>1</sup> Celia Fernández Prieto, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, 1988, pp. 15-16.

<sup>2</sup> Véase Silvia Pappe, *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*, 2001, p. 13.

cerca aún del discurso literario. Sólo hay que recordar lo asentado por Luis de la Rosa en 1844 cuando éste consideraba a la historia como parte de la literatura. La historia, en ese período, no tenía un estatuto disciplinario definido, por lo que se le consideraba parte de las “artes liberales”. Esta *herencia* literaria, por llamarla de algún modo, acercaba el estilo del discurso histórico con el literario. Al mismo tiempo que el estilo romántico se hacía presente en la literatura, de igual manera se apreciaba en la escritura de la historia, como señalaba de la Rosa, se debería de narrar apegándose a los hechos, pero no por ello se dejaría de lado “ese tinte de verdad, ese colorido de vida, ese tono dramático”,<sup>3</sup> necesario para resaltar el interés del lector.

#### EL OBJETIVO PRIMORDIAL, LOS TEXTOS CENTRALES Y LOS HORIZONTES

Después de la anterior explicación, conviene enunciar el objetivo principal de este trabajo: comprobar si se puede acceder al horizonte enunciativo desde las visiones de dos autores contemporáneos, que escriben sobre un mismo suceso histórico. Uno español, Pedro Pruneda, que escribió un texto histórico: *Historia de la Guerra de Méjico*,<sup>4</sup> publicado en Madrid, a finales de 1867, y un mexicano, Juan Antonio Mateos

<sup>3</sup> Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura”, en *La misión del escritor*, 1996, p. 98.

<sup>4</sup> Debido a su gran extensión sólo nos referimos al título, sin subtítulos, tanto del texto de Pruneda como de la novela de Mateos. Sin embargo y para conocimiento del lector se enuncian a continuación. El título completo de la novela de Mateos es el siguiente: *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero, Novela Histórica*. En el caso del texto de Pruneda el amplísimo título es: *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 hasta 1867, con todos los documentos justificativos, precedida de una Introducción que comprende la descripción topográfica del territorio, la reseña de los acontecimientos ocurridos desde que Méjico se constituyó en república federativa en 1823, hasta la guerra entre Miramón y Juárez, y acompañada de 25 a 30 láminas litografiadas, representando retratos de los principales personajes y vistas de las ciudades más importantes*.

que escribió una novela histórica: *El Cerro de las Campanas*, publicada por entregas los primeros días de enero de 1868, en México. El eje central de la investigación es el análisis de la especificidad de los textos en el momento de la producción, el horizonte enunciativo, en España y en México, considerando que Pruneda y Mateos se acercaban ideológicamente, pero se diferenciaban por su nacionalidad; no obstante, la esencia del liberalismo es el elemento que los aproxima. Aunque habría que aclarar que para el caso español y mexicano hubo liberales que preferían el modelo monárquico. Por ejemplo, algunos miembros del primer gabinete que formó Maximiliano, como Manuel Larraínzar, y para el caso español, el general Juan Prim que apoyó a Amadeo I, a la caída del trono español de Isabel II.

Para profundizar en ese elemento de cercanía entre los dos autores, hemos tomado el concepto derivado de propuestas analíticas presentes en la filosofía, concretamente la de Hans Georg Gadamer, que propone una lectura y concepción de *horizonte* al cual se accede por medio del círculo hermenéutico. Antes de explicar lo concerniente al horizonte, conviene abordar algunos puntos relativos al círculo hermenéutico, aunque de manera breve se puede señalar que no sólo es el punto hasta donde podemos alcanzar a “ver” (comprender), también se relaciona con las limitaciones que nuestra visión puede presentar (interpretar) y que es resultado de nuestra situación histórica y social.

Gadamer señala que hoy se ha podido dejar de lado, metodológicamente, la separación sujeto-objeto y se considera a la “cosa” por analizar como parte de un todo, consideración necesaria para acceder a la hermenéutica -*interpretación-comprensión*- de los sucesos históricos y sus productos.<sup>5</sup> El texto no se puede entender sin el autor ni sus ideas, no debe de ser

---

<sup>5</sup> Hans Georg Gadamer, “El círculo hermenéutico y el problema de los prejuicios”, en *Verdad y método*, 1987, volumen II, p. 342.

analizado con ideas preconcebidas -prejuicios- que lo limiten. Antes de ser leído es necesario considerar al texto como un interlocutor válido, en palabras de Gadamer: “el que quiere comprender un texto tiene que estar en principio dispuesto a dejarse decir algo por él”.<sup>6</sup> De ahí que sea posible alcanzar una relativa comprensión válida del pasado, orientada a “ver el pasado en su propio ser”, y no imponer nuestros patrones y prejuicios contemporáneos; se trata de verlo “desde su propio horizonte histórico”.<sup>7</sup>

Lo anterior sólo es posible si se hace a un lado la idea que critica la tradición a la cual pertenece el autor y, por ende, a sus prejuicios; más bien, señala Gadamer, dichos elementos pueden coadyuvar a la comprensión hermenéutica, cuando esos prejuicios se unen a los del propio investigador en el presente, y posibilitan el círculo hermenéutico, un círculo no estático, sino en continuo movimiento, en el cual se funden los distintos horizontes: el del texto, el del autor y el del lector. Además, el *círculo* gadameriano permite, también, apreciar los prejuicios y la tradición del autor, la cual no es ajena a la tradición, en este caso, del que investiga.

Es decir, el círculo, o mejor dicho, los círculos concéntricos que propone Gadamer, no se cierran o terminan nunca, son como una espiral en constante cambio. Pero, hay que señalarlo, esta perspectiva no entiende al círculo hermenéutico como patrón metodológico, sino como herramienta que ontológicamente aspira a la comprensión.

A partir de lo anterior, es necesario aclarar lo que es la tradición en la perspectiva de Gadamer. La tradición está presente en el texto, en su autor, y se cruza con la del lector/investigador, la cual no se puede hacer a un lado, porque todos vivimos en un mundo histórico dado y bajo circunstancias que no podemos controlar, de ahí derivan los prejuicios, los cuales,

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 335.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 331-360.

más que los juicios de un individuo, constituyen “la realidad histórica de su ser”.<sup>8</sup> Asimismo, la tradición mantiene validez hermenéutica si se considera que deviene en autoridad, no en una otorgada por la imposición, sino una adquirida por medio del conocimiento emanado de ella y que le es otorgada, a lo largo del tiempo, por el grupo cultural al que pertenece. Esta idea, por ejemplo, está presente en el pensamiento romántico, el cual la reivindicaba frente a las ideas ilustradas y la proponía como la base en que descansaba todo conocimiento.

Sin embargo, actualmente esta oposición no se sostiene, ya que no se debe considerar a la razón y a la tradición conceptos antitéticos, sino, según Gadamer, una relación conceptual de la cual se vale la interpretación hermenéutica. Lo que en realidad posibilita esta comprensión-interpretación es que el propio investigador distinga los prejuicios del autor del texto y los suyos propios, sin dejarlos de lado o controlarlos, sino, más bien, contenerlos a través de la continua autorreflexión, para intentar alcanzar “el punto medio entre la objetividad histórica y la pertenencia a una tradición”,<sup>9</sup> mediante la distinción de los prejuicios “verdaderos” que permiten la comprensión hermenéutica.

La distinción de esos prejuicios se logra por medio de la distancia histórica del que busca comprender, reconociendo su propia imposibilidad de “hacer caso omiso de sí mismo” y así poder identificar “lo diferente de lo propio”.<sup>10</sup> Entonces, el que investiga puede acceder al *horizonte* que plantea Gadamer, uno que considera siempre su propia conciencia histórica, su tradición y sus prejuicios, que le posibilitan comprender la alteridad del otro; se trata de un ejercicio de desplazamiento que posibilita “una fusión de horizontes” y permite una perspectiva más amplia que aspira a la comprensión hermenéutica.<sup>11</sup>

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 344.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 365.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 369-370.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 377.



Entonces, y a través del estudio de este análisis, de la lectura de *El Cerro de las Campanas* y la *Historia de la Guerra de Méjico*, se pueden entender los prejuicios y la tradición presente en los textos y sus autores; también, conocer y exponer el sentido y las intenciones que tanto Pedro Pruneda como Juan Antonio Mateos esgrimieron para dar a sus respectivos lectores dos narraciones, que si bien, expresadas en géneros discursivos diferentes, mantienen una visión cercana en la selección de fuentes para la elaboración de sus respectivas obras narrativas, en su propia ideología y que permite mostrar ese *horizonte enunciativo*, en el que, pese a la distancia geográfica, persiste la intención de narrar un suceso recién ocurrido, de otorgarle la calidad de histórico, y presentar su desenlace como el único posible, derivado de las propias concepciones sobre el devenir de los autores.

#### HORIZONTES COMPARTIDOS: LA NOVELA HISTÓRICA Y EL TEXTO HISTÓRICO

A la perspectiva hermenéutica de Gadamer que nos permite identificar los elementos inherentes al horizonte enunciativo del autor, agregamos un estudio comparativo entre la novela histórica de Mateos y el texto histórico de Pruneda. Para ello, y con base en la perspectiva que hoy nos permite la teoría historiográfica, explicamos por qué una novela histórica y un texto histórico que narran los mismos sucesos, se acercan en las visiones de sus autores y no sólo en la temática o la postura ideológica de los mismos, así como por la herencia que ambos géneros discursivos comparten, ya que se mantenían dentro de un mismo cuerpo disciplinar; además de que en los dos estilos discursivos hay trazos románticos que se notan claramente de la lectura de la novela de Mateos y de la historia de Pruneda.

*El Cerro de las Campanas* se puede considerar una novela que, como todas, pretende crear la ilusión de autenticidad y veracidad sobre los acontecimientos que narra y que esconde “el hiato” entre historia y literatura.<sup>12</sup> Según la perspectiva de Celia Fernández, el género novela histórica, específicamente la de tipo romántica, surgió de forma paralela al pensamiento romántico, y al igual que otros géneros, no debe ser considerado como ruptura o simple antecedente; se le debe entender como “una actualización más en esa larga tradición de intercambios” entre la narración histórica y la literaria.<sup>13</sup>

En la novela histórica europea se perciben diferentes modelos, como el del romance antiguo, sobre todo de las novelas de caballerías, para la composición de la trama y el suspenso; o la novela gótica, de la que toma los escenarios lóbregos y ocultos. Asimismo, la novela histórica como género se desarrolló al margen de las poéticas y las retóricas; su modelo “formal” y “pragmático” proviene del relato histórico, ya que su evolución a lo largo de la historia ha sido “inseparable de la concepción y de los caracteres del discurso historiográfico”.<sup>14</sup> Sin embargo, tan importante es señalar lo que acerca a la novela histórica (como discurso literario) con el discurso histórico, como examinar lo que la hace diferente. En la novela histórica se establece un pacto con el lector, el cual favorece el afán de verosimilitud, algo que no suele proponer el historiador, más bien sometido “a la verificación, al contraste, a la refutación”<sup>15</sup> que conlleva un texto histórico. El relato literario, no busca “lo real sino lo posible”.<sup>16</sup> Además, por parte del historiador existe el compromiso ante sus lectores y

---

<sup>12</sup> Kurt Spang, “Apuntes para una definición de la novela histórica”, en *La novela histórica. Teoría y comentarios*, 1998, pp. 51-88.

<sup>13</sup> Celia Fernández Prieto, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, 1998, pp. 74-75.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 35-36.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>16</sup> *Idem.*, p. 39.

ante sus pares, compromiso y verificación respecto de los sucesos históricos que no afectan al discurso literario y, por ende, a la novela histórica.<sup>17</sup>

El historiador del siglo XIX, específicamente el de 1867 que es el año de publicación del texto que nos ocupa, no podía incorporar nada que no sean fuentes consideradas historiográficas por el canon decimonónico; debía mostrar su talento organizativo en la selección de los materiales para construir una narración. El novelista también elegía diversas versiones históricas para crear el mundo narrado, pero podía omitir o resaltar elementos no comprobables, desde el punto de vista histórico.

Entonces, la novela histórica no siempre ha respetado a pie juntillas los hechos históricos que narra; y aunque necesita una base histórica documental, mantiene diferentes grados de compromiso o de apego al suceso, sin que ello sea algún defecto o problema. Es decir, y según el punto de vista de Alejandro González Acosta, particularmente en Latinoamérica, los escritores de novela en el siglo XIX se decantaron por dos modelos: el primero más apegado al modelo de Walter Scott y que privilegiaba lo literario sobre lo histórico y el segundo derivado del que Alfred de Vigny sostuvo en *Cinq Mars*, el cual daba preeminencia a lo histórico y que tenía una finalidad primordialmente testimonial.<sup>18</sup>

Ahora es preciso citar la definición de novela histórica que elegimos:

La novela histórica [...] se presenta como un romance de los tiempos modernos, que conserva la estructura de la aventura como estrategia para interesar al lector, pero la combina con un diseño mimético-realista en la descripción de los escenarios históricos (referenciales) y el tratamiento de los personajes históricos. [Además] La novela

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 148-149.

<sup>18</sup> Alejandro González Acosta, "La novela histórica" en *El Enigma de Jicotencatl*, 1997, pp. 15-41.

histórica conecta con la “realidad” en tanto que no puede producirse al margen de la concepción de la historia y de las formas de escribirla.<sup>19</sup>

Entonces, en la novela histórica existe un espacio y un tiempo definidos, el universo diegético que sostiene el pacto de lectura; ahí conviven personajes históricos, y personajes ficticios. Aunque en general, no hay un sólo modelo, los personajes históricos se mantienen en segundo plano.

Por otro lado, y de manera singular, *El Cerro de las Campanas* de Juan Antonio Mateos es una novela histórica que se ocupa de un suceso inmediatamente acontecido, el final del Segundo Imperio mexicano y el consecuente triunfo de la república; tal cercanía está al servicio de la labor de difusión propagandística que el escritor pretende. Es decir, aunque en la novela histórica “clásica” (Walter Scott) se rechaza la mínima distancia histórica con el momento de la producción, en *El Cerro de las Campanas*, se convierte en un elemento a favor del mensaje doctrinario, como señala Fernández Prieto: “los acontecimientos del pasado cercano ejercen un mayor impacto emocional sobre autores y lectores o son objeto de polémicas o de enfrentamientos ideológicos muy crispados”.<sup>20</sup> Igualmente, el autor tiene la oportunidad de tomar fuentes diferentes a las historiográficas, y puede, incluso, recurrir a las vivencias presenciadas por él mismo, o por testigos cercanos a él.

#### LA ESCRITURA DE LA HISTORIA: ENTRE HISTORIADORES ROMÁNTICOS Y HÉROES NACIONALES

Conviene ahora apuntar algunos rasgos generales sobre el modelo historiográfico en que se inscribe la *Historia de la Guerra de Méjico*, que permitan reforzar los argumentos antes expuestos

<sup>19</sup> Celia Fernández, *op. cit.*, pp. 36-37.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 190.

y nos posibilitan la comparación de una novela histórica y un texto histórico, sobre todo en lo relativo a la construcción de los personajes históricos en los que se centran los autores, así como posibilitar el acceso al horizonte enunciativo del mexicano Mateos y del español Pruneda.

Hoy sabemos que en las sociedades occidentales del siglo XIX, la concepción de la historia y de los modos en que ésta debía ser estudiada y analizada se debatía entre diferentes posturas. Pero la que aquí nos atañe, es la que se conoce como “historiografía liberal”. Se puede señalar que ésta tuvo una estrecha relación con la escritura romántico-realista y, en términos generales, dejó de lado la concepción providencialista como explicación del devenir histórico. En este tipo de historiografía se dio mayor peso al documento y se privilegió la construcción de caudillos y gobernantes que tendían a lo heroico y que se pretendían que sirvieran de ejemplo a las nuevas generaciones. Sin embargo, el Providencialismo y la creencia en el dogma cristiano católico están presentes en las dos visiones que nos permiten ver los textos de Pruneda y Mateos, siendo un rasgo que puede ser contradictorio ya que si los autores eran liberales y luchaban por el modelo republicano no deberían considerar en el proceso histórico a un elemento metafísico como la Providencia porque ésta mantenía, como primera premisa, la legitimación de la monarquía. Parte de los motivos de esta aparente contradicción y sus posibles causas se exponen con más detalle en el cuerpo de este texto.

Haciendo una breve digresión histórica que nos permita comprender mejor el texto de Pruneda, debemos recordar que en 1813 las tropas napoleónicas salían de España y se iban con ellas algunos miles de españoles “afrancesados”, entre los que figuraban: escritores, hombres de ciencia y, en general, partidarios del denominado liberalismo.<sup>21</sup> La Constitución de Cádiz de 1812 fue el modelo al que aspiraron en Europa los

---

<sup>21</sup> Véase Vicente Llorens, *Liberales y románticos*, 1968, p. 10.

liberales. Sin embargo, con la restauración del absolutismo español por vía de Fernando VII, la España que antes había acogido los emigrados europeos durante la guerra de ocupación napoleónica, los veía partir. En el periodo de 1823 a 1834, hubo una gran cantidad de españoles que emigraron a diferentes países de Europa, y muchos de ellos se quedaron en Inglaterra. A pesar de las medidas adoptadas por la Corona Española, el germen liberal había echado raíces en la península ibérica. Así entonces, para 1834 ya estaba en boga en España el paradigma historiográfico que en gran medida está presente en el texto del español Pedro Pruneda: el romanticismo.

Entre 1834 y 1868, en España las ideas y la concepción romántica y nacionalista de la historia estaban presentes junto a otras perspectivas, como la historia erudita o la medieval, por ejemplo. Se buscaba un cuerpo homogéneo de ideas que incluyera a todos los sectores de la sociedad española, inmersa en una debacle política durante el reinado de Isabel II, periodo análogo a la vida de Pruneda. La historia “erudita” que privilegiaba la dimensión política y, por ende, la participación de los reyes y los gobernantes poco a poco daba paso a un nuevo protagonista del devenir histórico: el pueblo. Sin embargo, el papel preponderante de las grandes figuras de la historia se mantenía en pie, así como también se hacían presentes la concepción romántica de la historia que promulgaba la intuición, el sentimiento, la viveza del discurso, la fuerza del pensamiento ideológico y la crítica al orden político;<sup>22</sup> el hombre “necesario” era un elemento *sine qua non*. Por ello no era extraño que el propio Pruneda reconociera en su *Historia de la Guerra de Méjico*, a personajes como Hernán Cortés, a través de los cuales se cumplían los planes del devenir histórico, para el caso de la Conquista de México, o como Miguel Hidalgo, para el caso de la Independencia de la Nueva España.

<sup>22</sup> Paloma Cirujano, Juan Sisinio y Teresa Elorriaga, (en adelante sólo citamos a Cirujano), “Las premisas metodológicas del trabajo histórico” en *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, 1985, pp. 27-44.

Por otro lado y complementando el aparato teórico, es necesario explicar algunos puntos de la perspectiva histórica que sostiene Hayden White. Éste señala que los historiadores y los filósofos de la historia del siglo XIX no sólo narraron sucesos históricos, sino que, además, de manera consciente o no, construyeron narraciones que contienen en su estructura una trama similar a la de las obras literarias, y que él denomina: poética de la historia o teoría de los *tropos*; en la cual a una forma de tramar (romance, comedia, tragedia y sátira), corresponde un modo de explicar: *formista* (que prioriza la unicidad de los objetos), *organicista* (que da relevancia a los individuos, la cual está presente en los historiadores nacionalistas), *mecanicista* (que también da relevancia a los entes individuales, pero como manifestaciones de leyes que gobiernan el devenir histórico) y *contextualista* (propone, como base, el estudio de las relaciones entre los acontecimientos).<sup>23</sup> Sobre la forma de tramar y explicar, White, deriva un modelo de implicación ideológica que propone cuatro categorías: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo, y en cada modelo puede haber un tipo de figuración particular: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Es muy importante apuntar que nuestro análisis no aplica el modelo tropológico de White a los dos textos objeto de estudio, pero le sirve enunciar algunas consideraciones del mismo, por lo que es importante explicar esos puntos relevantes antes de continuar.

De lo anterior, se puede sostener que la propuesta de White posibilita la comparación de las dos obras objeto de estudio, porque permite observar el sustrato narrativo que existe en un texto histórico y que sobresale al compararlo con un texto literario que narra el mismo hecho, ya que tanto el narrador como el historiador utilizan técnicas de selección y organización semejantes. Como señala White: “la narrativa histórica no reproduce los acontecimientos que describe; nos

---

<sup>23</sup> Hayden White, “Introducción” a *Metahistoria*, 2005, pp. 22-31.

dice en qué dirección pensar acerca de los acontecimientos”; además, “la narrativa histórica no refleja las cosas que señala; recuerda imágenes de las cosas que indica, como hace la metáfora”.<sup>24</sup> Es decir, que al leer un texto histórico del siglo XIX, aquí nos referimos específicamente al de Pruneda, lo percibimos, además, como un relato literario porque se sirve de figuras retóricas. Si consideramos la anterior propuesta como válida, entonces no resulta infundado comparar una obra de ficción que se escribió, entre otros fines, para dar a conocer la postura, la tradición y los prejuicios, de un grupo de liberales que se consideraban herederos de otra generación de mexicanos que habían luchado por la Independencia del país desde 1810, con una obra histórica que se escribe y publica casi al mismo tiempo en España, por un autor que estaba a favor de la causa republicana en México y que, además, manejó una gran cantidad de fuentes de primera mano, hecho que ha llevado a algunos historiadores mexicanos contemporáneos a suponer que alguien le habría apoyado en la tarea de reunir una amplia documentación.<sup>25</sup>

El apoyo y la simpatía que despertaba fuera de México la causa liberal, se constata en la cantidad de muestras de apoyo que tuvo el gobierno de Benito Juárez en el continente americano y también en Europa. Específicamente, en aquel año de 1867, hoy sabemos de redes de apoyo en España,<sup>26</sup> una de las cuales, quizá, pudo hacer llegar o postular a Pedro Pruneda como un escritor con los méritos necesarios para escribir un texto que presentara una versión liberal de lo que había sucedido en México, especialmente después de que el gobierno

---

<sup>24</sup> Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, 2003, p. 125.

<sup>25</sup> Como señala Ernesto de la Torre Villar, ¿cómo podría emprender una obra para la que requería conocimientos adecuados, información precisa, abundante, oportuna?”. “Prólogo” a la *Historia de la Guerra de Méjico*, p. xxi.

<sup>26</sup> Véase Antonia Pi Suñer, “La cuestión mexicana en el ámbito político español de mediados del siglo XIX: la obra de Pedro Pruneda”, en *Secuencia*, núm. 12, septiembre-diciembre, 1988, pp. 16-28.



republicano condenara a muerte al archiduque Maximiliano de Habsburgo, hecho que esperablemente desató una gran cantidad de reacciones en una Europa dominada por regímenes monárquicos. Además de su militancia liberal, Pedro Pruneda echó mano de las redes sociales idóneas para esta labor, porque, junto a su padre, Víctor Pruneda, militó desde años antes en diversos movimientos a favor de los grupos liberales y republicanos que les causaron diferentes problemas y persecuciones.

Así, y probablemente por lo anterior, Pedro Pruneda mantuvo en la narración de su *Historia de la Guerra de Méjico* una gran adhesión a la causa republicana, además de señalar la defensa del derecho que tenía la nación mexicana para decidir el gobierno que mejor le conviniese. Asimismo, en el texto de Pruneda hay un afán no sólo de narrar los hechos, también está presente el propósito de convencer al lector de que la causa republicana era la más viable en las “repúblicas americanas”, ya que no existían las condiciones, según él, para instaurar un modelo monárquico pese a los tres siglos coloniales y de dominio español.

Tanto la novela histórica de Mateos como el texto histórico de Pruneda ponderan las figuras históricas como guías privilegiados que sabían de la importancia de su papel en el devenir histórico. Es necesario recordar que el estilo narrativo, emotivo y vívido que Pruneda utilizó en su texto histórico, es propio de la narración romántica y se acerca al de Mateos en su novela histórica; en algunos pasajes, el estilo narrativo tiene semejanzas notables.

#### LA DIVISIÓN DE LOS CAPÍTULOS

El análisis y la interpretación de los dos textos centrales se dividieron en tres capítulos que de manera general se explican así: el primero se dedica al análisis de *El Cerro de la Campanas*,

en tanto novela histórica, por lo cual este capítulo está sustentado teóricamente, en su mayor parte, por la teoría literaria y como no se pretende comparar directamente una obra de ficción con una que mantiene pretensiones de verdad histórica sólo se hace un breve balance de los antecedentes generales de la práctica de la historia en México durante los años posteriores a la Independencia, porque es en ese periodo cuando las elites ilustradas buscaban afanosamente la esencia y el ser nacional. Cabe recordar que en esos años, aún la historia era considerada parte de la literatura y por ende el capítulo primero tiene mayor peso en lo relativo a la práctica de la literatura y en la versión de los liberales, ya que fue el periodo que ellos consideraban como triunfo máximo, además de que no se contaba con una visión de los conservadores, por lo menos en lo que a novela histórica se refiere, y considerando que los intelectuales mexicanos se desempeñaban sin problema en los diferentes géneros discursivos.

El capítulo segundo lo dedicamos a la *Historia de la Guerra de Méjico*, con el afán de examinar el discurso ideológico y la pretensión de veracidad del historiador español de cara a los modelos historiográficos vigentes en España y sobre todo para su posterior comparación con la novela de Mateos, específicamente cómo son re-construidos pasajes específicos de la guerra y sobre todo cómo son presentados al lector los grandes personajes históricos.

En el capítulo tercero se aborda la novela de Mateos y la historia de Pruneda, con el propósito de hacer un análisis comparativo de episodios y personajes históricos relevantes, que permita reconocer las coincidencias ideológicas, las concepciones sobre el devenir histórico y el papel que ambos autores les otorgan a los principales personajes históricos, Benito Juárez y Maximiliano. El análisis comparativo ha permitido conocer el cruce de horizontes enunciado en el título del texto. Es ne-

cesario señalar, por último, que en los tres capítulos hay referencias a textos históricos y literarios de autores mexicanos y extranjeros que se dieron a la tarea de narrar los sucesos de la guerra de Intervención y del Segundo Imperio, en su tiempo y ya bien entrado el siglo xx. El propósito es mostrar que las ideas plasmadas por Mateos y Pruneda fueron pertinentes en su momento y todavía después.

En suma, el texto que tiene el lector en sus manos tiene la intención de aportar a la discusión historiográfica contemporánea mexicana propuestas que incidan en un mayor conocimiento del horizonte ideológico de los hombres que lucharon y soñaron con una idea de nación que, en 1867, al triunfo de la república, estaba más en los discursos que en la realidad. El objetivo central, como antes se ha mencionado, es argumentar que una novela histórica y un texto histórico que narran los mismos sucesos recién acontecidos, pueden servir para mostrar, hoy, cómo ese horizonte enunciativo permeaba la circunstancia de vida de Mateos y de Pruneda y coadyuvó en la construcción de imaginarios,<sup>27</sup> como los pensados y soñados por esos intelectuales mexicanos que se pensaban como élites que guiaban a las masas a un eterno progreso histórico; élites que proponían que los individuos libres transformados en ciudadanos mantendrían rasgos comunes e identificables entre sí, por ejemplo, de unidad y exclusividad,<sup>28</sup> sin dejar de señalar que esas élites mantenían unas mismas aspiraciones reflejadas

---

<sup>27</sup> Los *imaginarios sociales* serían “referencias específicas en el vasto sistema simbólico que produce toda colectividad” y a través de ellos la colectividad elabora “una representación de sí misma”, imponiendo creencias y modelos a emular: “el guerrero”, “el ciudadano” el “héroe” o “el patriota” por señalar sólo algunos. Véase Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales, memorias y esperanzas colectivas*, 1991, p. 28.

<sup>28</sup> La *unidad* en referencia a rasgos comunes que pueden reconocerse en cualquier individuo de cualquier clase en cualquier tiempo y lugar; y la *exclusividad* en lo tocante a los rasgos que diferencian al individuo de cualquier otra comunidad. Elías Palti, *La nación como problema*, 2003, p. 132.

en los niveles imaginario, soberano y limitado;<sup>29</sup> que no sólo incluían sino que excluían y señalaban a los enemigos que no querían formar parte de esa comunidad de iguales. Recordemos, finalmente, que esta idea de concebir una nación como una comunidad de pares y con aspiraciones a una especie de plena felicidad social se remonta al siglo XVIII y es en el siglo XIX que alcanzará su mayor desarrollo en la Europa Occidental y posteriormente en las jóvenes repúblicas americanas.<sup>30</sup>

---

<sup>29</sup> “Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas [...] se imagina limitada porque incluso la mayor de ellas [...] tiene fronteras finitas, aunque elásticas [...]. Se imagina soberana porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución [Francesa] estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico [...] se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe como un compañerismo profundo, horizontal”. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, 1993, pp. 23-25.

<sup>30</sup> Véase Bronislaw Baczko, “Prefacio” en *Los imaginarios sociales, memorias y esperanzas colectivas*, 1991, pp. 7-9.

## EL CERRO DE LAS CAMPANAS: LA NOVELA HISTÓRICA Y LA CAUSA LIBERAL

### EL TRIUNFO DE LA REPÚBLICA

El 19 de junio de 1867, a las afueras de la ciudad de Querétaro, moría fusilado el emperador Maximiliano de Habsburgo junto a los militares mexicanos y monárquicos Miguel Miramón y Tomás Mejía. El acto era un final simbólico: la muerte de un modelo de gobierno en México. Algunos meses después de la victoria de las tropas liberales sobre las tropas conservadoras en Querétaro había en el país un afán por cimentar y empujar por diferentes medios el modelo de gobierno republicano que se había reinstaurado. Como ejemplo, podemos citar un fragmento del discurso de Ignacio Ramírez, pronunciado el 15 de septiembre de 1867:

[...] La República, sobre las cicatrices mal cerradas que le dejaron los Callejas, se estremece con las heridas por donde corrió el arma envenenada, esgrimida por Forey, Dupin, Bazaine y las cortes marciales; gime y no encuentra consuelo sino en la exclamación que le enseñaron los Hídalgo y los Allendes, y que acaban de recordarle los Romero, Ghilardis, Arteagas, Zaragozas [...].<sup>31</sup>

La identificación de los héroes de la guerra de Independencia con los vencedores de la Intervención Francesa, no sólo era parte de un bien armado discurso para esa festiva

<sup>31</sup> Ignacio Ramírez, *Ensayos*, 1993, p. 69 y ss.

ocasión, sino que dejaba ver que el regreso de Benito Juárez y de su gobierno era, simbólicamente, el triunfo de las ideas liberales.

En enero de 1868, algunas voces celebraban el triunfo liberal, pero otras no. En la prensa nacional se publicaban artículos relativos al término de la Intervención Francesa y la caída del Segundo Imperio. En ese entonces, la guerra por medio de las armas había terminado. Sin embargo, la beligerancia con la pluma seguía. Los ataques hacia algunos representantes del gobierno mexicano, especialmente al presidente Benito Juárez,<sup>32</sup> muestran que en Europa el acto de fusilar a un miembro de los Habsburgo —para finalizar la Intervención Francesa— no era un acontecimiento fácil de asimilar. Como era de esperar, del lado liberal los juicios y las celebraciones republicanas iban acompañados de artículos periodísticos, en los cuales se exhibían documentos que mostraban datos biográficos de reconocidos miembros del Partido Conservador, se expresaban juicios sumarios, y se sacaban a la luz los “trapos sucios” de los representantes del lado monárquico.<sup>33</sup>

Asimismo, había señalamientos en esos días, ataques y una multitud de notas periodísticas llegadas de Europa que, a seis meses del fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo, mostraban que esos acontecimientos seguían causando reacciones en contra, especialmente en Francia.<sup>34</sup> En México,

<sup>32</sup> El 5 de febrero de 1868, el diario *El Siglo XIX* recogía una nota de *La Gaceta* de Francia, y la acogía en su sección “Crónica Extranjera”, ahí señalaba haber recibido una carta de México: “Figuraos a este indio de aspecto vil y siniestro, profanando los recuerdos dejados por la desgraciada familia imperial. Juárez come en la vajilla cubierta de Maximiliano [...] Este héroe, al cual una tortilla servía a la vez de cuchara de tenedor y de plato, está asombrado de estos esplendores, y se encuentra a veces embarazado con los despojos del vencido”.

<sup>33</sup> Véase *El Siglo XIX*, 4 de enero de 1868, pp. 1-2, número en el que se publicó la biografía de Monseñor Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos; ahí leemos que favoreció a la Intervención y fue miembro de la regencia.

<sup>34</sup> Emblemáticas de este periodo son las notas de la sección “Crónica Extranjera” del periódico de corte liberal *El Siglo XIX*. Por ejemplo, el 3 de

como contraparte, se publicaba el *Libro secreto de Maximiliano*, hecho que para el liberal mexicano Francisco Zarco venía: “a demostrar que la intervención y el imperio tenían un conocimiento íntimo y profundo de quiénes eran sus partidarios (y sabían) muy bien que tenían de su lado a las gentes perdidas, a las nulidades políticas”.<sup>35</sup>

Como se podrá notar, en nuestro país los conservadores y liberales seguían, por su parte, luchando. Los liberales preferían un modelo de gobierno republicano y federal que pusiera restricciones al clero. Además, proponían la educación laica, la igualdad política y la jurídica, apoyado lo anterior en un modelo de producción capitalista. En relación a las diferencias entre los liberales en puros y moderados, estaban más en los medios que en los fines, ya que los primeros buscaban una reforma jurídica y política rápida y enérgica; mientras que los segundos una reforma hecha con cautela.<sup>36</sup> Por su parte, los conservadores preferían un sistema de gobierno centralista (algunos, monárquico) apoyado de manera preponderante por la Iglesia católica y, por supuesto, amparando los privilegios del clero.

Con el triunfo de 1867 se intensificó la construcción del discurso liberal. Era natural que los vencedores de Querétaro se sintieran herederos y continuadores de un proceso de emancipación que comenzó con la célebre proclama de Miguel Hidalgo. Triunfo con el que se pretendía dejar de lado casi medio siglo de pugnas y ensayos de modelos de gobierno. Lo que importaba en 1867 era afianzar el modelo republicano y, al mismo tiempo, divulgar de todas las formas posibles el triunfo

---

enero de 1868 apareció un artículo denominado “Los traidores pintados por ellos mismos” con el subtítulo: *Libro secreto de Maximiliano en que aparece la idea que tenía de sus servidores*.

<sup>35</sup> Francisco Zarco, Artículo editorial del periódico *El Siglo XIX*, 5 de enero de 1868, reproducido en *Obras completas*, t. xv, 1993, pp. 212-215.

<sup>36</sup> En José Ortiz Monasterio, “Patria”, *tu ronca voz me repetía... biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, 1999, pp. 37-38.

de lo que ellos consideraban como punto final de una lucha entre grupos antagónicos, iniciada desde la perspectiva de los liberales, en el triunfo mismo de la independencia nacional. Es decir, se construían líneas discursivas congruentes con la ideología liberal, algo que también hacían los conservadores desde diversos ámbitos.

El proceso de implantar un régimen nacional se había interrumpido por las luchas internas y por los diversos ensayos de gobierno que se pusieron en práctica. El primero comenzó con el Plan de Iguala en 1821, el cual proponía una monarquía moderada con un miembro de la familia real española a la cabeza y con la exclusividad de la religión católica. Este modelo sería llevado a la práctica, con excepción de lo relacionado a un príncipe europeo, por Agustín de Iturbide en el efímero Primer Imperio que terminó en 1823. Después del fallido gobierno monárquico, la mayoría de las provincias mexicanas se decidieron, en 1824, por un modelo republicano y federal,<sup>37</sup> por acuerdo del Segundo Congreso Constituyente.<sup>38</sup> Sin embargo, para comprender cómo se llegó a ese estado de situaciones es necesario revisar algunos hechos, nombres y obras que sobresalen en nuestra tradición intelectual decimonónica para vislumbrar el horizonte y circunstancias que habían moldeado a aquellos que luchaban por constituir una

---

<sup>37</sup> Josefina Zoraida Vázquez señala que aunque los legisladores nacionales seguían el modelo norteamericano, el republicanismo que se quería para la nación mexicana era uno “más radical”, que “no iba a gobernar a los ciudadanos sino a los estados”, porque simplemente no los había. Véase “De la difícil constitución de un Estado”, *La fundación del Estado mexicano*, 1994, p. 15.

<sup>38</sup> En opinión de Jaime Rodríguez, la República de 1824 enfrentó diferentes problemáticas y rebeliones de las propias provincias que propiciaron que la élite nacional asentada en la capital, que había estado luchando por el poder desde 1808, por fin lo obtuvo en 1821, pero lo perdió dos años más tarde. Véase “De súbditos de la corona a ciudadanos republicanos: el papel de los autonomistas en la independencia de México”, *Interpretaciones de la independencia de México*, 1997, pp. 68-69.



nación y que se desenvolvían en lucha política, en la armada y en la ideológica.

#### UNA BREVE REVISIÓN A LA OTRA LABOR LITERARIA: LA HISTÓRICA

Como se ha mencionado en la Introducción, para muchos de los intelectuales del periodo postindependentista, la historia estaba entre las disciplinas que conformaban la literatura. Después de consumada la Independencia, se comenzaron a escribir textos históricos bajo el formato de cuadros estadísticos. Por ejemplo, en 1822 Tadeo Ortiz escribió *La estadística del Imperio Mexicano*, mismo año en el que Carlos María de Bustamante escribiera su conocido *Cuadro Histórico*. Otros cuadros históricos que sobresalen son: de Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las Revoluciones de 1831 y Méjico y sus revoluciones* de José María Luis Mora de 1836, en éste, el autor señalaba que su obra era “en el fondo histórica, estadística y filosófica”.<sup>39</sup> Tanto el texto de Zavala como el de Mora son considerados fundamentales para el conocimiento del proceso independentista. Debe señalarse que aquellos mexicanos mantenían una producción en diferentes géneros discursivos y es así como se le debe estudiar. Por ejemplo, Zavala al momento de escribir su *Ensayo* ya tenía una sólida carrera como literato.<sup>40</sup>

El caso de Mora sería diferente, liberal como Zavala, también fue polígrafo y uno de los principales ideólogos del liberalismo mexicano. En 1833, Mora, junto a Valentín Gómez Farías, promovió leyes que pretendían ampliar dere-

<sup>39</sup> José María Luis Mora, “Advertencia Preliminar” en *Méjico y sus revoluciones*, t. 1, 1986, p. viii.

<sup>40</sup> Desde 1813 publicaba en periódicos que había fundado y editado en la península yucateca, (*El Aristarco Universal* y *El Redactor meridiano*) y posteriormente colaboró en algunos de la capital (*El Águila Mexicana* y *El Correo de la Federación*), además de su labor periodística, Zavala realizó diversas traducciones. Véase Evelia Trejo: “Lorenzo de Zavala. Personaje de la Historia...”, en *La República de las letras asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. III, 2005, pp. 53-66.

chos individuales en lo político, lo económico y lo educativo, también proponían la supresión de los fueros eclesiástico y militar. Además de su labor ideológica-política, destaca su labor periodística en el *Semanario Político y Literario de México*, sin dejar de mencionar que también practicaba la abogacía y las labores legislativas. Con el afán de seguir luchando por la libertad de prensa fundó, en 1827, *El Observador de la Republica Mexicana* que se publicó en dos épocas, la primera en 1828 y la segunda de marzo a octubre de 1830. Posteriormente fue Ministro plenipotenciario de México desde 1847 en la Gran Bretaña, pero antes, en 1836 comenzaría a publicar su conocida obra histórica: *México y sus revoluciones*, considerada como fundamental en la historiografía mexicana, pero como todas, no exenta de contradicciones. Por ejemplo, Mora por un lado defendía a capa y espada las libertades individuales y por otro señalaba que el carácter de lo mexicano se debería de buscar en la “población blanca”,<sup>41</sup> comentario que no sólo mostraba la idea de Mora con respecto a los indígenas, sino la de toda esa generación de intelectuales que no supieron qué hacer con lo relativo al sector indígena, por cierto, segmento que alcanzaba, en ese entonces, dos tercios de la población.<sup>42</sup>

Este breve recuento estaría incompleto si no incluyera a uno de los historiadores más relevantes del periodo posterior a la Independencia, y aunque no es liberal como los anteriores, sin duda su obra es de la misma importancia. Nos referimos a Lucas Alamán, al que le tocó vivir los últimos años del virreinato y, por ello, quizá fue lógico el apego y el anhelo por el orden perdido que le representaba el antiguo régimen. Alamán comenzó a publicar su *Historia de Méjico* en 1849, al mismo

<sup>41</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, edición facsimilar, 1986, p. 75.

<sup>42</sup> Al respecto del conocido “blanqueamiento” de la población mexicana y la relación de las reformas liberales y los indígenas. Véase Charles Hale, “El liberalismo y el Indio”, en *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, 1999, pp. 221-254.

tiempo que organizaba al partido conservador y al periódico que sería su órgano de difusión: *El Universal*.<sup>43</sup>

Asimismo, es valioso recordar que los escritores mexicanos que comenzaron a cultivar el discurso histórico no estaban alejados de los que privilegiaron el discurso literario; practicaban, sin problema, el periodismo, la historia, la novela o la poesía. Durante el siglo XIX los intelectuales mexicanos buscaron conformar una identidad nacional y para ello se valieron de colectivos, como las logias masónicas, las tertulias y las diversas asociaciones literarias. En esas agrupaciones se reflexionaba y se difundían las diferentes ideas, doctrinas y corrientes literarias. Las logias sobresalieron en el periodo independentista, porque dieron una base organizativa a los insurgentes que contaban, incluso, con apoyo internacional. Por su parte, las asociaciones literarias desde 1830 perseguían, por un lado, el intercambio de ideas y la instrucción del gran público, es decir, se pasaba de la escritura de la historia a la difusión de la misma. Para los intelectuales mexicanos era tan importante el escribir nuestra historia como difundirla a todos los mexicanos que fuera posible.

Una de las primeras asociaciones que sobresalió fue la *Academia de Letrán* de 1836, fundada por jóvenes como Guillermo Prieto y José María Lacunza. El primero gran poeta y el segundo ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de José Joaquín Herrera y posteriormente parte del gabinete de Maximiliano. Lacunza también es conocido por sostener una polémica epistolar sobre la manera de enseñar la historia, que sostuvo en 1844, a través de periódico *El Siglo XIX*, con el

---

<sup>43</sup> Alamán había escrito antes entre 1844 y 1849 las *Disertaciones sobre la Historia de Méjico*. Véase Enrique Plasencia de la Parra, "La obra de Lucas Alamán, Entre el romance y la tragedia", en *La República de las letras asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. III, 2005, pp. 67-76.

conde José Gómez de la Cortina.<sup>44</sup> Los miembros de la Academia de Letrán también contribuyeron con el impulso de la prensa en la creación de diarios como *El Museo Mexicano* de Guillermo Prieto y Manuel Payno o en el impulso de diarios de considerable importancia para la causa liberal como fue *El Siglo XIX*, que se publicó por primera vez en 1841 y duró hasta 1896.

De la etapa que reseñamos, resalta que los historiadores liberales mexicanos buscaron, en lo general, una nueva forma de escribir la historia. El peso que le comenzaron a dar a los documentos, incluso sobre la memoria testimonial, es de destacar; así como el que hayan dejado de lado a la Providencia como el motor de la historia (a excepción de Bustamante) y por el contrario consideraran a las grandes personalidades como los guías privilegiados, punto fundamental y coincidente con lo que el romanticismo proponía para la literatura. Era el antecedente de lo que se conocería como “historiografía liberal”. Es necesario señalar que en esos años se había comenzado a dejar atrás los tragos amargos que habían representado las guerras contra España (1829), Texas (1836) y Francia (1838), pero la que marcaría definitivamente el rumbo nacional fue la más traumática, la librada contra Estados Unidos (1846) que no sólo había significado una derrota militar, además, había causado la pérdida de la mitad del territorio nacional, de hecho, amenazó la existencia misma de la nación.

Los hechos de guerra que sufrió México no deben perderse de vista, ya que la nación pudo con más o menos decoro salir adelante de las invasiones española y francesa, pero no así de la guerra con Texas, y sobre todo con la librada contra Estados Unidos: una marca infausta que llevaría esa generación de mexicanos, específicamente los pertenecientes a las elites intelectuales y políticas. No era poca cosa lo perdido, el

---

<sup>44</sup> Véase “Polémica epistolar entre José Gómez de la Cortina y José María Lacunza”, en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, 2001, pp. 79-149.

peligro subsistía, otras potencias europeas o el propio expansionismo norteamericano seguían representando un verdadero desafío, sobre todo por la manera “cómoda” con que las tropas americanas habían derrotado a las mexicanas.

Después de la derrota militar, los problemas no se acabaron en el país, de hecho se incrementaron: estalló la rebelión indígena conocida como Guerra de Castas (1847-1848); la última revuelta del general Mariano Paredes (1848); y un clamor generalizado por la paz crearon un clima de enfrentamiento entre los liberales (puros y moderados) y los conservadores que seguiría hasta 1853 y daría un nuevo giro con el regreso al poder del general Santa Anna y su posterior huida en 1855. Será en este periodo cuando los conservadores se posicionen nuevamente en el gobierno liderados por Alamán, y se reavive la idea de instaurar el modelo monárquico en México por vía de personajes como José María Gutiérrez Estrada. Por cierto, también figura central en el periodo del Segundo Imperio.<sup>45</sup> Sin embargo, de ese periodo de crisis destacarían las figuras de liberales como: Ignacio Ramírez, Mariano Otero, Francisco Zarco y Guillermo Prieto.

En 1848 se publicó un texto de gran valor *Apuntes para la Guerra de los Estados Unidos*, escrito por Mariano Otero, José María Iglesias y Guillermo Prieto con la finalidad de intentar comprender lo que le había pasado a la nación y para destacar el heroísmo del pueblo durante la lucha. Además, en el periodo de 1850 a 1860 se redujo la cantidad de obras literarias, desde luego, incluyendo las históricas, pero aún con lo anterior hubo el marco propicio para un firme resurgimiento de las letras, a través de asociaciones como el Liceo Hidalgo, inaugurado en 1850; sus miembros al igual que escribían poesía, elaboraban dramas patrióticos, historia popular o se dedicaban a la práctica de la oratoria. Uno de los miembros

<sup>45</sup> Un claro análisis del periodo es elaborado por Charles Hale, “Guerra, crisis nacional y el conflicto ideológico”, en *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, 1999, pp. 14-41.

destacados fue Francisco Zarco que escribía en *El Demócrata*, en *El Siglo XIX*, o de igual forma leía su discurso de entrada al Liceo: *Discurso sobre el objeto de la literatura* y ahí señalaba el papel del literato (hoy diríamos intelectual) que debería de estar al servicio del Estado, sin cobrar por ello, y tener el papel de líder moral y de juez social.

Además, en su discurso, Zarco destacaba lo poético en “todas las ciencias” que formaban la literatura y más adelante señalaba:<sup>46</sup> “el filósofo, el naturalista, el publicista, el economista, son literatos”.<sup>47</sup> La literatura era, entonces, una luz omnipotente que cobijaba y enseñaba verdades luminosas y corregía los “vicios nocivos” de la humanidad.<sup>48</sup> Lo importante de traer a cuento lo de Zarco es que él ya reconoce el papel del literato como crítico y como parte del proceso de cambio político, que a su juicio necesitaba la sociedad mexicana después de las guerras contra fuerzas extranjeras. Quizá por lo anterior dejaría de lado su faceta literaria para dar prioridad a la periodística y legislativa; tribuna en la cual se enfrentaría a sus contrincantes políticos del país y del extranjero. Otras obras de relevancia fueron de Manuel Orozco y Berra: *Geografía de las lenguas indígenas de México* (1862).

Una última obra que conviene citar por separado es el ensayo: *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días*, que José María Larraínzar leyó ante la Sociedad Mexicana de Geografía en octubre de 1865, en su calidad de miembro de la sociedad y de la comisión creada du-

<sup>46</sup> Zarco señalaba “¿No hay poesía y de la más noble, de la más sublime, en los escritos de Montesquieu, de Batel, de Becaria, de Filangieri, de Benjamín, de Constant, de Jovellanos [...] Gibbon en su obra inmortal sobre la decadencia de los romanos, dando lecciones a todas las generaciones del mundo; Buffon estudiando la naturaleza y sorprendiendo sus más recónditos misterios [...]”. Francisco Zarco, “Discurso sobre el objeto de la literatura”, en *La misión del escritor*, 1996, pp. 169-170.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 170.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 173.

rante el Segundo Imperio que tenía por objeto la redacción de una “Historia Patria”. Larrainzar, uno de los liberales moderados que se integraron al gobierno monárquico, señalaba su plan o programa de historia, la importancia de la misma, su utilidad, metodología y también hacia un balance de los diferentes modelos de hacer historia para criticarlos, reconociendo los aciertos y errores que a su juicio tenían.

Sin embargo, lo destacable para este trabajo es la combinación de autores del pensamiento clásico (Tácito, Cicerón, Plutarco), del francés (Millet, Volney, Rousseau) y del romántico (Lamartine, Chateaubriand) en los que basó Larrainzar su ensayo, logrando fusionar los diferentes modelos y con ello mostró que en 1865 los mexicanos tomaban lo que les parecía adecuado de los diferentes pensadores sin mayor conflicto, al igual que lo hacían quienes cultivaban los distintos géneros literarios. Lo que le importaba a Larrainzar era dejar claro que había la necesidad de escribir y de enseñar una “Historia Moderna de México”. Además, y aunque el liberal mexicano reconocía que el historiador era diferente del poeta y por tanto tenía que respetar “los hechos” para acercarse a la verdad, no por ello la escritura de la historia debería de ser seca y marchita, sino una verdad animada que pintara los sucesos y a las personas con sus pasiones, sus costumbres y sus tendencias. Así entonces, se ve que los intelectuales durante el Segundo Imperio, en materia de historia estaban bastante familiarizados con los textos y los modelos históricos del pasado, pero también de su presente, y conocían igual los textos de Tucídides que los del francés Thierry.

Lo relevante, del anterior apartado, es destacar que desde el periodo de la Independencia los intelectuales mexicanos se ocuparon en la búsqueda de lo nacional y lo hicieron desde diferentes tribunas sin importar el grupo o partido al que pertenecieron, y lo llevaron a cabo por medio de todos los géneros discursivos a su alcance. Además, reseñamos algunos

textos que hoy se consideran básicos para el estudio disciplinar de la literatura y la historia, pero con la idea de mostrar que en aquel periodo no había tal separación. Citamos autores que se destacan por su obra histórica, política o literaria, pero también señalamos que escribieron en diferentes géneros, con la finalidad de aclarar que ellos mismos no se veían como escritores multidisciplinarios sino literatos en un sentido decimonónico: amplio y abarcador; así es como debe de analizarse su obra: como una sola, y si algunos de ellos se inclinaron por un camino u otro fue por sus preocupaciones y ocupaciones personales, así para Zarco sobresalió lo político y lo periodístico; para Mora lo ideológico y lo histórico.

Ese camino que para muchos comenzó en el periodismo, pasó a los diversos géneros literarios: novela como Payno, memorias como Prieto, historia como Mora o Alamán y seguiría estando presente en el periodo del Segundo Imperio en autores como Juan Antonio Mateos. En ambos grupos, liberales y conservadores, se notaba el afán y el anhelo por la construcción de un imaginario y una conciencia nacionales, una que alcanzara para todos los mexicanos, desde el más humilde ciudadano hasta el más poderoso gobernante.<sup>49</sup> Para los conservadores, el camino que la historia del siglo XIX les marcaba era el que había funcionado mejor en Europa: el monarquismo, y pese al ejemplo exitoso que representaba Estados Unidos, basta con recordar los argumentos que señalaba el primero liberal y posterior monárquico, Gutiérrez Estrada, para comprender su posición: “Si Francia, líder del mundo civilizado no está lista para una república, ¿cómo podremos

---

<sup>49</sup> Bronislaw Baczko sostiene que pese a que el término “imaginario social” ha mantenido un carácter polisémico hay un elemento que sobresale por su interrelación sociedad-sujeto, y que tiene que ver no sólo con “con las representaciones globales de la sociedad y con todo aquello que se relaciona con ella: “orden social, actores sociales, relaciones de jerarquía y dominación; también tiene que ver con la inserción de la actividad imaginante individual en un fenómeno colectivo”. Véase *Los imaginarios sociales, memorias y esperanzas colectivas*, 1991, p. 27.



estarlo nosotros?”.<sup>50</sup> En cambio para los liberales, y a pesar de la derrota militar de 1848, el modelo al que aspiraban, era el que exitosamente se llevaba a cabo en el vecino del norte: “los Estados Unidos fueron no sólo el símbolo contemporáneo del progreso para los liberales mexicanos, sino que sus instituciones, sus políticas sociales y económicas y aun sus valores culturales fueron abiertamente adoptados por el pensamiento reformista mexicano”.<sup>51</sup>

Sirva todo el anterior resumen, como base para comenzar a comprender que Mateos, como otros liberales, fue polígrafo y combatió sus ideas con la espada y con la pluma. También, consideramos que el recorrido anterior, por nombres y obras, haya dejado claro que encasillar a cualquier intelectual decimonónico mexicano en una sola disciplina es un error, el relato literario no estaba lejano del histórico, eso no puede perderse de vista, como tampoco el hecho de que la escritura de la historia aún no tenía una base científica ni un estatuto propio -eso comenzaría hasta que en México se instaurara el positivismo- mientras seguía siendo una más de las “artes liberales” y bajo el amplio manto de la literatura.

#### LA FORMACIÓN DEL NOVELISTA JUAN ANTONIO MATEOS

Juan Antonio Mateos inició sus estudios básicos en la escuela que dirigía José María Rico. Después cursó los preparatorios en el Colegio de San Gregorio, donde tal vez conoció a Vicente Riva Palacio,<sup>52</sup> quien era un año menor que él. Dichos estudios fueron interrumpidos, entre otras causas, por represalias contra su padre, que era liberal, y por la invasión norteamericana. Por lo anterior, se trasladó a Toluca para proseguir con

<sup>50</sup> Charles Hale, “Guerra, crisis nacional y el conflicto ideológico”, en *El liberalismo en la época de Mora*, 1999, p. 30.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 193.

<sup>52</sup> Véase José Ortiz Monasterio, “Patria” *tu ronca voz me repetha... biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, 1999, p. 24.

su educación junto a su hermano Manuel en el Instituto Literario de Toluca.<sup>53</sup> Ahí, además de conocer a Ignacio Manuel Altamirano, recibió clases de literatura por parte de Ignacio Ramírez, quien fue posteriormente su cuñado.

El Instituto era un establecimiento que estaba en su tercera época, cuando se aceptaban alumnos que habían cursado la enseñanza básica y dentro de las asignaturas impartidas ahí sobresalían la retórica, la poética, la literatura, las materias técnicas y una gran variedad de idiomas.<sup>54</sup> Esa formación sería fundamental en muchos liberales que tendrían, en el futuro, un destacado papel en la lucha ideológica. En 1853, Mateos se trasladó a la ciudad de México para continuar sus estudios de derecho en el Colegio de San Juan de Letrán, pero una vez más su proceso formativo se vio interrumpido, en esta ocasión, para unirse a las fuerzas liberales, en el ejército de Ignacio Comonfort. Restablecida la paz, recibió, en 1857, el título de abogado, año del Congreso Constituyente.<sup>55</sup>

<sup>53</sup> Véase José Barragán, *Juan A. Mateos. Periodista liberal*, 1983, p. 9.

<sup>54</sup> José Yurrieta señala que las asignaturas impartidas eran: "idiomas latino y mexicano, griego, francés e inglés; lógica, ideología, metafísica y moral; aritmética, álgebra elemental, geometría especulativa, trigonometría [...] dibujo lineal y principios de arquitectura; física y química; derecho canónico y derecho patrio; derecho natural, derecho de gentes y derecho constitucional; economía, política; geografía, historia general e historia particular; retórica, poética y literatura". Véase "Prólogo", en *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*, 1993, p. 23.

<sup>55</sup> Por esos años Francisco Zarco, en un discurso frente al Congreso Constituyente de 1857, señalaba los fines del ideario político liberal que ese grupo quería para México: "MEXICANOS: Queda hoy cumplida la gran promesa de la *regeneradora revolución* de Ayutla, de volver al país al orden constitucional [...]. El voto del país entero clamaba por una Constitución que *asegurar a las garantías del hombre, los derechos del ciudadano*, el orden regular de la sociedad [...]. Persuadido el Congreso de que la sociedad para ser justa, sin lo que no puede ser duradera, *debe respetar los derechos concedidos al hombre por su Criador* [sic], convencido de que las más brillantes y deslumbradoras teorías, son torpe engaño, amarga irrisión, cuando no se goza de *libertad civil* [...]" (las cursivas son mías). Véase "Manifiesto del Congreso Constituyente", en *op. cit.*, pp. 3-5.

Un año antes, en 1856, Mateos ya estaba luchando a favor de la causa liberal, como combatiente de la Revolución de Ayutla, sin dejar de lado el ejercicio del periodismo en *El Monitor Republicano*. Además, luchó junto a otros letrados por la consolidación de la expresión nacional. En 1869, un año después de la publicación de *El Cerro de las Campanas*, Ignacio Manuel Altamirano señalaba:

Las novelas de Mateos, cualesquiera que sean sus defectos que les eche en cara la crítica, tienen el mérito de *popularizar los acontecimientos de nuestra historia nacional, que de otro modo permanecerían desconocidos a los ojos de la multitud*, supuesto que los anales puramente históricos no son fáciles de adquirir por los pobres, ni agrada su lectura por carecer del encanto que la narración novelesca sabe darles.<sup>56</sup>

Esta opinión se acerca a la vertida en el prólogo a la primera edición de *El Cerro de las Campanas* (1868) en la que José Rivera y Río señalaba su utilidad para dar a conocer sucesos históricos.<sup>57</sup> Avescindado entonces en Estados Unidos, Rivera y Río resaltaba la función de la novela de Mateos y su utilidad para dar a conocer sucesos históricos:

Nosotros [los mexicanos], que carecemos de esa veneración épica [de los norteamericanos] necesitamos más que ningún otro pueblo del auxilio de la historia y de los monumentos literarios que la reflejan. El descuido de los archivos, nuestras indiferencias por las reliquias de nuestros héroes, nuestra falta de museos, nos priva de mil objetos dignos de adoración que se pierden y se olvidan [...]. La novela es el libro del pueblo, es el libro que habla directamente al corazón, que conquista a la más bella porción del linaje

<sup>56</sup> Ignacio Manuel Altamirano, "Crónica de la semana", *El Renacimiento, periódico literario*, edición facsimilar, 1993, t. II, p. 162.

<sup>57</sup> José Rivera y Río fue un poeta de la misma generación de Mateos; en 1868 publicó *Flores del destierro: colección de composiciones líricas, leyendas, baladas, traducciones*, con un prólogo de Guillermo Prieto y una presentación de Ignacio Manuel Altamirano.



humano, que enseña recreando como lo exige el primero de los poetas didácticos [...].<sup>58</sup>

Sin duda, el estar viviendo en Estados Unidos, le daría al prologuista una perspectiva de primera mano sobre el valor que tenía para los norteamericanos su memoria histórica a través de sus monumentos, pues incluso la Roca de Plymouth servía para recordar el origen y la peregrinación de los puritanos y primitivos fundadores de la nación “más floreciente del globo”.<sup>59</sup> Rivera y Río, como muchos otros liberales mexicanos, además de mostrar cierta admiración por las instituciones de Estados Unidos, sabía de la importancia de la edición de *El Cerro de las Campanas* de Mateos.

#### LAS OBRAS DE TEATRO DE JUAN ANTONIO MATEOS Y SUS AÑOS DURANTE EL SEGUNDO IMPERIO

Antes de la escritura de su primera novela histórica, Juan Antonio Mateos escribió algunos dramas históricos –por lo menos siete– junto con Vicente Riva Palacio, entre 1861 y 1862. Los títulos son: *Odio hereditario*, *La politicomanía*, *La hija del cantero*, *Temporal y Eterno*, *Borrascas de un sobretodo*, *Martín el demente* y *La catarata del Niágara*. Esa experiencia debe haber sido valiosa para la creación de los personajes de sus novelas históricas, pues el contacto inmediato con el público, propio de la representación teatral, fue importante para atraer lectores a sus novelas.<sup>60</sup>

<sup>58</sup> J. Rivera y Río, “Prólogo”, en Juan Antonio Mateos, *El Cerro de las Campanas*, 1868, pp. iii y iv.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. iii.

<sup>60</sup> La representación de obras de teatro con temas nacionalistas, en la ciudad de México, no era algo nuevo. Un ejemplo es la comedia en dos actos *A ninguna de las tres* de Fernando Calderón, representante del primer romanticismo mexicano.

Esas obras de teatro que elaboraron *al alimón* Mateos y Riva Palacio fueron representadas de inmediato.<sup>61</sup> En ellas los personajes eran descritos de un solo trazo y reflejaban un mundo maniqueo. Por ejemplo, en *Temporal y Eterno*<sup>62</sup> se presentaba de manera cómica la querella liberal-conservadora, a través del personaje de Dominguito: joven conservador que pese a estar estudiando en el seminario y presentarse como alguien pudoroso y piadoso, era en realidad un galán enamorado pues pretendía a las tres hijas de Don Roque, un liberal viudo. El joven y su madre, Doña Bárbara, vivían en la casa de Don Roque, pues ella educaba a sus tres hijas. Dominguito era presa de los enredos del trío de hermanas, quienes descubren sus intenciones casi de inmediato, por lo que planifican un engaño, en el cual él se ve en una situación embarazosa al quedarse en una habitación esperando a Ruperta, criada de la casa, pero en lugar de ella se encuentra con su propio tutor, Cándido, quien al mismo tiempo que Dominguito trata de enamorar a Ruperta, desarrollándose así una enredada situación:

Escena 23. Domingo persiguiendo a Ruperta que entra huyendo

Ruperta: ¡Jesús! ¡Jesús!, que me atrapa. Ya le dije a usted que no.

Dominguito: (Ella sola se entregó y esta vez no se escapa.)

Ruperta eres muy tirana.

Ruperta: Usted pretende un destrozo.

Dominguito: Voy a comprarte un rebozo.

Ruperta: Y lo echo por la ventana.

Dominguito: Basta ya de andar con riñas, condesciende con mi amor.

<sup>61</sup> Véase Eduardo Contreras, "Introducción" a *Las lirás hermanas. Obras dramáticas*, 1997, p. 14.

<sup>62</sup> *Temporal y Eterno*, "juguete cómico en un solo acto y en verso", estrenada en octubre de 1861 en el Teatro Iturbide, tiene coincidencias con *A ninguna de las tres* de Fernando Calderón, sobre todo denunciar la hipocresía conservadora.

Ruperta: ¿A que le grito al señor y lo acuso con las niñas?  
 Dominguito: Por Dios que no hagas tal cosa, correspon-  
 deme.  
 Ruperta: ¡Qué bueno!  
 Dominguito: ¡Mátame!  
 Ruperta: No soy sereno [policia].  
 Dominguito: Ni yo soy tu perro, hermosa. Tengamos en  
 paz la fiesta, ya de bromas estoy hartos [...].  
 Ruperta: Pues óigame, en ese cuarto le voy a dar la respues-  
 ta [...].<sup>63</sup>

De lo que se trataba era de —a la manera del *Tartufo* de Molière— sacar a la luz la hipocresía del bisonño clérigo, acto que parodiaba el comportamiento doble de los conservadores, por lo que la misma criada Ruperta en la siguiente escena reflexionaba sobre el molesto personaje:

¿Cómo librarme de este hombre cuando lo tienen por santo?  
 Ni pared de calicanto le libra de tentación.  
 Me sigue por donde quiera en la noche y en el día, siempre  
 oliendo a sacristía,  
 ¡Oh!, ¡qué amor de santurrón! Me ofrece esta vida y la otra,  
 pues el beato en su anhelo dispone de tierra y cielo a entera  
 satisfacción [...].<sup>64</sup>

Al final, el enredo se resuelve con la salida de Dominguito de la casa y la orden por parte de Don Roque para que haya más libertades para sus tres hijas y así finaliza:

Escena final

Roque: basta, basta señoritas, quede usted en casa señora;  
 más reforma desde ahora ya pueden venir visitas.  
 Con doscientos de acaballo que se modere esa gente,  
 y tú te largas a Oriente para buscar un serrallo.

<sup>63</sup> Vicente Riva Palacio y Juan Antonio Mateos, *Las liras hermanas*, 1997, pp. 249-250.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 250.

No quiero, ¡voto al infierno!,  
 tener aquí un santurrón;  
 yo quiero un calaverón  
 y no temporal y eterno.  
 Dominguito: Salí mal con estas cuatro,  
 de corazón me arrepiento;  
 pero quedará contento  
 con todas las del teatro [...].<sup>65</sup>

Lo relativo a la situación política del momento (1861-1862) aparece en otra obra, *El tirano doméstico*,<sup>66</sup> que se representó en plena campaña francesa y tuvo gran acogida por parte del público en más de una docena de representaciones, hecho destacable para la época. El tema social, por otra parte, figura en *La hija del cantero*, en la cual Mateos y Riva Palacio acentuaron la nobleza del pueblo mexicano a través de personajes como *Ángela* que pudo servir de modelo para los personajes de sus novelas históricas. Esta última obra, parte de *Las liras hermanas*, representa uno de los primeros esfuerzos por escribir obras de un teatro nacional, representativo del denominado romanticismo social. La novedad del teatro romántico social “fue llevar a la escena a la gente del pueblo, a los obreros, a los desposeídos y convertirlos en personajes de primer orden”.<sup>67</sup> Asimismo, por el manejo del humor en las obras de teatro, algunos críticos, han considerado a Mateos

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 257.

<sup>66</sup> Esta obra se burlaba de algunos franceses como el embajador Saligny y de personajes intervencionistas como Juan N. Almonte, en quien recae la burla: “Estás para saber/ que este era un conservador, / tan indio como el mejor/ y que noble vino a ser. / El siempre orgullo lleno, / se olvidó allá en Inglaterra/ que era el topil en su tierra/ llamado *Juan Pomuceno* [...]”. Véase Luis Reyes de la Maza, “El lugar de Juan Antonio Mateos en el teatro mexicano”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. 1, núm. 26, 1957, p. 72.

<sup>67</sup> María Teresa Solórzano Ponce, “Juan Antonio Mateos (1831-1913)”, en *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, 2005, p. 336.

precursor, junto con Riva Palacio, del teatro que después se llamará de *sketch* político.<sup>68</sup>

Durante los años del Segundo Imperio (1864 a 1867) Mateos se encontraba en la capital de la República y aceptó un empleo, en enero de 1865, en el gobierno monárquico como secretario general del Ayuntamiento. Cargo que ocupó muy poco tiempo, menos de cinco meses. En diciembre de 1867 sería rehabilitado por el gobierno del presidente Benito Juárez por esa decisión.<sup>69</sup> Sin embargo, Ireneo Paz en su ensayo de 1888, *Los hombres prominentes de México*, no menciona que Mateos haya aceptado el empleo para el gobierno monárquico:

Durante la invasión francesa, Mateos estableció en la Capital algunos periódicos desafiando audazmente la terrible penalidad del Código militar aplicado a las leyes de imprenta [...]. Un brillante artículo en defensa de *Nicolás Romero* le atrajo la cólera del mariscal Bazaine y juzgado sumariamente en las cortes marciales, se le sepultó en un calabozo de la Ex Acordada. Indultado Mateos y puesto en libertad, volvió a empuñar la pluma, recibiendo varias *advertencias*, y al fin una noche fue asaltado por un enjambre de esbirros y metido en la Diligencia, llevado a los calabozos de San Juan de Ulúa y de allí a las mortíferas playas de Yucatán, sin más consuelo que la honrosa compañía de una docena de patriotas, entre los cuales se hallaba el ilustre Ramírez.<sup>70</sup>

## LAS VELADAS LITERARIAS

A finales de 1867, las actividades culturales estaban en crecimiento en la ciudad de México y en otros lugares del país. En el terreno literario se dio una nueva etapa de la tan anhelada expresión nacional; un ejemplo fue la formación de un Tea-

<sup>68</sup> Véase Luis Reyes de la Maza, "El lugar de Juan A. Mateos en el teatro mexicano", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 1957, p. 69.

<sup>69</sup> Clementina Díaz y de Ovando refiere la rehabilitación completa en "Prólogo" a *El Cerro de las Campanas*, 1985, pp. xxvii y xxviii.

<sup>70</sup> Ireneo Paz, *Los hombres prominentes de México*, 1888, p. 409 y ss.



tro Nacional, a la que convocó José Tomás de Cuellar.<sup>71</sup> Una de las agrupaciones que más se distinguió por su tolerancia e impacto fueron las “Veladas Literarias” –tertulias– que organizó el poeta Luis G. Ortiz, en principio como acto de lectura de una obra compuesta por el español Enrique Olavarría y Ferrari en noviembre de 1867. Las Veladas pronto se convertirían en punto de encuentro de escritores y poetas, entre ellos Mateos, Altamirano y Riva Palacio, y otros personajes como: Guillermo Prieto, José T. Cuellar, Ignacio Ramírez, Alfredo Chavero, Justo Sierra, José Rosas Moreno y Rafael Martínez de la Torre, entre otros. En las reuniones sólo existía el lema: “Orden y cordialidad”, palabras sabias después de una guerra fratricida.

Hubo en las tertulias representantes del grupo conservador que, por su importancia, vale la pena citar. Uno que combinaba sin problema la escritura de textos literarios e históricos fue José María Roa Bárcena: poeta, novelista e historiador, que en 1857 publicó la novela corta *La Quinta Modelo*, en cuya trama se exhibía la debilidad de la República como modelo de gobierno para México. En su producción historiográfica destaca, de 1861, *Ensayo de una historia anecdótica de la historia de México en los tiempos anteriores a la conquista*, que era utilizado en escuelas de nivel básico.<sup>72</sup> Roa Bárcena fue miembro de la Comisión de Notables que en 1863 dio sustento a una de las condiciones que había señalado Maximiliano para aceptar el trono de México; pero en 1863, el escritor se alejó del gobierno imperial por algunas acciones liberales que mantuvo Maximiliano:<sup>73</sup> la nacionalización de los bienes del clero, la libertad de cultos, el reconocimiento al registro civil y la secu-

---

<sup>71</sup> José T. Cuellar, convocó a la creación de un primer Liceo Mexicano, que buscaba las bases del teatro nacional, pero su existencia fue breve. Véase Alicia Perales, *Asociaciones literarias mexicanas*, 1957, pp. 70-71.

<sup>72</sup> En Leticia Algaba, “Prólogo” a *Novelas y Cuentos* de José María Roa Bárcena, 2000, p. xix. En esta edición se incluye *La Quinta Modelo* (1857).

<sup>73</sup> Véase “Prólogo”, en José María Roa Bárcena, *Relatos*, 1993, p. ix.

larización de los cementerios. Al restaurarse la República, Roa Bárcena estuvo en la cárcel unos meses junto a otros connotados conservadores que perdieron sus derechos políticos.<sup>74</sup>

A las Veladas Literarias también asistían personas no intelectuales como el general Porfirio Díaz; así como nuevos valores, entre ellos Justo Sierra Méndez. Las reuniones se distinguieron por la unidad de los fines y fueron un acontecimiento de la mayor importancia en la historia cultural mexicana:

Si los escritores diferían en sus ideas políticas, en cambio estaban de acuerdo en el afán de crear una literatura verdaderamente nacional, donde el paisaje, los tipos (personajes), el lenguaje y las costumbres que se representaran correspondieran al auténtico modo de vida y la historia del país, es decir que reflejaran el carácter nacional.<sup>75</sup>

En esas sesiones de lectura se daban a conocer tanto poemas como fragmentos de novelas; éste fue el caso, por ejemplo, de los primeros capítulos de *Calvario y Tabor. Novela histórica* de Riva Palacio, que posteriormente se publicó en volumen junto con la recopilación de algunos de los poemas leídos por Altamirano. Las Veladas, sin embargo, se terminaron en abril de 1868, por aprobación unánime de los participantes, según algunos, por petición del mismo Altamirano,<sup>76</sup> pero antes de desaparecer cumplieron con el cometido de promover la creación de una literatura que destacara lo particular mexicano dentro de la literatura universal; así como de promover la de otros ya famosos escritores de obras consideradas “costumbristas”, como *El periquillo sarniento*, de José Joaquín Fernán-

---

<sup>74</sup> Véase *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*, 1981, p. 15.

<sup>75</sup> José Orúz Monasterio, “Las novelas históricas de Vicente Riva Palacio”, en *Secuencia*, núm. 21, septiembre-diciembre, 1991, pp. 29-30.

<sup>76</sup> Véase Alicia Perales, *Asociaciones Literarias Mexicanas*, 1957, p. 76.

dez de Lizardi o *Astucia* de Luis G. Inclán, en las cuales se intenta el retrato de lo nacional.<sup>77</sup>

A principios de 1868 se acentuó el propósito de seguir impulsando la expresión nacional, ya que la literatura —entendida siempre en su sentido abarcador como suma de conocimientos multidisciplinarios— era ponderada como vehículo adecuado para el proceso civilizatorio y nacionalista. Tal intención en 1868 era heredera de otras, como fue el caso de Tadeo Ortiz,<sup>78</sup> quien en 1832 señalaba la necesidad que tiene la nación de reunir un cuerpo de sabios y literatos para constituir una academia de ciencias,<sup>79</sup> ya que en la medida en que los pueblos abandonan o se aplican a las ciencias y las artes, se embrutecen o civilizan.<sup>80</sup>

Otra propuesta de semejante tenor fue la dada en 1844 por Luis de la Rosa en una conferencia del Ateneo Mexicano,<sup>81</sup> en ésta señalaba que no se llegaría a conocer en México la importancia de la literatura, así como su influencia “en la civilización y en el engrandecimiento de la patria, hasta que se llegue a formar una literatura verdaderamente nacional”,<sup>82</sup> para lo cual hubo que esperar, entre otros hechos, a la culminación del proceso de independencia. Es decir, para la creación de una poesía nacional, por ejemplo, fueron necesarias la emancipación y la seguridad a la libertad creativa, como señaló el

---

<sup>77</sup> Véase José Ortiz Monasterio, “*Patria*” *tu ronca voz me repetía... biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, 1999, p. 163.

<sup>78</sup> Para mayores datos biográficos véase Ernesto de la Torre, “La política americanista de Fray Servando y Tadeo Ortiz”, en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, 1980, pp. 67-84.

<sup>79</sup> Tadeo Ortiz Ayala, “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 42.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>81</sup> Luis de la Rosa: político de ideas liberales, varias veces fue Ministro de Relaciones, Ministro de Hacienda y de Justicia; también poeta, historiador y ensayista.

<sup>82</sup> Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 99.

entonces joven de 26 años Guillermo Prieto: en el año de 1821, disipado el humo de las batallas se presentaba un horizonte “inmenso de gloria a las musas mexicanas”.<sup>83</sup>

Sin embargo, es necesario resaltar que pese a las opiniones anteriores, la tarea de poner una base o plataforma desde la cual comenzar, llevó a los escritores mexicanos del primer tercio del siglo XIX a dudar sobre qué tramos del pasado incluir o qué dejar fuera. Para unos, como Francisco González Bocanegra, debía ser incorporada la literatura medieval española; otros, como Tadeo Ortiz, se inclinaban por obras de personajes anteriores a la conquista española como Nezahualcóyotl; e incluso algunos proponían que el comienzo de la literatura nacional estaba en la formación de la Academia de Letrán en 1836.<sup>84</sup> Lo anterior dejaba fuera a autores novohispanos tan importantes como Sor Juana Inés de la Cruz; se aspiraba, doctrinariamente, a excluir los tres siglos coloniales y el pasado indígena. Así entonces, y con el triunfo de la República, se acentuó la búsqueda de la expresión nacional. En 1869, Ignacio Manuel Altamirano convocó a todos los escritores, sin distingos ideológicos, a colaborar en *El Renacimiento, periódico literario*, en la “Introducción” se leen los propósitos:

[...] el progreso de las letras en México no puede ser más favorable, y damos por ello gracias al cielo, que nos permite una ocasión de vindicar a nuestra querida patria de la acusación de barbarie con que nos han pretendido infamarla los escritores franceses. [Nace con el] objeto, pues de que haya en la capital de la república un órgano de estos trabajos, un foco de entusiasmo y de animación para la juventud [...]. Mezclando “lo útil con lo dulce”, según reza la recomenda-

<sup>83</sup> Guillermo Prieto, “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 118.

<sup>84</sup> En “Presentación” a *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 10.

ción del poeta [...] llamamos a nuestras filas a los amantes de las bellas letras de todas la comunidades políticas [...].<sup>85</sup>

#### JUAN ANTONIO MATEOS ESCRITOR DE NOVELAS HISTÓRICAS

En 1868 Juan Antonio Mateos Lozano, con 37 años, era ya un reconocido dramaturgo y periodista, campo en el que ya destacaban sus ideas en defensa de México y su reconocimiento a las luchas populares. Por ejemplo, así lo expresaba él, en 1856, a través de un artículo periodístico: “el pueblo ha comprendido su misión [...] es uno siempre, nunca muere, jamás puede desaparecer [...] el pueblo defiende su libertad. ¡La voz del pueblo es la voz de Dios!”.<sup>86</sup> Esta idea de pueblo como un cuerpo homogéneo y central será la que Mateos utilice en sus novelas y se acerca a la planteada por los historiadores, sobre todo para los que cultivaron la historia de tipo romántico, y como señalaba Luis de la Rosa:

Es cierto que la historia no debe ser sino la relación fiel de los hechos y sus más verídica exposición; pero la imaginación es necesaria para dar a los hechos que se refieren y a las escenas que se describen ese tinte de verdad, ese colorido de vida, ese tono dramático que es necesario para dar interés a los hechos.<sup>87</sup>

Mateos había sido testigo y participante de algunos de los sucesos históricos que culminarían en 1867 y esa experiencia de primera mano fue plasmada en su obra literaria. Así, en su novela *Memorias de un guerrillero* de 1897, el novelista refiere la participación de algunos de sus hermanos en la guerra de los

<sup>85</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Introducción”, *El Renacimiento*, en *Obras Completas*, núm. XIII, t. 2, 1988, pp. 14-15. La revista es una fuente para conocer a autores mexicanos y las lecturas que ellos hacían de autores europeos.

<sup>86</sup> En *El Monitor Republicano*, 8 de febrero de 1856.

<sup>87</sup> Luis de la Rosa, “De la utilidad de la literatura”, en *La misión del escritor*, 1996, p. 99.

Tres Años, obra en la que hace un homenaje a los caídos en 1859 y con la restauración de la República se les nombrarían “mártires de Tacubaya”.<sup>88</sup> Después de la escritura de novelas, Mateos incursionó en la narración histórica y escribió la *Historia parlamentaria de los congresos constituyentes*, anunciada por el autor en la sesión del Congreso de la Unión, el 19 de mayo de 1876, con el fin de registrar las disposiciones de mayor importancia desde el “primer día de la Independencia hasta la Constitución de 1857”.<sup>89</sup>

En el terreno literario, la experiencia de Mateos en la escritura de los *Dramas históricos* fue de provecho en la escritura de novelas históricas, que comenzó en 1868 con *El Cerro de las Campanas*. Además de Mateos, hubo otros liberales que escribieron novelas sobre el Segundo Imperio de manera casi inmediata. Las plumas de sus correligionarios Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano se dieron a la tarea de narrar el acontecimiento en *Calvario y Tabor* (1868) y *Clemencia* (1868).<sup>90</sup> De hecho, el episodio fue tan memorable que durante el último tercio del siglo XIX y a principios del XX, varios autores se encargaron de seguir novelando el periodo. Ireneo

<sup>88</sup> Véase Juan Antonio Mateos, *Memorias de un guerrillero*, 1900, pp. 325-326.

<sup>89</sup> Declaración verosímil pues en dieciocho ocasiones fue diputado representando a varios estados de la República, entre 1861 y 1902. Véase Felipe Remolina, “Juan Antonio Mateos, parlamentario del siglo XIX”, en *Historia parlamentaria de los congresos mexicanos, 1812 a 1822*, 1997, p. 154.

<sup>90</sup> La velocidad con la que escribían los mexicanos es comparable a las ediciones mexicanas de textos de extranjeros de diferentes géneros del discurso sobre el periodo, traducidos al español. Por ejemplo, en el último número de agosto de 1869 de *El Renacimiento*, se registraban: *Memorias de un oficial del emperador Maximiliano*, de Alberto Hans, o las de Félix de Salm Salm, *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*. Del mismo modo ocurría con los apuntes autobiográficos, como: *Querétaro. Apuntes del Diario de la Princesa Inés de Salm Salm*. Además, en el mismo número se daban a conocer la publicación de novelas europeas como *El hombre que ríe* de Víctor Hugo; y novelas históricas por entregas de mexicanos, como la de Mateos, *Sacerdote y caudillo. Memorias de la insurrección* (con referencia al cura Hidalgo). Véase Ignacio Manuel Altamirano, “Boletín bibliográfico”, *El Renacimiento, Periódico Literario*, edición facsimilar, t. 1, 1993, pp. 509-511.

Paz, en 1899, dedicó textos a Maximiliano y a Juárez; Victoriano Salado, entre 1902 y 1906, se ocupa también de ellos.

Mateos escribió siete novelas históricas, de 1868 a 1913. En ellas narró algunos de los acontecimientos más importantes de nuestra historia del siglo XIX; en 1882, Riva Palacio le dedica un artículo en *Los Ceros, galería de contemporáneos*, en el que pondera su obra, muy conocida en todo el país; como novelista, agrega, tiene el “gran mérito de haber intentado crear la escena nacional”. Más importante aún, destaca que *El Cerro de las Campanas*, *El sol de mayo*, *Sacerdote y caudillo* y *Los insurgentes* “pertenecen a la novela histórica y no pocas veces, datos que en publicaciones serias relativas a la historia del país no pueden encontrarse, se hallan en las novelas de Mateos”.<sup>91</sup>

En orden cronológico, las novelas narran: la guerra de Independencia en dos de 1869: *Sacerdote y caudillo* y *Los insurgentes*, un breve episodio sobre los “Niños héroes”, en *Sangre de niños* de 1901;<sup>92</sup> la guerra de Reforma en *Memorias de un guerrillero*, de 1897; la Intervención Francesa y la caída de el Segundo Imperio en *El Cerro de las Campanas* y *El sol de mayo*, de 1868, está última sobre sucesos anteriores, como la batalla del 5 de mayo de 1862; y el fin del régimen de Porfirio Díaz en *La majestad caída*, publicada en 1914. Conviene señalar que en 1875 Mateos escribió *Romances y leyendas*, con un prefacio de Guillermo Prieto (edición de Ignacio Cumplido), géneros que tocan sucesos históricos, pero no incluye personajes ni episodios relacionados con el Segundo Imperio.

*El Cerro de las Campanas* fue así anunciada el 3 de enero de 1868: “El Cerro de las Campanas (Memorias de un guerrillero). Novela histórica, por Juan Antonio Mateos. Suscripción.

<sup>91</sup> Vicente Riva Palacio, *Los Ceros, galería de contemporáneos*, 1996, pp. 219-222.

<sup>92</sup> La extensión de esta obra es inusual para el estilo de Mateos, de sólo 138 páginas; el título completo es *Sangre de niños (una página de Chapultepec), novela histórica*. La edición pertenece a una colección de los periódicos *El Imparcial* y *El Mundo* de 1901. Destaca la dedicatoria de Mateos “al Colegio Militar”.

Se publica una entrega semanal de 32 páginas: precio de cada entrega UN REAL”.<sup>93</sup> Posteriormente, a la conclusión de las entregas *El Renacimiento*, en la Sección “Boletín Bibliográfico”, anunció la formación en “volumen en 4to. y de muy buena impresión”, a cargo de la Imprenta de Ignacio Cumplido.<sup>94</sup>

Mateos se sirvió de la mayor parte de los recursos literarios presentes de las novelas históricas europeas, entre las que sobresalen las del escocés Walter Scott, que llegaron a nuestro país desde el primer tercio del siglo xix,<sup>95</sup> junto con las de escritores franceses como Balzac, Sue, Hugo y Dumas. Por ejemplo, y mostrando especial admiración hacia Hugo, Mateos realizó dos adaptaciones en verso para obras de teatro de *Los miserables* -pieza estrenada en México en el Teatro Principal en 1863, un año después de la publicación en Europa,<sup>96</sup> y de *El hombre que ríe*, aunque dicha admiración parece ser más clara en la narrativa, ya que al inicio de su segunda novela histórica sobre la Intervención, *El sol de mayo*, hace la descripción de una casa y señala, aparentemente sin mucha relevancia, las “novelas más distinguidas de Walter Scott, Víctor Hugo, Dumas y Fernández y González”,<sup>97</sup> que estaban en un estante que contenía los libros de historia.

---

<sup>93</sup> *El Siglo XIX*, 4 de enero de 1868.

<sup>94</sup> En Ignacio Manuel Altamirano, “Boletín Bibliográfico”, *El Renacimiento. Periódico Literario*, ed. facs., 1993, p. 43. El valioso trabajo del editor Ignacio Cumplido ha sido estudiada por Arturo Aguilar, en “El mundo del impresor Ignacio Cumplido”, en *Historia de la vida cotidiana en México. Bienes y vivencias en el siglo XIX*, t. iv, 2005, pp. 499-526.

<sup>95</sup> Apoyándose en Iris Zavala, Leticia Algaba señala que tanto *Ivanhoe* como *El talismán* fueron novelas muy leídas en México y que, en el caso de la segunda, su difusión fue simultánea en Londres y México; en “Por los umbrales de la novela histórica”, *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. i, 2005, p. 287.

<sup>96</sup> En Clementina Díaz “Prólogo” a *El Cerro de las Campanas*, 1985, p. xv y xxxi.

<sup>97</sup> *El sol de mayo*, 1993, p. 16.



LA PRIMERA NOVELA HISTÓRICA DE MATEOS: UNA MIRADA A LA  
TRAMA Y A LOS PERSONAJES

*El Cerro de las Campanas* fue bien acogida por los lectores. Como ya antes mencionamos, fue publicada primero por entregas semanales que posteriormente se convirtieron en volúmenes, y logró un pronto éxito pues casi de inmediato se elaboró una nueva edición de la primera entrega.<sup>98</sup> Cabe referir que de acuerdo con algunos estudios actuales, se calcula que el número de lectores haya sido alrededor de varias decenas de miles.<sup>99</sup> Número que se incrementaba considerablemente con el efecto multiplicador de la lectura en voz alta en las distintas poblaciones y comunidades, factores que convirtieron a Mateos en uno de los escritores —junto a otros, como Riva Palacio— que lograron prestigio y éxito editorial inmediato. De las entregas se pasaba al volumen, un procedimiento mercantil semejante a las novelas de folletín, género popular en Europa y también en México.<sup>100</sup>

Aunque más adelante se analizan de manera particular los dos subtítulos de *El Cerro de las Campanas*, así como los títulos de los capítulos, en este apartado conviene hacer referencia sólo al título de la novela, así como a los de cada una de las partes que la conforman. El título que escogió Mateos remite de manera inequívoca al lugar que, como ya se dijo, metafóri-

<sup>98</sup> Clementina Díaz y de Ovando, en el “Prólogo” a *El Cerro de las Campanas*, refiere que en el periódico *El Siglo XIX*, del 11 de enero, se daba cuenta del éxito de la novela, ya que se había agotado la primera entrega en menos de una semana, por lo que el diario había comenzado una reedición.

<sup>99</sup> Cálculo de Ortiz Monasterio citando como fuente a Nicole Girón, en “*Patria*” *In ronica voz me repetía... biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, 1999, p. 108.

<sup>100</sup> El folletín se diferencia de la novela por entregas en que el primero estaba inserto dentro del cuerpo del texto del periódico, mientras que las entregas constituían un legajo de páginas que al finalizar las entregas formaban un libro. Al respecto, Iris Zavala explica el funcionamiento de este modo de producción literaria, en “Realismo y folletín: literatura mercantil”, *El texto en la historia*, 1980. p. 19.

camente representaba el fin del Segundo Imperio. El Cerro de las Campanas (llamado así por el sonido particular que hacen algunas de las piedras de este sitio) fue el lugar en el cual se cumplió la orden de ejecución del gobierno de Benito Juárez sobre Maximiliano de Habsburgo, y sobre los militares monárquicos Miguel Miramón y Tomas Mejía. Sin embargo, es paradójico que, y como señala Konrad Ratz, el sitio se convirtió en lugar de conmemoración para partidarios del Imperio y de la República. De hecho, el primer monumento de varios de los que ahí se construyeron fue obra de algunos conservadores que en el Porfiriato habían recuperado importancia política.<sup>101</sup>

En relación a los títulos de las cuatro partes y el epílogo de la novela, cumplen con la función de guiar la lectura, al mismo tiempo que aportan mayor referencia al tema del que se trata.<sup>102</sup> Así, la primera parte se titula “La Intervención” y consta de once capítulos, de los que sobresale el primero: “La noche triste”, que remite a la otra *noche triste* en la cual, tres siglos antes Hernán Cortés, el conquistador, había llorado al sufrir un revés militar por las fuerzas mexicas en la calzada de Tacuba; del mismo modo, como una alusión al hecho aciago, para los liberales, de que las tropas republicanas abandonaran la ciudad de México para comenzar el denominado “gobierno itinerante” de Benito Juárez. La segunda parte, “El imperio”, está formada por catorce capítulos, de los que destaca el primero, *Algo de historia*, en el cual Mateos da cuenta con detalle de algunos acontecimientos históricos de relevancia, y de ese tenor es la escena en la que una comisión de mexicanos fue al castillo de Maximiliano en Italia a ofrecer la corona de México al Archiduque. La tercera parte se titula “Un trono sobre un monte de oro” y en ésta se destaca un episodio, *El guerrillero*,

<sup>101</sup> Véase Konrad Ratz, *Querétaro fin del Segundo Imperio mexicano*, 2005, pp. 371-379.

<sup>102</sup> Véase Gerard Genette, “Los intertítulos”, en *Umbrales*, 2001, pp. 250-271.

en el que el autor incursiona en la vida íntima de Maximiliano y recrea una supuesta escena entre el emperador, el guerrillero Pablo Martínez, un personaje ficticio, y la hermana de éste. La cuarta parte, “Un hombre por una nacionalidad”, es la más extensa pues tiene más de treinta y cinco capítulos, y sobresale por ser la más doctrinaria. En ésta el autor da cuenta de los hechos que derivaron en el triunfo de las armas republicanas, así como una justificación por la ejecución de Maximiliano, al mismo tiempo que narra los sucesos con los que concluye la trama. De esta parte destaca el capítulo trigésimo tercero *El presidente Juárez*. Por último, un epílogo titulado “La sombra de Dios”, en el cual Mateos señala al que considera el culpable de la muerte de Maximiliano.

La trama de la novela es la siguiente: en medio de la guerra de ocupación (1862-1867) que tiene lugar en México, se desarrollaba una historia de amor, en la cual una pareja de enamorados, el coronel Eduardo Fernández y la jovencita Luz Fajardo, tenía diversas dificultades que impedían su relación afectiva. Al mismo tiempo que se desarrollaba la campaña militar, el guerrillero Pablo Martínez —cuyas “Memorias” parecen corresponder al primer subtítulo de la novela— actuaba en la defensa mexicana, junto con Eduardo Fernández, principalmente en la parte central del país. En la trama intervienen los personajes históricos más destacados en la lucha contra el Segundo Imperio; y personajes ficticios, como corresponde a una novela histórica. Además, aparece una relación amorosa entre Maximiliano y Guadalupe, la hermana del guerrillero Martínez. En la novela se encuentran diferentes episodios en los que intervienen, junto a Pablo Martínez, diversos personajes históricos, destacando el guerrillero Nicolás Romero.

La narración de *El Cerro de las Campanas* comienza en la ciudad de México, a donde han llegado las tropas francesas que, victoriosas, han tomado Puebla días antes, a casi un año de la victoria militar republicana del 5 de mayo, y se dirigen

a la capital del país. Mateos situó al lector en el tiempo y el espacio, desde la primera página:<sup>103</sup>

La tarde del 31 de mayo de 1863, el ejército de la república, resueltamente abandonaba la capital [...]. A las cuatro de la tarde de ese memorable día, el presidente Juárez y sus ministros salieron para el interior del país después de haber ordenado la retirada de las tropas [...]. El ejército se retiraba sin precipitación alguna, los soldados marchaban en orden de parada, era un movimiento militar no una huida (p. 1).<sup>104</sup>

En relación con los personajes, éstos fueron presentados de un solo trazo, raramente cambiaban su comportamiento, un rasgo presente en las novelas de folletín. Eran, como señala E. M. Forster, personajes planos:

En su forma más pura se les construye [...] en torno de una sola idea o cualidad: cuando hay más de un factor en él, comienza a aparecer la curva que lleva al personaje esférico. El personaje realmente plano puede expresarse en una oración [...].<sup>105</sup>

Al ser personajes invariantes en su comportamiento, el lector desde el inicio sabía de qué manera eran y de qué lado estaban. En el mundo narrado existían dos zonas: la de

<sup>103</sup> El binomio tiempo-espacio es clave en la conformación del mundo narrado, del universo “diegético”, como señala Luz Aurora Pimentel, para cuya construcción se eligen y/o inventan ciertos lugares, actores y acontecimientos con los que se irá dibujando una “historia”. La selección, sin embargo, va más allá de una colección arbitraria de incidentes aislados. Porque si el relato ha de tener una “significación narrativa” [...] si ha de cumplir con su parte del “contrato de inteligibilidad” [...] que ha pactado con el lector; esto sólo será posible a partir de una acción y de una temporalidad primordialmente humanas”. Véase *El relato en perspectiva*, 2005, p. 18.

<sup>104</sup> Puesto que *El Cerro de las Campanas* es la novela objeto de estudio, de aquí en adelante y lo que resta del capítulo, las citas textuales irán en el texto y la página entre paréntesis, y corresponden a la edición de Porrúa, 1985 (Sepan Cuantos 193).

<sup>105</sup> E. M. Foster, *Aspectos de la novela*, 1961. p. 92.

los personajes ‘buenos’, en este caso los liberales; y la de los ‘malos’, conformada por los conservadores y promonárquicos, especialmente Napoleón III, emperador de los franceses, quien preso de la ambición envió fuerzas castrenses contra la debilitada República mexicana para sostener una monarquía.

#### LOS PERSONAJES: EL GUERRILLERO PABLO MARTÍNEZ, GOZNE DE LA INTRIGA

Uno de los personajes principales de *El Cerro de las Campanas*, al que el autor-narrador cede la voz al principio de la novela, es el guerrillero Pablo Martínez, personaje ficticio que actúa en varios niveles de la intriga y que se desenvuelve en los diferentes estratos sociales y en las altas esferas del poder político. El movimiento del personaje permite al lector, de ayer y hoy, conocer el mundo de los conservadores y liberales en pugna. El personaje se convierte en el gozne que permite que el lector conozca los diferentes lugares y personas que representan los estratos de la sociedad.

Al principio de la novela, el lector conoce el ambiente casi de fiesta que había en las filas de los guerrilleros que formaban la columna vertebral del ejército republicano. Asimismo, se narran las aventuras y lances de Pablo Martínez y de su querido compañero de lucha, Quiñones, así como sus amistades con los diferentes mandos y jefes del ejército. Por ejemplo, cuando el general Pueblita pasaba por el pueblo de Ario en Michoacán, en donde habitaba Pablo Martínez, se dirige a él y, con la familiaridad que sólo nace del previo conocimiento, ya que Pablo se había enrolado desde que tenía veinte años en las tropas republicanas,<sup>106</sup> le dice: “¿Pablo quieres venir

<sup>106</sup> Este dato no del todo preciso, parece situar la edad de Pablo Martínez, en el presente de la novela, alrededor de los treinta y cinco o treinta y siete años, ya que Mateos no da el año de enrolamiento del guerrillero, sólo alude a su participación en la Revolución de Ayutla, por lo que pudo haber sido en el periodo de 1855 a 1857.

conmigo? Vamos a defender al país contra sus tiranos, contra esos infames que han sentenciado a tu padre” (p. 12).

Otros personajes que destacan son los padres de Luz pues representan al grupo de mexicanos deslumbrados por el rito y las supuestas oportunidades de mejora de estatus que la monarquía traería. Eran de alguna manera advenedizos en el mundo conservador. Será esta pareja de mexicanos presa de muchas situaciones graciosas, en las que el narrador los pone en aprietos, aunque no culminan en tragedia, sino en un simple regaño moral por parte del autor-narrador, pues al final de la novela los reconcilia con el grupo liberal, hecho que bien puede representar el espíritu de reconciliación necesario, después de una guerra cuyo inicio bien se puede extender años atrás hasta la guerra de los Tres Años, en 1858. El retrato de los Fajardo, entonces, es digno de citarse:

El señor de Fajardo era un hombre alto, erguido como un ganso disecado, de nariz arremangada y frente mezquina. Usaba patillas y un pelucón color de cerda de jabalí, que se elevaba a tres centímetros de su frente [...]. La señora de Fajardo era una vieja enjuta como una caña de invierno, no había en toda ella más protuberancia que su larga nariz amoratada color de rábano, sus labios formaban una línea imperceptible [...]. Las piedras rodando se encuentran. Una mirada eléctrica cruzó entre aquellos seres criados el uno para el otro (pp. 4-5).

El peor error de los padres de Luz, como la de otros mexicanos, fue –según Mateos– haber abrazado la causa monárquica y el querer asimilar en exceso pautas de comportamiento de la cultura francesa. Este comportamiento fue llevado hasta el ridículo de manera divertida por el escritor mexicano:

¡Monarquía!, exclamó la señora de Fajardo, ¡monarquía!, renacerán los tiempos de Luis XIV, las intrigas, ¡la Pompadour!...sí, es abominable llamarse Fajardo, es

necesario inventar un apellido más retumbante y que trascienda a francés, por ejemplo Coquelet. —No, eso no, respondió [su marido] el diplomático, así se llama el pastelero de enfrente. —Es verdad, no lo recordaba; pues entonces, *Paté foagrá*. —Señora, dijo don Serafín [el amigo], eso quiere decir, hígado de pato. —¿Y qué importa?, ¿no hay quien se llame Cabeza de Vaca? [...] (p. 56).

La ridiculización de los esposos Fajardo contrasta con el retrato del *chinaco* y representante del soldado de a pie, Pablo Martínez:

[...] era el tipo determinado del guerrillero, de traje muy sencillo, un sombrero alemán con galones y toquillas de plata, chaqueta de paño con alamares, calzonera negra con botonadura de plata de concha, botas de cuero de venado, su revolver puesto a la cintura donde se ceñía su canana. Montaba un caballo negro como la noche [...]. Los arneses eran de un gusto exquisito. Pendiente de una correa y puesta entre las arciones de la silla, estaba la espada de un temple magnífico. Una reata en los *tientos*, y debajo y por ambos lados del *vaquerillo* dos pistolas dragonas (p. 18).

En muchas de las aventuras y diálogos de Pablo hay un toque popular, pero además, un homenaje a muchos mexicanos muertos en la lucha que, posteriormente, se convertirían en parte del panteón de los héroes más reconocidos, como Ignacio Zaragoza o Santos Degollado, y de otros que no lo serían tanto como fue el caso de Nicolás Romero. Pablo Martínez es el personaje en el que Mateos esbozó el prototipo del mexicano patriota y desinteresado, que representaba a esa parte del pueblo mexicano que siempre se opuso a la imposición de un gobierno espurio.<sup>107</sup> Él será el personaje más congruente en su actuar:

---

<sup>107</sup> Este personaje es tan representativo que Mateos lo vuelve a incluir en la trama de su segunda novela histórica sobre la Intervención *El sol de mayo. Memorias de la Intervención* de 1868.

El capitán Martínez era uno de aquellos hombres que se encuentran en todas las revueltas políticas, que se aprovechan en los lances más críticos, y que después se les olvida, sin que ellos se den por sentidos, pues al primer toque de alarma, ya están presentes y decididos a arriesgar su vida [...] (p. 2).

#### NICOLÁS ROMERO, EL GUERRILLERO HISTÓRICO

En la intriga de *El Cerro de las Campanas* Pablo Martínez se desenvuelve junto a algunos personajes históricos; llega a formar parte del cuerpo militar del general Vicente Riva Palacio; conoce y actúa junto a Nicolás Romero, cuya muerte ocurrió en marzo de 1865 en la plazuela de Mixcalco, donde fue fusilado por un pelotón del ejército imperial de la ciudad de México. Este hecho causó una profunda impresión entre los militares liberales, especialmente en Riva Palacio, ya que Nicolás Romero combatió bajo su mando, por lo que no fue extraño que Mateos y Riva Palacio lo hayan llevado a sus novelas históricas. En *Calvario y Tabor* (1868) así lo describía Riva Palacio:

El león de la montaña como le decían los franceses, era un hombre como de treinta y seis años, de una estatura regular, con una fisonomía completamente vulgar, sin ninguna barba, el pelo cortado casi hasta la raíz, vestido de negro, sin llevar espuelas, ni espada, ni pistolas [...] el hombre que llenaba medio mundo con rasgos fabulosos de audacia, de valor, de sagacidad. Y sin embargo, Nicolás Romero era para sus enemigos y para sus soldados, un semidiós, una especie de mito.<sup>108</sup>

Nicolás Romero siguió siendo una figura importante en obras literarias sobre la Intervención Francesa y el Segundo Imperio en años posteriores. Por ejemplo, destaca la de Victoriano Salado Álvarez, en sus *Episodios nacionales* de 1906:

<sup>108</sup> Vicente Riva Palacio, *Calvario y Tabor. Novela histórica y de costumbres*, 1997, p. 83.



—Ándale, gabachito; arrímate al buen tostado —me dijo un chinaco de gran sombrero y de barbas aborascadas. —Arrímate, que en el campamento de Nicolás Romero no hay hambre —y me señaló un cordero al pastor que exhalaba un vaho capaz de provocar el apetito del más desganado. —Ándale hombre, haz tu taco; no te acuites, agarra gorda —exclamó otro que había empalmado media docena de *nejas* y les había puesto por vía de un sainete un trozo de un succulento corderillo. —La fortuna de éste es haber caído en manos de Nicolás. —Nicolás le ha de tratar bien. —Y le ha de dejar libre. —Si no hay como el jefe, digan lo que quieran. —¡Tan parejo! —¡Tan hombre! —¡Tan noblotel —Valiente como él sólo... —Las zurras que les tiene dadas a los franceses. —Lo de Anganguero... —Lo de Venta del aire... —Lo de Tulilo... —¿Y quién es Romero? —pregunté tímidamente en mi español afrancesado. —¿Qué dice?... —¿Pero quién es este franchute? —¡Qué atrasados andan en Francia!... —No soy francés, soy belga —repuse tímidamente. —Es lo mismo. —Es igual. Francia y Bélgica son como Morelia y Guadalajara [...].<sup>109</sup>

En relación con lo anterior, merece una mención aparte lo que señala Clementina Díaz y de Ovando en prólogo a *El Cerro de las Campanas* (1985), ya que nos dice que tres años antes de la escritura de la novela, Juan Antonio Mateos escribió un artículo en *La Orquesta*, en el que criticó el fusilamiento de Nicolás Romero y ahí lo consideraba un “héroe de la libertad”. Calificativo que se corresponderá con el parentesco entre el personaje histórico y Pablo Martínez, el personaje ficticio de la novela.

#### LAS “MEMORIAS” DEL GUERRILLERO

Antes de proseguir con el análisis de los personajes, es necesario dedicar un apartado para examinar el primer subtítulo

<sup>109</sup> Salado Álvarez, le dedica un capítulo emblemático en el cual el guerrillero mexicano es hecho presa de manera casual por parte de tropas francesas, tomando como base una anécdota que narra Eduardo Ruiz. Véase

de *El Cerro de las Campanas*, “Memorias de un guerrillero”.<sup>110</sup> En las primeras páginas de la novela, (p. 12), inicia un entrecomillado que no se cierra, omisión que, verificamos, se repite en todas las ediciones de la novela. La función del breve fragmento entre comillas es subrayar la voz de Pablo Martínez que en primera persona del singular señala: “Nací en el Estado de Michoacán, paisano del cura Morelos [...] Michoacán es el país de la libertad, allí nada está encadenado” (p. 12).

Este recurso del autor-narrador corresponde a la autobiografía del personaje, le da fuerza al relato y se puede leer también como el texto de las *Memorias* de un testigo y participante de los hechos que se cuentan, pero como antes señalamos, el autor-narrador lo abandona de inmediato. Se trata de un recurso frecuentemente utilizado por los novelistas histó-

---

*Episodios nacionales: Santa Anna, la Reforma, la Intervención, el Imperio, la corte de Maximiliano*, 1985, pp. 169-181.

<sup>110</sup> En posteriores ediciones de *El Cerro de las Campanas* desaparece el subtítulo “Memorias de un guerrillero”. Por ejemplo, en la versión de 1900 de Maucci Hermanos, en la cual se incluyen imágenes de los principales personajes históricos comenzando con Porfirio Díaz, Maximiliano, Carlota, Mejía, Miramón, Márquez, López, Juárez e incluso dos imágenes no muy reveladoras de Pablo Martínez. En la versión de la Editorial Nacional de 1962 (496 pp.) se mantiene el subtítulo, “novela histórica”. En la versión “condensada” (268 pp.) de la edición SEP-PROMEXA de 1981 (profusamente ilustrada, que incluye un apéndice iconográfico de 9 pinturas elaboradas entre 1862 y 1865 por Constantino Escalante y Hesiquio Iriarte, las cuales recrean los mayores éxitos militares de las fuerzas liberales) sólo aparece el título principal *El Cerro de las Campanas* y no se incluye el episodio en el que Pablo Martínez cuenta su vida. El lector de esta versión condensada no sabe del pasado de Pablo ni de la tragedia familiar que lo aqueja, pero sí se incluye la relación entre la hermana de Pablo y Maximiliano. En dos ediciones posteriores se conserva el subtítulo de “Memorias de un guerrillero”, en la de 1983 editada en tres tomos con más de seiscientas páginas por la Secretaría de la Defensa Nacional, y la más amena para el lector por su formato semejante al original de 1868. Esta edición se produjo para formar parte de la colección “Biblioteca del oficial mexicano”. La última de 1985, de la Editorial Pornia, colección Sepan Cuantos es la más accesible y continúa en venta actualmente.

ricos europeos, como señala Kurt Spang, para dar ilusión de autenticidad y de veracidad:

[...] todos o casi todos los recursos y en primer lugar en la estructuración de la narración, de tal forma que surge la impresión de una reproducción auténtica del acontecer histórico. Se crea la ficción de que coinciden historia y ficción, se ignora por tanto, o por lo menos se esconde, el hiato entre los dos ámbitos de la historia y la literatura.<sup>111</sup>

Mateos, el autor-narrador, en posesión de las *Memorias* de Pablo Martínez, elaboró la trama narrativa ya no solamente con base en ese texto, sino completándolo con su propia omnisciencia, como un demiurgo que daba forma a ese mundo de la novela. Este papel omnisciente, añade Spang, es muy frecuente en las novelas históricas:

La novela histórica clásica e ilusionista da preferencia al llamado narrador omnisciente que desde el principio conoce los orígenes y el final de la historia y también la intimidad de sus figuras. Lo que llamamos visión “desde arriba”, la visión del que domina las circunstancias.<sup>112</sup>

Con la estrategia antes señalada, y con base en lo que sostiene Celia Fernández, verificamos que el autor-narrador: “pretende un efecto de autenticidad histórica, tiende a basar lo narrado en una fuente de origen competente y fidedigna que merezca el crédito y la confianza del lector empírico”.<sup>113</sup>

También, y por ser “documentos”, las *Memorias* dan veracidad histórica y dotan de verosimilitud literaria. Mateos se valió de este recurso, pero sólo aparece, como ya señalamos, en escasas dos páginas del capítulo inicial de la primera parte de la novela (pp. 12-14). No obstante, el lector podía advertir

<sup>111</sup> Kurt Spang, “Apuntes para una definición de la novela histórica”, en *La novela histórica, teoría y comentarios*, 1998, p. 66.

<sup>112</sup> *Ibid.*, 1998, p. 75.

<sup>113</sup> Celia Fernández, *Historia y ficción: poética de la novela histórica*, 1998, p. 203.

la autobiografía del guerrillero, escuchar directamente su voz. En las memorias, el lector del momento de la producción de la novela (1868) seguramente escuchaba la vivencia del soldado de a pie, y se adheriría al patriota, al representante de la voz colectiva, la del pueblo. El personaje del guerrillero se une a los demás personajes como el del coronel Eduardo Fernández, su jefe inmediato, y a los de los sectores medios arribistas, por ejemplo, la familia Fajardo. Es así como en la novela aparecen representadas varias de las capas sociales de los años del Segundo Imperio.

Es necesario aclarar que la autobiografía y las memorias son géneros cercanos que se cultivaron durante el siglo XIX. Debido a esta cercanía, hay dificultades para encontrar diferencias entre ellos, sus fronteras son “subjetivas y móviles”,<sup>114</sup> ya que en los dos géneros la narración de lo vivido es llevada por alguien que cuenta su vida o experiencia. Sin embargo, la distinción radica en que mientras la autobiografía narra lo que se ha dicho acerca de lo que se ha hecho, las memorias dan cuenta de lo que se ha visto, hecho y conocido.<sup>115</sup>

Como habíamos señalado, el fragmento entrecomillado en *El Cerro de las Campanas* es muy breve y se encuentra sólo en las primeras páginas de la novela, lo cual da pie para conjeturas del por qué lo abandonó el autor-narrador. La primera interrogante que surge es: ¿fue una manera de atraer el interés del lector de la primera entrega?, ¿*Memorias de un guerrillero* es un subtítulo que refuerza el segundo subtítulo de la novela: *Novela histórica*? Lo que se puede percibir es que Mateos, el autor-narrador, obtuvo de manera desconocida para el lector las memorias de Pablo Martínez, pero es el autor-narrador el que no sólo las organiza, sino que tiene un conocimiento mayor al que posee el propio guerrillero, hecho que se hace evidente a

---

<sup>114</sup> Véase George May, *La autobiografía*, 1982, p. 150.

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 144.

través de diferentes elementos como los juicios morales que recurrentemente hace ingresar al texto, ya sea a través de la reflexión directa o de algunos de sus personajes. Su mirada otea y juzga el mundo narrado, utilizando todo recurso que considera necesario, uno de los cuales son las memorias de Pablo para contar su historia de la guerra de Intervención.

Pablo Martínez es un personaje “espejo” del pueblo, personifica al hombre patriota. Este afán de Mateos es una muestra más del nivel de conocimiento que de la sociedad mexicana tenía y, particularmente de las figuras populares, que ya había ensayado en los *Dramas históricos* que escribió con Riva Palacio, cuyo propósito era divertir al público y, al mismo tiempo, hacer propaganda de la causa republicana poniendo énfasis en el patriotismo.

En ese tiempo, y haciendo una breve analogía con el personaje Pablo Martínez, es válido señalar que había diversiones populares que usaron el modelo de la sátira política antes, durante y después del Segundo Imperio. Por ejemplo, estuvo la caricatura periodística, pero también estaban las representaciones teatrales con títeres, de las cuales hubo una que específicamente tuvo un gran impacto: *La Guerra de los Pasteles*, en la cual *El negrito* era un personaje que encarnaba no sólo al héroe nacional que enfrentaba al invasor sino al propio patriotismo. El enemigo era caracterizado por “monos” que representaban a los franceses y conservadores mexicanos que apoyaban el proyecto monárquico. Esta obra se presentó en la ciudad de México aprovechando la contraproducente táctica imperial de incrementar los días festivos para mejorar la imagen de Maximiliano entre la población;<sup>116</sup> así es descrito el espectáculo:

El melodrama comenzaba con un recordatorio de los demonios que amenazaban la nación y su forma de vida.

---

<sup>116</sup> William Beezley, “Cómo fue que el Negrito salvó a México de los franceses: las fuentes populares de la identidad nacional”, en *Historia Mexicana*, núm. 26, octubre-diciembre, 2007, p. 406.

Quando el telón se alzaba y aparecían monos, el público inmediatamente reconocía la representación como una sátira política que identificaba así a los malhechores que buscaban dominar la sociedad [...]. La gente, al menos los liberales, tenían sus héroes. Contra los franceses se alzaba El Negrito [...].<sup>117</sup>

A este tipo de espectáculo acudían la crema y nata de la intelectualidad liberal y entre los asistentes a este tipo de obras estuvieron Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y hasta Benito Juárez,<sup>118</sup> así como multitudes de niños y adultos, de ricos y pobres. Estas representaciones satíricas se valieron de la coyuntura política que la guerra de Intervención representó para promover imágenes en el colectivo social que fueron fuentes populares de la identidad nacional. A los liberales mexicanos, este tipo de representaciones y prácticas populares les vinieron bien en plena guerra, ya que permitió transmitir de manera sesgada la crítica al gobierno imperial y comenzar a construir no sólo héroes populares ficticios, sino también imágenes de los héroes de carne y hueso, como algunos que fueron plasmados en las novelas históricas sobre el fin del Segundo Imperio. Tal fue el caso de Pablo Martínez, el guerrillero de *El Cerro de las Campanas*, que bien representaba y tanto gustaba al público, que seguramente se emocionaría al leer —o escuchar, en todo caso— los lances valerosos del chinaco mexicano y de las fuerzas liberales, ya que como señalaba Ignacio Ramírez, no faltaba nada para resistir la invasión, había “orgullo” y “patriotismo”.<sup>119</sup>

<sup>117</sup> *Ibid.*, pp. 414-415.

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 410.

<sup>119</sup> Ignacio Ramírez, *Ensayos*, 1994, p. 67.

## LOS HÉROES PATRIOTAS DE LA NOVELA: EL GUERRILLERO FICTICIO Y EL GUERRILLERO HISTÓRICO

Juan Antonio Mateos creó un personaje del pueblo y para el pueblo, con los rasgos de un patriota surgido de las filas populares. Pablo Martínez era un hombre de campo, hijo de un padre caído en la desgracia, presa de una injusticia, y de una madre trágicamente apartada de su lado. Pablo Martínez aflora como un ser revestido de una valentía y fidelidad por la causa republicana a toda prueba; en él se puede apreciar al soldado anónimo que no se enredaba en estériles discusiones ideológicas; es patriota y republicano pues era su sentir, no por esperar recompensas u homenajes. Luchó en el bando liberal porque fue el de los hombres de la talla de Zaragoza o Degollado, el bando del pueblo, como señala: “para los pobres no hay justicia, es necesario hacérsola por nuestra mano” (p. 12). Quiere justicia para él y su familia, pero también para la nación. Haciendo una breve comparación, encontramos lo siguiente en *El Cerro de las Campanas*, sobre Nicolás Romero:

[...] hombre nacido en la cuna del pueblo, lleno de sentimientos nobles y generosos, se había lanzado de años atrás a la revolución llevando de un noble desinterés, elevando a cuantos le rodeaban sin aspiraciones, sin envidia, sin ostentación; era un verdadero hijo de la república (p. 147).

Pablo Martínez, por su parte, era valiente hasta la temeridad; fiel reflejo de su franqueza de sentimientos, así es la imagen creada por Mateos:

[...] es un mozo fornido, alto, doblado como un hombre de campo, frente despejada, ojos garzos poblados de pestañas y dos cejas que se confunden en una sola línea. Su nariz es regular, sus labios se pierden bajo sus bigotes castaños, y su blanquísima dentadura se deja ver cada vez que lanza

una de esas estrepitosas carcajadas tan conocidas en el regimiento (p. 18).

La semblanza anterior es distinta a la histórica que tenemos de Nicolás Romero; por ejemplo, Eduardo Ruiz, testigo e historiador de la guerra de Intervención en Michoacán, y miembro del destacamento de Riva Palacio, así lo retrató:

Era de treinta y cuatro años. Mestizo en que predominaba la sangre indígena, su color era oscuro y terso, lampiño de ojos pardos que de cuando en cuando relampagueaban llenos de fuego, pero que de ordinario miraban humildemente. Era bajo de cuerpo, delgado [...].<sup>120</sup>

No obstante, existen coincidencias de personalidad entre el personaje creado por Mateos y el histórico guerrillero descrito por Eduardo Ruiz; sobre su valía señalaba este último:

[...] el coronel Riva Palacio se hizo de un poderoso auxiliar con la llegada del guerrillero más famoso entre todos, por su valor, por su astucia, por la firmeza de sus principios, por la lealtad de su carácter [...] por el respeto y amor que inspiraba a sus soldados, por la popularidad, en fin, que había alcanzado en donde quiera que se conocía su nombre, Nicolás Romero [...] es y será siempre un tipo legendario de los *chinacos*, de esos guerreros audaces, pero modestos; terribles en el combate, pero generosos con los vencidos; sin disciplina militar, pero incansables en la lucha; con un entusiasmo tan grande, con una fe tan ciega en la libertad.<sup>121</sup>

Un hecho singular es que en *El Cerro de las Campanas*, Pablo Martínez, el personaje ficticio, y Nicolás Romero, el personaje histórico, actúan juntos en el capítulo octavo de la segunda parte de la novela, denominado “El Imperio”, en el cual se narra una de las tantas batallas en la ciudad de Zitá-

<sup>120</sup> Eduardo Ruiz, *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*, 1940, p. 130.

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 129.



cuaro, Michoacán, zona en la cual tenía un bastión el ejército republicano. En pocas páginas, el autor-narrador aborda con detalle el accionar de los *chinacos* liderados por los personajes ficticios Eduardo Fernández, Pablo Martínez y el personaje histórico Nicolás Romero. El autor-narrador muestra al lector cómo era la vida de las tropas guerrilleras mexicanas, así como sus sufrimientos y su valor a pesar de no contar, a veces, con los mínimos abastecimientos para subsistir.<sup>122</sup> Se destacaba, sobre todo, su valor y algunas veces su respeto por el enemigo cuando éste había caído bajo su poder al terminar una batalla:

[Pablo] Martínez le había robado a un colegial de la catedral de Morelia un manto colorado del cual se habían hecho blusas él y su compañero de campaña [Quiñones]; pero ya las blusas tocaban su último día, o por mejor decir, ya había tocado a su término (p. 146).

Ésta y otras anécdotas referentes a la precariedad de medios con los que contaba el ejército republicano, pueden parecernos en la actualidad como un recurso novelesco para provocar la compasión en el lector, pero son hechos que figuran en la historiografía. Por ejemplo, hoy conocemos que Riva Palacio con sus propios recursos armó una guerrilla que se unió al ejército del general Zaragoza después de la batalla del 5 de mayo en 1862.<sup>123</sup>

<sup>122</sup> Vicente Riva Palacio refiere que entre las tropas republicanas había dos grupos, los “entradores” y “los repasadores”. Los valientes eran los primeros: “Los entradores apenas miran al enemigo, se disponen para el combate; y sin contar el número, y sin pensar en el peligro, se arrojan como unos leones sobre sus contrarios, y se revuelven, como ellos dicen, y dan tajos y mandobles, y reveses, y matan, y hieren, y destrozan sin piedad cuanto encuentran a su paso”. Véase Vicente Riva Palacio, “Amnistía. El proyecto Zarco”, en *La Orquesta*, noviembre 28, 1868, reproducido en *Periodismo, primera parte, varios periódicos*, 2002, p. 56.

<sup>123</sup> La cita proviene de un artículo de Francisco Sosa, “Vicente Riva Palacio”, en *El Imparcial* del 17 de noviembre de 1872, y que se encuentra en “*Patria*”, *tu ronca voz me repetía... biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, 1999, p. 71.

Otro ejemplo del honor de las tropas republicanas está al final del mencionado capítulo de la novela; es la narración de un suceso en el cual se presentaba una disyuntiva para la guerrilla liberal, ya que habían vencido en una escaramuza y se habían hecho de prisioneros franceses, a los que el grueso de los soldados esperaba ver ajusticiados como respuesta al trato cruel que los combatientes liberales habían recibido de ellos:

El coronel [Eduardo Fernández] llamó aparte a Romero —¿Qué hacemos de esa gente?, le dijo. — ¡Qué sé yo!, respondió Nicolás, nos basta haberlos vencido; ¡lo demás no es cuenta mía! —¿Qué le decimos a la tropa que pide su muerte delante de los cadáveres de sus compañeros? —Es cierto, que yo no sé qué decirles; pero yo no he matado a nadie fuera del momento. —Oye esos gritos ¡Vive Dios!, que tienen razón nuestros soldados [...]. —¿Y cómo aquietar la grito? —Es negocio mío, dijo Nicolás, y salió a la calle donde estaba la tropa y el pueblo pidiendo a voces la muerte de los prisioneros. Luego que apareció Nicolás Romero, lo vitorrearon con entusiasmo. El guerrillero se descubrió la frente y dio tres vivas a la República. — ¡Mueran los franceses!, gritó una voz, y cien la repitieron con rabia y desesperación. —Sí, mueran, gritó Nicolás; pero mis soldados no son verdugos, el que quiera matar a los prisioneros tiene franca la entrada. Todos permanecieron en silencio. —Mis valientes saben pelear en el campo de batalla y respetar a los vencidos [...] (pp. 148-149).

El fragmento citado muestra que la intención de Mateos ante el lector era exponer la superioridad moral que, por momentos, tuvieron los soldados mexicanos, especialmente la de Nicolás Romero, y la victoria del ejército mexicano formado, en su mayor parte, por guerrillas y por las capas más populares de la sociedad, las cuales sabían comportarse a la altura de un ejército invasor precedido de fama mundial. También que, pese a las victorias de los franceses y conservadores hasta ese momento, la táctica de guerrillas fue la que mejor funcionó en la lucha republicana, por eso se formó un grupo de

contraguerrilla,<sup>124</sup> al mando del tristemente célebre mariscal Dupin, quien fue considerado por Mateos como parte de “esa inmigración de bandoleros y asesinos” (p. 215) que llegaron de Europa con las fuerzas de ocupación y cometieron un número muy grande de atrocidades.

En suma, Mateos elaboró un buen retrato de Nicolás Romero y se apegó en cuanto le pareció necesario al personaje histórico. Un ejemplo al respecto está en el capítulo octavo de la novela (p. 149); ahí se describe la habilidad de Romero con el caballo en una de las suertes charras que el personaje dominaba;<sup>125</sup> ya que para el lector de su historia, constituía un personaje en el cual se reunían lo mejor de las características de los combatientes del pueblo. La construcción de Pablo Martínez, el personaje ficticio, permite un breve apunte para entender la importancia que tienen los personajes en la trama, en el proceso de identificación con el lector, en la verosimilitud de la novela y específicamente en la de tipo histórica. En ésta los personajes ficticios conviven e interactúan en el mundo narrado junto a los personajes históricos. Pero, estos últimos, tienen que ser algo más que simples copias o imitaciones del personaje histórico, por lo general, ya muerto para el momento de la escritura de la novela histórica. Los novelistas deben representar de tal manera al personaje que sobrepase la imitación y lleguen a encarnarlos, deben parecerle “vivos” al lector.<sup>126</sup> Esta cita es conveniente para

---

<sup>124</sup> Véase al respecto, Emile de Keratry, *La contraguerrilla francesa en México*, 1981.

<sup>125</sup> Este pasaje se asemeja al de Eduardo Ruiz en *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*, 1940, p. 130: “Jamás he visto jinete como Nicolás Romero. Se sentaba en el caballo con tanta naturalidad, como si así hubiese pasado toda su vida [...]. A veces, cogido de la cabeza de la silla, y corriendo caballo y jinete, Nicolás hacía una *machincuepa* [pirueta] desde el suelo, volteando el cuerpo sobre la cabeza del corcel cayendo sentado en la silla”.

<sup>126</sup> Celia Fernández, *Poética de la novela histórica*, 1998, p. 185.

reafirmar que la “vivacidad” de Martínez está íntimamente unida a la de Romero.

De Pablo Martínez, el personaje ficticio, conocemos algunos pasajes de su vida íntima, por ejemplo, sus desgracias familiares, su pasado como hombre de campo, mientras que Nicolás Romero aparece, como consta en la historiografía, como un soldado patriota, valeroso (Martínez tiene las mismas prendas), pero sólo sabemos que su niñez no fue afortunada. En suma, en la novela, Romero es ya como un héroe que se sumaba al imaginario colectivo, y Pablo Martínez era un héroe ficticio, pero en la intriga se nos muestra como una persona de carne y hueso, cercana al lector de 1868, que llegaba a la heroicidad por su lucha frente a las tropas europeas y sobrevivía a sus compañeros de armas, especialmente a Nicolás Romero, del cual parece tomar la estafeta.

Nicolás Romero, junto a otros mexicanos, pasó a formar parte de esos “mil mártires oscuros de la libertad mexicana”, como los bautizó Ignacio Manuel Altamirano tres meses después del triunfo de la República.<sup>127</sup> Vale la pena un último apunte sobre la figura del personaje histórico Nicolás Romero en *El Cerro de las Campanas*, relativo a los últimos momentos de su vida; así es destacada su valentía y dignidad ante la muerte:

Después de haber sostenido [Nicolás Romero] ante el consejo de guerra, que no era un bandido aunque así lo considerase la ley del Imperio, y que sus armas sólo se empleaban en servicio de la *independencia*, oyó el fallo del tribunal impasible y sereno. Al día siguiente lo sacaron a la Plazuela de Mixcalco. Puesto en el lugar de la ejecución, arengó al pueblo y dando tres vivas a la libertad cayó atravesado por las balas. El sargento francés le puso el mosquete en la cabeza y disparó el tiro de gracia (p. 168).

Mateos no solamente estaba haciendo un homenaje al valeroso *chinaco*, sino también mostraba al lector que los

<sup>127</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Glorificación a los héroes”, discurso pronunciado el 17 de septiembre de 1867, en *Obras completas*, t. 1, 1949, p. 102.

mexicanos de a pie, a la hora de enfrentar la muerte estuvieron a la altura de los personajes reconocidos como, incluso, Maximiliano. Este afán de subrayar no sólo la valentía de los soldados pertenecientes al pueblo, sino la lealtad de algunas figuras históricas que lucharon por la causa republicana, era algo que, como sabemos hoy, fue inusual en todos los conflictos armados anteriores debido, en parte, al proceso de “leva” imperante y al comportamiento de figuras como Santa Anna y muchos otros militares de alto rango. Salvo en los casos de guerra interna o intervención extranjera, la tropa se comportaba de manera veleidosa ante sus dirigentes.<sup>128</sup> Por ello, en la rebelión de Ayutla, los altos mandos del ejército republicano fueron ocupados por civiles como Santos Degollado o Santiago Vidaurri.

#### LUZ Y EDUARDO: LA HISTORIA DE AMOR EN *EL CERRO DE LAS CAMPANAS*

Como ya se había señalado, en la novela se desarrollan varias historias de amor, entre otras el galanteo de Maximiliano hacia la hermana de Pablo, Guadalupe. Pero, la principal es la del joven militar liberal Eduardo Fernández y su novia Luz Fajardo. Relación amorosa llevada a cabo entre algunos hechos adversos, como la propia guerra, ya que el novio es combatiente. Los rasgos del amor romántico no se asemejan a los de algunas novelas mexicanas del XIX, influidas por autores europeos; no es el amor imposible que traza el destino trágico de Blanca Mejía, la protagonista de *Monja y casada, virgen y mártir*, de Vicente Riva Palacio, novela que publicó por entregas en 1868. En la relación amorosa entre Luz y Eduardo no hay un rival de amores ni la diferencia de clase social, ya que los dos pertenecen al nivel medio de la capital mexicana; lo que amenazaba

<sup>128</sup> Al respecto de esas traiciones, venalidades y demás prácticas poco leales puede consultarse Fernando Escalante, “Ejército y Estado”, en *Ciudadanos imaginarios*, 2002, pp. 161-187.

a la pareja eran las ideas políticas de los padres de Luz, que admiraban a Maximiliano y su gobierno, sin embargo, no se oponen, al final, a la boda de su hija con el coronel Fernández. En la unión de los jóvenes al finalizar la guerra, Mateos dio al lector de 1868 un mensaje de reconciliación cifrada en la libertad de elección de Luz, quien estaba convencida de lo injusto de la Intervención Francesa y a favor de la causa republicana.

Luz Fajardo poseía algunas de las características de la heroína romántica, toda virtud y belleza física: hermosa, delicada, bondadosa, pero no estaba rodeada de “un aura de tristeza y melancolía”:<sup>129</sup>

Luz era bellísima, unos ojos color de cielo con unas largas pestañas, una nariz griega, el óvalo de la cara, perfecto, la boca pequeña y encarnada como un botón de rosa, el cabello rubio, el seno mórbido y la cintura de abeja. Tras aquella mirada intensa vivía un alma doble, abierta a los sentimientos más puros (p. 6).

Físicamente Luz Fajardo era más cercana al modelo de belleza europeo, contrastaba con *Clemencia*, la heroína de la novela de Altamirano (1869), más cercana al estereotipo de las mujeres criollas. La lucha de Luz era principalmente contra sus propios padres que se negaban a aceptar que la cortejara un republicano, “un disidente”, “un demagogo” (p. 6); por lo que entre otras situaciones, aceptaron recibir a un par de soldados franceses en su casa con la esperanza de que alguno de ellos lograra desposarla. Luz sólo tenía dieciséis años, y a pesar de ello, lograba con entereza e inteligencia resistir los embates del soldado francés que la cortejaba, sin dejar de ser una virtuosa novia y una buena hija.

En *El Cerro de las Campanas*, por otro lado, Eduardo representaba a una nueva generación de militares mexicanos que, con base en un sólido patriotismo, luchaba por la causa del

<sup>129</sup> Véase Carlos Mata Induráin, *La novela histórica, teoría y comentarios*, 1998, p. 131.

gobierno republicano. La descripción que de él nos dejó el autor-narrador corresponde a lo anterior: “El coronel Eduardo Fernández, aquel hombre nutrido en las vicisitudes de las campañas y los peligros más inminentes, aquel corazón que los soldados juzgaban de hierro [...]” (p. 3). El joven militar estaba lleno de nobles sentimientos, uno de ellos se muestra por ejemplo, cuando se arrodilló ante las lágrimas que vertía su anciana madre ante su partida de la capital. Pero a diferencia de Luz, Eduardo era, antes de conocerla, un “ave de paso” (p. 6) que galanteaba a todas las muchachas. No obstante, Eduardo se enamoraría perdida y profundamente de Luz cuando la conoció en el teatro, y al salir de la ciudad de México con su regimiento “sintió por primera vez el poderoso atractivo de una mujer, amaba con delirio a Luz” (p. 6). Es importante señalar que en el amor entre Luz y Eduardo, Mateos introduce el elemento providencial: “Hay almas que van a su destino” (p. 6).

El celo profesional de Eduardo y su patriotismo eran igual de intensos; en la guerra se distinguía por su valor, destacado en artículos periodísticos, medio por el cual Luz podía enterarse, en medio de las vicisitudes de la guerra, que Eduardo seguía vivo. Así, y al mismo tiempo que se cuenta la relación de la pareja, Mateos narraba los acontecimientos políticos y militares relativos al último periodo de la guerra de intervención entre las tropas republicanas liberales, y la amalgama de fuerzas invasoras de europeos –mayormente franceses– y sus aliados mexicanos del grupo conservador. Es decir, que tanto en lo individual como en lo social, había hechos dramáticos en desarrollo.

Aunque al principio de la novela los dos sucesos que van cimentando la trama son las memorias de Pablo Martínez y la relación accidentada entre Luz y Eduardo, poco a poco el peso de la narración se concentra en los hechos políticos y militares, dejando de lado, de manera gradual, la relación en-

tre los dos enamorados. Sin embargo, el autor-narrador les reserva un final feliz, verosímil: si triunfa el ejército liberal, ellos serán una pareja paradigmática de los nuevos tiempos los representantes de una nueva sociedad, el *nuevo* México.

#### LOS PERSONAJES HISTÓRICOS EN *EL CERRO DE LAS CAMPANAS*

Mateos describió a un gran número de personajes históricos de la guerra de intervención, evidentemente Maximiliano y Juárez fueron los personajes mayores, a quienes se dedica el Capítulo 3. Sin embargo, para terminar el presente apartado nos referiremos a algunos personajes históricos de cierto relieve.

El narrador dotó de virtudes físicas y morales a los personajes liberales, y de los monárquicos señalaba sus errores, especialmente de los franceses y los mexicanos que desde Europa habían comenzado las gestiones para lograr la intervención; ellos llegaron a la caricatura en sus rasgos físicos, eran repugnantes o, al menos, ridículos, incluso recibieron “castigos” según el grado de participación en la empresa intervencionista. Un ejemplo fue el retrato de Juan Nepomuceno Almonte, mexicano e instigador del monarquismo:

Es de un personal simpático, sus maneras son exquisitas y finas [...]. Tiene un especial cuidado de sus manos, y sus uñas son largas y pulimentadas como las de un águila. Almonte es un hombre de instrucción pero de poca capacidad. Ese día llevaba uniforme de general. El hombre perdía noventa y nueve por ciento de su representación. Aquellos galones lo ponían en el patíbulo de lo ridículo, en la picota de la evidencia [...] (p. 53).

Otro ejemplo fue el del general Forey, jefe del ejército expedicionario:

Es un hombre que pasa de setenta años. La inclinación de su cabeza ya cubierta con el hielo de la vejez, anuncia que



pronto entrará en la decrepitud. Forey es cargado de hombros y conserva la robustez de su constitución; su fisonomía es muy poco francesa, más bien parece irlandés. Los ojos azules, la mandíbula inferior muy pronunciada [...]. A su edad, ya los arreos del soldado comienzan a caricaturizarse (p. 52).

Como podrá notarse la fisonomía de los personajes era acorde a la calidad moral que Mateos les otorgaba, de acuerdo con la importancia de su participación en contra de la República. Así, la descripción del general Forey fue menos desfavorable que la de Saligny, del que señalaba que era un “gracioso personaje”, de fisonomía rara y que “ha encalvecido por secciones, y su cabeza presenta [...] el aspecto de un tablero de damas” (p. 53), porque el primero tuvo un papel menos destacado como soldado a las órdenes de su emperador, pero el segundo tuvo una mayor presencia en algunos hechos que Mateos consideró básicos durante la guerra. En lo anterior destaca una intención doctrinaria pues se presentaba al gobierno sostenido por los franceses como una farsa. Un ejemplo fue la Junta de Notables que debía escoger la forma de gobierno de nuestro país, previo desconocimiento del gobierno de Juárez por parte del régimen francés. El autor-narrador subrayaba los excesos de los personajes que conspiraban contra la nación, por eso es comprensible que generalice. Por ejemplo, ironizó la manía de los franceses con el dinero; un ejemplo es la cómica escena sobre un episodio del Alférez Poleón (capítulo octavo, pp. 55-63); el sentido del humor sobre el tema remite a las obras de teatro que Mateos escribió, *al alimón* con Riva Palacio, años antes que las novelas.

Son mencionados todos y cada uno de los personajes históricos que obtuvieron ventajas de la situación imperante en nuestro país, fueran éstas puramente económicas, de negocios con dudoso origen, como los bonos Jeker, o claramente fraudulentos: los Ministros Plenipotenciarios de Napoleón

“hacían negocitos particulares que Maximiliano sabía y toleraba” (p. 192). Y también concretamente, sobre algunos franceses que desposaron a mexicanas acaudaladas; por ejemplo el mariscal Bazaine o “Mr. Dano”, quien sacó del convento “a una de las señoritas más recomendadas de nuestra sociedad, y (con) un dote que asciende a un millón de pesos sacado de las entrañas del Real del Monte” (pp. 192-193). El arribismo de algunos franceses aparecía en una de las historias secundarias de la intriga: Clara Rodríguez, amiga de Luz Fajardo, se enamoró del militar francés Demuriez, quien a pesar de haberse casado en Francia, veía en la fortuna de la joven una oportunidad para enriquecerse; para lograrlo, falsificaba los sellos franceses en el documento de identidad para aparecer como soltero.

En el periodo final del Segundo Imperio, nos cuenta Mateos, los franceses se empeñaban en sacar ganancias de la situación lamentable del país:

Todos los aventureros referían grandezas, todos eran príncipes, condes y marqueses con rentas fabulosas, y que sólo venían a México para consolidar la paz y el bienestar de los antiguos aztecas [...]. Esos paños del universo, esos perdularios cosmopolitas, acompañaron a Maximiliano hasta el último día del presupuesto (p. 193).

La mayor ambición sobre México correspondería a Napoleón III, el emperador de los franceses; de él leemos el siguiente retrato:

Es un hombre de baja estatura, ancho de espaldas, el pecho prominente; sobre un cuello algo corto se levanta una cabeza bien organizada; la frente es ancha y despejada [...]. Los ojos que son el espejo del alma, están vidriados, parece que un espíritu de la noche, está asomado a aquellos opacos cristales. Cuando se le ve pasearse en los jardines de las Tullerías o de Vincennes, se le encuentra vulgar y arrogante en unas piernas raquíticas que tiene por base unos pies anchos y deformes (p. 262).

En la intriga novelesca, Napoleón III fue el gran orquestador no sólo por la maniobra que llevó a la invasión tripartita –Convenio de Londres–, sino también y bajo su beneplácito, fue aceptada la candidatura de Maximiliano por la comisión mexicana que viajó a Europa para ofrecer el trono de México al archiduque, que en la novela aparece citada textualmente y en la voz de Maximiliano (p. 96). Mateos señalaba que Napoleón III se sentía lleno de poder, por lo que la invasión a México “era el hecho más glorioso de su reinado” (p. 137). El emperador de los franceses aparecía como un gran titiritero que movía voluntades a su antojo, siempre con la idea de figurar como un gran líder, tanto de Europa como de América.

El juicio crítico de Mateos era fuerte pero no llegó a la tesitura del que emitió el escritor Victor Hugo, en 1848: “jamás será otra cosa que el estrangulador nocturno de la libertad”.<sup>130</sup> Sin embargo, para agosto de 1866, el sueño napoleónico casi había terminado. Francia veía declinar su poder en Europa, bajo diferentes poderes y personalidades emergentes como el conde Bismarck, y en América, bajo el poder de la Unión Americana, en la que la zona nortea se había alzado con la victoria en la Guerra de Secesión y comenzaba a lanzar amenazas a Francia, a efecto de la Doctrina Monroe. El panorama era destacado con gran regocijo por parte de Mateos, que a lo largo de la novela mostró admiración por el gobierno americano.

#### CARLOTA DE BÉLGICA Y EMPERATRIZ DE MÉXICO

De Carlota Amalia, Mateos dio el siguiente retrato:

Tiene una fisonomía interesante, una simpatía profunda, alta, esbelta, majestuosa, unos ojos garzos de donde se desprenden miradas dominantes, a veces sombrías y doloridas,

---

<sup>130</sup> Víctor Hugo, “Napoleón el pequeño”, en *Obras Completas*, t. III, 2004, p. 1033.

unos labios rojos y una dentadura de marfil, su cabeza perfectamente moldeada [...]. La hija del rey Leopoldo, es toda inteligencia e instrucción: educada con esmero, sus dotes naturales realzan como el brillante con el jaquel (p. 97).

A las cualidades, sin embargo, se añadían defectos: “hay algo que no concuerda con el arte, y es, que la joven flamenca [...] tiene las manos y los pies un tanto desproporcionados” (p. 97). La emperatriz era considerada como una mujer inteligente, decidida, pero infaustamente ciega a todos los obstáculos que surgían en el camino de la instauración del régimen monárquico en nuestro país. Las dudas del Archiduque siempre eran revertidas por la entereza de la futura emperatriz mexicana. Un ejemplo al respecto está en una escena en la cual la emperatriz se enfrenta a la norteamericana y madre de Agustín de Iturbide y Green, ella exige la devolución de su hijo; Carlota responde: “Nada puedo hacer por vos; partid a vuestra patria” y, agrega: “la suerte del príncipe está hecha en el porvenir, si el cielo me niega la sucesión, él ocupará más tarde el trono de su abuelo emperador”. El diálogo anterior se refería al convenio secreto entre Maximiliano y la familia descendiente de Agustín de Iturbide.<sup>131</sup>

En la intriga de *El Cerro de las Campanas*, el destino de la pareja imperial se une al de México mediante la creencia en un destino histórico, siempre presente y detrás del accionar humano. Lógico si se piensa que la providencia legitimaba al modelo monárquico. En la suerte de los emperadores se cumpliría el destino individual junto al gran destino histórico y social de la patria.

Otro rasgo que se le ha adjudicado a Carlota era su ambición desmedida que la llevó, en parte, a ella y a Maximiliano a su fatídico destino. Así lo resaltaba Mateos: “Arrastrada por

---

<sup>131</sup> Asunto tratado por el Conde Corti en su libro *Maximiliano y Carlota* y también en *Querétaro: fin del Segundo Imperio mexicano*, de Konrad Ratz. Véase Bibliografía.

la ambición, única sombra proyectada fatídicamente sobre su alma, se casó con el archiduque de Austria, llevando la esperanza de ser emperatriz, [en] caso de que José II, no tuviese sucesión” (p. 234).

El sentido trágico que parece perseguir hasta el final de sus vidas a la pareja imperial, lo comprendió bien Mateos. En 1868, el escritor ya conocía la locura de Carlota y quizá por eso suponía que será irreversible. En la segunda parte de la novela, al mismo tiempo que describía escenas como el ofrecimiento del trono a Maximiliano, comenzaba a mostrar el desequilibrio emocional de Carlota:

El semblante de Carlota se alteraba visiblemente, su mirada, se fijó repentinamente en un punto invisible del aposento, sus labios comenzaron a balbucir algunas palabras y su seno se dilataba como agitado por la opresión [...]. Nublóse el semblante de la princesa, mordió su labio, hincando sus dientes de marfil en aquella hoja de rosa, hasta hacer brotar la sangre (pp. 100-101).

Inmediatamente después seguía un ataque de nervios, en el que ella maldecía a Napoleón III y lo llamaba “usurpador”, y ante un cuadro de Francisco José II, hermano de Maximiliano, lo ‘encaraba’ y le gritaba “Caín” (p. 101). La crisis finalmente cesaba pero en su transcurso Maximiliano lloraba por la locura manifiesta de Carlota. Un poco más adelante, ante la disyuntiva de enfrentar una bancarrota, Maximiliano dudaba de aceptar el trono en México, pero no Carlota:

Yo empeñaré mis alhajas como Isabel la Católica para esta empresa, tu nombre quedará ileso, lucharemos con el destino cuyas sombras comienzan a ceñir nuestro horizonte [...] –Maximiliano, escúchame: el mundo está pendiente de tus labios, la suerte viene a buscarte al recinto de tu palacio, la familia Habsburgo no ha dado nunca un cobarde (p. 105).

A pesar de los brotes esporádicos de locura de la emperatriz Carlota, ella fue representada en posesión de una clara inteligencia para los asuntos de gobierno; un ejemplo al respecto fue su apoyo a la aprobación a la Ley de 1865, relativa a la regulación y protección del trabajo de los peones, en la Audiencia del Consejo de Estado (noviembre de 1865), que ella presidió en ausencia de Maximiliano; ley que rechazaron los terratenientes mexicanos.<sup>132</sup>

En la novela, la emperatriz aparece como “el consejero más hábil de Maximiliano”, valiente y resuelta, pero envuelta “en las sombras del dogma luterano” (p. 234). Carlota era la imagen de la confianza ciega, decidida a reclamar lo que ella creía digno de merecer. Aún en la debacle, seguía creyendo que habría un apoyo providencial para el gobierno; así lo declara: “—¡Antes de sucumbir en el gran desastre que nos amenaza y tornar en la nave de la vergüenza a esconder nuestras frentes en las estancias de Miramar, partiré a Francia y libraré en el último duelo con Napoleón [III] el porvenir del imperio!” (p. 238).

Cegada por una vaga esperanza, Carlota nunca dudará de su papel, partirá a Europa con la convicción de que conseguiría lo imposible: el apoyo de Francia o del Vaticano, todo antes que la abdicación. Había que perder todo, hasta la vida, antes que cejar en una labor para la que ella y el Archiduque estaban ‘predestinados’. De ahí su exclamación: ¡La muerte es preferible a esa evidencia ridícula de un rey destronado! “Mil veces mejor el cadalso que proyectar en una corte extranjera la raquítica figura de ese desgraciado rey de Nápoles quien Garibaldi le puso el gorro frigio” (p. 238). Ella parecía entender ese destino desfavorable y con suspicacia percibió situaciones que acercaban a la pareja imperial a un final aciago, aunque ella siempre encontraba la manera de dar fuerza y ánimo al

<sup>132</sup> El respecto véase Luis Chávez, “Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México, 1865-1866”, en *Archivo histórico diplomático mexicano*, núm. 15, 1961, pp. 15 y ss.

inseguro Maximiliano para que, bajo cualquier circunstancia, siguiera adelante con el régimen, jugando a todo o nada. Un ejemplo al respecto figura después de una escena en la cual se enteran el Archiduque, por vía del mariscal Bazaine y del barón Saillard, de la salida irremediable de las tropas francesas. La plática es escuchada por Carlota, escondida detrás de unas cortinas, y se dirigía a Maximiliano para alentarle:

Nosotros, dijo Carlota, asistiremos al último momento del imperio; la Unión [Americana] ha dicho, que no traerá sus armas al territorio mientras luchen solos los mexicanos; podremos aún vencer o prolongar cuando menos la situación hasta resolver una crisis en que jugaremos nuestro destino [...] Si Fernando [Maximiliano], la tormenta es espantosa, para afrontarla es necesaria una condición de hierro, huir de toda vacilación y no doblegar la frente ante el peligro (p. 197).

Aludiendo al sentido inalterable y providencial del destino humano, Mateos destacó un gran número de “señales” que la Providencia dejaba entrever en el transcurso de los hechos. Carlota, en actitud testaruda, quería que el Imperio mexicano sobreviviera, a pesar de no contar con los medios para ello.

#### EL LLAMADO PROVIDENCIALISTA EN *EL CERRO DE LAS CAMPANAS*

En la novela de Mateos se hallan un número importante de hechos que el narrador, desde su omnisciencia, señalaba como pruebas inequívocas del error por parte de los emperadores mexicanos, de los franceses y de los mexicanos conservadores, en cuanto a instaurar un régimen político irrealizable en nuestro país. Este recurso de apelar en la intriga novelesca a fuerzas metahistóricas como parte del devenir humano fue, desde nuestro punto de vista, un elemento necesario y lógico para el desarrollo de la novela, porque el público que leyó la

novela era católico en su mayoría y Mateos supo aprovechar eso a su favor, conociendo el desenlace del suceso que narraba, bien pudo “acomodar” la voluntad divina a favor de la causa liberal, pese a que ello era incongruente con el ideal liberal-republicano. Además, Maximiliano pese a los principios liberales que mantenía era finalmente un monarca y, por ende, un creyente. Del mismo modo, Mateos al igual que muchos otros liberales compartía con los conservadores la creencia en el dogma cristiano-católico y aunque no es posible dilucidar de manera tajante el peso que le daban a la Providencia, lo cierto era que ellos consideraban a las grandes figuras de la historia como el motor de la misma.

Haciendo un breve paréntesis, podemos señalar que el providencialismo es fruto del sistema cristiano de creencias, y concilia la aparente contradicción entre un destino humano individual y libre, y un desarrollo histórico guiado en una dirección fuera de su alcance, que se resuelve con la idea del libre albedrío propio del cristianismo. El providencialismo da una gran relevancia a las grandes figuras de la historia como parte de un plan preconcebido por la divinidad. En cambio, los liberales creían que el proceso histórico era resultado de la unión de las grandes figuras y de la voluntad popular, el sujeto de la historia había cambiado. Entonces y sin aparente contradicción, liberales republicanos como Mateos mantenían su fe católica y aspiraban a la igualdad jurídica aunque ello representara una aparente ruptura con sus creencias. Ejemplos de escritores que en sus novelas hacían crítica social pero en la vida cotidiana mantenían su fe, lo encontramos en Honoré de Balzac, que sobre el cristianismo, vertió lo siguiente en el “Proemio”, de 1842, a *La comedia humana*:

El hombre no es bueno ni malo, nace con instintos y aptitudes; la sociedad lejos de pervertirle, cual pretendía Rousseau, lo que hace es perfeccionarle, mejorarle; pero también el interés desarrolla sus malas inclinaciones. El cristianismo



y, sobre todo, el catolicismo siendo [...] un sistema completo de represión de las tendencias depravadas del hombre, es el más grande elemento del orden social.<sup>133</sup>

Es muy probable que Mateos haya leído el citado proemio; sin embargo, el propósito de citar a Balzac es recordar que en la literatura europea del siglo XIX abundan ejemplos de autores que, sin menoscabo de temas o ideas políticas en sus obras, consideraban el sistema cristiano como superior a todos los anteriores. Otro autor francés que también fue leído en México fue René Chateaubriand, precursor del Romanticismo, y uno de los autores más leídos en Hispanoamérica. Su texto *El genio del cristianismo* (1804), por ejemplo, tuvo lectores y admiradores en México, uno de ellos fue José María Heredia, autor de *Jicoténcatl*, una de las primeras novelas históricas del siglo XIX (antes considerada de autor anónimo, hasta que recientemente el investigador Alejandro González Acosta argumentó la autoría del autor cubano). En *El genio del cristianismo*, Chateaubriand reivindicaba las ideas morales y filosóficas del cristianismo, sobre todo contra las ideas heredadas del racionalismo. En esa obra señalaba la necesidad de defender la causa cristiana ante la ideas de los ilustrados:

Debía, por consiguiente, probarse todo lo contrario; es decir, que de todas las religiones que han existido, la cristiana es la más poética, la más humanitaria, la más favorable a la libertad, a las artes y a las letras; que el mundo moderno le es deudor de todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas; desde los hospicios fundados para los desvalidos, hasta los templos edificadas por Miguel Ángel y decorados por Rafael. Debíase demostrar que nada es más divino que su moral, que nada es más amable y pomposo que sus dogmas, su doctrina y su culto.<sup>134</sup>

<sup>133</sup> Honoré de Balzac, "Proemio", *La comedia humana*, en *Obras Completas*, t. I, 2003, p. 168.

<sup>134</sup> René Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, 1990, p. 3.

Con lo anterior hemos pretendido mostrar que la idea de la superioridad del cristianismo era un hecho por demás probado para muchos de los considerados precursores del Romanticismo, hecho relevante, ya que ese sistema de creencias morales y filosóficas era compartido por muchos escritores mexicanos. Éste era el caso, por ejemplo, de Justo Sierra Méndez, que en junio de 1869 declaraba:

Nosotros, que creemos en el progreso porque somos cristianos, tenemos la convicción profunda de que estamos en un periodo de transición. Mañana quizá deba inaugurarse esa gran civilización que dará una sola alma a la humanidad.<sup>135</sup>

Juan Antonio Mateos no fue ajeno a esas ideas y así reflexionaba en *El Cerro de las Campanas*, después de describir lo agreste del paisaje norteño de México y sobre los grupos tribales que habitaban en aquella zona del país:

Hay seres que fuera del dintel de la civilización se han apoderado de aquellos majestuosos lugares [...] ¡Esos seres a quienes *no ha alumbrado la fe del cristianismo*, se han tornado enemigos del hombre, formando una bacanal del asesinato! [...] ¡Los bárbaros! Raza nómada y errante, duela del desierto, ha ganado a las fieras en crueldad [...]. El salvaje tiene una sola idea: la extinción de la raza del hombre civilizado. Nosotros no creemos en las razas, la civilización es la que hace al hombre [...] (las cursivas son mías) (pp. 169-170).

Para Mateos y la mayor parte de los liberales, lo que estaba en pugna en 1867 no eran las ideas y la moral cristiana, ideas que compartían con los conservadores; los liberales seguían luchando contra los privilegios que las corporaciones eclesiásticas y militares detentaban en nuestro país. Por ejemplo, años antes, en 1851, Melchor Ocampo mantuvo una polémica con

---

<sup>135</sup> Justo Sierra, *El Renacimiento*, edición facsimilar, t. 1, 1993, p. 334.

un “Cura de Michoacán”, Agustín Dueñas, cura de Maravatío. El hecho fue el siguiente: Ocampo ayuda a una mujer dándole los ocho pesos que el cura le exigía, sin miramientos, para sepultar a su esposo; este cobro llevó a Ocampo, en 1852, a proponer al Congreso la regulación del arancel de obvenções parroquiales, entre ellas, el bautizo y el entierro.<sup>136</sup> La defensa de Ocampo ilustra el sistema de creencias en el que vivió Mateos, de ahí la ideología plasmada en *El Cerro de las Campanas*.

Mateos no debe ser considerado como apoloquista de un jacobinismo extremo, irresponsable o fruto de los impulsos revanchistas, ya que al analizar su discurso, en diferentes ámbitos, se pueden entender las razones que tuvo para ser por momentos un exaltado orador en el Congreso de la Unión en las ocasiones en que fue diputado o un fiero crítico de grupos y personajes del alto clero católico, como monseñor Labastida, de quien elabora un retrato en su novela de 1897, *Memorias de un guerrillero*: “impetuoso y terrible, capaz de acometer cualquier empresa arriesgada” (p. 44).

Juan Antonio Mateos consideraba a algunos personajes o grupos como parte de una élite privilegiada que contaba con medios y facultades, que rebasaban su papel de hombres religiosos y que muchas veces habían sido causantes directos y partícipes en la lucha contra los liberales, especialmente en la Intervención Francesa. El ataque a los ministros del culto católico, como se sabe, fue parte de las ideas de los liberales mexicanos; Ignacio Manuel Altamirano, por ejemplo, fustigaba a los eclesiásticos que apoyaron la intervención francesa y de algunos obispos decía: “han hecho del Divino Sacrificio un ídolo sangriento, un vampiro”.<sup>137</sup>

Como se ha señalado, el ser partidario del Liberalismo y del modelo republicano no impidió que Mateos respetara la

<sup>136</sup> Véase Eli de Gortari, *Obras completas de Melchor Ocampo*, t. 1, 2da. ed., 1978.

<sup>137</sup> Véase “Cinco de Mayo”, Discurso leído en Acapulco, mayo 1865, en *Obras completas*, 1949, t. 1, pp. 74-76.

fe cristiana sin contradecir sus convicciones políticas, al igual que otros escritores liberales del siglo XIX, particularmente los que se apegaron al Romanticismo, movimiento que reivindicaba la libertad no sólo estética, sino la libertad emanada de los derechos civiles que promulgaba el Liberalismo. Dentro de esas libertades estaba el derecho de los pueblos a elegir libremente su modelo de gobierno. Igualmente, y con lo anterior es posible entender que tanto la idea de Fatalidad como de Providencia son parte del discurso de Juan Antonio Mateos.

#### EL DEVENIR HISTÓRICO

Entonces y de lo anterior, es comprensible por qué en *El Cerro de las Campanas* el autor-narrador hace continuas referencias a la voluntad divina, sin problema. De hecho, señala a Maximiliano como alguien que creía en la Providencia, o por lo menos debería de haberlo hecho. Mateos refirió algunos de los errores que cometió Maximiliano al venir a México. Subrayó, uno a uno, los hechos y signos que dejó pasar el Archiduque, indicativos del infausto porvenir para la pareja imperial. Este afán por revelar al lector las “señales” que fueron omitidas, subraya el sentido trágico que el propio autor le otorgó al personaje de Maximiliano, y con esto logró un impacto mayor en el lector al estimular tanto la imaginación como el mensaje doctrinario. Por ejemplo, después de recibir a la comisión mexicana que le ofreció el trono de México, el Archiduque comenzó a escuchar una voz que cantaba y daba malos augurios sobre el viaje a México, en pos de un solio apoyado por las armas francesas. Voz que el emperador escucharía en los momentos más complicados de su gobierno y hasta el final de su vida:

Massimiliano  
non ti fidare

Torna al castello  
Di Miramare.  
Quel trono fracido  
Di Moctezuma  
E nappo gallico  
Colmo di spuma.  
Il Timeo Danaos  
¿Chi non ricorda?  
Sotto la clamide  
Trovo la corda (p. 100).

Esa voz le indicaba que regresara a su castillo en Miramar, no obstante el apoyo de Francia, como se lee en las últimas dos líneas: “bajo la espada estaba la sogá”. La voz, junto con otros signos más terrenales, le señalaba un camino equivocado. Otro de los signos fueron las explicaciones sobre la imposibilidad del establecimiento de la monarquía, expuestas en la novela —un día después de que el Archiduque recibiera a la delegación mexicana en Miramar— por el representante del gobierno de Juárez, José de Jesús Terán, quien de manera respetuosa pero digna, le exponía uno por uno los motivos por los cuales era imposible, desde la opinión liberal, la creación de un nuevo imperio mexicano. En la novela leemos dichos motivos, por ejemplo, lo injusto de la Convención de Londres y el débil sustento de un *casus belli*; la falta de legitimidad que entre la mayoría de la población mexicana tenían los “Notables” y la incapacidad del imperio mexicano para sostenerse con las armas francesas y el nulo consentimiento de los Estados Unidos para reconocer el nuevo gobierno. Sin embargo, debido a la precariedad de medios económicos con que contaba, el Archiduque Maximiliano aceptó el trono de México, pese a los aciagos augurios tanto del cielo como de la tierra.

Las señales que el Archiduque no pudo —o no quiso— escuchar, fueron expuestas reiteradamente en la intriga novelesca, en una forma en la que el autor-narrador las hacía actuar en un papel similar al del corifeo del teatro griego, una voz

constante que se convertiría en un recordatorio del destino trágico de los emperadores mexicanos. Además, los signos de la fatalidad en los personajes obedecían no sólo a causas presentes, sino también a un destino que, según Mateos, arrastraban irremediabilmente las familias imperiales europeas.

La acción de la providencia conforma el espíritu romántico en *El Cerro de las Campanas*:

El novelista romántico sustituye la idea de la fatalidad clásica por la de los designios providenciales. Para los clásicos, la fatalidad era una fuerza incontrolable e inesperada que se manifestaba en el momento oportuno para garantizar la solución trágica. La fatalidad no pertenecía a la esfera humana, sino que se entrometía en ella como mala jugada de los dioses, entretenidos en el espectáculo inferior de los mortales. Para los románticos, la providencia es también un poder divino, que se encarga de premiar y castigar, sólo que ellos mismos se consideraban sus instrumentos clarividentes.<sup>138</sup>

Entonces, la Fatalidad estaba presente en la solución literaria, al ser origen y explicación –sobre todo en relación al destino individual– de hechos infaustos que sufren algunos personajes en la novela. Pero estaba presente, como se ha señalado en la anterior cita, también la concepción de la Providencia, que igualmente era un poder divino que no sólo castigaba, sino también premiaba. Hechos como la muerte de Iturbide estaban envueltos en un destino infausto, ya que unos meses antes era un héroe popular, no obstante “quiso en mal hora imitar al cónsul Bonaparte” (p. 136), acción que lo llevaría a la muerte. Es decir, para Mateos el máximo error de Iturbide fue haber intentado instaurar un régimen monárquico y dar con este hecho: “un golpe a la soberanía nacional”, (p. 136) cuando el único modelo posible era el republicano.

---

<sup>138</sup> Jorge Ruedas de la Serna, “La novela corta de la Academia de Letrán”, en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, 1998, p. 53.

Del mismo modo, el “alma” del guerrillero histórico Nicolás Romero estaba destinada “al martirio”, no obstante su valor “sobrenatural” y su “temple heroico” (p. 174). Otro ejemplo de ese destino trágico de los personajes históricos ocurre a los militares liberales, el general José María Arteaga y a su subordinado, Carlos Salazar, cuando fueron víctimas de un juicio sumario correspondiente al infausto decreto del 3 de octubre, cuya proclama fue introducida por Mateos en la novela citando el Diario del Imperio que justificaba el fusilamiento, sin juicio previo, a todo aquel republicano que portara armas. Mateos criticó esta Ley que aún no era del conocimiento de los inculpados. Frente a tal arbitrariedad, destacó el perdón que meses antes el general Riva Palacio había hecho a un destacamento belga en Tacámbaro, en contra de la voluntad de la tropa, que “pedía a voces venganza” (p. 186).

Pero el destino fatal no era sólo revelado a través de los avatares que sufrían los individuos, sino también fuerzas militares completas, por ejemplo en el episodio del envenenamiento de las fuerzas republicanas en Michoacán (pp. 154-155), como se nota, la nación mexicana tampoco escapaba a esta fuerza. Por eso, la voz del narrador señala: “La república estaba en la hora de las vicisitudes: lo que no podían las armas [monárquicas], el destino se encargaba de completar” (p.153).

Por caso contrario, en *El Cerro de las Campanas* los sucesos venturosos eran resultado del valor y la audacia de las fuerzas liberales, que a veces contaban con el apoyo intangible de la Providencia. Hecho un tanto paradójico, ya que al mismo tiempo en la intriga novelesca los monárquicos consideraban igualmente que esta fuerza metahistórica los guiaba; es el caso del grupo que viajó al Castillo de Miramar para ofrecer el trono de México a Maximiliano. Al final de la novela y cuando se presentaban las derrotas militares de las fuerzas imperiales, Mateos narró esas victorias obtenidas por la pericia militar y el valor de los soldados republicanos, pero también fueron, en

alguna medida, revanchas justas por acción de la Providencia, ya que ésta los favoreció: “¡La hora del Señor había sonado en el reloj de la justicia eterna!” (p. 303). Esto se corrobora en el episodio en el que el general liberal Mariano Escobedo recuperó definitivamente la plaza de Zacatecas en febrero de 1867. Ahí fueron hechos prisioneros noventa y ocho soldados franceses y el pueblo solicitó un castigo ejemplar debido a sus abusos, al final fueron ejecutados, ya que al no haberse acogido al retiro de las tropas francesas y al ponerse bajo el lábaro imperial de Maximiliano, habían perdido su calidad de ciudadanos franceses y como filibusteros fueron ejecutados *in situ*.<sup>139</sup>

Las leyes de la República los condenaban como piratas y filibusteros. Esos miserables estaban sentenciados de antemano [...]. Los soldados [republicanos] recordaban, para atenuar ese sentimiento que se despierta a la vista de ese espectáculo de muerte, la memoria de los fusilamientos de Uruapan, y los nombres de los generales Arteaga y Salazar corrían por todos los labios (pp. 302-303).

Mateos mostró algunos excesos del lado liberal, pero en su mayoría estos eran la respuesta a actos injustificados y abusivos de parte de los monárquicos, por lo que se convertían ante el lector como actos necesarios y, además, parte de una justicia providencial. Los reveses militares y las tribulaciones de la patria antes comprensibles por obra de la fatalidad, a la postre se tornaron en victorias; en ese momento, todo le salió bien a las fuerzas republicanas. Algunos ejemplos: la milagrosa escapatoria de la muerte del general Porfirio Díaz de los escombros de una casa despedazada por un obús (p. 333); la toma de Puebla por los republicanos; el hecho de ganar en el sitio de Querétaro; Maximiliano preso y en manos

---

<sup>139</sup> La orden de Mariano Escobedo el 3 de febrero de 1867, se reproduce en el Capítulo “La Reforma”, en *México a través de los siglos*.



de Escobedo; en fin, desde la lógica plasmada en la novela por el escritor mexicano: “Dios estaba con la República” (p. 333).



## HISTORIA DE LA GUERRA DE MÉJICO: LA NECESIDAD DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

El presente capítulo está centrado en el análisis de la *Historia de la Guerra de Méjico*,<sup>140</sup> del español Pedro Pruneda Martín, que se publicó en 1867.<sup>141</sup> En un breve recuento señalamos algunos datos biográficos del autor para después revisar sus afinidades ideológicas, sus obras anteriores, así como un sumario de los hechos más significativos de la época que le tocó vivir. Además, haremos mención de los modelos historiográficos españoles que preponderaban en el momento de la producción del texto de Pruneda. Dicho análisis se llevará a cabo siguiendo las partes que lo conforman: “Prologo del autor”, “Introducción” y cuerpo del texto. En cada caso se hará una comparación entre el discurso del historiador español y otros

---

<sup>140</sup> Por ser una edición facsimilar de la primera edición de 1867 tomamos como fuente la de 1996, con Prólogo de Ernesto de la Torre Villar, editada por la Fundación UNAM, FCE, Instituto Cultural Helénico y la Fundación Miguel Alemán. Respetaremos la ortografía original y abreviaremos el extenso título. Cabe agregar que de aquí en adelante, en este capítulo, cuando se hagan referencias a la *Historia de la Guerra de Méjico* en el texto será entre paréntesis señalando sólo el número de página.

<sup>141</sup> El ejemplar facsimilar, antes citado, señala 1867 como el año de publicación. Sin embargo, en un artículo de la revista española *Xiloca*, se propone que fue 1868, quizá porque Pruneda firmó el Prólogo en agosto de 1867; de ahí que supongamos que la publicación pudo haber sido de finales de ese año o a principios del siguiente. Véase José de Jaime Loren y José de Jaime Gómez, “Pedro Pruneda (El Poyo del Cid, 1830-1869): Escritor y político republicano, autor de la primera historia de Teruel”, en *Xiloca*, núm. 34, noviembre de 2006, p. 54.

autores mexicanos y extranjeros, particularmente los más cercanos a 1868. Asimismo, haremos referencia a algunos textos sobre la Intervención Francesa y el Segundo Imperio publicados posteriormente —algunos ya en el siglo xx— con el propósito de mostrar cómo fueron narrados los sucesos y, sobre todo, cómo se recrearon las acciones y los personajes históricos tanto de la Intervención como del Segundo Imperio. Se trata de mostrar las coincidencias ideológicas en la *Historia de la Guerra de Méjico* de Pedro Pruneda y la novela histórica *El Cerro de las Campanas* de Juan Antonio Mateos.

#### EL CONTEXTO DE LA *HISTORIA DE LA GUERRA DE MÉJICO*

La narración de la *Historia de la Guerra de Méjico* es muy cercana al modelo romántico. Característica que comparte con otros textos históricos del periodo, tales como formato, extensión, distancia histórica y horizonte de enunciación. Ésta fue la única obra histórica que Pruneda escribió sobre nuestro país, aunque no llegó a corregir la primera edición del texto porque murió en octubre de 1869, año en que se publicó su “Crónica de la provincia de Cuenca”. Años antes había preparado la *Crónica de la provincia de Teruel*, que se publicó en Madrid, entre 1862 y 1866, en fascículos, y que formaba parte de una serie mayor titulada *Crónica General de España, o sea historia ilustrada y descriptiva de sus provincias, sus poblaciones más importantes de la península y de ultramar [...]*.<sup>142</sup> Conviene mencionar que el episodio de la Intervención Francesa en México se seguía de cerca en Europa; el semanario español *El Museo Universal* señalaba, por ejemplo, en un artículo de primera plana del 1 de Junio de 1862:

Indudablemente la cuestión Méjico es hoy la que tiene el privilegio de atraer la atención de Europa. Cuantas noticias

<sup>142</sup> Véase José de Jaime Lorén y José de Jaime Gómez”, “Pedro Pruneda Martín (El Poyo del Cid, 1830-1869)”, en *Xiloca*, núm. 34, 2006, pp. 43-58.

se reciben de América son leídas con interés [...]. Los periódicos de España, Inglaterra y Francia apenas se ocupan de otra cosa sino de la cuestión mejicana, de la actitud respectiva en que han colocado las tres potencias signatarias del tratado de Londres [...].<sup>143</sup>

Todos los sucesos importantes que ocurrían en México se conocían en Europa y particularmente en España. Por ejemplo, los hechos sobre México ocupaban —en muchos casos— la primera página de *El Museo Universal* y ahí se daba cuenta con detalle de ellos: los preliminares de la guerra, en 1861;<sup>144</sup> el manejo de los reclamos por el representante plenipotenciario español, el general Prim, y la “aprobación” de su proceder por parte de su gobierno;<sup>145</sup> la aceptación condicionada de Maximiliano al trono de México, en 1862;<sup>146</sup> la derrota de las fuerzas francesas en Puebla;<sup>147</sup> los “préstamos” económicos que reconocía Maximiliano,<sup>148</sup> así como los grandes sueldos que pagaba a los miembros de su gabinete,<sup>149</sup> e incluso, la imposibilidad del emperador para mantenerse en el poder por sus ideales liberales.<sup>150</sup> Es de notar que las noticias llegaban a Madrid sin dificultad.

En la *Historia de la Guerra de Méjico* era, y es, posible observar cierta adhesión a la causa republicana a pesar de que no se sabe a ciencia cierta los motivos que tuvo para escribirla ni quién le hizo llegar la documentación desde nuestro país, como antes se ha señalado, y esto ha propiciado algunas

<sup>143</sup> Nemesio Fernández Cuesta, “Revista de la semana”, *El Museo Universal. Periódico de ciencias, industria, artes y conocimientos útiles. Ilustrado con multitud de láminas y grabados por los mejores artistas españoles*, 1 de junio de 1862, p. 1. Se respeta la ortografía original.

<sup>144</sup> *Ibid.*, 29 de septiembre de 1861, p. 1.

<sup>145</sup> *Ibid.*, 25 de mayo de 1862, p. 1.

<sup>146</sup> *Ibid.*, 28 de junio de 1862, p. 1.

<sup>147</sup> *Ibid.*, 29 de junio de 1862, p. 1.

<sup>148</sup> *Ibid.*, 17 de abril de 1864, p. 1.

<sup>149</sup> *Ibid.*, 6 de agosto de 1865, p. 1.

<sup>150</sup> *Ibid.*, 31 de diciembre de 1865, p. 1.

especulaciones.<sup>151</sup> Sin embargo, posteriores investigaciones en México y España dan por hecho que el autor fue Pruneda.<sup>152</sup> Por otro lado, es necesario señalar que el caso de Pruneda fue contrario al de otros historiadores que, auspiciados y claramente apoyados por el gobierno liberal, elaboraron textos sobre el periodo, como el francés Eugene Lèfevre que publicó en 1869, en Bélgica, *Documentos oficiales recogidos en la secretaria privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en Méjico*.<sup>153</sup>

Al respecto, Ernesto de la Torre especula sobre los motivos que pudo tener el historiador español:

Pedro Pruneda no fue un voluntario que pensara ejecutar una obra magna en defensa de un país extraño por su propia voluntad. ¿Qué ligas sentimentales o materiales tenía con México que le motivaron a salir en su defensa? ¿Cómo podía emprender una obra para la que requería conocimientos adecuados, información precisa, abundante y

<sup>151</sup> Por ejemplo, existe una hipótesis planteada por Antonia Pi Suñer que propone la posibilidad de que el autor del texto pudo ser un mexicano. La hipótesis se basa en una afirmación de 1880 del historiador Niceto de Zamacois: "[Pruneda] es un hombre supuesto por el verdadero autor". Véase Antonia Pi Suñer, "La cuestión mexicana en el ambiente político español de mediados del siglo XIX: la obra de Pedro Pruneda", en *Secuencia* núm. 12, septiembre-diciembre, 1988, pp. 16-28.

<sup>152</sup> Véase Ernesto de la Torre Villar, "Prólogo" a la *Historia de la Guerra de Méjico*..., además, en Paloma Cirujano, Teresa Elorriaga y Juan Sisinio, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, 1985, y más recientemente: José de Jaime Loren y José de Jaime Gómez, "Pedro Pruneda (El Poyo del Cid, 1830-1869): Escritor y político republicano, autor de la primera historia de Teruel", en *Xiloca*, núm. 34, noviembre de 2006, Centro de estudios del Jiloca, España, p. 45-58.

<sup>153</sup> Así lo daba a conocer Pedro Santacilia: "Pronto se publicará en Bruselas una *Historia de la intervención y del imperio* escrita por el Sr. Lèfevre, que como saben nuestros lectores, ha recibido del Congreso la cantidad de cuatro mil pesos para los gastos de la impresión. Tanto como el que más conoce sin duda el Sr. Lèfevre la historia moderna de este país, porque estuvo escribiendo aquí incesantemente durante la revolución reformista, y no cesó de hacerlo en Londres, donde prestó muy buenos servicios, durante la intervención". *Del movimiento literario en México*, 1868, p. 21.

oportuna? Sabemos de su actividad intelectual, literaria y política y sabemos es de calidad. Conocemos sus ligas con el grupo liberal español, su acción mancomunada con su padre Víctor Pruneda para difundir los ideales republicanos [...] su padre intervino en los sucesos liberales de 1865 y años siguientes a favor de don Juan Prim, que le acarrearón nuevos destierros, debió estar de su parte y sufrir el alejamiento de su ser querido, y además intensificar en él sus sentimientos republicanos y liberales, y tratar de salir en su defensa [...].<sup>154</sup>

Sin embargo, y para entender la forma en que narra el historiador español, es necesario reseñar brevemente el contexto de los años que vivió, así como los rasgos generales del relato histórico y los modelos historiográficos presentes en la monarquía española.

#### EL REINADO DE ISABEL II Y LA VIDA DE PEDRO PRUNEDA

El periodo que nos ocupa inicia en 1834 y culmina en 1868 con la caída de la monarquía y coincide con el tiempo de vida de Pruneda, que nace en 1830 y muere en 1869. En dicho lapso confluyeron diferentes procesos sociales que permitieron la posibilidad de un cambio en el modelo de gobierno, asociado a un incipiente crecimiento económico de tipo capitalista, en el cual hubo un desarrollo de la clase burguesa que comenzaba a tener peso político, del mismo modo que los estamentos militar, clerical y el sector aristocrático. Durante los años de reinado de Isabel II, en España, tuvo lugar un frágil pacto de gobernabilidad entre los distintos sectores, y evidencia de ello fueron los 18 pronunciamientos con 39 gobiernos.<sup>155</sup>

Como es sabido, Isabel II fue la primera mujer que, rompiendo la ley Sálica, se convertiría en cabeza del gobierno es-

<sup>154</sup> Ernesto de la Torre Villar, "Prólogo" a la *Historia de la Guerra de Méjico*, p. xxi.

<sup>155</sup> Véase Ignacio Fernández "La revolución burguesa: 1808-1898", en *De las Cortes de Cádiz al plan de desarrollo*, 1988, p. 74.

pañol a los catorce años. Además, es de resaltar que no gozó de la educación esperada para una soberana, pues poseía un carácter testarudo y una “vena excesivamente impulsiva y emocional”,<sup>156</sup> lo cual dio como resultado una época desastrosa para la institución monárquica. De hecho, la reina fue llamada por Benito Pérez Galdós “la de los tristes destinos” en de uno de sus *Episodios nacionales*.

El régimen absoluto se desgajó para dar lugar a nuevos actores políticos que luchaban por incorporar derechos particulares –libertad, igualdad, propiedad, seguridad– en el nuevo modelo de gobierno, así como también por la derogación de privilegios tributarios a eclesiásticos y nobles.<sup>157</sup> Como podrá notarse, la institución monárquica no impidió las propuestas de los liberales en España. A Pruneda le tocó ser testigo de los últimos actos de este gobierno.<sup>158</sup> El sistema monárquico moderado que gobernaba en ese entonces estaba deslegitimado y junto a la Corona, iba en declive. Debido a esto, hubo diversos sucesos que reflejaron ese ambiente de crispación social. Ejemplo de ello fue la destitución de Emilio Castelar (uno de los diversos presidentes del Poder Ejecutivo en la I República española entre 1873 y 1874) como catedrático en historia de la Universidad Central de Madrid, así como la represión contra los estudiantes en la llamada “Noche de San Daniel” en 1865. Sin embargo, a pesar de lo anterior, la monarquía se mantuvo en pie, algunas veces apoyando la represión y otras sometiendo las revueltas, como la de los “Sargentos” en junio de 1866. En sus *Episodios nacionales* (1907), Pérez Galdós narraba ese hecho:

---

<sup>156</sup> Véase Mónica Soto, “La monarquía infantil”, en *La España Isabelina*, 1979, p. 7.

<sup>157</sup> Miguel Artola, *Partidos y programas políticos, 1808-1836*, 1991, pp. 218-219.

<sup>158</sup> Para entender las distintas problemáticas del periodo, puede consultarse Ignacio Fernández, “Segundo periodo de la lucha revolucionaria” y “El final de la revolución burguesa: 1868-1874”, en *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo*, 1968, pp. 69-80.



El buen pueblo de Madrid quería ver, poniendo en ello todo su gusto y compasión, a los sargentos de San Gil sentenciados a muerte por el Consejo de Guerra [...] la heroica medicina contra las enfermedades del Principio de Autoridad, que por aquellos días de la historia patria padecía crónicos achaques y terribles accesos agudos.<sup>159</sup>

Los partidos de corte progresista hacían sentir su fuerza por medio de levantamientos. En este contexto se dieron los pronunciamientos de los generales Francisco Serrano y Juan Prim, al mismo tiempo que se proclamaban algunos derechos individuales como la libertad de cultos, el sufragio universal, la libertad de imprenta, etcétera. La imagen y, sobre todo, el comportamiento de la reina coadyuvaron al agudo deterioro de la institución monárquica; los chismes sobre la vida íntima de Isabel II alcanzaron, en ocasiones, los episodios de la novela romántica, amenizados con la dudosa virilidad del rey consorte Francisco de Asís, Duque de Cádiz, y realzados con la atribución de una frase de la reina: “¿Qué le diré de un hombre que la noche de nuestras bodas llevaba más encajes que yo?”.<sup>160</sup>

Este escenario de decadencia y de escaso control político, con una creciente oposición y una represiva respuesta del gobierno, además de la controversial personalidad de la reina, pudieron ser los factores que llevaron a Pruneda a ver un declive del sistema monárquico, que como hoy se sabe, sobrevivió a ese primer intento de República con el regreso de los Borbones al trono en 1874, en la persona de Alfonso XIII. Pese a lo anterior, fue en este periodo que la historia y sus distintas formas de ser concebida tuvieron un gran desarrollo que es necesario reseñar.

---

<sup>159</sup> Benito Pérez Galdós, *Episodios nacionales*, 1907, pp. 5-6, versión electrónica de la Biblioteca Cervantes Virtual ([http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/57938341434571052976613/p0000001.htm#I\\_1\\_](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/57938341434571052976613/p0000001.htm#I_1_)).

<sup>160</sup> Mónica Soto, “Los amores de la reina”, en *La España Isabelina*, 1979, p. 18.

Durante el reinado de Isabel II los historiadores españoles fueron transformando su visión que ponderaba el retrato de figuras políticas a la inclusión de nuevos actores sociales. Desde los años cercanos a 1808 hubo nuevas ideas e inquietudes procedentes de otros países europeos que traspasaron el control del gobierno que Fernando VII impuso hasta su muerte en 1833. En particular, una minoría que, desde el exilio, se encargó de divulgar las ideas en boga en Europa. En cuanto a la historiografía, se tradujeron obras de autores españoles a otros idiomas y en ellas reflejaron las lecturas de Mignet, Humboldt, Mignon y otros.<sup>161</sup> Así, el sujeto de la historia comenzaba a cambiar, sobre todo para los historiadores de tendencia liberal, como lo demuestra el siguiente juicio de José Zaragoza, de la Academia de Historia, emitido a mediados del siglo XIX:

Si antes se detenía el historiador en encarecer el heroísmo de un rey o de un caudillo, hoy es preciso que ponga más aún de relieve las acciones heroicas y hechos notables de los ciudadanos; si celebraba la prudencia y moderación de los que mandan, aún más conviene que ensalce la moderación y prudencia de los que obedecen [...].<sup>162</sup>

Se buscaba que los que “obedecían” también fueran parte de esta nueva forma de enfocar el devenir histórico, el cual aspiraba a un perpetuo progreso. Entonces, fue necesario que surgiera una forma de hacer historia que tuviera aspiraciones nacionales y sirviera como vehículo del nacionalismo, en la

<sup>161</sup> Véase Paloma Cirujano, Teresa Elorriaga y Juan Sisínio, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, 1985, p. 6. Cabe señalar que en la página XI de la “Introducción” del texto, los autores apuntan que éste es un trabajo en equipo. Sin embargo, con el fin de abreviar sólo se hará mención del nombre de la primera autora en las citas posteriores.

<sup>162</sup> José Zaragoza, Discurso leído en la Real Academia de Historia el 12 de abril de 1852 en Madrid. Citado en *Ibid.*, p. 7.

cual se vieran incluidos los sectores trabajadores y productivos, y que además, se diera a conocer por todo el país, como lo proponía Zaragoza: “De esta forma se constituye la historia en disciplina obligatoria para todos los ciudadanos. Y en buena lógica liberal, el primer ciudadano es el rey. Se divulgaban en textos en revistas, obras voluminosas [...]”.<sup>163</sup>

Asimismo, fue necesario dejar de lado el modelo cercano a la crónica, escrito por eruditos y de difícil lectura, para pasar a uno de mayor difusión, cuya finalidad fuese ser leído por amplios sectores de la población. La historia, así, debía cumplir una función didáctica. Y en este sentido, afirmaba Zaragoza, la perspectiva romántica fue de gran ayuda:

Si en el curso de las revoluciones burguesas el término nación protagonizaba el discurso político para identificarse con la edificación del Estado liberal, por su parte el romanticismo aportaba las referencias subjetivas y las adhesiones irracionales a ese nuevo sujeto del proceso histórico.<sup>164</sup>

Sin embargo, conviene señalar que había diferentes visiones históricas que coexistían en esos años, las cuales no sólo representaban un amplio abanico de posibilidades ideológicas, sino que seguían diferentes formas de entender el devenir histórico. Hubo, pues, aquellos que no se apegaron a la noción romántica, sino que se ciñeron a una concepción más próxima al documento, siguiendo la escuela del alemán Leopoldo Ranke; mientras que otros se mantuvieron en una visión conservadora y de orientación católica.

Por otro lado, es importante destacar que en ese periodo de España abundaban las obras que narraban hechos contemporáneos, así como los temas sobre países americanos, la Edad Media, las biografías, y la historia eclesiástica, que contribuyeron a las historias generales de España, en las cuales

---

<sup>163</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 19.

había, aparte del análisis histórico, mucho de “polemismo” y “didactismo”.<sup>165</sup> De este modo, algunos luchaban por instaurar un cuerpo de ideas que sirviera a todos los españoles para formar un pensamiento homogéneo que conformara el concepto de nacionalidad, para lo cual fue necesario recurrir a ciertos elementos invocados por los historiadores considerados románticos:

La personalidad de los pueblos, á la que los escritores modernos apellidan nacionalidad, la constituyen la raza, la lengua y la historia, y donde quiera que estos tres vínculos unan a los hombres, el separarlos es una obra violenta y antiprovidencial.<sup>166</sup>

Como se ha señalado, el pensamiento español no estuvo ajeno a las influencias extranjeras; las ideas liberales se acercaban a las de América y, por ende, a las de los liberales mexicanos. Algunos autores como Lafuente, Alcalá Galino, Fernández de los Ríos, Olózaga, Marliani, Pirala y Chao tenían “militancia activa” en la ideología liberal y, pese a sus diferencias con “frecuencia” ocupaban puestos en el gobierno.<sup>167</sup> A decir de Zaragoza, las ideas y aspiraciones liberales en el siglo XIX español convivían con las ilustradas:

Razón, naturaleza, historia, moral, libertad, progreso, felicidad, se concatenan como premisas para la interpretación del pasado, tanto entre los ilustrados como entre los liberales. Hubo [sin embargo] actitudes opuestas [...] en el campo del tradicionalismo católico.<sup>168</sup>

Con el fin de lograr una visión nacional se dejaron fuera tanto las historias locales como las regionales. Así, entre 1850

---

<sup>165</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>166</sup> Andrés Borgego, *La revolución de julio de 1854, 1855*, p. 133. Citado en *Ibid.*, p. 20.

<sup>167</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>168</sup> *Ibid.*, p. 11.

y 1866 dio inicio el proyecto de dotar a España de un discurso histórico nacional, aunque ya antes el liberal Modesto Lafuente, en 1850, había intentado escribir una historia general que buscaba raíces en su propio pasado nacional la obra fue muy popular, se encontraba en la biblioteca de quienes se preciaban de ser “cultos”. El espíritu nacionalista siguió; por ejemplo, Fernando Patxot publicó una *Historia de España*, en 1857; y Dionisio Aldama y Manuel García publicaron *Historia General de España*, entre 1860 y 1866.<sup>169</sup> Sin embargo, la diversidad de posturas dio como resultado una gran cantidad de perspectivas que llegaron a parecer antitéticas. Entre los historiadores de ese periodo había hombres de diferente formación: abogados, políticos, militares, eclesiásticos, geógrafos, arabistas, literatos, numismáticos y críticos de arte. Además de una gran gama de adscripciones ideológicas: fusionistas, masones, socialistas, liberales, liberales moderados, liberales progresistas, liberales progresistas católicos, liberales conservadores, conservadores, tradicionalistas, tradicionalistas-católicos, carlistas, krausistas, republicanos, antirregionalistas y demócratas-republicanos.<sup>170</sup> En lo que respecta al estilo adoptado por los historiadores románticos españoles, Zaragoza describía las características del discurso:

[...] por frecuencia en el colorismo y el ornato literario. El relato adquiría viveza porque se buscaba la vibración del lector [...]. Se trasplantaban las sensaciones de una época al estilo y á las anécdotas para conmover al lector [del] presente. Una actitud cuya posición extrema consistía en el cultivo de la novela histórica, manifestación específica del roman-

<sup>169</sup> Véase *Ibid.*, p. 83.

<sup>170</sup> En el Capítulo 3 “El intelectual y la producción historiográfica, datos para una aproximación sociológica” del libro *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, aparece un cuadro con los nombres de los autores, las fechas de nacimiento y de muerte, y en su caso, la de ingreso a la Real Academia de Historia, así como la profesión y el tipo de obra. Véase Paloma Cirujano, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, 1985, pp. 68-69.

ticismo, y cuyos autores no sólo fueron clasificados como literatos, sino también como historiadores.<sup>171</sup>

Del fragmento citado se puede suponer que la forma de narrar de Pruneda no era anacrónica, no obstante que en 1867 hubo voces que se lanzaban en contra del paradigma romántico y desataban polémica, como la que se dio entre Antonio Cánovas del Castillo y Juan Valera cuando el primero señaló, en su discurso de ingreso a la Real Academia de Historia, que el concepto romántico había que dejarlo de lado por su “precipitación en concluir y ejecutar”.<sup>172</sup>

#### LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Luego de la anterior reseña sobre los modelos historiográficos españoles cercanos a 1868, es pertinente referirnos a un texto que refleja la función del discurso histórico, que lo mismo sirvió para criticar que para apoyar los diferentes modelos de gobierno. Antes, conviene recordar que en 1868 España estaba convulsionada con la abdicación de Isabel II y con ello se abrió la posibilidad de que los partidos de ideología republicana tuvieran una mayor participación en el gobierno. De ahí que la pugna estaba presente en todos los espacios posibles y a lo largo de la geografía española. Ejemplo de esto fue que a finales de 1868 salían a la luz, luego de años de proscripción, periódicos que luchaban por diferentes causas, como los ideales liberales o católico-conservadores. Así, el 1 de noviembre se publicaba el primer número de *El Verdadero Amigo del pueblo. Periódico católico*, el cual señalaba que su propósito era el de “desengañar al pueblo, en enunciar y publicar en cuanto nos sea dado la verdad” para defender la “verdad católica” de aquellos que propalan errores contra la “conciencia y la moralidad”. Por contraste, el mismo día se publicaba la

<sup>171</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>172</sup> Citado en *Ibid.*, p. 25.

segunda época de *El Centinela de Aragón. Periódico republicano*, en el que Víctor Pruneda (padre de Pedro Pruneda) señalaba que si años antes, en 1843, se publicó por primera vez *El Centinela...* que luchaba “por los sublimes principios democráticos” y en ese entonces se le calificó de utópicos, ahora (1868) ya no eran una utopía para la mayor parte de la nación.<sup>173</sup>

Dado el panorama anterior no fue extraño que en España hubiera autores que al igual que Pruneda, criticaron el modelo de gobierno monárquico que se tambaleaba. Un ejemplo de esto fue Fernando Garrido,<sup>174</sup> quien escribió y publicó *Historia del reinado del último Borbón...*<sup>175</sup> en 1868. Garrido narró con una visión crítica y, desde su presente, el reinado de Isabel II. En una amplia introducción, de casi cincuenta páginas, arengó a los posibles lectores a que se dieran cuenta de la trascendencia y de lo significativo de ese momento en el cual el gobierno de España estaba acéfalo; con una beligerancia, emotividad y convicción semejantes al texto de Pedro Pruneda, como

---

<sup>173</sup> Véase “Artículo prospecto”, en *El Amigo Verdadero del Pueblo. Periódico católico*, 1 de noviembre de 1868; “Artículo editorial”, en *El Centinela de Aragón. Periódico republicano*, 1 de noviembre de 1868, núm. 1, sin firma, pero con la responsabilidad expresa de Víctor Pruneda.

<sup>174</sup> Garrido se acerca a las ideas socialistas que había en 1848 y funda el periódico *La Organización del Trabajo*; estuvo preso por escribir su “Defensa del socialismo”, por lo que salió desterrado hacia Inglaterra. Regresa a España en 1854 y vuelve a ser apresado por la defensa que hace de Espartero, pero poco tiempo después es puesto en libertad. En Barcelona se le atribuye una proclama contra Isabel II, por lo que tiene que regresar a Londres. En ese tiempo publica un texto que le valdrá la excomunión: “Historia de los crímenes del despotismo y la humanidad y sus progresos”. Fue diputado en 1869 por Cádiz y en 1872 por Sevilla. Además, Intendente general de Filipinas en 1873 durante el gobierno republicano.

<sup>175</sup> El título completo de la obra, en tres tomos y más de tres mil páginas, es: *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad, despilfarros, hipocresía crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón*, impreso en 1868 (el primer tomo) y en 1869 (los otros dos), en Barcelona y publicado en Madrid por la editorial de Salvador Manero.

veremos más adelante, hacia una defensa del republicanismo como forma de gobierno idónea para España:

La democracia española sería ingrata con Isabel de Borbón, si no reconociera que a ella debe gran parte de sus principios, que sin su auxilio no tendría hoy la gran satisfacción de ver proclamados y practicados, la libertad de cultos, ni el sufragio universal, ni las otras libertades, que forman el dogma de la democracia universal [...] ha sido [ella] quien ha lanzado en las filas de la Democracia a los antiguos partidos conservadores [...]. Empeñándose en no ser nada liberal, Isabel ha obligado a los menos liberales á proclamar todas las libertades absolutas [...].<sup>176</sup>

El tono se agudizaba en las páginas de la “Introducción”, en la cual hace una crítica a la institución monárquica:

Muchos tronos se han hundido en nuestro siglo; muchos reyes, ¿qué decimos reyes? familias enteras, razas enteras de príncipes, de las que se suponían derecho divino, andan proscritas y yacen arrinconadas por esos mundos. [...] ningún tirano ha caído más impensada y rápidamente, y con aplauso más general, que Isabel II de España [...]. Grande y glorioso es para el pueblo español haberse librado del tirano político, pero lo es más todavía, porque el trono ha arrastrado en su caída al tirano teocrático, que pesaba sobre su conciencia y su inteligencia como la losa de un sepulcro [...].<sup>177</sup>

Para cerrar este apartado, y como ejemplo de cercanía ideológica con los liberales mexicanos, es pertinente citar un fragmento del ensayo de Fernando Garrido sobre el episodio de la Intervención Francesa en México:

---

<sup>176</sup> Fernando Garrido, “Dedicatoria”, en *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón.*, t. 1, p.2. De aquí en adelante sólo pondremos la primera oración del título y señalamos que se respeta la ortografía original.

<sup>177</sup> *Ibid.*, t. 1, pp. 7-8.



Juarez que tenía una actividad asombrosa, que se había dedicado en cuerpo y alma a la causa liberal de su patria, que luchaba hacía mucho tiempo sin descanso, había logrado vencer todos los obstáculos, todas las fuerzas de la reacción, penetrando en Méjico [y] procurando desarmar a sus contrarios, anular la influencia del clero é introducir grandes y profundas reformas [...]. El clero, que se veía atacado de frente, buscó todas las tretas, movió toda clase de registros, ejerció su influencia en Europa para evitar que se vendieran sus bienes y que se llevaran adelante los planes de descentralización de Juarez. <sup>178</sup>

#### UNA DEFENSA REPUBLICANA: EL PRÓLOGO A LA *HISTORIA DE LA GUERRA DE MÉJICO*

El espacio “prefacial” tiene una larga tradición que remite al pensamiento clásico y justamente a las obras de historia. Por ejemplo, al inicio de su *Historia*, Heródoto advierte al lector que escribía para evitar que “los hechos humanos queden en el olvido” así también sus obras “notables y singulares”.<sup>179</sup> Sin embargo, será hasta la Edad Media con la impresión por caracteres móviles que se volverá una opción, como espacio de vindicación o guía para el lector. En el siglo XIX, en textos de todos los géneros del discurso es muy frecuente el prólogo de autor.

En lo que respecta a la tradición de la narrativa histórica española, se tiene como ejemplo el prólogo “A los que leyeren”, de la *Historia de la Conquista de México*, escrito por Antonio de Solís, publicado a finales del siglo XVII, en el cual éste afirmaba:

Puse al principio de la Historia [de la conquista de México] su Introducción ó Proemio, como lo estilaron los Antiguos: donde tuvieron los Motivos, que me obligaron a escribirla, para defenderla de algunas Equivocaciones, que padeció en sus primeras noticias esta Empresa; tratada en la verdad

<sup>178</sup> *Ibid.*, t. III, pp. 547-549.

<sup>179</sup> Heródoto, *Historia*, 2005, p. 85.

con poca reflexión de nuestros Historiadores, y perseguida siempre de los extranjeros, que no pueden sufrir la Gloria de nuestra Nación.<sup>180</sup>

Solís explicaba, justificaba o respondía a sus posibles lectores y detractores. El fragmento citado sirve para hacer una analogía con las intenciones y motivaciones de Solís que son semejantes a las plasmadas en el “Prólogo” de Pruneda, y que a continuación analizaremos. Antes conviene señalar que en el México de mediados del xix, algunos historiadores también escribieron prólogos en los que señalaban los motivos y argumentos para narrar bajo diferentes puntos de vista, más proclive al grupo liberal o al conservador. Por ejemplo: la historia de la Independencia en las obras de Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico sobre las revoluciones en México*, de 1838; Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, de 1849, y José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, de 1836.

De manera general, se puede señalar que el Prólogo a la *Historia de la Guerra de Méjico* cumple varias funciones.<sup>181</sup> En este texto Pruneda dejaba ver uno de los elementos más importantes de análisis: la elección del público, correspondiente a la ubicación del lector y, también, a los que el autor se dirige en primera instancia: “a esos escritores y hombres políticos” que desde Europa veían con desdén e ignorancia los hechos ocurridos en las “Repúblicas americanas” (p. 1).<sup>182</sup> Esos escritores, añadía, enceguecidos por sus valores monárquicos, criticaban los preceptos democráticos que consideraban como alejados de la tradición y del orden, así como del mejoramien-

<sup>180</sup> Antonio de Solís, “A los que leyeren”, en *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, edición facsimilar de la editada en 1704 en Bruselas, México, Miguel Ángel Porrúa, 1988, p. 1 (un). Ortografía original.

<sup>181</sup> Véase Genette, *Umbrales*, 2007, pp. 167-201.

<sup>182</sup> De aquí en adelante se harán las referencias a la *Historia de la Guerra de Méjico* en el texto y entre paréntesis señalando sólo el número de página.

to social. Como respuesta, el autor esgrimía el ejemplo de Estados Unidos, una república democrática que se gobernaba con éxito, argumento por cierto igualmente empleado por los liberales mexicanos. Otro punto que destaca es la importancia o utilidad del texto que le daba el propio autor; el asunto no era cosa menor, ya que “el estudio de la guerra de Méjico ofrece gran interés por las cuestiones importantes cuya solución dependía de su desenlace” (p. ix). Además, Pruneda lo hacía con pretensiones de veracidad, ya que lo narrado sería probado “más adelante” (p. vii), sin dejar de lado el sentido persuasivo que gozó de una gran tradición en el siglo xix mexicano, tanto para el discurso histórico como para el literario.<sup>183</sup>

El autor español se esforzó por dotar a su argumentación prefacial de una lógica que le permitiera *persuadir* al lector de entender las *verdaderas* causas y los motivos que habían llevado a tres potencias europeas (España, Inglaterra y Francia) a una intervención en suelo mexicano y para que no insistieran en un proyecto que a ojos de Pruneda era irrealizable. Además de defender el modelo republicano, señalaba que no debería de haber injerencia en los asuntos americanos por parte de los gobiernos europeos, que con base en la guerra de Secesión americana justificaban la intromisión en los asuntos de México:

Juzgados así aquellos pueblos, que se afanan trabajosamente por constituirse y fortalecer unas instituciones para las cuales no estaban preparados [...]. Antes de la guerra de Méjico hubo en Europa una pléyade de escritores distinguidos, Miguel Chevalier, entre ellos, que sostuvieron con talento la tesis de que Europa debía intervenir en los asuntos de América (p. v).

Ante el conflicto de la guerra intestina de Estados Unidos y la debilidad interna mexicana, en Europa se buscaba

<sup>183</sup> Véase María Luna Argudín, “La escritura de la historia y la tradición retórica”, en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, 2004, pp. 31-98.

un pretexto para la intervención, que sería, según Pruneda, la suspensión de pagos durante dos años de la deuda externa por el Congreso mexicano en 1861. Deuda formada por “créditos enormes y un tanto exagerados” por parte de “unos especuladores sin entrañas” (p. v). En el Convenio de Londres de 1861, Francia, España e Inglaterra exigieron al gobierno mexicano el pago de los intereses atrasados. Pero en realidad, lo que se discutió en Londres, mantiene Pruneda, fue una cuestión financiera, “no una cuestión política” (p. vi). Este asunto será retomado en el Libro Primero, en el Capítulo I y en un Apéndice en el que transcribe los artículos contra la soberanía mexicana y otros documentos probatorios. Esta opinión se acerca a la mesurada de José María Vigil de 1889, en “La Reforma”, en *México a través de los siglos*,<sup>184</sup> y todavía más próxima tanto en el juicio, como en la indignación por el hecho, a la del historiador mexicano y participante en el ejército republicano de 1862, Miguel Galindo y Galindo, quien aclaraba en 1905:

El motivo aparente de la Convención de Londres era el aseguramiento del pago de réditos procedentes de nuestra deuda exterior; pero el verdadero, aunque oculto todavía, era el de intervenir en la política del país, cambiando sus instituciones liberales y republicanas por las monárquicas.<sup>185</sup>

---

<sup>184</sup> “Y ya que la suspensión de pagos de la deuda extranjera vino a ser el pretexto final para acordar la alianza tripartita entre los gobiernos de Inglaterra, España y Francia, a fin de intervenir en los negocios de México, bueno es recordar que el monto de esa deuda, que obligaba a aquellas potencias a tomar una actitud tan grave, era 82.316,290 pesos, 86 centavos”. Véase José María Vigil, “La Reforma”, en *México a través de los siglos*, t. v, versión electrónica, 2007, p. 10. Edición electrónica, en CD-ROM tomada de la primera edición de la obra pero que añade una actualización ortográfica.

<sup>185</sup> Miguel Galindo y Galindo, *La gran década nacional, o relación histórica de la guerra de Reforma, intervención extranjera y gobierno del archiduque Maximiliano. 1857-1867*, t. 2, 1987, p. 82.

Pruneda exponía al lector español de 1867, algunos puntos de las negociaciones que derivaron en la retirada de las tropas de España e Inglaterra y la decisión de Francia de mantener una fuerza de ocupación en México. Del mismo modo, indicaba que de antemano existía el propósito de lograr por cualquier medio que se iniciasen las hostilidades contra el ejército mexicano. Además, explicaba las intenciones de Francia por levantar “sobre las ruinas de la República una monarquía hereditaria regida por un príncipe católico” (p. v). El historiador español también aprovechó para dar al lector europeo una gran cantidad de datos que servían para contextualizar el suceso que narraba y para presentar al lector a los personajes históricos que merecen mención especial. No es casual, por ejemplo, que en medio del “Prólogo” aparezca la primera imagen (entre las páginas vi y vii) de Benito Juárez, con el propósito de elevarlo al rango de los grandes hombres instrumentos del devenir histórico de México.

En el “Prólogo” se daba al lector tanto de la época, como al actual, una guía del texto con un tono a veces crítico y a veces apologistista, señalando la viabilidad y bondades del modelo republicano, que era atacado por el eslabón más débil. Esto último quizá por el largo conflicto armado entre grupos antagónicos que había dejado al borde del desastre a la nación mexicana. Sin embargo, México respondía “fieramente” arrojando a los pies de Europa “el ensangrentado cadáver de Maximiliano” (p. xi). Esta calificación se acerca a la de Ignacio Manuel Altamirano en un discurso pronunciado el 16 de septiembre de 1867: “toda esa turba de tiara y cetro en las manos, hoy se agrupa en torno de un féretro [...] como las plañideras antiguas, sin tener siguiera el valor de vengar a un monarca como ellos, ajusticiado por un pueblo libre”.<sup>186</sup> El énfasis que puso el historiador español en señalar el error de intervenir

---

<sup>186</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Glorificación a los héroes”, en *Obras Completas*, t. 1, 1949, p. 103.

en los asuntos de América, debe entenderse a la luz de las campañas militares que España llevó a cabo, como muestra de un malentendido nacionalismo, contra Marruecos (1859-1860), Perú y Chile (1864-1884), así como contra la República Dominicana en 1865.

Como lo señalan algunos estudios historiográficos españoles recientes, Pedro Pruneda fue de las pocas voces que en 1868 “cuestionaron” la intervención europea y vieron lo erróneo de esas acciones “colonialistas”, a pesar de que subyace en su obra un sustrato del sentimiento nacionalista en boga.<sup>187</sup>

Para un lector actual el Prólogo de la *Historia de la Guerra de Méjico*, puede servir como base para vislumbrar algunos rasgos, desde el punto de vista historiográfico, del horizonte de enunciación; en palabras de Hans-Georg Gadamer: “ver el pasado en su propio ser, no desde nuestros patrones y prejuicios contemporáneos, desde su propio horizonte histórico”, incluyendo los prejuicios del autor,<sup>188</sup> así como las circunstancias que rodeaban la expedición contra la República mexicana.

Antes de pasar a la primera parte del cuerpo del texto, la “Introducción”, es conveniente referir un punto de vista, contemporáneo al suceso, del francés Francois Prévost-Paradol que está plasmado en el prefacio de *Elevación y caída del Emperador Maximiliano* de Emile de Kératry, ya que coincide con algunas opiniones de Pruneda sobre la guerra de Intervención. El libro fue editado en México en 1870, pero firmado con fecha

---

<sup>187</sup> Véase Paloma Cirujano, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, 1985, p. 204.

<sup>188</sup> Esto no como algo negativo, por el contrario, desde la perspectiva hermenéutica que da Hans-Georg Gadamer, “los prejuicios de un individuo son, mucho más que sus juicios, son la realidad de su ser”, para captar su ser social, analizar el contexto en el cual vivió, las motivaciones y pretensiones inmediatas y teleológicas de sus textos. Véase Hans Georg Gadamer, “El círculo hermenéutico y el problema de los prejuicios”, en *Verdad y método*, 1987, volumen II, pp. 331-360.

anterior, noviembre de 1867.<sup>189</sup> Desde Francia, Prevost juzgó la expedición francesa a México dando razones semejantes a las de Pruneda. Así comenzaba el Prefacio:

La empresa de México, [...] no es peor de los resultados que ha producido para la Francia el gobierno personal [de Napoleón III] que su objeto esta[ba] claramente definido desde el principio, que su teatro está demarcado con anterioridad, que la catástrofe es decisiva y sorprendente y que todo marcha allí, como un drama antiguo, hacía un fin sangriento y a un desenlace bastante memorable para servir de terna lección a la posteridad.<sup>190</sup>

En cuanto a los motivos de Napoleón III, el autor francés desestimaba el de los célebres bonos originalmente suizos: “Suponiendo cierto todo lo que se ha dicho de más sensible acerca del negocio Jeker, es preciso buscar en otra parte”.<sup>191</sup> Y esa otra, se encontrará más adelante en el mismo Prefacio:

El error capital que ha originado la empresa mexicana es un juicio falso formado por el gobierno francés sobre el éxito de la guerra civil de los Estados-Unidos. Si no hubiese estallado la guerra civil ó si el gobierno francés hubiese previsto la victoria definitiva del [ejército del] Norte y la reconstrucción del poder americano, nunca hubiese nacido en su espíritu la idea de fundar un trono en México con los ejércitos de Europa.<sup>192</sup>

Prévost señalaba un tercer argumento, también mencionado por Pruneda: la ambición económica con el pretexto

<sup>189</sup> En la página de presentación, François Prévost-Paradol aparece como miembro de la Academia Francesa; el texto fue editado en México por la “Imprenta del Comercio” en 1870 traducido por Hilarión Frías y Soto. Véase Emile de Keratry, *Elevación y caída del Emperador Maximiliano. Intervención francesa en México, 1861-1867*, 1870, p. 1.

<sup>190</sup> Antoine François Prévost-Paradol, “Prefacio” a *Elevación y caída del Emperador Maximiliano*, 1870, p. v. Las citas conservan la ortografía original.

<sup>191</sup> *Ibid.*, p. VII.

<sup>192</sup> *Ibid.*, p. IX-X.

del argumentado dique contra los Estados Unidos, por vía de la “regeneración de la raza latina en el Nuevo-Mundo”, y la creación de un supuesto “equilibrio” y así, poner una barrera a la “raza anglo-sajona”, sin menoscabo del país mexicano que contaba, además, con “minas inagotables de metales preciosos” y la posibilidad de la “perforación de un istmo”.<sup>193</sup> Por último, y sobre el comportamiento de la expedición francesa desde su llegada a territorio nacional, ésta ya de origen estaba viciada, seguía Prévost, como se mostró con la ruptura de los convenios de la Soledad, que “no fue mas que la confesión de esa resolución irrevocable, y desde entonces nuestro ejército quedó empeñado en aquel espinoso camino sembrado de victorias frecuentes e inútiles”.<sup>194</sup> Sin embargo, y pese a la claridad de conceptos antes señalados, para Francia el aceptar el verdadero peso del fracaso en México, fue un acto que tuvo que esperar, como lo señalara posteriormente Émile Ollivier, antiguo miembro del gabinete de Napoleón III, en la “Introducción” a *L'Empire Libéral*, (1895) quien sobre el valor de la Intervención en México, decía:

On a beaucoup déclame sur l'expédition du Mexique: elle serait la véritable cause de notre effondrement. Nous aurions été vaincus en 1870 parce que l'Empire «avait jeté tout notre sang, tout notre or, notre force tout entière dans les plaines du Mexique». <sup>195</sup>

#### LA INTRODUCCIÓN: UN RECUENTO Y UN ANÁLISIS

La extensa *Introducción* de la *Historia de la Guerra de Méjico*, da un panorama del desarrollo histórico del país, incluso antes de la conquista española. Es un recuento de hechos y personajes, así como un análisis del proceso histórico que derivó en la

<sup>193</sup> *Ibid.*, p. XI. Cabe notar que subsistía el mito de la riqueza ilimitada de México.

<sup>194</sup> *Ibid.*, p. XII.

<sup>195</sup> Émile Ollivier, *L'Empire Libéral*, t. 1, 1895, p. 2.



creación de la Nueva España y, posteriormente, de México. Pruneda consideró que su lector necesitaba saber algunos datos mínimos y por ello, además de narrar incluyó su propio punto de vista sobre los acontecimientos con base en diversas fuentes históricas que en su mayoría menciona.

Antes de comenzar el análisis de la *Introducción*, es pertinente comentar algo sobre el formato de la primera edición (1867) de la *Historia de la Guerra de Méjico*. Su tamaño es de 35 por 22 centímetros, semejante al de *México a través de los siglos*, que media 33 por 22.5 centímetros. Las dimensiones de los libros, como sabemos, tuvieron, y tienen relación con las pretensiones del mismo. Es decir, para la materialización del texto para uso público es clave la elección del formato.<sup>196</sup> Las páginas del libro de Pruneda están divididas en dos columnas, y se intercalan láminas en las que se incluyen vistas de lugares como: Guanajuato, Guadalajara, Veracruz, Puebla, San Luis Potosí, Jalapa, Matamoros, Acapulco, Tampico, Querétaro, la Plaza de Armas de la ciudad de México y un mapa del territorio mexicano y, en la mayoría de los casos, reproducciones de los rostros de los personajes del conflicto armado que tuvieron un papel importante en el desarrollo de los hechos históricos narrados: Benito Juárez, Maximiliano, Santa Anna, Napoleón III, Juan Prim, Lorencez, Labastida, Escobedo, Mejía, Miramón y Márquez.

La *Introducción*, dividida en tres partes, consta de setenta páginas y lleva por título “Historia de Méjico”. La primera parte es muy breve, (sólo seis páginas) y se titula coincidentemente “Introducción”, en ésta Pruneda ubicó al lector en la geografía de México. La parte que sigue fue denominada “Primera parte”, y abarca: “desde la conquista por Hernán Cortés 1521 hasta la guerra de independencia 1810”, esta parte, a su vez, se divide en tres capítulos que seccionan el periodo históricos: primero el tiempo anterior a la llegada de los europeos

---

<sup>196</sup> Gérard Genette, *Umbrales*, 2001, p. 20.

a América, con la descripción del territorio y cómo se formó el señorío azteca; después, la Conquista que va del descubrimiento a la caída de Tenochtitlan y, por último, del periodo de la Colonia hasta antes del inicio de la guerra de Independencia. Hay una última sección que cierra la Introducción y se titula “Segunda parte” y narra los hechos “desde la guerra de independencia 1810 hasta el advenimiento de Juárez a la presidencia”. Este último apartado tiene cuatro capítulos, tres de los cuales llevan como subtítulo el nombre de los personajes que considera clave en el proceso de emancipación: “Hidalgo”, “Morelos” e “Iturbide”. Como podrá notarse subsiste la concepción heroica del proceso histórico.

En términos generales, la *Introducción* de la *Historia de la Guerra de Méjico* cumple con la función de reseñar los hechos relevantes, anteriores al conflicto liberal-conservador. Por lo tanto, la obra se dividió en las partes, antes señaladas, que el autor consideró como las más representativas del proceso histórico anterior a la guerra de la Intervención Francesa. El diseño del texto fue pensado para que lectores españoles, y quizá europeos, comprendieran que la pugna entre los dos grupos mexicanos antagónicos, liberales y conservadores, era anterior a los años de la caída del Segundo Imperio. Pero, más importante aún, para que entendieran la formación particular de la nación mexicana que, desde su opinión, no podía albergar el sistema monárquico en 1861, por no contar con el elemento fundamental de la tradición monárquica. Esta idea ya aparece en el *Prólogo*, pues ahí señalaba Pruneda que desde que las antiguas colonias americanas se independizaron, sus tradiciones eran “todas republicanas”, así como “sus elementos políticos” y “sus fuerzas sociales”, por lo que eran “incompatibles con la monarquía ó incapaces de sostenerla” (p. x). También señaló que mientras fueron colonias, vivieron como “pueblo conquistado, sin condición ninguna de nacionalidad” (p. x).

Sobre este punto volveremos más adelante, en el apartado sobre el periodo de la Independencia.

La forma en que están narrados los hechos y sobre todo como están contruidos algunos de los personajes históricos en la *Introducción* de la *Historia de la Guerra de Méjico* tienen similitudes con el libro 1 de la *Historia de la Conquista de México* del norteamericano William H. Prescott, de 1843,<sup>197</sup> quien incluye una visión general de lo que él denominó la “civilización azteca”. En los textos de Pruneda y de Prescott, se nota la intención de ofrecer al lector la información necesaria para comprender el suceso histórico al que se referirán. Más adelante, en la parte concerniente a la narración de la conquista que hace Pruneda, se retoman algunos elementos del texto de Prescott para señalar las coincidencias vertidas en la *Historia de la Guerra de Méjico*.

Con la revisión que hicimos al inicio de este capítulo sobre los modelos historiográficos españoles del tiempo en que vivió Pruneda, se podrá entender la forma narrativa romántica, en la que se considera al pueblo como el nuevo sujeto de la historia, así como también la incorporación de elementos que permean en la narración. Al respecto, destacan algunos de la forma romántica de narrar los hechos históricos. Por ejemplo, y sobre la narración romántica de Prescott, que bien se puede comparar con la de Pruneda, se señala que lo importante era:

[...] destacar el valor acordado al llamado *color local* y la *descripción* (descubrimiento o recreación) *pictórica del paisaje* del escenario natural. Junto a estos típicos elementos hay que poner las escenas espectaculares (batallas específicamente dramáticas, teatrales, entre dos ejércitos, grupos, naciones o caracteres heroicos contrarios) y la confinación del tiempo

---

<sup>197</sup> Véase William H. Prescott, “Anexo tercero”, en *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*, 2004, pp. CXXV-CXXVI.

y la confinación en el tiempo y en el espacio de un *gran tema*.<sup>198</sup>

Todos los elementos señalados figuran en la *Historia de la Guerra de Méjico*, y serán objeto de análisis en seguida.

#### ANTES DE LA CONQUISTA

Para la descripción topográfica del territorio mexicano, Pruneda cita como principal fuente a Humboldt. Esta descripción, como se observa, resultaba idílica:

El viajero saliendo de Veracruz apresura el paso [...] llega á Jalapa, la región de la encina, árbol protector á cuyo pié debe haber un poder invisible, amigo de los hombres, que detiene el azote [del vómito negro] como por encanto. Respirando entonces bajo un cielo hermosísimo [...] (p. 3).

A pesar de que no existen indicios de que el autor haya estado en este país, se sabe que leyó sobre la Conquista, de donde pudo haber tomado esa visión idílica del paisaje y de la naturaleza.

Después de la descripción del territorio comienza la segunda parte de la Introducción, en la cual, como antes señalamos, Pruneda narró los acontecimientos desde la Conquista hasta la guerra de Independencia de 1810. En pocas páginas — ocho— del capítulo primero, son narrados los hechos anteriores a la llegada de los españoles, con el fin de explicar al lector los orígenes de los “aztecas o mejicanos” (p. 11), como él los llama desde el principio, y hasta su consolidación como “Imperio”. Sobresale además, la comparación que el autor español hace con el inicio de la formación del Imperio romano:

Méjico, que á manera de la antigua Roma, nada quería que existiese independiente, sino que todo estuviese sometido á

---

<sup>198</sup> Juan A. Ortega y Medina, “Prólogo”, en *Ibid.*, pp. XIII-XIV.

su poder, consiguió infundir por todas partes el terror y el miedo, y no había pueblo que no temblase al dirigirse sobre él las legiones de aquellos emperadores [aztecas] (p.14).

Así, el Imperio azteca se formó a lo largo de sucesivas guerras de conquista hacia sus vecinos, lo cual a los ojos del autor español le dio el carácter belicoso, necesario para su posterior desarrollo. Esas conquistas y la asimilación de diferentes pautas culturales de los diversos grupos, como los toltecas, a quienes atribuía una gran herencia cultural, permitieron desarrollar “las grandiosas construcciones, comparables sólo con las de la India y las de Egipto” (p. 7). Otro dato que se distingue por su importancia en este primer capítulo, es el relativo a las diferencias de las tácticas bélicas que utilizaban los aztecas en esa época:

Las armas de los aztecas, como las de otros pueblos de la América de aquellos tiempos, sólo eran buenas para combatir con otros enemigos que no las tuvieran mejores. [...]. La historia de la conquista prueba que los mejicanos no tuvieron la menor idea de lo que se llama ahora orden de marcha, orden de batalla, evolución táctica y disciplina (p. 14).<sup>199</sup>

Para este periodo, el historiador español afirmó seguir a Lorenzo Boturini, en su *Historia general de la América Septentrional*. Pruneda consideró a la cultura mexicana como resultado del contraste entre la cultura tolteca y la azteca, en la cual se mezclaron: “las costumbres suaves con prácticas de barbarie; lo bello y lo gracioso unido á lo terrible y repugnante” (p. 7),

---

<sup>199</sup> Posteriormente, Vicente Riva Palacio en la “Introducción” al tomo II titulada “El Virreinato”, en *México a través de los siglos*, señala algo parecido: “La pólvora, los caballos, las armas y las armaduras de acero y de hierro y la táctica militar, comparativamente muy avanzada, daban la victoria a los invasores y sembraban el terror de los vencidos”. Véase Vicente Riva Palacio, “El Virreinato”, en *México a través de los siglos*, t. II, 2007, p. VII. Edición electrónica.

por lo cual la cultura mexicana era una mezcla en claroscuro que tuvo su punto más sombrío en “los sacrificios humanos y los festines de caníbales” (p. 7). El anterior juicio fue similar al que algunos cronistas e historiadores ya antes habían señalado. Así, el Imperio azteca fue resultado de la suma de las conquistas que obtuvieron sobre sus vecinos, lo que le permitió que en pocas generaciones lograra acrecentar su poder incorporando territorios cada vez más distantes del valle de México y para el año 1500 alcanzaría su máxima plenitud.

#### LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA CONQUISTA Y HERNÁN CORTÉS

Después del preámbulo histórico, Pruneda narró los hechos más significativos de la Conquista en un capítulo, en el que atribuyó cualidades excepcionales a Cortés. Este personaje fue presentado como un caudillo que guió “a un puñado de españoles” que lo siguieron en aras del “proselitismo religioso” (p. 8). De ahí que la Conquista de México fuera considerada como una hazaña sólo comparable con las de Alejandro Magno, ya que en sólo treinta meses un pequeño ejército venció y sojuzgó al gran Imperio azteca. En este punto el historiador menciona sus fuentes para este periodo:

Quien haya leído las cartas que Hernán Cortés escribió á Carlos V, las relaciones de Bernal Díaz del Castillo, ó la obra de Solís, no podrá menos que admirarse al considerar las grandiosas proporciones con que se presentan los hombres y los acontecimientos; y cuando se reflexiona sobre los altos hechos de los españoles en aquella época gloriosa, se conciben las ficciones de los libros de caballería (p. 8).

Y sin embargo, señalaba más adelante:

Pero no debe ocultarse la verdad, aunque la verdad oscurezca y empañe las glorias de la patria. La grandeza de Cortés y el esplendor de la conquista hubieran sido mucho mayores sin la intolerancia religiosa, la sórdida avaricia y la cruel-

dad refinada que los españoles desplegaron después de la victoria. Convertido el imperio azteca en colonia española, fué explotada por sus ávidos dueños, y durante tres siglos estuvo encorvada bajo el triple yugo del despotismo militar, del fanatismo religioso y del monopolio financiero (p. 8).

Este juicio encierra la manera en que Pruneda juzgaba no sólo a la Conquista sino al periodo colonial novohispano y, además, señalaba algunos elementos presentes en puntos de vista de algunos liberales mexicanos.

Además, para Pruneda, Hernán Cortés tenía un carácter fogoso, adecuado al “espíritu belicoso y caballeresco” (p. 16), de aquélla época, en la cual: “remediados en parte los graves problemas que afligían á España (...) se reanimo el espíritu de conquista de los españoles en el nuevo mundo” (p. 15). Este espíritu de la época remitía a la conquista del norte de África y de los territorios americanos por parte de España durante el reinado de Carlos I. Eran entonces esas circunstancias históricas las que permitieron que en la persona de Cortés se desarrollaran las capacidades excepcionales necesarias para la gran tarea que tenía reservada la Providencia. De las fuentes que el autor dice haber consultado, considero que la de Antonio de Solís, Cronista Mayor de Indias, pudo haber sido la más importante, ya que como se sabe su *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América Septentrional conocida con el nombre de Nueva España* de 1684 es una de las que más alaba las capacidades del conquistador. Solís recibió el encargo de la Corona Española para continuar la *Historia General* de Antonio de Herrera, pero no lo cumplió, sino que “opuso el relato de una historia nacional de dimensión heroica, que como ejemplo de virtud y fortaleza cristianas, sirvieran a la emulación y patentizara la verdad del destino providencial de España”.<sup>200</sup>

---

<sup>200</sup> Edmundo O’Gorman, “Prólogo” a *Historia de la conquista de México...*, 1996, p. XI.

Pruneda no sólo le atribuía semejantes capacidades a Cortés, sino que, incluso en su manera de narrar algunos episodios clave de la Conquista, se advierte más dramatismo y sentimentalismo que en la obra de Solís. Lo que hizo Pruneda fue escribir para probar pero sin dejar de emocionar al lector, forma de narrar propuesta por algunos historiadores mexicanos, como se puede observar en el ensayo, de 1865, de Manuel Larrainzar, en el que éste sostenía que el mérito del relato histórico era subir de punto y hacer patente su:

[...] amor a la verdad, buscando la exactitud hasta en los detalles con celo diligente, y con una paciencia llevada hasta el escrúpulo; pero no con esa verdad seca y marchita, enterrada en los archivos, sino la verdad animada, que pinta los sucesos con todas sus circunstancias esenciales, y a los personajes con sus pasiones, sus costumbres y sus tendencias [...].<sup>201</sup>

Sobre su propio relato histórico, Pruneda puntualizaba al final de la *Introducción*:

Nos proponemos narrar en el transcurso de la obra, con el temor natural de quien sabe que tiene á su cargo una empresa superior á sus fuerzas. Sírvanos en parte de disculpa la premura del tiempo, que no permite compulsar noticias apasionadas y datos contradictorios [...] que no deja lugar para estudiarlos con detenimiento, analizarlos sin pasión, y abarcarlos en sus detalles y en su conjunto con ese criterio amplísimo y elevado que constituye el genio de la historia, y sin el cual no puede llenar su doble misión de maestra de la vida y mensajera de la antigüedad (p. 69).

---

<sup>201</sup> Manuel Larrainzar "Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México especialmente la contemporánea, desde la declaración de Independencia, en 1821, hasta nuestros días", estudio presentado en varias sesiones; el 26 de octubre de 1865, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; fue publicado por Ignacio Cumplido. Véase Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, 2001, p. 174.



Cabe señalar que Pruneda no era ajeno al papel que algunos de sus coetáneos atribuían a la historia. Por ejemplo, el caso de Juan Rico y Amat, que en 1860 enfatizaba la necesidad de regresar a la antigua idea de la historia como “gran maestra del mundo que reflejando lo pasado en el espejo de la experiencia, aconseja en lo presente y profetiza en lo porvenir”.<sup>202</sup>

En lo que respecta a la “premura” mencionada por Pruneda no se explicita —quizá sea auténtico el término— si era en el sentido de terminar lo antes posible, o bien, sólo era un gesto retórico, una especie de “disculpa” ante el lector. Lo que sí se puede deducir es que quería dar a los lectores españoles y europeos una narración histórica lo más completa posible, con la clara idea de revelar un panorama que explicara cómo al restaurarse la República se alcanzaba la independencia y autonomía política que daba entrada a la nación mexicana a la modernidad. Es probable, también, que influyera el tiempo en el cual se comprometió a entregar el trabajo para su publicación (recordemos que murió al año siguiente de la publicación del libro). Lo cierto es que en un tiempo muy corto escribió un texto que por sus ideas, estructura y estilo deja ver un autor preparado o, como en ese tiempo se decía, con “ilustración”. Pruneda supo que su texto podría tener fallas, pero lo suplió con una prosa llena de pasajes vívidos, en los cuales hay una clara defensa de los ideales liberales y republicanos.

#### RETRATO DE CORTÉS

Completando el retrato de Cortés, se puede decir que del conquistador, Pruneda ponderó sobre todo su valor, así como su “habilidad y talento”, junto con la “dulzura de su palabra”, su “carácter generoso y libre”, y su “arrogante y esbelta figura” (p. 16), características que hacían de él un paladín *ad hoc* para

---

<sup>202</sup> Citado en Paloma Cirujano, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, 1985, p. 33.

la empresa. Igual que Antonio de Solís, destaca Pruneda su habilidad para convencer a los soldados españoles en las muchas veces que estos, cansados o abrumados, estaban prontos a claudicar: “compartía cuanto adquiría; con tal generosidad que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos”.<sup>203</sup> Según Pruneda, las capacidades excepcionales hacían de Cortés un héroe que se iba formando sobre la marcha de los propios acontecimientos, un personaje que supo sobreponerse al descalabro y sacar partido de las debilidades del contrario.

Hernán Cortés era, entonces, un hombre lleno de ambiciones y con el ánimo de trascender. El extremeño buscó afanosamente nuevas oportunidades y éstas se verían recompensadas cuando Diego Velásquez lo puso al frente de una expedición que daba continuidad a la anterior, capitaneada por Grijalva. En este punto, Pruneda acompañó la narración de los sucesos con pequeños matices para completar el carácter excepcional del personaje. Por ejemplo, después de que la expedición de los españoles llegara a Cozumel, sin importar que hubiesen sido bien recibidos, Cortés se aprovechó de que los naturales le mostraban el culto de sus dioses, para ordenar que derribaran los ídolos, amenazando de muerte a todo aquel que no adorase la Cruz, hecho que derivó en una breve lucha que ganaron los españoles, quienes obligaron a los sobrevivientes a aceptar el nuevo credo cristiano. En cambio, Solís no mencionó lucha alguna, sólo señaló que después de que los españoles destruyeron los ídolos, los indios “quedaron atónitos” de ver el destrozo “y como el cielo se estuvo quedo, y tardó la venganza, que esperaban, se fue convirtiendo en desprecio la adoración”.<sup>204</sup>

A pesar de que este hecho debió de haber sido traumático para los naturales, en el siguiente párrafo se señalaba: “La

---

<sup>203</sup> Antonio de Solís, *Historia de la Conquista de México*, 1987, p. 32.

<sup>204</sup> *Ibid.*, p. 54. Del apoyo de estos naturales en la conquista de Tabasco no se hace mención.

conducta que con los vencidos observó Cortés después de la victoria, fué tan humana” que “los mismos indios le ayudaron más tarde a la conquista de Tabasco” (p. 16). Así, a lo largo de toda la narración se puede advertir en la figura del conquistador un carisma y simpatía que lograba más por esta vía que por el miedo a la superioridad de las armas y tácticas militares europeas.

En la guerra de Conquista, el otro gran personaje histórico fue el emperador Moctezuma, del que Cortés supo explotar no sólo las desavenencias que tenía con todos los pueblos tributarios de la zona de Tabasco y Veracruz, sino también su carácter, supersticioso y fatalista. De este modo, Moctezuma es presentado al lector en una semblanza que pone en contraste sus años de juventud, cuando era un “hábil político y simpático en extremo”, cualidades que con el paso de los años se tornarían en “un estremado orgullo y en un despotismo bárbaro y cruel” (p. 19).

Retomando la *Historia* de Solís, Pruneda transcribió un párrafo completo para retratar este brusco cambio en el emperador azteca, del que citaremos algunas líneas:

La primera acción, —dice Solís— en que manifestó su alteza, fue despedir toda la familia real, que hasta él se había compuesto de la clase media y plebeya, y bajo pretexto de mayor decencia y dignidad del imperio, se hizo servir de los nobles hasta en los ministerios menos decentes de los palacios. [...] Persuadióse de que podía mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadirlos á los demás. Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos (p. 19).

Un último hecho que vale la pena referir, ocurrió en Zempoala, cuando a los españoles les fueron obsequiadas siete doncellas para que se conviertan en sus esposas. Cortés se negó bajo pretexto de que no podían desposar a mujeres no cristianas, por lo que advirtió que si éstas se convertían al cris-

tianismo, ellos las aceptarían. Ante la negativa del jefe local, los españoles “impelidos unos del fanatismo religioso” y alentados por sus intereses, destruyeron los ídolos y despertaron la ira de los naturales, pero antes de comenzar la batalla la “astuta y hábil Marina” les dijo: “á la primera flecha que disparéis el Dios de los cristianos los reducirá a cenizas”, a lo que ellos quedaron estupefactos y al oír los cánticos cristianos de los soldados españoles, cayeron “de rodillas admirados y ofrecen a Cortés abrazar la religión cristiana” (p. 18). Estos sucesos, en cambio, fueron narrados de forma diferente por Solís:

[...] los zempoales se juntaron en el principal de sus adoratorios, donde se celebró un sacrificio de sangre humana [...]. Vieron parte de este destrozo algunos españoles, que vinieron á Cortés con la noticia de su escándalo, y fue tan grande su irritación, que se le conoció luego en el semblante la piadosa turbación de su ánimo [...] los sacerdotes, que estaban ya recelosos del suceso, y a grandes voces empezaron a convocar al pueblo en defensa de sus dioses [...] *pero Hernán Cortés mandó*, que doña Marina dijese, en voz alta, que a la primera flecha, que disparasen, haría degollar al cacique, y los demás zempoales [...] temblaron los indios al terror de semejante amenaza; y temblando como todos, el cacique, mandó, a grandes voces que dejasen las armas.<sup>205</sup>

La anterior comparación muestra que Pruneda narró algunos pasajes de la Conquista, sobre todo en los que se distingue la figura de Cortés, siguiendo un estilo a veces cercano al de los historiadores románticos como Chateaubriand y Thierry que utilizaban:

Rebuscadas recreaciones y cifran casi todo su interés en darnos matizada y animada narración en lugar de asegurar la verdad de ésta. Escriben para narrar y no para probar [...] como lo aconsejara Quintiliano. La *Historia* no tenía,

---

<sup>205</sup> Antonio de Solís, *Historia de la Conquista de México*, 1987, México. p. 137 y ss. Cursivas añadidas.

por consiguiente, que analizar con frialdad, sino emocionar como la poesía.<sup>206</sup>

El personaje de Cortés construido por Pruneda se asemejaba también a uno que reúne muchas de las características excepcionales del héroe y, por ello, cercano a la visión del personaje histórico construido por William Prescott en su *Historia de la Conquista de México*.<sup>207</sup>

Prescott se acercaba a los historiadores que vieron en la Conquista de México una empresa caballerescas:

El periodo que nos ocupa era todavía el tiempo de la caballería, esa emocionante y aventurera época, de la que nos podemos hacer nada más que una mala idea en los actuales días de sobria y práctica realidad. El español con su bello punto de honor, lleno de romanticismo, orgulloso valor y jactancia, era el verdadero representante de esa época [...]. El nuevo mundo, con sus extraños y misteriosos peligros, proporcionaba un noble escenario para el ejercicio de su vocación y el español entró en él con todo el entusiasmo del paladín de las novelas.<sup>208</sup>

En suma, en la *Historia de la Guerra de Méjico*, la empresa de Cortés se iba formando con base en las decisiones que tomó; aprende de los errores que va cometiendo y cuenta con el apoyo de personajes que por momentos lo contenían en su, a ve-

<sup>206</sup> Juan A. Ortega y Medina, "Prólogo", en William H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, 1970, p. xrv.

<sup>207</sup> Esa convicción providencialista también estaba presente en el pensamiento del Cortés histórico. En su testamento (punto número 11) así lo señalaba: "digo: que porque despues que Dios nuestro Señor Todo-poderoso tuvo por bien de me caminar é favorecer en el descubrimiento é conquista de la Nueva-España, é todas las provincias a ella sujetas, siempre de su misericordiosa mano yo he recibido muy grandes favores é mercedes, así en las victorias que contra los enemigos de su santa católica yo tuve é alcancé [...] José María Luis Mora, "Testamento de Hernando de Cortés", en *México y sus revoluciones*, edición facsimilar, t. 2, 1986, p. 389. Ortografía original.

<sup>208</sup> William H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, 2004, p.459.

ces excesivo, celo por la victoria. Fue un héroe resultado de su circunstancia histórica, de la que se aprovecha para lograr sus propios planes personales y, al mismo tiempo, cumplir con los designios de la Providencia.<sup>209</sup>

Se advierte entonces, que la caída del Imperio azteca fue llevada a cabo por vía de las habilidades de un héroe seguro de su destino y con las ambiciones necesarias. Con el arribo de los españoles el orden del mundo azteca se rompería y presto a desaparecer casi por completo. El nuevo orden, representado por Cortés y la moral cristiana, son hechos que Pruneda consideró superiores al pensamiento y orden azteca. Años después, en 1889, Vicente Riva Palacio, en *México a través de los siglos*, concordaba con tal apreciación: “la superioridad de la civilización facilitó a los españoles la conquista de la Nueva España: la religión les aseguró el dominio de aquellas posesiones”.<sup>210</sup> Pruneda consideró que más que las armas y las técnicas de guerra europeas, lo que permitió el triunfo de los conquistadores fue su superioridad moral; el cambio del Dios que exige sacrificios al Dios que se sacrifica por los suyos. Después de la conquista militar, el camino hacia la espiritual estaba a sólo a un paso.

## LA COLONIA

En la *Historia de la Guerra de Méjico* el periodo colonial es presentado como una crónica de hechos, no se mencionan a grandes figuras representativas y se advierte que Pruneda se esforzó por incluir juicios en la narración. La Colonia se presenta como un proceso ininterrumpido que no logró borrar del todo la cultura indígena: “ni tres siglos transcurridos, ni la diversidad de creencias religiosas, ni la brusca transición de un

<sup>209</sup> Comparar con la opinión de Juan A. Ortega y Medina, “Prólogo”, en William H. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, 1970, p. xx.

<sup>210</sup> Vicente Riva Palacio, “Introducción a El Virreinato”, en *México a través de los siglos*, t. II, 2007, p. VII, versión electrónica.

régimen social á otro, han podido modificar por completo la índole y el carácter del pueblo mexicano” (p. 8).

El historiador español afirmaba que el primer problema a resolver por parte de la Corona, fue el relativo a la instauración de un solo credo. Así razonaba al respecto:

Las creencias de la Edad Media, que por ese tiempo absorbían el espíritu de los españoles; las victorias alcanzadas por ellos, merced en parte á esas mismas creencias, sobre los africanos [árabes] que por espacio de ocho siglos habían ocupado la Península; la reforma [protestante] que imponente y amenazadora se presentaba en el Norte, agitando violentamente el espíritu; el fanatismo, en fin, y el sentimiento caballeresco tan arraigado en España; todo esto, decimos fueron causas [...] de ese espíritu de crueldad y de intolerancia religiosa de los españoles (p. 25).

Es decir, la superioridad espiritual de los conquistadores estaba más que avalada por la reconquista española de los territorios antes perdidos frente a los ejércitos musulmanes, a tal grado que para el historiador eran entendibles el fanatismo y la intolerancia. Por añadidura, surgieron medidas crueles en el Nuevo Mundo, como la instauración del “odioso” tribunal de la Inquisición. Ésta, junto a la conversión al cristianismo de las elites aztecas, y a “cierta analogía” (p. 26) entre las divinidades de aztecas y españoles, se convirtieron en una estrategia exitosa por parte de los primeros misioneros que llegaron a estos territorios “propiedad de la corona de España en virtud de donación del papa” (p. 25). Por otro lado, resalta la opinión de Pruneda sobre el tribunal de la Inquisición al que consideraba “odioso”. Como sabemos, el mencionado tribunal fue objeto de acerbos críticas por parte de algunos escritores liberales mexicanos del siglo XIX. Uno de ellos fue Vicente Riva Palacio que en el discurso que pronunció el 15 de septiembre de 1867, tres meses después del triunfo de la República, decía: “mil mártires desconocidos del pensamiento, del progreso y de la libertad, quedaron ahogados en las bóvedas

de aquellos horribles calabozos”, y también señalaba que esos procesos eran conocidos gracias a las leyes de Reforma.<sup>211</sup>

Sin embargo, el poder del fanatismo religioso dio a los misioneros españoles la fuerza necesaria para traer a estas regiones americanas la “cultura y civilización” y para extinguir “los sacrificios humanos”, práctica detestada por Pruneda. De este modo, llegaron al Nuevo Mundo las ideas de la Ilustración y los sentimientos “humanitarios, desconocidos” en aquellos lugares (p. 26). De acuerdo con el historiador, la evangelización tuvo, como hecho positivo, el que todas las diferencias raciales y sociales fueron sustituidas por “lazos de igualdad y fraternidad” (p. 26) entre todos los grupos conquistados. No obstante, y por contraste, señalaba que hasta antes de la instauración de la encomienda “los desgraciados indígenas eran ocupados, como si fueran bestias de carga” (p. 27).

En relación a la causa indígena, nos señala el historiador español, que fue defendida y promovida por Bernardino de Sahagún y Bartolomé de las Casas, quienes lucharon —con poco éxito según él— para evitar los abusos de los españoles hacia los naturales. Al respecto, es pertinente apuntar que, pese a los abusos de los conquistadores convertidos en terratenientes, hubo otros personajes de peso que se esforzaron por defender su causa como fue el caso de la Reina Isabel la Católica.<sup>212</sup> Pruneda señaló que será hasta la instauración de la Encomienda, cuando se aliviaría la situación de los indígenas, ya que se volvió una buena alternativa contra la esclavitud. Los soldados, convertidos en productores, abusaron de sus

<sup>211</sup> Véase *El Monitor Republicano*, 20 de septiembre de 1867, en *Obras Escogidas*, t. x, 2002, pp. 133-146.

<sup>212</sup> Esta faceta humanitaria de la Reina es reconocida por Vicente Riva Palacio en *México a través de los siglos*, ahí reconoce que la monarca proclamó la “inalienable libertad de los indígenas; ella los declara vasallos y no esclavos”, y aún a punto de morir “leg[ó] como una sagrada obligación a sus sucesores la protección y el dulce trato de los nuevos vasallos. Vicente Riva Palacio, “Introducción” a “El Virreinato”, en *México a través de los siglos*, t. II, 2007, p. VII. Versión electrónica.



encomendados y se enriquecieron con “el sudor y la vida de esos pobres indígenas” (p. 27).

El panorama de la Nueva España a finales del siglo xvi, según Pruneda, era el siguiente:

La población de Méjico parecía caminar á pasos agigantados a una completa e inmediata ruina; pero los elementos de prosperidad de esta virgen tierra levantaron bien pronto el reino de Méjico de su postración y decaimiento [...]. Apagado el sentimiento de nacionalidad, libre el clero con sus remedios inquisitoriales de toda clase de herejes, Méjico venia á ser ya nó aquel defensor entusiasta de sus derechos y de su libertad, sino un pueblo sometido por completo al elemento clerical, é influido por consiguiente, por la conducta de esta clase absorbente y poderosa (p. 29).

En este contexto, la situación de los indígenas en la Nueva España, a principios del siglo xviii, no era para nada alentadora. La Iglesia era una institución que rivalizaba con el poder civil, había preeminencia del clero secular y regular, así como de otras corporaciones como “la milicia” o “el comercio, que gozaban de privilegios que se convertían en cargas que sufrían “principalmente los indígenas” (p. 31). Estos no participaban en ningún modo en la administración pública, por lo que aumentaba el odio y rencor contra los españoles. Empero, Pruneda también mencionó que “los abusos y grandes torpezas” que se cometieron en principio se debieron a la propia Corona española que, entre otras cosas, consideraba a sus posesiones de América no como colonias sino como propiedades (p. 30). Es decir, que desde el punto de vista del autor español, la organización administrativa y social falló como “todo primer ensayo” (p. 30), sin embargo, esto no era motivo para los errores posteriores.

Un último punto que destacó Pruneda se refiere a la difícil relación entre los españoles y los criollos que comenzaban a emerger como parte de la sociedad novohispana. Los criollos, al igual que los mestizos y los indígenas, no tenían

acceso a empleos públicos, destinados en su mayoría para los españoles peninsulares:

Los españoles, por su parte, no odiaban menos ni miraban con menor desprecio á los [criollos] mejicanos, hasta el punto de que los hijos que [los españoles] tenían con una criolla, eran tratados por sus mismos padres con menos cariño y menos consideración (p. 32).

El grupo social que no mencionó Pruneda es el de los mestizos, al que Riva Palacio consideraba como un grupo en ascenso y muy importante en ese periodo histórico, ya que junto con el criollo tendría un papel central en la Independencia nacional.<sup>213</sup> Pruneda se centró en señalar la nula oportunidad de movilidad social de los indígenas y de los criollos. Elemento que, junto a los continuos casos de corrupción y enriquecimiento de los peninsulares, trajo como consecuencia que algunos sectores criollos del bajo clero y del sector militar comprendieran la necesidad de comenzar la lucha por cambios y oportunidades sociales. Esta apreciación se asemeja a la de Riva Palacio:

Los que se llaman criollos, pueblo nuevo y raza belicosa é inteligente, que formando una clase intermedia entre españoles é indios, ejerció de tal influencia en aquella naciente sociedad, que, a pesar de la prevención con la que se les miraba, comenzó por moderar los derechos de los encomenderos, por iniciar la idea de la igualdad, [...] y concluyendo por proclamar y consumar la Independencia.<sup>214</sup>

---

<sup>213</sup> “Estaba muy lejos de creerse español [el mestizo], y aun cuando el padre, un abuelo o una abuela nacidos en la península le daban el derecho de ser registrado [...] la experiencia en la vida le venía probando que estaba lejos de ser considerado como tal [...] aquella clase muy numerosa ya en la sociedad, que ni era india ni podía ser española, tuvo necesidad de amalgamarse y reconocerse como mexicana”. *Ibid.*, p. 24.

<sup>214</sup> Vicente Riva Palacio “Introducción” a “El Virreinato” en *México a través de los siglos*, 2007, p. x, versión electrónica.

Asimismo, Pruneda señaló algunos de los beneficios económicos que ya existían en la Nueva España, de los que solamente gozaba la clase española peninsular. También observó que a finales del siglo xviii,<sup>215</sup> junto al odio entre grupos sociales, había un estado general de quebranto en las instituciones:

[...] un sistema de gobierno en que la igualdad no existe, en que la libertad desaparece por completo, en que las garantías, las consideraciones y las ventajas no son recíprocas entre los gobiernos y sus gobernados, tiene que venir necesariamente á tierra tan pronto como le falten cualquiera de los elementos de poder y de fuerza que le sostienen [...] el resultado no puede ser otro que sacudir un día los oprimidos el férreo yugo de sus opresores [...] (p. 34).

#### LA INDEPENDENCIA, TIEMPO DE HÉROES

En la segunda parte de la *Introducción* a su *Historia de la Guerra de Méjico*, Pruneda dedicó un capítulo a cada uno de los personajes que consideró precursores del proceso de Independencia; antes, señaló los hechos que consideró relevantes de ese momento en la Nueva España. Menciona, por ejemplo, el vacío de poder que había dejado la abdicación de Carlos iv y la posterior invasión de las tropas napoleónicas en España. La debilidad en Europa trajo como consecuencia que el virrey Iturrigaray propusiera la creación de una Junta Central, como la de España, hecho que no ocurrió; como se sabe, el virrey fue depuesto y la Asamblea Nacional lo sustituyó por el obispo Lizana. Por esta razón, amplios sectores criollos e indígenas de la población se dieron cuenta que al excluir al virrey, ellos mismos estaban siendo excluidos. Este hecho detonó, según Pruneda, un proceso sin retorno, clave para entender la lógica de su narración, ya que poco después menciona que

---

<sup>215</sup> Un cuadro general de la situación económica, política y social se encuentra en Vicente Riva Palacio, "Conclusión" a "El Virreinato", en *México a través de los siglos*.

ambos bandos, es decir, españoles y criollos, junto con los indígenas se prepararon para la lucha.

Por su parte, las medidas que España adoptó para controlar las ideas de independencia, tales como el dominio del poder en la Audiencia y la llegada del virrey Venegas, investido de plenos poderes, no funcionaron pues se quería corromper los movimientos de emancipación, pero no hubo éxito. De hecho, la delación de Iturrigaray no detuvo a los conjurados que, por el contrario, redoblaron sus esfuerzos. En un párrafo, el historiador español señaló el por qué no funcionaron esas medidas:

En pos de recompensas que infaman, así al que las dá como al que las recibe; en pos de sangrientos castigos que horro-  
rizan por la precipitación con que se ejecutan, los descon-  
tentos se aumentan en número, los conspiradores proceden  
con mayor cautela, y al fin llega un día en que se escupe  
á los delatores en el rostro, y en que colmada la medida  
del sufrimiento, las conjuraciones parciales se amalgaman  
y convierten en una sublevación general, que aniquila y  
destruya, cual si fuera frágil caña, el cetro de hierro de los  
opresores (p. 37).

#### LOS LIBERTADORES: MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

A una prosa tan vívida no puede más que seguir una descripción no sólo favorable, sino también panegírica del primer líder de la revolución de independencia. Según Pruneda, Hidalgo era:

Uno de esos hombres activos y llenos de recursos. Su elocuencia fascinaba á la multitud, y el predominio que ejercía en el ánimo de sus feligreses, reposaba en el vivo interés que demostraba por su bienestar y en el desarrollo de sus intereses materiales. Tan activo como inteligente, había establecido varias manufacturas que proporcionaron trabajo, bienestar y abundancia á los habitantes de su jurisdicción parroquial (p. 37).

El historiador español continuó relatando cómo el sacerdote se valió de sus relaciones con otros personajes que concordaban con sus ideas como Ignacio Allende, Juan de Aldama y Mariano Abasolo. Militares, que desde el inicio del movimiento emancipador, dieron el soporte militar que Hidalgo necesitaba. Todo el recorrido de los ejércitos de Hidalgo es narrado como un largo y a veces dramático proceso, en el cual se crean sobre la marcha las tácticas de guerra, en paralelo con el pensamiento del líder; él tenía “una instrucción poco común y un espíritu superior que sabe anticiparse a su época” (p. 40), como lo muestra el hecho de haber decretado la abolición de la esclavitud, so pena de muerte. Estas cualidades de Hidalgo, sin embargo, difieren de la opinión de José María Luis Mora, en su obra de 1836, *México y sus revoluciones*, ahí leemos: “este hombre ni era de talentos profundos para combinar un plan de operaciones, adaptando los medios al fin que se proponía”.<sup>216</sup>

En contraste, y sobre las críticas a los excesos cometidos por las masas de indígenas, Pruneda aclaraba que fueron ciertos, pero los disculpaba por las circunstancias que los rodearon. Al igual que Prescott, para el caso de Cortés sobre la matanza de Cholula,<sup>217</sup> el historiador español explicaba y, en algún sentido, excusaba las razones que tuvo Hidalgo para realizar acciones bajo la lógica de la rebelión. Así, en el caso

---

<sup>216</sup> José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, t. 3, edición facsimilar de la primera edición, 1986, pp. 8-9.

<sup>217</sup> Sobre los hechos sangrientos ocurridos en Cholula, Prescott pregunta: “¿Quién negará que pudo [Cortés] haber logrado el mismo objeto dirigiendo el golpe contra los jefes criminales, en lugar de descargarlo sobre el ignorante pueblo que sólo obedecía órdenes? Pero, por otra parte, ¿cuándo se ha visto que el miedo, armado de poder, sea escrupuloso en el ejercicio de éste? [...]. Acaso se pronunciará un fallo más imparcial sobre la conducta de los conquistadores, si se compara con la que han observado nuestros contemporáneos en iguales circunstancias”. William Prescott, *Historia de la Conquista de México*, 2000, p. 238 y ss.

de los abusos contra los españoles en el transcurso de la campaña de Hidalgo, se advierte:

Se ha increpado á Hidalgo por sus instintos sanguinarios y por no haber reprimido la afición al pillaje que mostraban sus indios; pero tales cargos, cuyo fundamento no negaremos, los han merecido casi todos los que se han encontrado en circunstancias análogas (p. 40).

Con este tipo de juicios concluye la parte de la rebelión que lideró Miguel Hidalgo, la cual no pudo llegar a su fin debido a que las fuerzas de voluntarios que se unieron al movimiento emancipador, no contaban con la disciplina militar necesaria, por lo que a pesar de su superioridad numérica fueron derrotadas. La muerte de los principales caudillos, entre ellos Hidalgo, no fue sino un preámbulo en el camino de la liberación. A pesar de sus capacidades extraordinarias este líder no pudo concretar su tarea.

#### JOSÉ MARÍA MORELOS

Como señaló Pruneda, la muerte de Hidalgo no sólo no detuvo a los grupos disidentes, sino que afianzó el sentir de la lucha en otros dirigentes aún libres y con fuerzas beligerantes. El que será un nuevo personaje excepcional, con mayor visión organizativa y un talento necesario para el movimiento insurgente fue, el también sacerdote, José María Morelos. Dicho personaje tuvo que ganarse el apoyo de los demás líderes dispersos en todo el territorio, a pesar de que el movimiento estaba un poco agotado. El historiador español describió algunos datos de su biografía:

Fue su padre un pobre carpintero, y su madre era hija de un maestro de escuela de la misma ciudad, y por ambos orígenes procedía de una de las castas mezcladas de indio y negro. En la primera parte de su edad ejerció el oficio de vaquero, y á los treinta y dos años emprendió la carrera

eclesiástica [...]. Estaba en su parroquia, cuando supo que su antiguo Maestro se dirigía de Valladolid á Méjico [...] y el resultado de esta entrevista fué que Hidalgo lo nombrará su lugarteniente (p. 43).

El conocimiento entre Morelos e Hidalgo sería determinante para que a fines de 1810, Morelos fuera nombrado lugarteniente de Hidalgo. Del periodo de formación militar que tuvo el futuro jefe insurgente, Pruneda destacó su audacia y, sobre todo, su don de mando que le permitieron tener a su cargo un número cada vez mayor de hombres. De nuevo, al igual que Hidalgo, encontramos al lado de Morelos a hombres de valor y de genio. Sin embargo, es breve la mención de los principales triunfos y derrotas entre los años de 1812 y 1815. Más aún, los sucesos de 1811 quedan fuera de la narración, pues “solo podría interesar á los mejicanos” (p. 44), palabras que refuerzan que el público era principalmente el español y el europeo. No obstante, se narraban en tono épico, a la manera de las novelas de caballería, los hechos referentes a las principales batallas, como los sitios de Cuautla (Amilpas) y Acapulco. Por ejemplo, acerca de sucesos relativos al sitio de Amilpas, refería un suceso poco común:

Intentó Calleja un asalto general y fue rechazado con pérdida de quinientos hombres. Viendo Galiana [sic], que mandaba la plaza, un coronel enemigo á poca distancia de los suyos, salió solo y desafió á singular combate: este duelo, que recuerda las costumbres caballerescas de la Edad Media, se verificó en presencia de los dos ejércitos, el español quedó muerto, y el triunfo de Galiana redobló la energía de los sitiados (p. 44).

A pesar de lo anterior, el sitio finalmente se perdió para la causa insurgente, pero sirvió, como señalaba el historiador español, para que Morelos se hiciera de “admiradores y nuevos partidarios, poniendo de manifiesto la heroica bravura, la firmeza del alma” (p. 44). Sobre el final del sitio, agregó

que fue rendido más por hambre que por falta de valentía por parte de los insurgentes: “un gato costaba seis duros, y dos una rata” (p. 44). Así, la ventura de Morelos decayó y sus triunfos se tornaron en derrotas que, finalmente, lo llevaron a ser hecho prisionero, no sin antes pronunciar estas palabras que Pruneda citó, sin mencionar la fuente: “Mi vida, —dijo— es de poca importancia; gustoso la perderé con tal que se salve el congreso. Mi misión ha concluido desde que hay un gobierno independiente” (p. 47).

Las últimas frases corresponden al Congreso de Chilpancingo que, dadas las circunstancias, se había convertido en itinerante. En este hecho, parece que el personaje toma conciencia de que su labor ha concluido y sabe también que muere sin haber finalizado su tarea, pero sabedor de que el proceso de liberación ya es irreversible.<sup>218</sup>

En la construcción del personaje de José María Morelos, Pruneda lo dotó de un halo de heroicidad al rescatar “sus” palabras. Sin embargo, pese a la admiración por el caudillo, no dejó de mencionar que fue un decidido militar que no dudó en utilizar mano dura, como lo demostró al fusilar a algunos centenares de prisioneros, a los que intentó, sin éxito, canjear para salvar la vida de su teniente, Matamoros. Es decir, Pruneda presentó a Morelos como un militar en su sentido más amplio.

---

<sup>218</sup> José María Luis Mora retrata a Morelos de forma parecida: “Morelos era hombre de educación descuidada y en razón de tal carecía de todas las prendas exteriores que pueden recomendar a una persona en la sociedad culta [...] el fué el primero que enseñó a los insurgentes a mantenerse sobre el campo aun cuando los primeros lances de una acción les fuesen desfavorables [...]”. Véase *México y sus revoluciones*, 1836, edición facsimilar de la primera edición, 1986, t. 3, p. 286.



## EL HÉROE OLVIDADO: ITURBIDE Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

Antes de proseguir con el análisis de los principales personajes de la Independencia en el texto de Pruneda, es oportuno hacer una breve digresión y señalar que pese a que la figura de Iturbide ya era víctima de ostracismo en 1868, a mediados del siglo XIX todavía era considerado en el panteón de héroes nacionales; por ejemplo José María Tornel pronunció un discurso en la Alameda de la ciudad de México, en 1850, en el que decía:

Iturbide, predestinado para redención de su patria, como lo fue Moisés [...] recibió del altísimo las sobresalientes cualidades que correspondía a su elevada misión [...] Iturbide, su mensajero en la nueva tierra, tres palabras dijo: Religión, Unión, Independencia; y una nación [...] nace con frente orgullosa.<sup>219</sup>

La cita anterior muestra que en la construcción de la memoria nacional, a escasos años de la promulgación de las Leyes de Reforma, los liberales y conservadores no se ponían de acuerdo. De hecho, al hacer una revisión de algunos discursos septembrinos, encontramos diferentes maneras de referirse a Iturbide. Estaban quienes lo criticaban abiertamente como Luis de la Rosa, en un discurso pronunciado el 16 de septiembre de 1840;<sup>220</sup> quienes lo alaban pero no se atrevían a llamarlo por su nombre, como Guillermo Prieto en un discurso del 27 de septiembre de 1844;<sup>221</sup> y aquellos que lo ponían al mismo nivel que Hidalgo y Morelos, como José González Mendoza

<sup>219</sup> José María Tornel, "Discurso del 27 de septiembre de 1850", en *La conciencia nacional y su formación*, compilación y prólogo de Ernesto de la Torre, 1988, p. 306.

<sup>220</sup> Luis de la Rosa, "Discurso del 16 de septiembre de 1840", pronunciado en el pueblo de Dolores, en *Ibid.*, pp. 155-180.

<sup>221</sup> Guillermo Prieto, "Discurso pronunciado en la Alameda de México el 27 de septiembre de 1844", en *Ibid.*, pp. 219-224.

el 27 de septiembre de 1848.<sup>222</sup> Aunque se debe de entender que la pugna iba más allá del lugar que merecía en la memoria de la Independencia el líder del ejército *trigarante*, la pugna era por los proyectos que cada grupo defendía.

Regresando al análisis del texto de Pruneda, éste afirmaba que con la muerte de Morelos el movimiento de Independencia perdió a su mejor líder, ya que después de haber culminado “el más brillante periodo de la revolución” (p. 48), el caos y la desorganización alcanzaron a los otros jefes insurgentes en todo el territorio. Pero esto sólo fue una tregua, ya que al final las tropas criollas, antes fieles a la Corona española, fueron poco a poco imbuidas del espíritu de independencia, consiguiendo más “con la persuasión” que lo “alcanzado por las armas” (p. 51). En el argumento del historiador español parece que tienen mayor peso las ideas que los ánimos de venganza; es decir, que el pensamiento ilustrado de igualdad ya no era una simple aspiración como lo probaron las revoluciones en Estados Unidos y Francia. Las leyes que proclamaban una igualdad jurídica fueron un aliciente para los individuos que podían, en teoría, aspirar a mejores oportunidades que las derivadas de su origen.

El gobierno de la Nueva España se debatía, entonces, entre obedecer la Constitución de 1812, vuelta a restaurar en 1820, y no hacerlo. Con esto el rumbo político del país estaba en duda creando un vacío en el que todas las posiciones se manifestaban, desde las que exigían la independencia y la salida de los españoles, así como la confiscación de sus bienes; pasando por los que abogaban por una monarquía constitucional; y aquellos que definitivamente buscaban una república federal. Debido a lo anterior, el virrey Apodaca:

[...] que era en el fondo de corazón furibundo realista se sometió al régimen constitucional, pero con el propósito de

---

<sup>222</sup> José M. González Mendoza, “Discurso del 27 de septiembre de 1848”, en *Ibid.*, pp. 267-274.

conspirar contra él, favoreciendo al partido contrario [...]. Con la idea de restablecer la antigua forma de gobierno entabló negociaciones con algunos nobles mejicanos y altos dignatarios de la Iglesia. Para realizar su plan necesitaba el concurso del ejército, y sobre todo un jefe que tuviera bastante influencia para arrastrarlo en esta vía retrógrada (p. 52).

El personaje señalado para la misión no fue otro que el criollo Agustín de Iturbide. Pruneda lo consideró un oportunista inteligente que tuvo la visión de consumir lo que los clérigos combatientes habían comenzado. De Iturbide se destacó su origen criollo; la fortuna que poseía su familia; y sobre todo que desde temprana edad se dedicó a la carrera militar, no obstante, hasta antes de la revolución no era “más que un oficial subalterno” (p. 52). Pese a que el mismo Hidalgo le ofreció el grado de teniente general, Iturbide no aceptó y en cambio se dedicó a luchar contra los insurgentes, distinguiéndose en la batalla de Las Cruces, y la “fortuna le fué siempre favorable” (p. 52). Por eso no fue extraño que contribuyera decididamente al triunfo de los realistas en las batallas de Valladolid y de Puruarán, por lo que:

[...] llegó en pocos años a ser comandante general del ejército del Norte [...] permaneció en Méjico dedicado á negocios particulares, hasta que el virrey Apodaca le llamó [...]. Durante los cuatro años que pasó en la ociosidad y en el reposo, debió reflexionar sobre la situación de Méjico, y el resultado de sus meditaciones fue convencerse de la facilidad con que se podía sacudir el yugo español, si las tropas criollas se decidían á reunirse con los insurgentes (pp. 52 y 53).

Finalmente, los cálculos de Iturbide fueron correctos y gracias a los acuerdos con los jefes militares, entre ellos Vicente Guerrero, se consumó la Independencia el 24 de febrero de 1821, a través de la formulación del Plan de Iguala. En lo referente al tipo de gobierno, aclaraba que “el reino mejicano” es-

tablecía “una monarquía moderada” (p. 53), y llamaba al trono a Fernando VII, o en caso de negarse éste, a otro príncipe que garantizara la conservación única de la religión católica.<sup>223</sup> Lo que siguió, nos dice Pruneda, fue la instauración de un gobierno provisional o Regencia, que mantenía el poder ejecutivo encabezado por Iturbide. Ante el no reconocimiento de la Independencia de México por parte de España, se creó una ruta para que Iturbide y el grupo que lo apoyaba —frente a la amenaza de una vía al modelo republicano— aprovechara el caos y lo proclamara emperador. Con el fin de lograr lo anterior, se adoptaron ciertas medidas, como nombrar la orden de Guadalupe, y con el apoyo del Congreso, se determinara que la monarquía fuera hereditaria.

Aunque en este momento de la narración Pruneda no mencionó nada sobre la contradicción de proclamar una monarquía en México para consumir su independencia, un poco más adelante señaló que: “Tal estado de cosas era demasiado violento para durar” (p. 56), pues no obstante que el sistema instaurado era monárquico, había un Congreso que mantenía el poder legislativo. Ante la intención de Iturbide de lograr el derecho de *veto* sobre todos los artículos de la nueva Constitución, la lucha derivó en que él, no encontrando otra solución, asestó un golpe contra el Congreso para disolverlo, lo cual

---

<sup>223</sup> Es importante destacar que las intenciones europeas para instaurar una monarquía en la América libre, provienen de ese mismo periodo por parte de Francia; según Miguel Galindo y Galindo: “Creyendo la época oportuna, ya desde 1823, Mr. de Chateaubriand, trabajaba con ahínco para la implantación de una Monarquía franco-española [...]”, y particularmente para México, señala: “Habiendo abandonado el autor de *Atala* y *Los Mártires* su elevado puesto en el Gobierno de la Francia, lo sustituyó Mr. de Villèle, quien se propuso realizar el Plan de Iguala, comisionando para el efecto al Marqués Crouy Chanel para que negociara con Fernando VII, á fin de que éste consintiera en que fuera Emperador de México el Infante Don Francisco de Paula. El Monarca ibero no aceptó la combinación”. Véase Miguel Galindo y Galindo, *La gran década nacional, o relación histórica de la guerra de Reforma, intervención extranjera y gobierno del archiduque Maximiliano. 1857-1867*, edición facsimilar del original de 1904, 2006, t. 2, 1987, p. 10.

provocó la inconformidad de algunos militares dando con ello inicio a un periodo de insurrecciones. La más exitosa fue la que unió a los entonces generales Santa Anna y Guadalupe Victoria. Este nuevo ejército libertador logró rápidamente hacerse del apoyo de otros militares, antes insurgentes, como Nicolás Bravo y Vicente Guerrero. Al final, Iturbide trató de negociar, incluso, la instauración de un nuevo Congreso, suceso que no ocurrió y que a la postre derivó en la abdicación de Agustín I, en marzo de 1823. Sobre tales sucesos, apuntaba Pruneda:

[...] [El Congreso] declaró igualmente nulos todos los actos del Gobierno imperial, así como el Plan de Iguala y el tratado de Córdoba, y acabó por proclamar el derecho de la nación á constituirse bajo la forma de gobierno que más le conviniera. Después [...] el Congreso se ocupó de la persona de Iturbide. La prudencia le aconsejaba desembarazarse de él, pero lo hizo mostrándose generoso: decretó el destierro del ex-emperador, concediéndole una pensión vitalicia [...]. Así concluyó el imperio de D. Agustín Iturbide, que por su corta duración, más bien puede llamarse sueño ó representación teatral que imperio (p. 58).<sup>224</sup>

En las últimas frases de la cita anterior leemos el juicio de Pruneda sobre el primer ensayo monárquico en el México independiente y, aunque no lo señala claramente, todo parece indicar que su “corta duración” la atribuyó a factores tales como el desorden imperante; a un proyecto de gobierno que se tornó insostenible económicamente, y la escasa sagacidad de éste frente a los grupos opositores al modelo monárquico. El juicio final sobre la actuación de Iturbide fue el siguiente: “Desconoció la gloriosa misión que podía realizar en bien suyo y de su patria: pudo ser el primero entre los mejicanos

---

<sup>224</sup> Una versión moderna, que puede ejemplificar el ambiente de “ensoñación” y algunas de las circunstancias del primer ensayo monárquico, nos la ofrece la novela histórica *La corte de los Ilusos*, de Rosa Beltrán, publicada en 1995.

[...] quiso repetir en Méjico la audaz empresa de Napoleón, y sólo consiguió parodiar la catástrofe de Murat” (p. 60).

Entonces, se puede entender que para el historiador español, el Primer Imperio fue un acto desesperado de una elite que ante la posibilidad de perder sus prerrogativas se alió a un líder que aprovechó su popularidad para instaurar un régimen monárquico que no se sustentó, por carecer de una tradición de este tipo:

Mientras fueron colonias [los pueblos americanos] vivieron como pueblo conquistado, sin condición alguna de nacionalidad. Cuando quisieron ser naciones y tener existencia propia, tuvieron que escoger una forma política, y eligieron la que era natural y necesaria consecuencia de su posición (p. x).

Si tres siglos de virreinato no pudieron, según Pruneda, crear una tradición monárquica, menos se lograría en el periodo de 1821 a 1861, anterior al Segundo Imperio: “Desde el primer momento, en 1824 como en 1867, las masas consideraron imposible el Imperio en Méjico” (p. 437). Además, consideró que el gobierno de Maximiliano había sido impuesto desde fuera, con lo que se vio “amenazada” la “independencia” y la “libertad” de la nación (p. 70).

#### EL GOBIERNO REPUBLICANO EN MÉXICO

El cuarto y último capítulo de la segunda parte de la Introducción, Pruneda lo dedicó a presentar un panorama de los acontecimientos más importantes desde el fin del Imperio de Iturbide, hasta el periodo previo a la guerra de intervención en 1861, además de añadir unas breves conclusiones. El estilo de este capítulo es el mismo que los dos anteriores; no se refieren las fuentes, a excepción de la *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año 1808 hasta la época presente* (1849) de Lucas Alamán, libro que consideró de

importancia, como se aprecia en nota a pie de página, en la que leemos: el autor “no disimula sus aficiones monárquicas, ni sus antipatías hacia el régimen republicano” (p. 62).<sup>225</sup>

Un dato que celebraba Pruneda fue la proclamación de la primera Constitución del país como nación independiente en 1824 al subrayar su carácter republicano y federal. Asimismo, apuntaba que la nueva constitución “era en cierto sentido una imitación de la de los Estados Unidos” y “por imperfecta que fuere, encerraba el germen de un verdadero progreso” (p. 60). Sin embargo, aclaraba que la realidad norteamericana no era igual a la mexicana:

Para comprender las continuas revoluciones que han alterado la paz de la República hasta nuestros días [1867], debe considerarse que Méjico no estaba dispuesto á recibir tan bruscamente tal suma de libertad, tantos derechos políticos, completamente nuevos. Los principios que habían inspirado la Constitución no eran familiares a las masas, ni siquiera comprendidos (p. 60).

El pueblo mexicano —por el tipo de colonialismo español no comparable con el inglés— era incapaz de salir de la “rutina de la servidumbre para convertirse en una especie de soberano” (p. 60), juicio cercano al de Justo Sierra Méndez, a principios del siglo xx, 1905, en su libro *Juárez: su obra y su tiempo*: “Cuando la nación mexicana dejó de ser Nueva España no dejó de ser colonial [...] el gobierno dejó de sernos exterior, pero la organización fue la misma”.<sup>226</sup> Además, el nuevo

---

<sup>225</sup> La crítica a las posturas conservadoras no era muy diferente de la que se vertía en el periódico *El Renacimiento* el 13 de febrero de 1869, en cuya sección “Boletín Bibliográfico”, se informaba la aparición del texto de José María de Liceaga *Apuntes y rectificaciones á la Historia de México* que escribió D. Lucas Alamán; obra que venía: “á rectificar numerosas aserciones de la Historia de Alamán que hasta aquí habían pasado sin contradicciones”. Véase “Boletín Bibliográfico”, en *El Renacimiento. Periódico literario*, edición facsimilar de la original de 1869, 1993, t. 1, p. 88.

<sup>226</sup> Véase Justo Sierra, *Juárez: su obra y su tiempo*, 1971, p. 8.

gobierno carecía de una base económica capaz de sustentar cualquier plan económico que hiciera frente a los gastos del país. De este modo, Pruneda entendió que el paso del sistema monárquico al republicano era algo para lo que la nueva república no estaba preparada. En 1867, el texto de Pruneda expresaba su espíritu republicano y celebraba la caída del Segundo Imperio y el consecuente triunfo de la República, un ferviente deseo de los liberales de entonces que se extendió años después. Algunos estudiosos del periodo señalan que la cimentación de la República era parte del imaginario de unidad con la que se pretendía formar la nación.<sup>227</sup>

Debido a lo anterior, es fácil comprender que de 1824 a 1856 fue un largo periodo en el que los errores y los personajes políticos se imponían sobre los grupos. En este sentido, Santa Anna sobresalía por representar los grandes errores y contradicciones de esta etapa que inicia con la caída del Primer Imperio y culmina en 1855. Este personaje fue presentado como un hombre que buscaba –sin importar los medios– alcanzar el poder de la naciente República, motivado únicamente por el ánimo de lograr sus fines particulares. Por esto, Pruneda destacó que “sus actos como hombre político” han sido “según el curso de los sucesos, las exigencias del momento o su propia veleidad” (p. 64). En lo que respecta a su modo de ser, decía: “tiene la movilidad de las olas y la inconstancia de los vientos”; para, al final, resaltar un talento “sin cultivo ni moral ni literario” (p. 64).

Del periodo posterior a la caída del Primer Imperio, Pruneda destacó un hecho que consideró sobresaliente pues amplió la brecha entre los partidos políticos y derivó en su nominación: centralistas y federalistas. El hecho, ocurrido en 1836, consistió en agregar a los tres poderes –ejecutivo, legislativo y judicial– un cuarto, denominado poder conservador,

<sup>227</sup> Véase por ejemplo Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana. Tratado de moral pública*, 2002.



el cual debía regular a los otros tres y tuvo influencia para el establecimiento de la Constitución centralista llamada “de las bases orgánicas” (p. 65), hasta que en 1846 se restableció una Constitución de tipo federal.<sup>228</sup>

En lo que respecta al periodo presidencial de Anastasio Bustamante (1837-1839), el historiador español detalló algunos hechos relevantes, como el fusilamiento de Vicente Guerrero, un acto que era señal inequívoca de “a donde se dirigía la política reaccionaria de Bustamante y su gobierno” (p. 63). Para Pruneda este gobernante favoreció el sistema centralista con miras a convertirlo después en monarquía. Con esos cambios se logró que muchos de los sectores conservadores se adhirieran a ese modelo de gobierno, especialmente el clero, por lo que se le “concedieron privilegios y consideración”, ya que “siempre se había manifestado hostil al sistema federal” (p. 63), y proclive a la instauración de la monarquía.

De igual manera, el autor describió brevemente los periodos presidenciales de Santa Anna y destacó su papel en el desembarco español en 1829 en el puerto de Tampico, que culminaría con la rendición de las tropas invasoras. También dio cuenta del conflicto en el territorio de Texas en 1836 y del papel de Santa Anna en 1838, cuando los franceses invadieron Veracruz; además de narrar, brevemente, los golpes de Estado a los presidentes Bustamante en 1842 (segundo periodo) y José Herrera (1845). De 1846 destacó que Santa Anna fuera nombrado presidente por cuarta ocasión. Pero lo más importante sería el inicio de la guerra con Estados Unidos, sobre la cual relató de manera concisa las batallas más importantes como la de Angostura, la defensa “heroica” de Churubusco y la “gloriosa” de Molino del Rey, así como la defensa y posterior captura del Castillo de Chapultepec (p. 65).

---

<sup>228</sup> Sobre este continuo cambio de modelo constitucional, véase Reynaldo Sordo Cedeño, “El Congreso y la formación del Estado-Nación en México, 1821-1855”, en *La Fundación del Estado Mexicano*, 2000, pp. 135-178.

De las breves páginas que Pruneda escribió sobre la Reforma, destaca la huida de Santa Anna después de la exitosa rebelión que estalló en su contra en 1855, mejor conocida como la rebelión de Ayutla. Así, este periodo se reduce a “una prolongada guerra civil entre los dos principales partidos de la República [...] entre los radicales y los conservadores” (p. 66). Del lado de los primeros, el historiador español colocó a los federalistas Comonfort, Álvarez y Juárez, mientras que en el de los conservadores o Partido Clerical, a Zuloaga, Miramón, Márquez y Almonte. Todo el análisis del historiador español se orienta al choque, final e inevitable, de dos grupos con diferentes ideologías.

Antes de terminar la muy extensa *Introducción* a su *Historia de la Guerra de Méjico*, Pruneda señaló de nuevo y desarrolló (ya antes en el Prólogo lo había mencionado) los motivos del rompimiento de la República con las potencias europeas, no sin antes elaborar una breve pero concisa defensa de la causa liberal, particularmente sobre lo que se decía en Europa. El propósito es reafirmar en el lector el mensaje de que lo verdaderamente importante está por describirse y, al mismo tiempo, reafirmar una postura contestataria ante las falsedades que desde el triunfo de la causa liberal habían llegado allende el mar:<sup>229</sup>

Méjico ha sido víctima de toda clase de denueros, fundados algunos, inmerecidos los más [...]. No hay baldon con que no se le haya injuriado; no hay mancha que no se haya pretendido arrojar sobre su frente; pero de este oprobio

<sup>229</sup> Este tipo de juicios que se hacían en Europa contra la causa y el gobierno republicano, eran práctica común desde el inicio mismo del conflicto bélico. Por ejemplo, Francisco Zarco en un artículo denominado “Calumnias francesas contra México...” del periódico liberal *El Siglo XIX* de septiembre de 1862 daba cuenta de este tipo de ataques. Véase Francisco Zarco, *Textos políticos*, 1994, p. 119.

Méjico se verá libre [...]. En Méjico hay un gran sentimiento por la virtud y la justicia; hay hombre previsoires, pensadores concienzudos; tienen los mejicanos razon sana, imaginación de artista, criterio recto, entusiasmo por la patria, valor á toda prueba, ardiente amor a la libertad (p. 445).

Los juicios contra la causa y el gobierno republicano eran conocidos en México. Por ejemplo Francisco Zarco reaccionaba en sus artículos en *El Siglo XIX*; en septiembre de 1862, decía que “no merecían sino el más soberano desprecio [...] sus calumnias no deben hacernos abandonar una conducta que hace honor a la civilización de México, engrandece su causa”,<sup>230</sup>

En las conclusiones que incluye la *Introducción* se advierte que las voces europeas que criticaban las reformas liberales en México, caían en la hipocresía, ya que algunas de las mencionadas reformas se habían establecido mucho antes en Europa. Por lo tanto, el rasero con el que se medían los sucesos en Europa era diferente para México. Por ejemplo señalaba:

El triunfo de los federales levantó un clamoreo universal en Europa: en sus libros, en folletos, en periódicos, se pintó con los más negros colores la situación del país mexicano; se abultaron sus desórdenes interiores, inevitables en todo pueblo que pasa por una crisis prolongada [...] las reformas liberales hechas por el nuevo presidente se calificaron de disolventes, olvidando que muchas de ellas se habían establecido mucho tiempo antes en Europa; la venta de los bienes del clero mejicano, pareció un despojo á los mismos que no extrañaban que desde 1840 se vendiera en España los bienes eclesiásticos; y la libertad de cultos, decretada por Juárez el 4 de Enero de 1861, fué tachada de abominable sacrilegio por los mismos que la veían practicar en Inglaterra, en Francia, en Suiza, en Bélgica y en los Estados escandinavos (pp. 68-69).

---

<sup>230</sup> *Loc. cit.*

Como se sabe, esos hechos sólo eran parte del proceso iniciado en 1857, con el primer intento por parte del gobierno mexicano de lograr la separación de la Iglesia y el Estado, y aunque Pruneda no los menciona, José María Vigil los cita íntegramente en *México a través de los siglos*, para que el lector comprendiera el decreto del presidente Benito Juárez relativo a la secularización de los bienes de la Iglesia.<sup>231</sup>

Se trataba, entonces, de una verdadera separación entre la Iglesia y el Estado, ya que los artículos promovían, entre otras cosas, el establecimiento del Registro Civil, la secularización de los cementerios, y un punto que la curia mexicana no podía permitir: la libertad de cultos. La repuesta del alto clero llegó por medio de proclamas, en las cuales se desconocían los cargos que les imputaba el gobierno, así como su comportamiento en las diferentes crisis; incluso aquella que se tornaría paradigmática: la falta de patriotismo de la Iglesia en la invasión norteamericana de 1847. Así las cosas, la respuesta de la Iglesia desde Roma en la voz de Pío IX, acusaba:

Este gobierno [el mexicano] declaró desde luego cruda guerra a la Iglesia, a sus intereses y a sus derechos [además] tuvo la audacia de dar el 25 de junio de este año [1859] otro decreto, con el cual despojó absolutamente a la Iglesia de todos sus bienes y propiedades [...]. Así es que, para que los fieles que allí residen sepan, y el universo católico conozca que Nos[otros] reprobamos enérgicamente todo lo que el gobierno mexicano ha hecho, y [declaramos] *irritos y de ningún valor*, los enunciados decretos y *todo lo demás que allí ha practicado la autoridad civil*.<sup>232</sup>

Así estaba la relación entre el gobierno mexicano y la Iglesia católica, la cual apoyaría al Partido Conservador durante la Guerra de los Tres Años (1858-1861) y, también, durante la Intervención y el Segundo Imperio.

<sup>231</sup> Véanse *México a través de los siglos*, t. xv, 1984, p. 119; Martín Quirarte, *El problema religioso en México*, 1967, p. 275.

<sup>232</sup> Martín Quirarte, *El problema religioso en México*, 1967, pp. 280-285.

Por último, cabe aclarar que respecto a los grupos de mexicanos de ese periodo que apoyaban el establecimiento de la monarquía, Pruneda no abundó mucho en este tema, pero sí mencionó los movimientos políticos del Partido que ya denominaba “clerical”, por “constituir el clero su fuerza principal”, que logró “hacer estallar una insurrección en la misma capital” (p. 67), cuyo resultado fue la caída del presidente Comonfort. Destacó, además, que el mando del movimiento se le otorgara al general Zuloaga y que el mismo día Benito Juárez, desconociendo la rebelión y con base en la ley, se proclamara presidente de la República, y jurara la Constitución de 1857. Quizás por no convenir al orden de su exposición, el historiador español dejó de lado un análisis más detallado del conflicto entre liberales y conservadores del periodo que abarca desde el gobierno de Comonfort en 1856, al inicio del de Juárez en 1861.

Desde el punto de vista narrativo, la *Introducción a la Historia de la Guerra de Méjico* funciona como un cuadro general de los principales sucesos del devenir histórico, con énfasis en los debates entre liberales y conservadores. Pruneda preparó al lector europeo, en el momento de la producción del texto, para que comprendiera el tamaño de la hazaña que sobrevendría.

Finalmente, podemos destacar que Pruneda en su extensa *Introducción* mantuvo ideas cercanas a las del mexicano José María Vigil, en la “Introducción” a “La Reforma” en *México a través de los siglos*. Vigil analizó un periodo histórico extenso que narra hechos desde la Conquista hasta el triunfo de la Revolución de Ayutla en 1855; mientras que Pruneda relató desde los orígenes del Imperio azteca hasta los preámbulos de la guerra de Intervención Francesa en 1861. En el caso de la “Introducción” a “La Reforma” (*México a través de los siglos*), está enfocada en resaltar el conflicto histórico entre la Iglesia y el poder político, incluso después de las Leyes de Reforma.

Por su parte, la *Introducción* de la *Historia de la Guerra de Méjico* es más amplia, seguramente porque el historiador español se dirigía al lector europeo, al que debía explicar el por qué los hechos recién ocurridos en 1867 –fusilamiento de Maximiliano, triunfo de la República– eran el resultado de un proceso que inicia desde la Independencia.

#### EL CUERPO DEL TEXTO: LA NARRACIÓN DE LA *HISTORIA DE LA GUERRA DE MÉJICO*

El cuerpo del texto está dividido en libros y en estos se narran los acontecimientos más importantes entre los años de 1861 a 1867. En el *Libro Primero*, se hace un recuento de cómo fue orquestada la instauración de un régimen monárquico en nuestro país, tanto por los conservadores mexicanos como por Napoleón III, el principal organizador según Pruneda. Además, se da cuenta de la existencia de un plan para instaurar el sistema monárquico en México y ésta no es una afirmación exclusiva del historiador español, también aparece en *El Cerro de las Campanas*, de Juan Antonio Mateos y en la versión de José María Iglesias, en sus *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa*. En los tres casos los orquestadores fueron José María Gutiérrez Estrada y José María Hidalgo.<sup>233</sup> Posteriormente en 1889, José María Vigil, en *México a través de los siglos*, señalaba que para la fundación de un imperio en México era necesario que las potencias europeas se decidieran a “favorecer la aventura”, siempre y cuando hubiera un “interés positivo para ellas”.<sup>234</sup>

Pruneda estaba de acuerdo con los liberales mexicanos sobre el hecho de que Napoleón III quisiera imponer un prin-

<sup>233</sup> Véase José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, 1972, p. 18.

<sup>234</sup> José María Vigil, *México a través de los siglos*, t. xv, 1984, p. 209.

cipe europeo en nuestro país; craso error,<sup>235</sup> ya que existían otros elementos a considerar. Uno de éstos era un futuro enfrentamiento con los Estados Unidos; apostar a que el conflicto que este país vivía en su propio territorio fuese indefinido era apostar en falso. Además, no era menor el alto costo de la expedición que Francia no podría sostener por mucho tiempo, ni la férrea resistencia de las fuerzas republicanas. Para el historiador español, Napoleón III erró al creer en las posibilidades de instaurar la monarquía en México cuando él estaba en el apogeo de su poder y con las victorias recientes de Solferino y Magenta. Éstas lo animaron a poner “un valladar á los Estados Unidos”, soñando con que después de lo que pasara en México, “toda América tuviera un ideal que imitar” (p. 87). Incluso, dentro del Parlamento francés, voces como la de Thiers —señaló Pruneda— denunciaban que existía un móvil secreto: “consolidar en el corazón de América un gran imperio” que “pusiera un límite al crecimiento y tendencias absorbentes de la raza anglosajona” (p. 87).<sup>236</sup> Dicho móvil, era inadecuado para la realidad americana, pues equivalía a que la humanidad “regresase de su curso histórico” (p. 88).

El historiador español, como hemos señalado antes, destacó que para que pueda existir una monarquía debería de haber una tradición que, a través del tiempo y las generaciones, se fuera consolidando, pues “sin ésta, sin los elementos y fuerzas sociales que la constituyen, será siempre una creación ficticia [...] no se escoge, sino que existe, no es un hecho voluntario, sino espontáneo” (p. x). Un ejemplo de esta forma

<sup>235</sup> Véase Martín Quirarte, “Introducción”, en José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención en México*, 1972, p. xvii.

<sup>236</sup> Al respecto, Émile Ollivier, consideraba que el hecho de querer emparejar a los americanos con los laínos, era una falacia: “Fuera de Italia, ya no los había en Europa, y existían menos que cualquiera otra parte en México, cuya población está compuesta, en su gran mayoría de indios y de mestizos”. Véase *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano*, 1963, p. 23.

de considerar a la tradición monárquica como un proceso de largo plazo y socialmente aceptado y legitimado lo encontramos en la primera *Historia General de España* que escribió Modesto Lafuente en 1850.<sup>237</sup>

La opinión del historiador Pruneda también se acercó a la de Ignacio Ramírez, que en el mismo año de 1867 afirmaba: la tradición “para nosotros es una quimera. ¿La tradición azteca? ¡No es posible pensar seriamente en restablecer la corte de Moctezuma ni el templo de Huitzilopochtli! ¿La tradición colonial? ¡Acabamos de atropellarle en sus iglesias y en los privilegios de clase!”<sup>238</sup> Años después, Riva Palacio en *México a través de los siglos* reconocía la imposibilidad de reinstaurar el modelo de gobierno anterior a la conquista:

La independencia de México no podía ser proclamada y conquistada por los indios como la vuelta a su antigua autonomía y a sus viejas instituciones, porque dividido el país como lo estaba a la llegada de los españoles, hubiera sido preciso, que se hubieran vuelto a levantar como independientes del imperio de Moteczuma, la república de Tlaxcala, el reino de Michoacán [...].<sup>239</sup>

Regresando al análisis del texto de Pruneda, vale la pena citar algunos de los juicios en los que dejó ver su ideología liberal y la analogía que hace entre el caso europeo y el de los siglos coloniales. Por ejemplo, consideraba como un progreso el modelo de monarquía constitucional que se instauró en algunos países de europeos, ya que ante todo había destruido “el feudalismo que se levantaba gigantesco entre los pueblos y

<sup>237</sup> Modesto Lafuente, “Discurso preliminar”, *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, continuada de dicha época hasta nuestros días por don Juan de Valera. Edición facsimilar y digital, 1889, Universidad de Alicante.

<sup>238</sup> Ignacio Ramírez, “¡Reforma!, en *El Correo de México*, 10 de diciembre de 1867.

<sup>239</sup> Vicente Riva Palacio, “Conclusión” a “El Virreinato”, en *México a través de los siglos*, t. II, 2007, pp. 37-38, versión electrónica.



la corona" (p. 84). También, señaló las diferencias entre el antiguo régimen hispánico de Felipe II y el nuevo que "hoy esta libre de los horrores de la Inquisición; no sufre ya la pesada influencia de aquel sinnúmero de comunidades religiosas, verdaderas plagas que inundaban el país" (p. 84). Punto muy parecido al de José María Vigil, para el caso mexicano, vertido en *México a través de los siglos* en 1889; refiere que en 1644 el Ayuntamiento de México suplicó a Felipe II que no se fundaran más conventos de monjas ni de religiosos porque se convertirían en "señores de todo".<sup>240</sup> Sin embargo, Pruneda diferenció la situación en México respecto de la europea al señalar:

Pero de que de tantos y tan logrados beneficios sea la Europa deudora á la monarquía, no se deduce que pudiera serlo igualmente hoy á esa institución, las naciones del Nuevo Mundo [...]. ¿Podría estarlo igualmente la República de Méjico y otras naciones de América? [...] no es posible la forma monárquica en aquellas regiones [...]. La monarquía es entre las instituciones humanas la que depende de mayor número de condiciones y eventualidades ajenas á la voluntad de hombre ó a la de un grupo (p. 84).

Estas reflexiones coinciden con las que en junio de 1862 vertió José María Iglesias en sus *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*:

Nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestras ideas, nuestra enseñanza, hasta nuestros instintos, todo, todo es enteramente republicano; un trono sería en México una planta exótica, de esas que sólo se conservan artificialmente en un invernadero; de esas que mueren al simple contacto con el aire y de la luz.<sup>241</sup>

<sup>240</sup> José María Vigil, "Introducción" a "La Reforma", en *México a través de los siglos*, t. XIV, p. XII.

<sup>241</sup> José María Iglesias (1823-1891), *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, 1972, p. 16.

Las *Revistas* de José María Iglesias se publicaron mensualmente en el folletín de *El Diario Oficial*, en plena Intervención francesa a partir de abril de 1862, con algunas interrupciones, y hasta 1866; el propósito era dar a conocer la versión mexicana en Europa, de ahí que sea muy probable que llegaran a manos de Pruneda; por haber sido escritas durante la guerra poseen valor testimonial y, en nuestro presente, son valiosos documentos historiográficos.

Pruneda refirió cómo fue tomando forma en Europa, paulatinamente, el complot contra la República mexicana; consideró que la respuesta del gobierno de Juárez fue la más acertada valiéndose de documentos que el lector puede corroborar en dos apéndices: en el primero, se transcriben algunas partes del Tratado Mont-Almonte que el gobierno de Juárez se negó a ratificar; en el segundo, la parte medular del Convenio de Londres, junto con los despachos telegráficos entre los representantes de las tres potencias.<sup>242</sup> Los Apéndices permiten apreciar los apoyos documentales de Pruneda, lo cual da pie para suponer que desde México se los enviaban directamente y que, además, era un lector ávido e interesado de los asuntos políticos de nuestro país. Desafortunadamente, la muerte de Pruneda, a fines de 1869, no posibilita la localización de las pistas desde México, salvo acudiendo a archivos en España.

#### LOS MONÁRQUICOS MEXICANOS EN EUROPA

Entre los representantes del grupo conservador mexicano destacó como villano —en esta forma de narrar la historia en blanco y negro— Juan Nepomuceno Almonte, hijo natural

<sup>242</sup> En algunos artículos del periodo en la prensa liberal mexicana se explicaba la parte medular de la Convención de Londres y se acusaba a España, Francia e Inglaterra. Véase al respecto el artículo de Francisco Zarco, "La Convención de Londres, sobre los asuntos de México", en *El Siglo XIX*, 6 de enero de 1862; artículo reproducido en *Textos Políticos*, 1994, pp. 65-77.

de Morelos, que, por razones no esclarecidas por Pruneda, abrazó las consignas monárquicas y trabajó desde Europa con otros mexicanos, como José María Gutiérrez Estrada y Manuel Hidalgo, para llevar a cabo los sueños que perseguía el Partido Conservador desde años anteriores a la Intervención Francesa. Como leemos en las *Revistas históricas* de Iglesias, José Hidalgo decía que el plan de traer un príncipe extranjero a México venía desde la “ominosa dictadura de Santa Anna” y retomada después por los gobiernos de Zuloaga y Miramón.<sup>243</sup>

Por su parte, Corti en *Maximiliano y Carlota* (1924) señaló que Santa Anna dio amplios poderes a Gutiérrez Estrada para negociar en las Cortes de Londres, París, Madrid y Viena el establecimiento de una monarquía con algún príncipe de esas Cortes; añadía que los enviados mexicanos tuvieron mucho cuidado de pintar con negros tonos la situación que se vivía en la República desde la caída del último periodo de Santa Anna. Esto dio como resultado que se conjuntaran diferentes circunstancias que, aparentemente, hicieron propicia la Intervención. Una de éstas, fue la de haber logrado interesar a la esposa de Napoleón III, Eugenia de Montijo, por intermediación de Manuel Hidalgo, a quien ella tenía en gran estima. Esta labor en Europa rindió sus frutos, y sería Gutiérrez Estrada quien pintaría con mejores colores la situación en México al futuro emperador —Maximiliano—, a través de misivas en las que lo animaba a aceptar la empresa, aunque el austriaco no estaba del todo convencido.

Sin embargo, el mexicano que lograría un mayor apoyo en las Cortes Europeas, sería Almonte que logró ser considerado como “un hombre cabal”, inteligente y “digno de estimación”, por parte de Napoleón III y de su esposa Eugenia de Montijo. Esto no sin haber tenido antes roces con el mismo Gutiérrez Estrada, quien, incluso, le envió una misiva a Maximiliano ad-

---

<sup>243</sup> Véase *Revistas históricas sobre la Intervención francesa*, 1972, p. 18.

virtiéndole de los planes que “este antiguo ayudante de Santa Anna” tenía “para adueñarse de la situación”. La misiva no surtió efecto, y Napoleón III le envió otra a Maximiliano, en la cual el emperador de los franceses señalaba que Almonte era digno de tener “plenos poderes y en elegirlo para director de la empresa”.<sup>244</sup>

El episodio que narra las primeras acciones de Almonte, nos muestra que tanto Pruneda como posteriormente Vigil en *México a través de los siglos*, quizá utilizaron las mismas fuentes documentales, pues ambos refieren los hechos relativos a los tratados preliminares de la Soledad, en los cuales el gobierno trataba de dar salida diplomática a los reclamos de las potencias europeas. Lo mismo ocurre con el parecido que hay entre las narraciones de los dos autores sobre una de las acciones de Almonte, que al estar bajo la protección de las armas francesas, según Pruneda:

[...] manifestó al conde de Reus [general Prim], que contaba con el influjo de las tres potencias para convertir el Gobierno de México en una monarquía y colocar su corona en la cabeza del archiduque Maximiliano de Austria, y que creía que este proyecto sería bien recibido en Méjico, y quizá realizado antes de dos meses (p. 129).

Por su parte, José María Vigil mencionó que, con base en el acta del 9 de abril, Almonte señalaba:

Sin ambages que contaba con el apoyo de las tres potencias para cambiar en monarquía el gobierno establecido en México, y colocar la corona en las sienes del archiduque Maximiliano de Austria; que él pensaba que este proyecto sería bien acogido en México, y que acaso antes de dos meses se realizaría.<sup>245</sup>

---

<sup>244</sup> Conde Corti, *Maximiliano y Carlota*, 2003, pp. 29, 72-88, 109-110. Enero de 1862.

<sup>245</sup> José María Vigil, “La Reforma”, en *México a través de los siglos*, t. xv, 1984 p. 249.

Tales palabras causaron alarma y descontento entre los plenipotenciarios de España, el general Prim y el enviado inglés Sir Charles Wyke. Actos que mostraron las verdaderas intenciones de Francia por la acción del Conde de Saligny que se negó a dar validez a su propia firma en los preliminares de la Soledad. Finalmente, ésta y otras acciones culminaron con la decisión de los representantes —español e inglés— de retirar sus tropas por considerar la actitud francesa como una intrusión en los asuntos internos de México, en alusión a las palabras de Almonte relativas a cambiar el modelo de gobierno republicano en México.

Los actos y proclamas de Almonte durante el tiempo en que éste se ostentó como jefe supremo de la nación, fueron narrados con detalle por Pruneda. Incluso se puede observar que en una de estas proclamas se desconocía la autoridad de Juárez; del mismo modo, el hijo de Morelos llegó a imponer préstamos forzosos a los españoles residentes en varios lugares de Veracruz, cuando casi se había agotado el poco dinero que trajeron de Francia. El juicio que Pruneda hizo sobre el conservador mexicano es muy crítico:

El hombre que abandonando su patria, había venido a Europa á mendigar un príncipe extranjero que fuese a Méjico a matar la libertad de su patria; el hombre que no se había dado un momento de reposo hasta llevar á su mismo país una invasión estrangera; [...] ese hombre, decimos, que acusaba de bárbaros y arbitrarios á sus compatriotas [...] se daba a sí mismo, apoyado por las fuerzas de su famosa expedicion, el título de liberal, de independiente, de un verdadero patriota (p.157).

Duros adjetivos del español sobre Almonte, pues ningún otro personaje recibe esta calificación, a excepción tal vez de Santa Anna. Almonte fue el representante más puro de los villanos, juicio esperablemente próximo al de los mexicanos. Por ejemplo, Ignacio Manuel Altamirano, en un discurso leí-

do en 1865 en Acapulco, en pleno Segundo Imperio, durante la conmemoración de la batalla del 5 de mayo de 1862, decía: “Conocéis bien a esos mounstros [...] el uno (Gutiérrez Estrada) corre a buscar a su soñado príncipe [...] el otro (Juan N. Almonte) es el infeliz ambicioso a quien el dedo del menosprecio popular ha apartado tantas veces de la silla de la presidencia [...] deshonrando las memorias de su heroico padre”.<sup>246</sup> Por su parte, Iglesias lo llamó traidor en sus *Revistas*. La descalificación continuó en la historiografía posterior, por ejemplo en *La gran década nacional*, de Galindo y Galindo. El aciago papel que Almonte desempeñó en los primeros días de la Intervención fue determinante, y representará también el ejemplo más fidedigno del mexicano que traiciona a su patria en aras de un gobierno monárquico que para los liberales carecía de sustento.

#### EL PARTIDO CONSERVADOR Y LA IGLESIA MEXICANA DURANTE LA INTERVENCIÓN Y EL SEGUNDO IMPERIO

Como es sabido, la mayoría de los políticos mexicanos del siglo XIX se asumían como creyentes católicos, independientemente de que fueran liberales o conservadores, hecho que no debe perderse de vista, ya que a pesar de los enconos, de la lucha de ideas y de proyectos de gobierno, la mayoría estaba en favor del dogma católico. El gran problema se centraba en los privilegios que las altas jerarquías de la Iglesia católica mexicana se empeñaban en mantener aún después de las leyes de Reforma, así como el control económico que se encontraba detrás de la venta de bienes de “manos muertas”.

En 1889 José María Vigil, en *México a través de los siglos*, refería que la gran tragedia de México desde la Conquista, era que el poder de la Iglesia fue creciendo al lado del poder civil. El propósito de Vigil era denunciar las omisiones o delibe-

---

<sup>246</sup> Véase Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas*, t. 1, 1949, p. 73.

radas traiciones que, en su opinión, los jerarcas de la Iglesia hicieron contra la República desde su propia fundación, en 1821. Incluso, llegó a postular que la Independencia se logró no por la sagacidad de Iturbide para aprovechar el caos imperante en España, sino por la propia Iglesia, pues si la monarquía se instauraba en México, sería una medida que dejaría fuera las ideas liberales y al gobierno de tipo republicano, con lo cual no peligraba el *status quo*.

Así, el mejor medio para el clero fue cortar los vínculos que unían a la Colonia con la madre patria y evitar el “contagio” liberal, este pensamiento se realizó con la proclamación del Plan de Iguala. El triunfo del Plan de Iguala dio a los jerarcas de la Iglesia poder sobre Iturbide, quien se mostró desde los primeros momentos sometido a la influencia clerical.<sup>247</sup> El poder del clero era también considerado por Pruneda como trascendental para el fracaso del Segundo Imperio: “Encóntrase [Maximiliano] igualmente con un clero numeroso y avariento, que á todo trance quería con sus fanáticas ó acomodaticias creencias dirigir los actos y la conciencia de pueblo mejicano” (p. 257).

El historiador español entendió que el conflicto de Maximiliano con la Iglesia mexicana fue de igual importancia que la reacción de los liberales ante su gobierno; para ejemplificar insertó en su texto una carta de octubre de 1864, en la cual el papa Pío IX transmitía su preocupación por las medidas adoptadas por el nuevo gobierno, así como los ataques contra el clero en los periódicos, no sin dejar de amenazar –según Pruneda– “con un castigo tremendo á Maximiliano I” si no ponía remedio eficaz para que el culto católico continuase “siendo la gloria y el sostenimiento de la nación mexicana” (p. 268).

Tal descuido, a ojos de El Vaticano, llevó a Maximiliano a quedarse aislado políticamente junto con su primer gabinete-

---

<sup>247</sup> José María Vigil, “Introducción” a “La Reforma”, en *México a través de los siglos*, t. XIV, 1984, p. XXI.

te, cuando decidió desligarse de algunos compromisos con el Partido Conservador. Pruneda fue señalando las contradicciones y las acciones hipócritas de los obispos mexicanos que en un principio y de manera servil se habían ofrecido en cuerpo y alma al Imperio, a sacrificarlo todo, “*sus vidas y sus haciendas por el bien y la paz de la nación*” (p. 272). Los obispos a los que hace referencia, principalmente, fueron Labastida y Munguía que salieron de México para hacer todo género de esfuerzos en aras de destruir “la obra que a costa de tanta sangre y de sacrificios acababan de levantar” (p. 272). La respuesta de Maximiliano al Nuncio apostólico exponía una serie de medidas que pondrían orden en los asuntos religiosos. Entre las más destacables estaban: el predominio de la religión católica y el respeto a los otros cultos; la independencia de la Iglesia en los asuntos del Estado; la abolición de todos los derechos de dispensa o diezmos y, por último, la cesión al Estado de todos los derechos que la Iglesia tenía sobre los bienes eclesiásticos (p. 310).

Al no recibir una respuesta por parte del Vaticano, Maximiliano publicó en el *Diario Oficial* la misiva con las medidas citadas, hecho que derivó en una acre respuesta de la alta curia mexicana que, incluso, ponía en duda la fe del Habsburgo, a lo que él respondía en otra carta: “Dudad, si queréis, por un momento de mi catolicismo: la Europa entera conoce há mucho tiempo mis sentimientos” (p. 311). Tan importante es para el análisis de Pruneda este punto que en el Apéndice al Libro IV incluye el Decreto de Secularización de los Bienes de la Iglesia, junto con otras notas y respuestas de Maximiliano a la alta curia mexicana.

Este conflicto entre monárquicos resulta de gran importancia, pues da sustento al punto de vista de Pruneda: Maximiliano fue víctima de un engaño por parte de los sectores conservadores, y por ésta y otras razones no se pudo sostener



el Segundo Imperio. En su respuesta al Vaticano, Maximiliano decía:

Decis que jamás la Iglesia mejicana ha tomado parte en las contiendas políticas. ¡Pluguiera á Dios que así fuese! [...] tenemos muchos é irrecusables testimonios, que prueban de manera evidente que los mismos altos dignatarios de la Iglesia se han lanzado á esas contiendas políticas, tomando parte activa en los combates, y desplegando una tenáz resistencia en la marcha regeneradora del Estado (p. 311).

En este papel tan desfavorable y vergonzoso del alto clero mexicano durante el Segundo Imperio, desde la visión de Pruneda, no sobresalieron, sin embargo, muchas figuras. Sólo son citados los nombres de los prelados, antes mencionados, Munguía y Labastida.

Por último, cabe señalar que el espíritu de lucha del que dotó Pruneda a Maximiliano, será una constante en la narración de todo el periodo del Segundo Imperio. Junto con la figura de Juárez, el emperador es representado como un personaje excepcional. Si desde su perspectiva el grupo de conservadores y monárquicos de México no vieron las cualidades y apertura del gobierno del Habsburgo, desde España Pedro Pruneda sí las vio y las ponderó positivamente.

#### HACIA UNA CONCLUSIÓN

Para el análisis de la *Historia de la Guerra de Méjico* de Pruneda, se han incluido cada una de las partes del texto, así como los periodos y los principales sucesos del devenir histórico que antecedieron a la Intervención Francesa y la instauración del Segundo Imperio, con particular énfasis en los personajes que lucharon y lograron la independencia nacional; para resaltar diferencias y semejanzas con la perspectiva de Pruneda, echamos mano de otros textos historiográficos de antes y después de 1867, año de la publicación de la obra de Pruneda. La hon-

dura, la precisión y la perspectiva de su texto nos lleva a la certeza de que la caída del Segundo Imperio y el consecuente triunfo de la República en 1867, fueron considerados por el historiador español como uno de los grandes sucesos tanto de México, América y de Europa. Resalta el manejo de fuentes de primera mano, las que seguramente leía en España y, probablemente, las que le enviaron desde México, toda vez que Pruneda era liberal, como los mexicanos que luchaban por reestablecer el modelo republicano de gobierno. Sobre este punto no llegamos a la entera comprobación, la cual implicaba la consulta en archivos de España.

Hemos reservado para el Capítulo 3, último de este texto, un detenido análisis e interpretación sobre los recursos que para construir a Maximiliano de Habsburgo y Benito Juárez, los dos actores centrales del periodo histórico, se utilizaron en los dos discursos objeto de estudio: *El Cerro de las Campanas*, de Juan Antonio Mateos, y la *Historia de la Guerra de Méjico* de Pedro Pruneda.

## LOS GRANDES PERSONAJES DE LA NOVELA Y DE LA HISTORIA: JUÁREZ Y MAXIMILIANO

El presente capítulo está dedicado a los dos personajes históricos de mayor relieve entre los años de 1864 y 1867: al emperador Maximiliano de Habsburgo y a Benito Juárez presidente constitucional de México. Hay que señalar que fue en el período señalado cuando se intensificó la lucha por la instauración de uno, de dos modelos posibles de gobierno en nuestro país. El análisis compara la construcción de los personajes y sus acciones en las tramas narrativas de *El Cerro de las Campanas* y de la *Historia de la Guerra de Méjico*. Inicialmente haremos una breve reseña sobre la construcción de algunos héroes en el imaginario social, para después pasar al análisis, por separado, de Juárez y Maximiliano.

Al igual que en los capítulos 1 y 2, se integran al análisis comparativo textos de autores mexicanos y extranjeros cercanos y posteriores a los años 1867 y 1868, y también algunos de años posteriores e, incluso, del siglo xx. Después de los apartados dedicados a Juárez y Maximiliano, se incorpora otro sobre Napoleón III, uno de los personajes de relieve en los textos de Pruneda y Mateos; para finalizar, nos referiremos al proyecto de conformar una cultura nacional haciendo una sucinta enunciación de dos hechos de suma importancia para los ideales republicanos: la Ley de educación de 1868 y el Positivismo, el naciente paradigma histórico. Reiteramos, por último, que las citas textuales o paráfrasis de pasajes de la

novela de Mateos y de la historia de Pruneda se darán entre paréntesis mediante el título correspondiente y el número de página.

#### LOS HÉROES: FORJADORES DEL NACIONALISMO

Antes de hacer un breve recorrido por el camino que han seguido algunos de los héroes nacionales anteriores a la Intervención y al Segundo Imperio, conviene revisar someramente el concepto y el papel del héroe en el imaginario social de Occidente, para luego pasar al caso mexicano.

El concepto del héroe moderno es fruto del pensamiento posterior al periodo ilustrado que se consolidó en el periodo decimonónico, así como también en diversos sucesos históricos que permitieron a amplios sectores de la población, tradicionalmente fuera de la esfera del poder, intervenir de manera directa en acontecimientos que dieron como resultado la crisis del antiguo régimen monárquico.<sup>248</sup> Un ejemplo de ello fue la Revolución Francesa; en ésta los grupos que conformaban los ejércitos ya no eran pequeños grupos de individuos que recibían pagos, sino grandes sectores de la sociedad; civiles que necesitaban un símbolo de identidad que bien sería explotado en ese periodo por personajes como el propio Napoleón Bonaparte.<sup>249</sup>

Esas nuevas figuras heroicas eran diferentes a las que la literatura había retomado del mundo clásico. Durante el Renacimiento se retomaron, por ejemplo, los poemas de Homero, que narraban la valentía de Héctor o Aquiles, y otros más que lucharon por su patria y su honor; los héroes dejaron de ser exclusivamente reyes y príncipes, y comenzaron a incluirse tanto ciudadanos como patriotas. Se pasó de las figuras míticas

<sup>248</sup> Véase Víctor Mínguez, "Héroes clásicos y reyes héroes en el Antiguo Régimen", en *La construcción de héroes en España y México (1789-1847)*, 2003, pp. 51-52.

<sup>249</sup> Georg Lukács, *La novela histórica*, 1966, p. 20.

cas o casi míticas de un pasado glorioso y fundacional, en el periodo clásico, a hombres excepcionales en la época barroca. Los primeros héroes de *carne y hueso* fueron los patriarcas y se concibieron primeramente como la figura más representativa del sistema imperante de dominación del antiguo régimen: el rey, es decir, el representante máximo del poder monárquico. El rey era, casi de facto, un héroe en ciernes y su faceta de heroicidad se la daba, en primer lugar, la forma en que había gobernado su reino. A mayor justicia y buen gobierno mayor categoría de héroe se alcanzaba, sin dejar de lado otro ingrediente que magnificaba su biografía: las victorias militares que se lograban bajo su mandato.<sup>250</sup>

Pasando a la historia de México, podemos señalar que ese proceso de heroización y de posterior mitificación lo encontramos en varios periodos de nuestro devenir histórico. Por ejemplo, en la época de la Conquista, sin duda el personaje que simboliza la resistencia ante el conquistador es Cuauhtémoc, y muy conocido es el episodio con el que ha sido elevado a la heroicidad: el castigo al que se le sometió, después de la última batalla en Tenochtitlan. El heroísmo del último *tlatoani* mexica aparece en un buen número de textos de historia y en obras literarias, así como en la iconografía nacionalista, por mencionar algunos géneros. El episodio es el siguiente: al caer prisionero del conquistador Cortés, se le pidió a Cuauhtémoc que rebelase el paradero de unos supuestos tesoros de Moctezuma a lo que él se niega. Esos momentos fueron así descritos, en 1889, por Vicente Riva Palacio:

Cuauhtémoc soportó en silencio y con gran dignidad aquel martirio; pero llegó un momento en que el señor de Tlacopan, no pudiendo ya contenerse, lanzó un gemido débil y volvió el rostro hacia su soberano. Cuauhtémoc le miró con altivez,

---

<sup>250</sup> Víctor Mínguez, “Héroes clásicos y reyes héroes en el Antiguo Régimen”, en *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, 2003, p. 52.

y después de haberle contemplado un momento le dijo:  
*¡Hombre de poco corazón! ¿estoy yo acaso en algún baño o deleite?*<sup>251</sup>

Como se sabe, las figuras heroicas representativas de la conquista de México siguieron presentes en el imaginario social durante el periodo colonial, ya que en algún grado representaron actos de rebeldía y resistencia contra los excesos cometidos por los españoles amparados por la miopía del gobierno virreinal; un ejemplo de tales actos fue la conjura de Martín Cortés en 1565, motivada por la recesión de la cláusula de perpetuidad de la encomienda.

#### EL SIGLO XIX Y LOS HÉROES DE LA INDEPENDENCIA

Durante el siglo XIX mexicano, algunos personajes de relieve serán identificados en el imaginario social con los héroes que lograron la emancipación nacional. Si pensamos en las figuras que representaron en el mismo siglo XIX iconos referentes del nacimiento de nuestra Independencia y nacionalismo, vienen a nuestra mente las imágenes de Hidalgo y de Morelos de los libros de texto de la educación primaria; aunque, como se sabe, la imagen, sobre todo del primero, ha cambiado con el tiempo. Fernández de Lizardi publicó, entre 1824 y 1825, un calendario histórico, en que se incluyeron miniaturas con imágenes de los héroes de la patria. De Hidalgo destacaba una imagen en la cual su postura era casi militar, de pie, portando un escudo con la imagen del águila devorando a la serpiente sobre un nopal. Esa imagen guerrera fue dejada de lado, y en 1831 surgió otra que lo mostraba más cercano al de párroco benevolente, más acorde a un pensamiento libertario e ilustrado, y no a una revuelta sangrienta, se le mostraba rodeado de libros y una imagen de la guadalupa-

---

<sup>251</sup> Véase *México a través de los siglos*, t. II, “El Virreinato”, 2007, p. 8. Versión electrónica.

na.<sup>252</sup> Hidalgo pertenecía “a una nueva categoría de héroe” que en un lapso “asombrosamente corto cambi[ó] hábitos políticos, modas expresiones”.<sup>253</sup>

También ha habido voces que han criticado a Hidalgo, sobre todo por los excesos cometidos por sus huestes en Valladolid y Guanajuato, una de ellas fue, por ejemplo, la del liberal José María Luis Mora; otra, la del conservador Lucas Alamán. Y, también autores que justificaron tales hechos como Ignacio Vallarta y otros que en sus discursos públicos ya incorporan la imagen del anciano sabio y venerable; por ejemplo, en el que pronunció en la Alameda de la ciudad de México, Luis de la Rosa el 16 de septiembre de 1845.

Caso aparte fue Ignacio Ramírez, quizá uno de los oradores que mejor plasmaron esa imagen mítica y arrasadora de Hidalgo, en dos discursos: el primero pronunciado el 16 de septiembre de 1863, en plena Intervención, y el segundo el 16 de septiembre de 1867, tres meses después del triunfo de la República, en los que junto al padre de la patria se colocaba a los nuevos héroes de la lucha contra la Intervención Francesa.<sup>254</sup> Discursos que sirvieron para fijar en el inconsciente colectivo, que ellos, los liberales de 1863 y de 1867 -que enfrentaron y derrotaron a la Intervención Francesa- eran los herederos de la lucha del Padre de la Patria; además, a dos meses del fusilamiento de Maximiliano, los héroes de 1867 y entre ellos, implícitamente, Benito Juárez, estaban ya consagrados en el momento mismo del triunfo republicano.<sup>255</sup>

---

<sup>252</sup> Véase “Hidalgo y su estudio”, en “La ardua construcción de la imagen del Pater Patriae mexicano”, en *La construcción del héroe en España y México (1748-1847)*, 2003, p. 193.

<sup>253</sup> Vicente Quirarte, “La formación de la figura del héroe” en *México en tres momentos: 1810-1910-2010...*, t. II, 2007, p. 286.

<sup>254</sup> Véase Ignacio Ramírez, discurso pronunciado el 15 de septiembre de 1867, en *Ensayos*, 1994, pp. 63 y 71-75.

<sup>255</sup> Vicente Quirarte señala la certeza que mantenía Juárez para continuar el camino Hidalgo. Véase “La formación de la figura del héroe”, en *México en tres momentos: 1810-1910-2010...*, t. II, 2007, p. 292.

Las piezas oratorias de Ramírez y de otros liberales triunfantes formarían más tarde lecciones de historia patria, pero también, textos de otros géneros del discurso lograron fijar la heroicidad, como las novelas históricas. Juan Antonio Mateos en su tercera novela histórica, *Sacerdote y Caudillo*, daba el siguiente retrato de Hidalgo:

Una cabeza perfectamente modelada, la frente alta [...] los ojos claros, la nariz recta, los labios delgados, la faz morena [...] la mirada profundamente reflexiva, y todo el aquel rostro bañado de una calma concentrada [...]. El rector de San Nicolás llevaba calzón corto negro, medias del mismo color, zapatos de cuero con hebillas, levita larga, y un cuello que servía como arreo del traje talar.<sup>256</sup>

Si bien el “Padre de la Patria” era Hidalgo, otro sacerdote, José María Morelos, fue reconocido como “Siervo de la nación”. Esta figura, menos citada en los discursos patrios de la primera mitad del siglo XIX, sí es incluida en *Libro Rojo* (1870); Vicente Riva Palacio narraba el advenimiento de Morelos como “guerrillero”, “caudillo” y “mártir”.<sup>257</sup> De Morelos se reconoció su valor y gran talento estratégico; se sabía de los elogios atribuidos a Napoleón Bonaparte sobre su capacidad militar por la frase: “dadme cinco Morelos y conquistaré el mundo”. Después del breve periodo victorioso liderado por Hidalgo, Morelos se convirtió en la figura más representativa y carismática del ejército insurgente; con él se logró lo que no se pudo con Hidalgo: mantener organizados y disciplinados a los contingentes rebeldes.

Uno de los historiadores que glorificó la figura del sacerdote estratega fue Carlos María de Bustamante, en su *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, escrito en 1843, en el cual dedicó su *Carta primera* titulada “A la gloria de Morelos”. Más claro fue su admiración en el texto *Elogio histórico del General*

<sup>256</sup> Juan A. Mateos, *Sacerdote y Caudillo, Memorias de la Insurrección*, 1986, p. 13.

<sup>257</sup> En el *Libro Rojo*, 1989, pp. 336-342.



*Don José María Morelos y Pavón*, de 1822, y ahí señala los motivos para escribirlo: porque “contribuyó á dar [la] libertad é independencia que hoy disfrutamos”.<sup>258</sup> En ambos textos Bustamante elaboró un modo peculiar de hacer historia, en que se mezclaban testimonios de primera mano “con la expresión desbordada del sentimiento que le llega en ese momento, ya de alabanza desmesurada, ya de condenación vehemente”.<sup>259</sup> Tal estilo se asemeja al de Juan Antonio Mateos y al de Pedro Pruneda para narrar los hechos de la Intervención Francesa.

Otro punto importante para nuestro análisis, es señalar que además de los textos históricos, Bustamante elaboró en 1836 una obra “alterna”, una narración histórica titulada, *Mananas de la Alameda de México*, en dos tomos, que se publicaban “para facilitar a las señoritas la historia de su país”. Se trataba de un diálogo informal, entre una dama británica y varios interlocutores mexicanos:

*Myladi*. Tengo presente que en nuestra última conversación dejamos a Netzahualcóyotl campado en las inmediaciones de Tlaxcala, esperando la reunión de tropas que debía hacerse en aquel punto para venir a recobrar su imperio. *Doña Margarita*. [...] será preciso que por ahora dejemos allí a nuestro príncipe, pero no penando, ni haciendo penitencia como los caballeros tecuhtlis, ni sufriendo empellones para probar su constancia y valor, sino formando planes alegres para hacer la felicidad de los texcocanos, después de restablecido en su trono. Demos entretanto un vistazo sobre lo que pasaba en México después de muerto en una prisión el desgraciado Chimalpopoca, y lo mismo en Tlatelolco.<sup>260</sup>

<sup>258</sup> Véase *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, 1961, t. 1, p. 335. Bustamante, además de historiador fue periodista, Morelos lo nombró editor del periódico independentista *El Correo del Sur*; fue diputado en el Congreso de Chilpancingo y escribió el discurso inaugural que Morelos leyó en septiembre de 1813.

<sup>259</sup> Véase Carlos Herrejón, “La Imagen Heroica de Morelos”, en *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, 2003, p. 244.

<sup>260</sup> La obra tuvo éxito a decir del autor en una nota de agradecimiento fechada en febrero de 1836 al Vizconde de Kigsborough, el que

Como se nota los escritores mexicanos utilizaban cuanto formato estuviera a su mano para difundir los episodios históricos que ellos consideraban que la sociedad necesitaba saber. Por otro lado, es interesante verificar que durante el Segundo Imperio y bajo las órdenes de Maximiliano, se hayan tomado algunas acciones para reforzar el aspecto heroico de Hidalgo. Por ejemplo, en 1865, y por encargo del Emperador de México, el pintor Joaquín Ramírez elaboró el retrato que se convertiría en una de las imágenes más conocidas del iniciador de la guerra de Independencia (en nuestros días aparece en los billetes de mil pesos) y se convertiría en una de las más conocidas de Hidalgo, y que junto a otras fue hecha con la intención de ser exhibidas en el salón Iturbide del Palacio Imperial de México.

Otro tipo de registro para construir a los héroes lo encontramos en el ya referido *El Libro Rojo* escrito por Vicente Riva Palacio, Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre. En la obra hay episodios históricos, semblanzas biográficas y hechos notables. Ahí figuran: Moctezuma II, Cuauhtémoc, Jicoténcatl y otros personajes que lucharon contra las fuerzas invasoras de España. Del periodo colonial se incluye la rebelión de Martín Cortés; y luego todos los personajes que en el siglo XIX fueron considerados como iniciadores del movimiento de Independencia: Ignacio Allende, Primo de Verdad, Mariano Matamoros, Javier Mina, Vicente Guerrero, Miguel Hidalgo, José María Morelos, y luego los que lucharon contra el Segundo Imperio: Leandro Valle, Santos Degollado, Nicolás Romero, José María Arteaga y Carlos Salazar. Cabe

---

dice: “con agradable sorpresa los siete tomos de la espléndida obra que vuestra señoría ha publicado en esa capital con el título de *Antigüedades mexicanas?*”. Véase Carlos María de Bustamante, *Mañanas de la Alameda de México*, t. II, 1836, “Preliminares”, pp. 1 y 4. Facsimilar y electrónica de Cervantes virtual. ([http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02584974390269573089079/p00000001.htm#I\\_1](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02584974390269573089079/p00000001.htm#I_1)).

señalar que Juan Antonio Mateos escribió los episodios de Leandro Valle, Nicolás Romero y Santos Degollado.

En 1870 se avanzaba en la formación del panteón de héroes de la historia patria. Al *Libro Rojo* le siguieron otros episodios nacionales, por ejemplo las *Leyendas históricas*, de 1899, de Ireneo Paz, entre las que está una dedicada a Maximiliano y otra a Juárez. A principios del siglo xx, Victoriano Salado Álvarez publicó sus *Episodios nacionales*, entre 1902 y 1906, género del discurso apto tanto para enaltecer como para disminuir a las figuras históricas.

#### MAXIMILIANO DE HABSBURGO EN *EL CERRO DE LAS CAMPANAS*

Antes de referir algunas de las descripciones y acciones del personaje histórico, es importante hacer una breves puntualizaciones que la teoría literaria nos brinda para entender de mejor manera una novela histórica. Así entonces, se puede señalar que el novelista Mateos recreó puntualmente algunas de las acciones que Maximiliano efectivamente realizó en el ámbito público y, además, participa en el plano ficticio en algunos momentos de la intriga novelesca, rasgo genérico en la novela histórica, como sabemos las entidades históricas (personajes, acontecimientos, espacios) no tienen una presencia escasa, sino que constituyen el soporte fundamental de la diégesis [mundo narrado]. Hay por así decirlo, una novela histórica “didáctica” -que bien podríamos aplicar a *El Cerro de las Campanas*- , y apoyándonos en otros puntos de vista podemos señalar que en ésta coexisten personajes inventados con personajes y sucesos históricos que: “pretend offrir une interpretation persuasive des éléments historiques traités”.<sup>261</sup> Entonces, el novelista goza de plena libertad para inventar hechos o acciones de los personajes que hayan permanecido

---

<sup>261</sup> Albert Halsall, citado en Celia Fernández Prieto, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, 1988, p. 177.

como “áreas oscuras” en la historiografía, sobre todo cuando se trata de sucesos recientes. Además, la cercanía con el periodo aporta elementos que inciden en la recepción de la obra, por ejemplo: los datos que el lector comparte con el texto producen un mayor impacto emocional y, también, uno muy importante: el hecho de que el narrador haya sido testigo de algunos de los acontecimientos que narra.<sup>262</sup>

Retomando las acciones del Emperador Maximiliano en la novela, se puede señalar que es el personaje central del drama humano de la Intervención; oye las voces y las señales, augurios que introduce Mateos en la trama narrativa. Tales señales, desde el punto de vista del narrador, mostraban el error de Maximiliano, como personaje trágico, que acudía hacia un destino adverso e inexorable. Además, era presa de sus dudas, ambiciones y debilidades humanas. Pero el novelista no hizo del Emperador un simple juguete de los poderes europeos y mexicanos, ni de Napoleón III, ni de Pío IX, ni de la Iglesia mexicana, ni de los conservadores mexicanos, con los que finalmente no hace tratos. No modificó las leyes de Reforma, no cedió a los embates del clero para retornar al estado anterior de su promulgación. Por ejemplo, en la trama aparece una supuesta oferta del plenipotenciario de Napoleón III -el barón de Saillard- por la cual las tropas francesas no se retirarían de México:

Pues bien, señor, si V.M. Cede la Sonora y esa raquítica faja de la Baja California, la deuda quedará en saldo y acaso la Francia detendrá sus tropas en el territorio [...]. —Señor barón, dijo el emperador, he jurado conservar ileso el territorio nacional, y estoy dispuesto a todas la eventualidades antes que vender un sólo palmo de tierra (*El Cerro de las Campanas*, p. 195).<sup>263</sup>

<sup>262</sup> *Ibid.*, pp. 186-190.

<sup>263</sup> En este capítulo y para no confundir al lector, citamos a la novela histórica de Mateos y al texto histórico de Pruneda con su título y página entre paréntesis.

Mateos tampoco presentó a Maximiliano como un hombre pusilánime o vencido por la voluntad de Carlota; era cautivo, en cambio, de sus pasiones. En él existían sentimientos nobles, demostraba amor y comprensión por la emperatriz y su enfermedad. En lo político era proclive a las ideas liberales, no aspiraba al despotismo ilustrado o al absolutismo, razón por la cual se enfrentó a los conservadores mexicanos. Intentó formar un gobierno que incluía a algunos eminentes moderados y se declaró, como antes se ha señalado, a favor de las Leyes de Reforma, situación que lo enfrentó de manera irreconciliable con el propio Vaticano y la poderosa Iglesia mexicana. Como se sabe, estos rasgos del personaje son auténticos y figuran en la historiografía. Pero en otros episodios de la novela, la imagen de Maximiliano no sale tan bien librada. Un ejemplo de algunas acciones que, pese a ser importantes, se omiten fue el decreto del 5 de septiembre de 1865 sobre una ley que pretendía la colonización de algunas regiones de México, que implicaba la oferta de terrenos a los terratenientes esclavistas del sur de Estados Unidos. Esta acción debe haber sido conocida por Mateos, ya que fue publicada por José María Iglesias desde Paso del Norte, en diciembre de 1865.<sup>264</sup> Sin embargo, una de las acciones que, en general, más se le criticó al Emperador fue el Decreto del 3 de octubre de 1865 -éste incluido por Mateos en la novela- en el que se penalizaba a grupos y bandas armadas, no autorizadas y se les condenaba; en el Artículo Segundo se lee la sentencia:

Los que perteneciendo á las bandas de que habla el artículo anterior, fueren aprehendidos en función de

<sup>264</sup> Véase *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, 1972, p. 696. Puede consultarse también al respecto la correspondencia de la "Legación Mexicana" en Estados Unidos, en el Archivo Histórico Diplomático Mexicano, núm. 13, *Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México. 1865-1866*, México, 1961. Conviene aclarar que las cláusulas de la mencionada ley pueden ser poco claras por lo que es necesario revisar el texto, específicamente el reglamento de "operarios", véanse las páginas 90 y 91.

armas, serán juzgados por el jefe de la fuerza que hiciere la aprensión, el que en un término, que nunca podrá pasar las veinticuatro horas inmediatas siguientes á la referida aprensión hará una averiguación [...]. De esta averiguación se levantará un acta que terminará con su sentencia, que deberá ser la pena capital, si el reo resultare culpable, aunque sea sólo del hecho de pertenecer á la banda [...].<sup>265</sup>

Sobre el decreto, Mateos señaló que primero Maximiliano dudó sobre la viabilidad del mismo, pero finalmente y siguiendo el consejo del Plenipotenciario francés Saligny, accedió y firmó “el decreto memorable, que vio con asombro el mundo civilizado” (*El Cerro de las Campanas*, p. 184). Mateos sostuvo que resultado del decreto fue el fusilamiento de los militares republicanos aprehendidos con las armas, y lo incluyó en la novela como un ejemplo de abnegación patriótica por parte de las víctimas. También narró con detalles la aprehensión de Arteaga y Salazar, así como las peticiones de indulto que finalmente fracasaron, a pesar de que el general Vicente Riva Palacio había perdonado de la pena capital a un contingente de soldados belgas unos meses antes. El juicio que plasma Mateos, sobre las ejecuciones, elevó a los personajes a la heroicidad:

No hubo misericordia, los defensores de la república quedaron diezmados; ¡pero la revolución se levantó más terrible y amenazante, juró venganza ante el cadalso de Arteaga! [quien] fue conducido al suplicio en una camilla; no podía andar a consecuencia de haber recibido una herida en las cumbres de Acutzingo, una herida cosechada en el campo de batalla, defendiendo a la patria contra la invasión francesa (*El Cerro de las Campanas*, p. 186).

Después de ese hecho, la guerra tomaría tintes más sanguinarios y la respuesta desde el lado liberal no se hizo esperar, como lo señalaba José María Iglesias en sus *Revistas*

---

<sup>265</sup> Citado por José María Vigil en “La Reforma”, t. xvi de *México a través de los siglos*, 1987, p. 148.

*históricas*: los militares, antes magnánimos, ahora actuaban sin misericordia con los prisioneros.<sup>266</sup> Incluso, el guerrillero Pablo Martínez, personaje ficticio, se volvió el azote de los contingentes monárquicos.

En la novela, Maximiliano aparece como el hombre que fue: esposo, amante de la naturaleza y enamorado. En suma, Mateos lo presentó al lector sin rencor, pero sin miramientos; un hombre, a veces, temeroso y proclive a la abdicación. Un ejemplo al respecto aparece en el capítulo séptimo de la tercera parte de la novela: después de que Maximiliano y Carlota se enteran de que las tropas francesas saldrán definitivamente de México –en mayo de 1866– bajo presión de Estados Unidos, Maximiliano se mostraba temeroso y dubitativo, a lo que una Carlota desafiante le señalaba que la muerte era preferible a ser un rey destronado.<sup>267</sup> Este espíritu de valentía y entereza se mostraría en los últimos momentos de la vida de Maximiliano, por ejemplo, cuando salió al patíbulo, en Querétaro:

Al llegar a la puerta [de la prisión] se detuvo un momento y pidió un pañuelo a pesar de que llevaba uno en la mano y otro en la bolsa [...]. Los reos subieron a los coches y la comitiva partió rumbo al sitio de la ejecución. [...]. Los carruajes hicieron alto, y los reos saltaron a tierra. Al poner pie en ella, Maximiliano vaciló; pero inmediatamente se agarró al sacerdote que iba a su lado y se repuso, recobró su espíritu [...]. Repartió el oro que tenía, a los soldados que estaban en su frente, les recomendó que le tiraran al pecho, y con el pañuelo que había pedido en la puerta de la prisión se amarró la cara, para evitar que al hacerle fuego se le incendiara la barba [...]. Maximiliano tendió su vista a la ciudad que tenía a su frente. Maximiliano la dirigió al cielo, murmurando con acento melancólico estas palabras: “en un día tan bello como éste quería morir”. El príncipe

<sup>266</sup> Véase José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, 1972, p. 701.

<sup>267</sup> Juan Antonio Mateos, *El Cerro de las Campanas*, 1985, p. 239.

tenía la serenidad de la resignación (*El Cerro de las Campanas*, pp. 419-420).

Mateos no convirtió ese acto, la escena final de la vida de Maximiliano frente al pelotón de fusilamiento, en un acto vengativo sino uno que era necesario en lo político. El hecho de narrar detalles como el del pañuelo, el acto de momentánea vacilación del archiduque al descender del vehículo que lo transportaba y el envolver su barba con un pañuelo, son detalles que la historiografía de ese periodo no recoge; las últimas palabras de Maximiliano las reserva para el final de la trama. El novelista parece apegarse al suceso y entrega a sus lectores un personaje digno, virtuoso, melancólico, un retrato cercano al personaje romántico. En el fragmento citado se puede apreciar que Maximiliano fue valiente al encarar su final, lo acepta y no se amedrenta ante él. Estos elementos de arrojo que dejan ver la fuerza interior del personaje son los que Mateos consideró más adecuados y, seguramente, conmovieron al lector de 1868 y, todavía, al de ahora.

En *El Cerro de las Campanas* Maximiliano no fue sólo víctima de las circunstancias. Mateos creó un personaje cercano al hombre de carne y hueso, con debilidades y aciertos como sucede en las novelas, el personaje es lo más vivo de la novela, “la lectura de éste depende básicamente de la aceptación de la verdad del personaje por parte del lector”. Sus peores momentos son en los que se muestra temeroso y con dudas, a las que enfrenta en parte gracias al valor y la seguridad que le da Carlota. Lo que pierde a Maximiliano fue la fatalidad, que provocó un destino trágico.

La función del personaje de Maximiliano en la novela se asemeja a una llave que abre y une los principales sucesos históricos narrados. Mateos reconoció el sentido trágico que se abatía sobre la vida y el destino del austriaco y de su esposa Carlota; supo llevar hasta el máximo ese destino aciago que para el novelista constituyó una prueba más de que la causa



monárquica era una causa destinada al fracaso. Mateos fue, posiblemente, el primero —o uno de los primeros— en reconocer y plasmar en una novela histórica la culminación infausta del Segundo Imperio mexicano; tuvo la oportunidad de vivir los sucesos, de ser testigo, y de echar mano de los datos en el momento de escribir su novela, y poder así tejer una trama llena de hechos y sucesos que se vuelve trágica para muchos de los que pertenecían al lado conservador y promonárquico, lo cual nos permite verificar que *El Cerro de las Campanas* corresponde al modelo de novela histórica testimonial. Los sucesos narrados en la novela de Mateos, apenas acontecidos, se convirtieron en hechos históricos; por lo excepcional de algunos de ellos fueron llevados a las obras de historia, las crónicas y los episodios nacionales, a lo largo del siglo xix, algunos de los cuales hemos referido.

Haciendo un breve paréntesis, es claro que en el siglo xx ese episodio también fue foco de atención en textos literarios e históricos; por ejemplo, la obra de teatro *Corona de Sombra* (1947), de Rodolfo Usigli; la novela histórica *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso (1987); y obras de historia, por ejemplo *El Segundo Imperio* (2005) de Erika Pani, entre otros.

#### MAXIMILIANO DE HABSBURGO: EL PERSONAJE HISTÓRICO EN LA HISTORIA DE LA GUERRA DE MÉJICO

En la *Historia de la Guerra de Méjico*, la construcción del personaje del emperador Maximiliano presenta algunas diferencias respecto de *El Cerro de las Campanas* de Mateos. El historiador español mostró otra perspectiva, no obstante la documentación de primera mano que se allegó y/o le enviaron desde México. En opinión de Pruneda, Maximiliano fue engañado por los conservadores, desde el momento en que aceptó venir a México y hasta el desenlace en Querétaro, y también por el

clero que, lejos de apoyarlo, se puso en su contra por temor a sus ideas liberales, señaladas en el siguiente fragmento:

[...] el joven monarca pudo comprender que estaba éste [el suelo mexicano] completamente absorbido por manos muertas que lo esterilizaban, y se propuso con mayor y más decidido empeño, no sólo aprobar la desamortización llevada a cabo por Juárez, sino hacerla extensiva en cuanto las circunstancias se lo permitieran [...] y reconocer importantes derechos personales, entre los cuales figuraba en primer término la libertad de creencias religiosas [...] á pesar de la oposición del clero y del despecho de todo el partido reaccionario [...] (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 269).

El afán de señalar cada una de las “trampas” o engaños que sufrió Maximiliano, van llevando al lector hacia un juicio que propone al Emperador como víctima de situaciones inesperadas o incongruentes a las que le habían señalado los mexicanos en Miramar y los enviados de Napoleón III. Sin embargo, Pruneda refirió algunas acciones de Maximiliano orientadas a conocer él mismo el grado de aceptación de su persona, ya que no confiaba del todo en los monárquicos mexicanos: un ejemplo es el viaje que hizo por algunos estados del país en 1864, ocasión para comprender, “que no en todas partes era acogida con entusiasmo la idea que en México había ido á representar, sino por el contrario, que habría lucha y muy sangrienta contra los partidarios de la doctrina de Juárez” (*Historia de la Guerra de Méjico*, pp. 261-262). Los estados que visitó Maximiliano fueron: Querétaro, Guanajuato, Estado de México y Michoacán.

No obstante lo anterior, un poco más adelante señalaba Pruneda que Maximiliano regresó a la capital el 30 de octubre de 1864, fue recibido con afecto y entusiasmo, y él, a su vez, informó públicamente sobre las visitas y manifestó la “profunda y grata impresión que la habían causado los testimonios de adhesión a su persona de todos los mejicanos, tanto en la capital como en las demás poblaciones” (*Historia de la Guerra*

de Méjico, p. 262). El informe positivo de las visitas lo extendió Maximiliano a la emperatriz Carlota en una carta, sobre su visita a Morelia, en la que le dijo: “nunca había experimentado en toda mi vida algo semejante al recibimiento”,<sup>268</sup> incluso lo compara con el que antes tuvo en Puebla y señalaba que no fue “nada en comparación con éste”.<sup>269</sup> De lo anterior, se deduce que en el texto de Pruneda hay ambivalencias sobre el actuar de Maximiliano. Como es sabido, en algunas partes del país hubo muestras de apoyo para los emperadores y en otras no, por lo que era difícil tener tan claro el panorama. Por ejemplo, en el viaje que hizo Carlota a Yucatán las demostraciones parecían sinceras; ella misma lo señaló en una misiva de noviembre de 1865 a Maximiliano: “El recibimiento fue excelente, me cubrieron de flores y todos los caciques rodeaban el carruaje, todos gritaban y vociferaban, miles de hombres llenaban las calles”.<sup>270</sup>

Aunque la “atmósfera” creada en el recibimiento en Mérida parecería cegar el criterio de Carlota, se puede afirmar que en su viaje hacia el sur de México, ella supo diferenciar cada uno de los lugares visitados. Unos días antes, le informaba a Maximiliano desde Orizaba: las “cosas no van bien aquí”; ella lo atribuía, en parte, a los “rumores” de que se iban del país.<sup>271</sup> Por el contrario, en la ciudad y puerto de Veracruz, antes de embarcarse para Mérida, le escribió a Maximiliano con optimismo que ahí “nunca se había visto tal entusiasmo” y que muchos de los “españoles” que vivían en el puerto y

---

<sup>268</sup> Carta de Carlota a Maximiliano, fechada en Mérida el 23 de noviembre de 1865, en Konrad Ratz, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, 2003, p. 156.

<sup>269</sup> *Loc. cit.*

<sup>270</sup> Carta de Carlota a Maximiliano, fechada en Mérida el 23 de noviembre de 1865, en Konrad Ratz, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, 2003, p. 238.

<sup>271</sup> Carta de Carlota a Maximiliano, fechada en Orizaba el 10 de noviembre de 1865, *Ibid.*, p. 225.

antes “no eran partidarios del Imperio”, ahora le rinden su “devoción”.<sup>272</sup>

Por contraste, José María Iglesias, en sus *Revistas* de diciembre de 1865, informaba que el viaje al sur del país originalmente estaba planeado para la pareja imperial, pero la situación política lo impidió y, sobre todo, porque avivaría la idea de que se irían del país. Además señaló que en su recorrido, Carlota “fue recibida con la mayor frialdad”.<sup>273</sup> De lo anterior se desprende que Maximiliano se dio cuenta de que el “cuadro” que le habían pintado no era exacto y, a la vez, parece olvidar pronto el hecho y prefiere confiar en que todo le saldrá bien.

Años después, en 1889, José María Vigil consideraba que las visitas de Maximiliano a algunas ciudades fueron un medio inadecuado para formarse una idea exacta de la situación y del “verdadero estado de la opinión pública”;<sup>274</sup> el historiador negaba la influencia que sobre la administración y la política habían tenido los viajes, no obstante aceptaba el entusiasmo de la gente, el recibimiento con música, cohetes y *Te Deum*, las visitas a las escuelas, cárceles e iglesias, “donde pronunciaba algunos brindis en que salía á relucir la independencia de *nuestro país*, corría algunos desaires á los conservadores y continuaba su marcha”.<sup>275</sup>

En el mismo sentido, Pruneda refirió la situación que imperaba en Europa respecto de los esfuerzos de mexicanos en las diferentes cortes europeas, y también, sobre la comisión que viajó a Miramar con la representación de los llamados “Notables”, lisonjeros y optimistas, que provocaron la des-

---

<sup>272</sup> Carta de Carlota a Maximiliano, fechada en Veracruz el 16 de noviembre de 1865, *Ibid.*, pp. 232-234.

<sup>273</sup> José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, 1972, p. 703.

<sup>274</sup> José María Vigil, “La Reforma”, en *México a través de los siglos*, t. xvi, 1987, p. 84.

<sup>275</sup> *Loc. cit.*

confianza de Maximiliano sobre la situación que le presentaban. De hecho, el historiador español señaló la negativa inicial del archiduque por aceptar el trono de México, porque sabía perfectamente que “sólo una cuarta parte de la República se había adherido á la decisión de los notables” (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 202). No se podía alegar, siguiendo la narración del historiador español, que Maximiliano no estuviera informado de la situación que podía encontrar en México.

En otro sentido, un ejemplo de algunas muestras de reprobación hacia las acciones del Archiduque, por parte de Pruneda, está en lo relativo al Decreto inclemente que Maximiliano firmó el 3 de octubre de 1865,<sup>276</sup> el historiador reconocía que fue:

[...] inoportuno, porque precisamente se espedia en los únicos momentos en que la causa de la República parecía próxima á ser aniquilada; y fué torpe é impolítico, porque tan inusitado rigor no podía producir otro resultado que el que efectivamente produjo (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 335).

No obstante, unos cuantos párrafos adelante, Pruneda matizaba afirmando que Maximiliano debió de haber firmado el decreto: “cediendo a las apremiantes indicaciones de sus consejeros, que como de costumbre lo engañaron” (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 336). Es decir, restaba responsabilidad al emperador. Sin embargo, concluía que fue un exceso y, sobre todo, mencionaba y reprobaba los fusilamientos de los generales republicanos José María Arteaga y Carlos Salazar, así como un contingente de combatientes mexicanos. Calificó ese acto de sanguinario y lo ilustró citando las últimas palabras que escribió Arteaga a su madre: “Hoy he caído prisionero y mañana seré fusilado. Muero a los 33 años de edad. En esta hora suprema, es mi consuelo legar un nombre sin tacha”

---

<sup>276</sup> El mismo que Mateos incluyó en *El Cerro de las Campanas*, véase capítulo 2.

(*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 336). Suceso que no sólo impactaba al lector, sino que además subrayaba el martirio de los combatientes republicanos.<sup>277</sup>

Con el afán de comparar más a fondo el episodio del fusilamiento de los militares republicanos dado que también Mateos se detiene en él, consideramos oportuno citar la opinión que sobre el hecho dio Francisco de Paula y Arrangoiz en los *Apuntes para la historia del Segundo Imperio*, en 1869.<sup>278</sup> El monárquico mexicano citó el Decreto con todos sus artículos, algo que Pruneda no hace, y calificó al decreto de “impolítica y bárbara ley”<sup>279</sup> señalando que Maximiliano no podía haber alegado inocencia u omisión en los hechos, pues sabía lo que el decreto significaría para los grupos armados republicanos:

Los que defienden al Emperador han dicho que su objeto no era aplicarlo más que a los bandidos, a los asesinos; pero el artículo primero está [sic] bien terminante: ‘proclamen o no algún principio político, *cualquiera que sea el número de los que formen la banda*’, etc. Y que se había dictado contra los jefes, oficiales y soldados republicanos, está probado con haberlo puesto inmediatamente en ejecución en Uruapan [...] a los generales Arteaga y Salazar; a los coroneles Díaz,

---

<sup>277</sup> En 1870 Vicente Riva Palacio incluyó también el episodio en *El Libro Rojo* y lo tituló “Arteaga y Salazar”.

<sup>278</sup> Aunque la primera edición de *México desde 1808 hasta 1867* es del año 1871, la precede una versión del periodo imperial más breve, denominada *Apuntes para la historia del segundo Imperio mejicano* impresa en Madrid en 1869 por la Imprenta Rivadeneyra. Arrangoiz señala en su Introducción: “agotados los pocos ejemplares que se imprimieron y excitado por personas muy respetables, me he resuelto a publicar una segunda edición de los Apuntes, aumentada con documentos importantes”, en edición de Porrúa, 1996, p. 7. A principios de 1865, Arrangoiz renunció a la representación del Imperio en las legaciones de Bruselas y Londres, y en una carta le reprocha a Maximiliano el no haber seguido las políticas conservadoras. Véase Patricia Galeana, *et al.*, *México y el mundo, Historia de sus relaciones exteriores*, t. III, 1990, p. 190.

<sup>279</sup> Francisco de Paula y de Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, 1996, p. 719.

Villagómez, Pérez, Miliena y Villada; todos fueron pasados por las armas inmediatamente.<sup>280</sup>

Entonces, se nota que Pruneda se mostró tolerante respecto a la responsabilidad que tuvo el Emperador de México con el tan citado decreto; destaca por contraste la opinión muy crítica del monárquico Arrangoiz. Ésta es una muestra de que historiador español manifestó simpatía y algunas veces admiración, no sólo por Maximiliano, sino también por la institución monárquica algo que no es una incongruencia si consideramos que en España la monarquía pese a sus dificultades mantenía una gran cantidad de adeptos, incluso de algunos considerados liberales que mantenía como mejor forma de gobierno la monarquía hereditaria moderada.<sup>281</sup> Otro ejemplo de simpatía se da cuando Pruneda se sirve de una fuente monárquica para describirlo, un “folleto” que antes había publicado en México el monárquico mexicano Gutiérrez de Estrada, un documento que sólo encomiaban al austriaco, trasladado así:

El archiduque Fernando Maximiliano, tiene un personal que previene en su favor de modo irresistible [...]. Dotado de una disposición natural para las artes, las ciencias y las letras, las cultiva con valor y lucimiento. Su actividad y laboriosidad son prodigiosas [...]. Hermano de un emperador ilustre, gran almirante del imperio, colocado muy cerca del trono, objeto del respetuoso amor y admiración de todas las clases de la sociedad, conocido y estimado en toda Europa (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 211).

---

<sup>280</sup> *Ibid.*, p. 720.

<sup>281</sup> Toda una larga argumentación a favor de la visión Providencialista de la historia, específicamente para el caso de España, así como de un eterno progreso y una clara defensa de la institución monárquica hereditaria y moderada, la encontramos en el amplísimo “Discurso preliminar” de Modesto Lafuente a *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, 1889, pp. I-CXIX.

Aunque se puede considerar que Pruneda dio muestra de imparcialidad al incluir el "folleto" de fuente monárquica, en otros casos el historiador español se mostró doctrinario, por ejemplo, el no considerar como fuente válida la *Historia* de Lucas Alamán.

Otro acto que Pruneda señaló como una muestra de la habilidad política y buena voluntad del Emperador es el trato que quiso dar a Benito Juárez:

Cuando Maximiliano fué a Méjico, uno de sus primeros actos fué ofrecer a Juárez un alto puesto en el imperio á cambio de su sumisión; pero el presidente de la República, con la energía propia de su carácter de hierro, rechazó la proposición. Un año más tarde, dió un público testimonio del alto concepto en que tenía a Juárez; otro ménos franco, ó de sentimientos ménos elevados, se hubiera llamado alabanzas que debían aumentar el prestigio del que al fin era su mortal enemigo, y el único á quien verdaderamente podía temer [...] (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 211).

Por lo tanto, el historiador español entregó al lector un Maximiliano que en momentos clave fue víctima de las circunstancias, engañado por los conservadores en Europa y México, distanciado del clero que, como ya se señaló antes, lejos de apoyarlo se volvió en su contra. El historiador presentó a Maximiliano como un gobernante con dotes políticas insuficientes para lidiar con los grupos de conservadores y liberales que conformaron su gabinete.<sup>282</sup> Por ejemplo, de sus ideas liberales cita textualmente los artículos del Decreto, fechado en febrero de 1865, que contenía disposiciones por las que los liberales mexicanos habían luchado: la desamor-

<sup>282</sup> El número de participantes en cada Ministerio fue diferente; los más importantes son: *De Estado*, José Fernando Ramírez; *De la Casa Imperial*, Juan N. Almonte; *Negocios extranjeros*, Martín del Castillo; *Gobernación*, José María Esteva; *Justicia y negocios eclesiásticos*, Pedro Escudero y Echánove; *Justicia*, Teodosio Lares; *Instrucción pública y cultos*, Francisco Artigas; *Fomento*, José Salazar Ibarregui; *Guerra*, Juan de Dios Peza; *Hacienda*, José María Lacunza y Santiago Vidaurri.



tización de los bienes eclesiásticos, para facilitar el “paso de la propiedad de manos del indolente ó descuidado á las del hombre laborioso”; la católica, como religión del Estado, y la libertad de cultos –señal de tolerancia– pese a las amenazas de el Vaticano (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 269).

Aunque podría parecer incongruente la admiración de Pruneda por el austriaco, no fue tal, sino, más bien, una muestra de que sabía diferenciar bien las condiciones de su patria, España, y las de nuestro país. Como se ha señalado en un artículo reciente (2006) Pruneda tenía una “personalidad rotundamente liberal, siempre en defensa de los valores democráticos y republicanos”,<sup>283</sup> ya que fue miembro del grupo que, entre 1866 y 1868, logró el encumbramiento del general Juan Prim y la abdicación de la reina de España Isabel II. Además, participó en actividades a favor del derrocamiento del régimen dirigido por O'Donnell que buscaba crear una:

Asamblea constituyente por sufragio universal, señalando, una vez más, como era la vía insurreccional la única posible. Con la salvedad de que ahora ya no se buscaba sólo un cambio de orientación política, sino la misma caída de la monarquía. La intervención de Pedro Pruneda en las intentonas revolucionarias de Junio de 1866 fue muy activa [...].<sup>284</sup>

Pruneda se alineaba con el liberalismo que representaba ese grupo en España, y al parecer así como estaba convencido que para el caso mexicano el modelo republicano era el más adecuado, él luchaba por uno parecido en España, a pesar de que, como él mismo señala, allá sí se contaba con uno de los elementos básicos para la monarquía: la tradición. En México, por su parte, el sentir de una parte de la población se de-

---

<sup>283</sup> José María de Jaime Loren, *et al.*, “Pedro Pruneda Martín (El Poyo del Cid, 1830-1869): escritor y político republicano, autor de la primera historia de Teruel”, *Xiloca*, núm. 34, 2006, p. 53.

<sup>284</sup> *Ibid.*, p. 54.

cantaba por el lado conservador. Un ejemplo al respecto lo encontramos en la opinión del monárquico Arrangoiz, que bien pudo ser el propósito o la pretensión de un sector conservador en México. Desde Europa escribía:

[...] ese partido y esos hombres son los que llevaron al trono a Maximiliano, porque prometió lo que se quería ante todo: la reparación del santuario, la conservación del principio católico, y con ella el establecimiento sobre base firmísima del poder civil; pues no hay que dudarlo: la restauración de 1863 fue una obra de aspiraciones católicas, como lo fue la proclamación de la independencia en 1821[...]. Los hijos y los descendientes de los que en 1821 llamaban al trono de México a Fernando séptimo, son los que llevaron al trono de México a Maximiliano; fue el mismo partido, el conservador, al cual ningún otro, en ningún país, le ha llevado ventaja en consecuencias y abnegación.<sup>285</sup>

Con el panorama español en la época de Isabel II, que referimos en el capítulo 2, resulta consecuente que el historiador español, cercano al liberalismo, apreciara a un hombre con las cualidades liberales del emperador Maximiliano, una figura que se convertía en una opción deseable para imponer orden en un país que lo necesitaba de manera inminente como era España, y sobre esto último señala: “Maximiliano era demasiado bueno y demasiado liberal, y estas dos nobles cualidades que hubieran afirmado su trono y su dinastía en Europa, no le sirvieron de nada en Méjico” (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 211).

Esta opinión se asemejó a la expresada tres años después por Rafael Martínez de la Torre, abogado liberal<sup>286</sup> y uno de

<sup>285</sup> Nota de 1871 de Francisco de Paula y de Arrangoiz: *México desde 1808 hasta 1867*, “Introducción” 1996, p. 8.

<sup>286</sup> La militancia liberal de los cuatro abogados defensores de Maximiliano: Mariano Riva Palacio, Rafael Martínez de la Torre, Jesús Vázquez y Eulalio Ortega, no fue impedimento para que su trabajo y reputación fueran puestas en duda tanto por liberales como por miembros cercanos al propio emperador. Así se expresaba, por ejemplo, su médico Samuel Basch en

los defensores del Archiduque durante el proceso judicial de Querétaro, quien más tarde, en 1871, se preguntaba: “¿Por qué causa vino a morir a Querétaro, en el cerro de las Campanas, quien pudo ser rey en Europa?”<sup>287</sup> y él mismo respondía aludiendo el estado crítico en que México se encontraba:

Las instituciones eran todo y eran nada; porque ellas servían de bandera de libertad y de apoyo de gobierno. Eran nada, porque en la práctica no regían [...]. Las reformas religiosa y política habían sacudido de raíz aquel árbol secular a cuya sombra la sociedad se forma de una aristocracia de fueros y privilegios notables en el clero y en el ejército. [...]. El antagonismo de clase, condenado por los principios políticos, era una nueva ocasión de guerra. [...]. Los gobiernos de Europa, que presentían las consecuencias de un triunfo glorioso de la democracia, pensaron que México pudiera ser un punto de apoyo, un arsenal inmenso, un cuartel general para ulteriores operaciones; y aprovechando las disensiones apasionadas de sus hijos, ofrecieron crear una monarquía [...].<sup>288</sup>

La simpatía y la admiración de Pruneda por Maximiliano son una constante en su *Historia de la Guerra de Méjico*, a diferencia —comprensible— de algunos historiadores liberales, como Vigil, que años después, en 1889 y valiéndose de la opinión del historiador francés Masseras, en *Un essai d'empire au Mexique*, citaba la descripción desfavorable que éste hizo del Archiduque:

Ligero hasta la frivolidad, versátil hasta el capricho, incapaz de encadenamiento en las ideas como en la conducta, á la vez irresoluto obstinado, pronto á las aflicciones pasajeras,

---

1868: “Por lo que toca a las personas de los cuatro abogados [de la defensa], la elección no pudo ser más acertada. Eran republicanos, de reconocido talento, y gozaban de reputación como jurisconsultos”, en *Recuerdos de México, Memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano*, 2003, p. 302.

<sup>287</sup> *El Libro Rojo* fue publicado en 1870, aunque el apartado final que incluye el episodio de Maximiliano, tiene una fecha de julio de 1871, 1989, p. 12.

<sup>288</sup> Rafael Martínez de la Torre, *et al.*, *El Libro Rojo*, 1989, pp. 445-446.

sin apearse á nada ni á nadie, enamorado sobre todo del cambio y del aparato, con grande horror á toda clase de molestias, inclinado á refugiarse en las pequeñeces para sustraerse á las obligaciones serias, comprometiendo su palabra y faltando á ella con igual inconstancia, no teniendo por último más experiencia y gusto de los negocios que sentimiento de las cosas graves de la vida, el príncipe encargado de reconstituir á México, era, bajo todos aspectos diametralmente opuesto á lo que habrían exigido el país y las circunstancias.<sup>289</sup>

Como se podrá advertir en el fragmento citado Vigil no criticó directamente a Maximiliano, sino que, con el fin de mostrar neutralidad como historiador; describía al Emperador a través de los juicios del historiador francés.

Para finalizar este apartado sólo resta señalar una omisión de suma importancia que no aparece en la historia de Pruneda: la situación económica de Maximiliano. Por el contrario, en la intriga de su novela, Mateos recrea el breve diálogo entre el futuro Emperador de México y el enviado del gobierno de Juárez, Don José de Jesús Teherán; el cual le explica al austriaco algunos hechos que debieron de ser señales del error de instaurar una monarquía en México, algo que seguramente dejó de lado por la delicada situación económica del entonces archiduque.<sup>290</sup> Pruneda mencionó la entrevista, pero no el asunto económico; destacó en Maximiliano sus buenas intenciones y consideró que fue engañado y traicionado tanto por los mexicanos conservadores como por los Emperadores franceses. Dado lo anterior, en la perspectiva de Pruneda, Maximiliano fue víctima y mártir, por haber sido fusilado;

<sup>289</sup> *Un essai d'empire au Mexique*, capítulo II, citado por José María Vigil, *México a través de los siglos*, 1987, t. XVI, pp. 33-34.

<sup>290</sup> En *México y el mundo, historia de sus relaciones exteriores*, se refiere así el hecho: "La misión confidencial de Jesús Terán en Europa tenía varias facetas, con discreción había logrado concertar una entrevista con Maximiliano antes de que éste aceptara la Corona de México. Le hizo ver el error que cometería viniendo a gobernar un país que tenía autoridades legales y establecidas", en Patricia Galeana, *et al.*, t. III, 1990, pp. 178-179.

murió sin haber renunciado a las ideas de libertad que pregona-  
ba tener, pero que no fueron eficaces para mediar con los  
conservadores que lo habían traído a México.

MAXIMILIANO: ¿VÍCTIMA, MÁRTIR, HÉROE?

Para terminar el análisis de la construcción del personaje de Maximiliano, revisaremos, en este apartado, los conceptos de víctima y mártir, para interpretar si la doble caracterización figura en el texto histórico de Pruneda, apoyándonos en estudios de tales categorías y su desarrollo en México. Se ha señalado que el desarrollo, la concepción del martirio y su manifestación durante la época colonial en nuestro país, inició con tres niños que a mediados del siglo xvi serían las primeras víctimas de conciencia en Tlaxcala, ya que murieron por creer en la religión católica. Después de esos primeros laicos considerados mártires, siguieron una cantidad importante de religiosos de las diferentes órdenes que fueron muertos al predicar el Evangelio en zonas habitadas por etnias que, esperablemente, no se sometían a la conquista española. En algunos casos, los misioneros no fueron muertos con todas las exigencias que marcaba el precepto católico.<sup>291</sup>

En la concepción católica, el martirio era un primer paso a la santidad y obedecía a puntos esenciales, que, por supuesto, no son aplicables a Maximiliano, ya que no se cumplen dos condiciones centrales: “la persecución de un tirano que odiara a los cristianos” y la “aceptación voluntaria de la muerte por la fe”, sin entregarse abiertamente a los verdugos, ya que el martirio debía ser aceptado con gozo cuando llegara, pero no podía buscarse afanosamente.<sup>292</sup>

Así entonces, la muerte de Maximiliano no se ajusta al martirio en el concepto católico del término. Como es sa-

<sup>291</sup> Antonio Rubial, *El héroe entre el Mito y la Historia*, 2000, pp. 75-79.

<sup>292</sup> *Ibid.*, p. 76.

bido, Maximiliano murió siendo cabeza de un proyecto que representaba a diversos sectores conservadores que incluía a la Iglesia Católica, pero las ideas liberales del austriaco no se conciliaron con las ideas de los conservadores. Al respecto, otro especialista señala que el establecimiento del Imperio había sido “aun mientras éste duraba, un fracaso para sus promotores”, ya que éstos querían “un gobierno que respetase los derechos de la Iglesia Católica y los principios morales de la doctrina cristiana”.<sup>293</sup>

Y en lo respectivo a la persecución religiosa de un tirano, los detractores y enemigos de los preceptos liberales veían que Maximiliano –al igual que Juárez– no quería instaurar una sola religión, como pedían los conservadores, sino la libertad de culto, que buscaban algunos de los más destacados liberales; en este sentido, se conoce una carta de Juárez a Clemente López, de agosto de 1867, dos meses después de la restauración de la República; ahí el prócer reafirmaba:

Queremos la libertad completa de cultos; no queremos religión de Estado, y debemos, por lo mismo, considerar a los clérigos –sea cual fuere su credo religioso– como simples ciudadanos, con los derechos que tienen los demás.<sup>294</sup>

Como se sabe, habría parecido quimérico que el presidente mexicano o los miembros de su gobierno lucharan contra el nutrido culto cristiano nacional, entre otros motivos porque el propio Juárez y la mayoría de los funcionarios de su gobierno, no sólo eran creyentes, sino que, incluso, algunos eran practicantes de la religión católica, como lo señaló posteriormente Justo Sierra Méndez en su libro *Juárez: su obra y su tiempo*:

<sup>293</sup> Jorge Adame, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos 1867-1914*, 1981, p. 15.

<sup>294</sup> Carta de Benito Juárez al señor Clemente López fechada en la Ciudad de México, 30 de agosto de 1867. Véase *Flor y látigo, ideario político liberal*, 2005, p. 85.

Juárez, como la inmensa mayoría de los liberales de su tiempo (y ése podía ser el elemento irreductible de su alma, que en esto se identificaba con su raza [etnia]), era un hombre de espíritu profundamente religioso; su religión era, inútil decirlo, la católica [...].<sup>295</sup>

Haciendo una digresión ilustrativa, se puede señalar que la imagen del mártir y el sentido heroico y trágico del archiduque se encuentran en obras literarias del siglo xx. Por ejemplo, la obra de teatro *Corona de Sombra* de Rodolfo Usigli, en cuyo prólogo, el autor destacaba el sentido trágico y casi heroico del Archiduque:

Maximiliano es, por lo demás, el último príncipe europeo que muere por procedimiento jurídico [...]. Es el último príncipe heroico de Europa [...]. Su originalidad consiste en que con él muere un símbolo a la vez que nace otro. En él muere la codicia europea; en él nace el primer concepto cerrado y claro de la nacionalidad mexicana [...].<sup>296</sup>

Ese destino trágico llevó a Usigli a otorgar la heroicidad a Maximiliano, al menos por su muerte. Otro caso de similar tesis lo encontramos en las novelas, por ejemplo en *Noticias del Imperio* (1987) de Fernando del Paso, obra en la que la muerte de Maximiliano se aproxima al martirio; leemos ahí las palabras que la emperatriz Carlota le escribió en 1868 a la Condesa de Hulst: “En verdad, me es difícil imaginar un fin más noble y más cristiano [en referencia al fusilamiento de Maximiliano]; podría compararlo al sacrificio ofrecido en el Calvario”, a las que sigue el comentario: “en esa época, como en muchas otras, no era raro el afán de comparar un martirio

---

<sup>295</sup> Justo Sierra, “Reflexiones previas”, en Juárez: su obra y su tiempo, 2004, p. 4.

<sup>296</sup> Rodolfo Usigli, Prólogo a *Corona de Sombra*, 2002, pp. 12-13.

con el Calvario”.<sup>297</sup> Será la pluma de del Paso,<sup>298</sup> sin embargo, la que a través de la locura del personaje de Carlota, exprese, de una manera irónica, lo que Maximiliano de Habsburgo fue:

Él prometió [Juárez] que la historia los juzgaría a los dos y tendrá que entender que si lo fuiste todo: Maximiliano el impávido, Maximiliano el digno, Maximiliano el magnánimo, el bondadoso, el sordo, el inmisericorde, el inflexible, [...] Maximiliano el ciego y el abandonado, el testarudo y el ignorante Maximiliano, el mediocre y el aventurero, el mentiroso, el ilustrado, el comprensivo, el iluso y el orgulloso Maximiliano, le diré que si fuiste todo eso: el valiente, el hipócrita Maximiliano, el filósofo, el artista, el heroico, el ingenuo, el deportista, le llevaré flores a su tumba, el desprendido, el romántico, el paciente, el agradecido, el atento, el cultivado Maximiliano, rezaré cada noche por su alma con tal de que se lo diga a México, Maximiliano el memorioso, el generoso, el sabio, el liberal, el mecenas, el sibarita, el elegante, para que no se le olvide y te perdone, para que comprenda que si tuviste todos los vicios y todas las virtudes [...] no una sola cosa siempre, para siempre usurpador e impostor como te quieren los que no te quieren, o, como yo y porque tanto te quiero te quisiera, para siempre víctima y mártir.<sup>299</sup>

Rodolfo Usigli y Fernando del Paso, escritores del siglo xx, muy distantes ya del episodio de Querétaro en 1857, consideraron víctima a Maximiliano y, por ello, parecen elevarlo a la categoría de mártir, acaso por la distancia de los sucesos y la representación que ha tenido en diferentes géneros del discurso desde el momento mismo del fusilamiento.

<sup>297</sup> Fernando del Paso, *Noticias del Imperio*, 1987, p. 586.

<sup>298</sup> En *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso es reconocible la investigación histórica que realizó. Al respecto, puede consultarse Vicente Quirarte, “La visión omnipotente de la historia”, en *El Imperio de las voces, Fernando del Paso ante la crítica*, 1997, pp. 128-134.

<sup>299</sup> Este párrafo final del capítulo xxi es el antepenúltimo de la novela y penúltimo de la serie de capítulo que trata la visión de una Carlota enloquecida; todos titulados “Castillo de Bouchout, 1927”, *Noticias del Imperio*, 1987, pp. 601-616.



Regresando a nuestro análisis, podemos señalar que el personaje de Maximiliano descrito en *La Historia de la Guerra de Méjico* fue uno que mostraba ambivalencia: ¿héroe o mártir? Si comparamos el episodio de Querétaro con el del Castillo de Chapultepec durante la guerra de 1847, siguiendo el modelo del ensayo de Vicente Quirarte, sobre la historia-mito de los “Niños Héroes”, tanto el historiador como el poeta cuentan una *historia* basada en un suceso histórico, uno de cuyos episodios llegan al punto en que se puede cambiar la disyuntiva entre realidad histórica y la leyenda poética por una “conjunción copulativa”, en la cual un suceso es al mismo tiempo realidad histórica y mito poético.<sup>300</sup>

A la luz de lo anterior: ¿es posible, desde la concepción de Pruneda, considerar mártir en algún grado a Maximiliano? La respuesta sólo podría ser afirmativa, si consideramos el término bajo el significado que tiene la segunda o tercera acepción según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*:<sup>301</sup> alguien que muere al luchar por una causa en la cual cree. Como hemos expuesto, el personaje de Maximiliano en la historia de Pruneda es generoso, bueno, idealista y, sobre todo, adelantado en ideas a muchos de los miembros de su propio gobierno, en especial, a los conservadores y, por supuesto, a los que pertenecían al alto clero católico de México.

Pruneda narró así los últimos momentos de Maximiliano:

El oficial que mandaba el pelotón que debía acompañarlos al lugar de la ejecución, pidió perdón á Maximiliano, diciéndole que no aprobaba la sentencia: « Pero soy soldado, añadió, y debo obedecer las órdenes que he recibido. » Y cuentan que Maximiliano respondió: «Un soldado debe siempre obedecer á su consigna. » [...] el capitán González entró en la capilla con las banderas [pañuelos]. Mirámon se dejó tapar los ojos sin hacer movimiento; Mejía se resis-

<sup>300</sup> Vicente Quirarte, “Los otros niños Héroes” en *Vergüenza de los héroes, armas y letras de la guerra entre México y Estados Unidos*, 1999, p. 58.

<sup>301</sup> DRAE, 2007 versión electrónica, Voz, Mártir.

tió, é intentando el capitán vencer su resistencia, el obispo dijo algunas palabras por lo bajo al general, que se sometió tranquilamente. El Emperador, adelantándose, manifestó que en manera alguna consentiría que le tapasen los ojos. [...]. A cada uno de los soldados encargados de disparar, dió el archiduque un maximiliano de oro, moneda de veinte pesos. Abrazó á sus compañeros de infortunio y dijo con voz sonora: «Voy a morir por una causa santa, la de la independencia y libertad de Méjico. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva Méjico!» [...]. Maximiliano se desprendió dulcemente de las manos del obispo, y dando un paso, dijo sonriendo al oficial que mandaba la escolta «A la disposición de Vd.» A una señal del oficial la escolta apuntó; y murmurando algunas palabras en alemán, Maximiliano cayó envuelto en una nube de humo» (*Historia de la Guerra de Méjico*, pp. 435-436).

Recordemos los últimos momentos del emperador en *El Cerro de las Campanas*:

Maximiliano vaciló; pero inmediatamente se agarró al sacerdote que iba a su lado y se repuso, recobró su espíritu [...]. Repartió el oro que tenía, a los soldados que estaban en su frente, les recomendó que le tiraran al pecho, y con el pañuelo que había pedido en la puerta de la prisión se amarró la cara, para evitar que al hacerle fuego se le incendiara la barba [...]. Maximiliano tendió su vista a la ciudad que tenía a su frente. Maximiliano la dirigió al cielo, murmurando con acento melancólico estas palabras: “en un día tan bello como éste quería morir” (*El Cerro de las Campanas*, p. 420).

Como podrá notarse en el fragmento anterior, el novelista cerró la escena con una reflexión del personaje, que lo acerca a la resignación. Tanto la descripción de Pruneda como la de Mateos seguramente conmovieron a sus lectores, ya fueran mexicanos o europeos. Las dos narraciones, con mayor o menor rigor respecto de los últimos momentos de la vida del austriaco, muestran un gesto de respeto que puede ser entendido como un homenaje que incidirá después en el imaginario co-

lectivo y, por su puesto, en textos historiográficos y literarios posteriores a la caída del Segundo Imperio.

Por su importancia histórica y simbólica, las últimas palabras del Archiduque fueron también recogidas en 1889, por José María Vigil, en el último tomo, de *México a través de los siglos* (1889): “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México”,<sup>302</sup> y son las mismas que tomó el monárquico Arrangoiz, en *México desde 1808 hasta 1867*.<sup>303</sup> Sólo el Conde Corti difiere, sobre todo al inicio de la famosa frase: “Perdono a todos, ruego que también me perdonen a mí y ojalá que mi sangre beneficie al país”, contra la: “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México” de los demás autores citados. Aunque tardía –1924– parece necesaria la aclaración de esas palabras finales, por lo menos para algunos miembros, como Corti, de la todavía reinante Casa de Austria. Resumiendo, en la novela de Mateos y en la historia de Pruneda se nota un respeto y el afán por presentar esos momentos últimos del Habsburgo como un hombre que muere con dignidad.

Tres años después, en 1870, hay ya una reinterpretación por parte de algunos liberales como Martínez de la Torre en *El Libro Rojo*, que narraba así el último momento de Maximiliano:

Ni un solo pensamiento de odio, ni un sentimiento de disgusto, ni una palabra de rencor se le oyó a Maximiliano; y su alma y corazón, su memoria del pasado y su pensamiento del porvenir, formaban una corriente incesante de votos por la paz de la república y su libertad y su independencia. Estas fueron sus últimas palabras: “Voy a morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!”<sup>304</sup>

<sup>302</sup> José María Vigil, *México a través de los siglos*, t. xvi, cap. xxx, p. 279.

<sup>303</sup> Francisco de Paula y Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, p. 873.

<sup>304</sup> Rafael Martínez de la Torre, *et al.*, *El Libro Rojo*, 1989, p. 469.

Rafael Martínez de la Torre narraba de manera sucinta los momentos finales del Emperador y recogía detalles como el de las monedas entregadas a los soldados del pelotón, y otros en los cuales se nota que no hay gran diferencia con lo descrito por Mateos y Pruneda. *El Libro Rojo* muestra una reinterpretación de la imagen de Maximiliano que acerca al personaje más a los ideales republicanos que a los monárquicos, en 1870, cuando se buscaba afanosamente la reconciliación y la unidad nacional. Otra opinión era la vertida, en 1871, por Hilarión Frías, en las *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano*, donde señalaba: “aun respetando aquel noble carácter de Maximiliano y admirando su alta inteligencia, y su noble corazón”, también “era preciso inclinarse ante la forzosa catástrofe que *él mismo provocó*”,<sup>305</sup> comentario sobre los errores del emperador, otra cara de la moneda que, no obstante, muestra que las acciones del personaje seguían en la escena nacional.

#### BENITO JUÁREZ: HÉROE ÁUREO EN *EL CERRO DE LAS CAMPANAS*

Tanto para Pruneda como para Mateos, Benito Juárez fue un personaje excepcional y heroico. Siguiendo el mismo orden de la parte anterior dedicada a Maximiliano, primero analizaremos cómo se construye el personaje en la novela del escritor mexicano y en el texto del historiador español, cada uno por separado, para después hacer un análisis comparativo de las dos obras.

Para Juan Antonio Mateos no hubo otro personaje en la década de 1857 a 1867 que el presidente Benito Juárez. Éste se elevaba sobre todos los demás hombres que lucharon por la causa republicana. Las virtudes que Mateos otorgó al oaxaqueño muestran la admiración que le provocaron sus accio-

---

<sup>305</sup> Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano*, 2003, p. 445. Las cursivas son mías.

nes. En *El Cerro de las Campanas*, la figura de Juárez aparece ya en un pedestal del que no bajaría, por lo menos en lo que respecta a la historia contada por los liberales y que sería la base para la posterior historia patria.<sup>306</sup> Juárez está, aparentemente, siempre en segundo plano de la intriga en la novela, con la intención de cuidar al personaje, aunque aparece en la novela. Sólo una vez se le ve, cuando establece el gobierno en Paso del Norte; así se le describe: “Vestía todo de negro, y conservaba la misma serenidad y reposo que en los días de su poder” (*El Cerro de las Campanas*, p. 164). En dicha escena Juárez sostiene un breve diálogo con su secretario y se entera de la muerte de Abraham Lincoln; aunque el hecho era grave, dado el apoyo del presidente norteamericano al gobierno republicano de México, sólo se le notaba momentáneamente preocupado.

Juárez fue descrito a través de sus acciones por el narrador y por algunos personajes que a él aluden, como Pablo Martínez, que representaba la voz del pueblo. Los aciertos del presidente fueron señalados con detalle y en tono triunfalista, pero sobre todo se resaltaba esa suerte providencial que siempre lo acompañaba y lo convertía en un ser excepcional. En la trama de la novela, Juárez aparece como entre bambalinas, como gran orquestador que dirige con sabiduría a los hombres y a los contingentes militares; está siempre cuidado

---

<sup>306</sup> Por ejemplo, en 1889 Vigil señalaba: “Necesitábase durante aquella prueba, en extremos peligrosa, de un hombre de extraordinario temple [...] Ese hombre fué Juárez. [...] es una de esas figuras colosales que se agrandan y brillan más y más en proporción que transcurren los años, porque desvanecidos los odios de bandera, aparecen en toda su plenitud los servicios prestados á la patria y á la humanidad”. Véase “Conclusión”, en *México a través de los siglos*, t. xvi, p. 284. O, la de Justo Sierra, quien señalaba sobre Juárez en 1905: “¡Gran padre de la patria, viste el triunfo de tu perseverancia, de tu obra, de tu fe; en ese triunfo te dejamos; en esa luz de apoteosis perdurará tu memoria! [...] quisiste fundar una administración y vencer para siempre los elementos de la guerra civil, por tus armas primero, luego por leyes de sabiduría y justicia; y trataste de levantar al pueblo mexicano [...]”. Juárez: *su obra y su tiempo*, 2004, p. 542.

por el narrador, interesado en que no se mancille su figura por ser el representante máximo de los ideales republicanos.

Es de resaltar que la figura heroica del presidente Juárez será vuelta a enaltecer por Mateos seis meses después, en 1868, en una segunda novela sobre la Intervención: *El sol de mayo* y, sobre todo, muchos años después en *Memorias de un guerrillero* de 1897, tercera novela que cierra el ciclo histórico que comienza con la Guerra de los Tres Años y culmina con el periodo de la Reforma y la Intervención. En esa tercera novela y con el proyecto de 1868 ya cumplido, el escritor narró el inicio del conflicto liberal-conservador, con lo que parecía cerrar un ciclo histórico iniciado en 1855 con la escapatoria de Santa Anna hacia Saint Thomas y que se cierra con la muerte de Maximiliano en Querétaro, en 1867.

Para entender cómo construyó Mateos el personaje de Benito Juárez en 1868, es necesario citar de manera breve un par de episodios sobre algunos momentos que se volverían paradigmáticos en la vida del ilustre oaxaqueño. Por ejemplo, el conocido suceso del 13 de marzo de 1858, en el cual Juárez casi muere en Guadalajara, a causa de una traición, hecho del que sale ileso, entre otros motivos por la famosa frase de Guillermo Prieto dicha, en el último instante, a los soldados: “Los valientes no asesinan”,<sup>307</sup> cuando están a punto de abrir fuego sobre el presidente mexicano, y que ellos en un instante de comprensible confusión, respeto o temor, se niegan a llevar a cabo. Este episodio, someramente enunciado en *El Cerro de las Campanas* (p. 45), es narrado con detalle en *Memorias de un guerrillero* de 1897 y nos sirve para entender cómo era visto Juárez por Mateos:

—¡Cumpla usted con su palabra! [Dijo un clérigo] —  
Señor —dijo Landa— he cumplido. —No; usted debe fusilar

<sup>307</sup> Ralph Roeder, corrobora las palabras de Prieto, y en lo general lo descrito por Mateos: “—¡Levanten esas armas!— ¡Los valientes no asesinan!”. Véase *Juárez y su México*, 1995, pp. 250-253.

inmediatamente a Juárez y a su ministerio. En manos de usted esta el éxito de la revolución. Tenga usted valor. — Me sobra —dijo Landa—, pero no me creo autorizado para esta matanza [...]. —Pues yo sí— dijo el clérigo, y corriendo a donde estaba el oficial Filomeno Bravo, le dijo: —Su porvenir de usted está hecho [...]. Bravo entró con la guardia al salón, donde encontró en pie al señor Juárez. —¡Fuego! —gritó con voz insegura. Los soldados tendieron los fusiles. El señor Juárez quedó impasible. Oyóse entonces una voz tremenda que dijo con un terrible acento: —¡Alto! [...]. Guillermo Prieto se interpuso, y con acento profético, inspirado sobre humano, les dijo —Soldados valientes del 5to, sois valientes; disparad vuestras armas en el campo de batalla, no contra los indefensos [...].<sup>308</sup>

Este y otros episodios como el referente a la sencillez y valía de Juárez, cuando se pone a las órdenes —como uno más— del caudillo Juan Álvarez,<sup>309</sup> son sucesos descritos a fondo en esa tercera novela histórica de 1897, seguramente con el propósito de que una nueva generación de mexicanos conociera la mística que rodeaba algunos de los sucesos de la vida de Juárez. La presencia de Juárez antes señalada nos permite suponer que luego de treinta años, Mateos ya no consideró necesario velar la imagen del presidente pues ya era un héroe consagrado por la historia de bronce.

Resulta lógico que al ser Mateos cercano —desde el punto de vista generacional e ideológico— a Juárez, sustentara al mismo tiempo el triunfo militar de 1867 y empujara el proyecto político liberal a partir de 1868, al encumbrar las acciones del presidente mexicano en sus tres novelas sobre el conflicto liberal-conservador. Además, a esos liberales también les interesaba formar el imaginario de una “nueva” época. Como hemos señalado, en 1868 Mateos consideró necesario narrar sólo algunos episodios del entonces presidente de la nación

<sup>308</sup> *Memorias de un guerrillero*, 1909, p. 200. Este suceso es narrado también por José María Vigil en *México a través de los siglos*, t. xv, 1987, p. 32.

<sup>309</sup> Este pasaje es también descrito tanto en *Ibid.*, pp. 22-24; como en *Juárez y su México*, 1995, pp. 178-179.

para cuidar su imagen. Sin embargo, esos episodios le pueden servir al lector actual para entender algunos de los motivos que llevaron a toda una generación de liberales a rendir tributo a Juárez, y al lector del momento de la publicación de *El Cerro de las Campanas*, Mateos le enviaba mensajes doctrinarios para asegurar el triunfo ideológico y, además, rendir no sólo un homenaje a Juárez, sino atribuirle el calificativo de héroe mayor, a la altura de Miguel Hidalgo o de José María Morelos.

Para llegar a tal categoría, en *El Cerro de las Campanas* la figura de Juárez está provista de capacidades políticas y estratégicas a través de las cuales la República en su hora más amarga mantiene, a pesar de la difícil situación, esperanza en la victoria:

El gobierno iba en retirada; mientras él existiera se conservaba el pensamiento y la unidad; era necesario salvarlo a todo trance. El presidente Juárez sabía prácticamente cuánto vale esta verdad, porque tres años antes, atravesando por grandes peligros [...] había logrado sinuarse en Veracruz desde donde dirigió la revolución de 1861 (*El Cerro de las Campanas*, p. 45).

Juárez se elevaba sobre los demás liberales y era él quien mejor sabía aplicar las medidas necesarias para que la República no sucumbiera, por eso y porque él representaba al modelo republicano tenía que ser, contra todo obstáculo, protegido y enaltecido. Él se puso a la cabeza de un gobierno itinerante, perseguido hasta los confines del país, que parecía condenado a una derrota total; sin embargo ésta no llegó, gracias a Juárez; utilizando figuras bíblicas, Mateos lo caracterizaba:

Juárez, rodeado de los hijos de la república, que le habían seguido a las apartadas regiones del Norte, como los guardianes de la arca de oro en que estaban depositadas las *Tablas de la Independencia*, es más grande que Napoleón I atravesando el desierto de las Pirámides! [...] (*El Cerro de las Campanas*, p. 164).



El presidente Juárez no sólo fue un hombre necesario por su liderazgo en un gobierno legítimo, sino porque representaba un ideal, el liberal y republicano. Este deambular del gobierno finalizó el 15 de mayo de 1867, en San Luis Potosí, cuando se conoció la caída de Querétaro a manos de las fuerzas militares republicanas. En ese momento de la narración, el autor-narrador interviene y emite un juicio sobre las acciones del personaje de Juárez y sobre la trascendental decisión sobre la vida del emperador Maximiliano que éste tendría que tomar:

Juárez, al frente de la Europa que lo debía juzgar a su vez de una manera implacable, estaba en la obligación de obrar resueltamente y apoyado en esa base indestructible del derecho, ante la cual se prosternan las sociedades, pronunciar un fallo irrevocable que hiciera descubrir la frente con respeto del mundo civilizado (*El Cerro de las Campanas*, p. 391).

Mateos presentó a Juárez como el primer respetuoso de la ley; nunca dudaría ante las peticiones de los países europeos, o ante los ruegos de la atrevida princesa Salm Salm para indultar a Maximiliano, ya que como señalaba el novelista:

El perdón de Maximiliano perpetuaría la guerra civil, el partido de la intervención quedaba en pie, dejando el germen de las revueltas intestinas [...]. Los hombres que huyendo del castigo nacional buscarán refugio en el extranjero [...]. Era necesario desarraigar para siempre ese árbol cuya sombra ha sido el fatalismo de la República (*El Cerro de las Campanas*, pp. 413-414).

Además de este mensaje doctrinario, en otras situaciones ocurridas en la intriga novelesca y a través de varios personajes,<sup>310</sup> Mateos iba señalando una a una las razones que

<sup>310</sup> En todo el episodio ocurrido entre la Princesa Salm Salm y Pablo Martínez, el personaje ficticio, señala más razones para aplicar la sentencia de muerte a Maximiliano. Véase *El Cerro de las Campanas*, pp. 390-391. Si a estas alturas de la trama no le habían quedado claras al lector las razones

tenían Juárez —y los liberales— para no ceder en el perdón del archiduque, ya que: “Los hombres tienen que dar cuenta al mundo y a las civilizaciones de sus acciones como gobernantes” (*El Cerro de las Campanas*, pp. 390-391). Otro ejemplo de lo anterior lo encontramos en las respuestas de Lerdo de Tejada —incluidas en la narración— a las súplicas emitidas por el representante del rey de Prusia, el barón Magnus, en las cuales el ministro mexicano iba negando la posibilidad del gobierno republicano para indultar a Maximiliano. Lerdo explicaba y negaba toda posibilidad de obsequiar el perdón presidencial, aparte de las razones que el derecho le otorgaba, —ya que fue del conocimiento del Archiduque la ley preexistente por la cual se le juzgaba—; el ministro mexicano destacaba, además, el carácter variable de Maximiliano, hecho que podría dar esperanzas a los miembros del Partido Conservador para volver a intentar instaurar a Maximiliano o a cualquier otro príncipe en México, por lo que al final de esa entrevista señalaba Lerdo:

[...] es preciso que la existencia de México como nación independiente, no la dejemos al libre arbitrio de los gobiernos de Europa: es preciso que nuestras reformas, que nuestra libertad, no se detengan ante la voluntad de un soberano de Europa, que pudiera apadrinar a quien llamándose emperador de México, pudiera aspirar a ser regulador del grado de libertad o servidumbre, que conviniera. La vida de Maximiliano podía ser la tentativa de un virreinato, y esa esperanza alimentar las recriminaciones de partido (*El Cerro de las Campanas*, p. 394).

En la parte final de *El Cerro de las Campanas* se percibe más puntualmente el mensaje doctrinario para el lector: la necesidad de divulgar por todos los medios que la nación no podía permitirse el lujo de perdonar a Maximiliano, porque de hacerlo, en vez de ganar respeto como nación independiente, podía existir el riesgo de una nueva intervención apoyada por de la condena, el autor las vuelve a señalar y de paso refuerza el mensaje doctrinario.

alguna potencia europea. La muerte del Archiduque ya no era simplemente un acto vengativo, sino un acto necesario para la subsistencia de la República, y si alguien debía hacerse responsable del hecho, ese era Juárez:

El Presidente Juárez aceptó ante el mundo la responsabilidad de este acontecimiento. Quien había afrontado la convención de Londres, la intervención francesa y el imperio, todo en el meridiano de su grandeza, en el auge de su prosperidad, sin abatirse ante la desgracia, sin sobrecogerse en la derrota, sin abdicar ante el infortunio, no era extraño afrontarse también el desbordamiento de los intereses monárquicos en el asombro de esa *profanación al derecho divino* (*El Cerro de las Campanas*, p. 414).

De este modo el acto de ajusticiar al Archiduque no aparece como un acto de barbarie o un acto de simple revancha; era un acto valeroso, político y dolorosamente necesario. Mateos no dejó otra opción al lector: si hubiera habido clemencia la nación entera hubiese peligrado. La muerte de Maximiliano sería una barrera para futuras intentonas monárquicas europeas; pero también un mensaje para otros poderes enquistados en los asuntos del gobierno de México: La iglesia mexicana y el propio Vaticano. En el desenlace, de nada sirvieron algunas misivas que solicitaban a Juárez el indulto del emperador, incluidos las de insignes personajes europeos afines al gobierno republicano, como el italiano Giuseppe Garibaldi, que le escribía a Juárez, el 5 de junio de 1867: “tú que no desesperaste de la salvación de tu pueblo, para vergüenza de la multitud de traidores [...] te suplicamos por la vida de Maximiliano, como un ejemplo de la generosidad del pueblo que vence al fin, pero que perdona”.<sup>311</sup> Y, también, la carta del escritor Víctor Hugo, firmada el 20 de junio de 1867, el mismo día de la ejecución del Emperador y, por ende póstuma, al hecho: “Escuchad,

---

<sup>311</sup> Benito Juárez, *Documentos, discursos y correspondencia*, versión electrónica en CD ROM, 2006, t. 12, cap. CCXIX, p. 1.

ciudadano presidente de la república Mexicana: Acabáis de abatir las monarquías con la democracia. Les habéis demostrado su poder, ahora mostrad su belleza [...] Que el violador de los principios sea salvaguardado por un principio”.<sup>312</sup>

Otra importante carta fue la del hermano de Maximiliano, el Emperador Francisco José.<sup>313</sup> Mientras unos pedían clemencia desde Europa, otros distinguidos liberales mexicanos, como Matías Romero “apuraban” a Juárez para le aplicara la justicia a Maximiliano; en una carta del 8 de junio de 1867, desde Washington le decía: “Nada hemos sabido respecto de lo que se haya hecho con Maximiliano. Es necesario que lo juzguen, lo condenen y que no lo perdone el gobierno. No habría justicia en castigar a Márquez, Miramón y a los demás, si Maximiliano ha de quedar impune”.<sup>314</sup>

En contraste de la opinión de Mateos sobre el juicio y fusilamiento de Maximiliano, sí hubo liberales mexicanos que a pocos meses de la ejecución, elevaron su voz para reaccionar por la medida. Entre ellas, destaca la calificada voz de Ignacio Ramírez, quien en octubre de 1867, en un artículo de *El Correo de México*, señalaba:

Pero, ¡matar un hombre con las formalidades de un juicio! [...] ¿buscaron venganza? Eso es indigno. ¿Quisieron imponer un castigo? La primera de las leyes, la Constitución, protegía la cabeza del reo. ¿Procuraron impedir un nuevo crimen por parte de Maximiliano? ¿Sabían por ventura, que volvería al trono de México? *La Europa y el criminal no les merecían ningunas consideraciones*, pero debieron respetar la Constitución que les ha concedido las armas para salvarla y no para romperla.<sup>315</sup>

---

<sup>312</sup> En *Ibid.*, p. 2.

<sup>313</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>314</sup> Carta de Matías Romero a Juárez del 8 de junio de 1867 escrita en Washington, Benito Juárez, *Documentos, discursos y correspondencia*, versión electrónica en CD ROM, 2006, t. 12, cap. CCXVI, p. 51.

<sup>315</sup> Ignacio Ramírez, *Obras Completas*, t. I, 1985, p. 71, las cursivas son mías.

En su artículo, Ramírez comenzaba defendiendo a la nación contra las voces que desde Europa la insultaban, voces que no recordaban algunos de los comportamientos poco éticos de los monarcas europeos que accedían al trono por medio de la corrupción y ejercían su gobierno de manera frívola. El reconocido liberal mostraba su desacuerdo por el juicio y condena de Maximiliano y sobre todo por que se esgrimieron motivos legales para poder condenar al paredón al Archiduque austriaco. Si la nación era republicana y liberal, los principios jurídicos no deberían de hacerse “elásticos”, ya que eso mismo podría derrumbar lo que tantas vidas había costado. Pero en 1868, otras voces de ilustres liberales, como la de Francisco Zarco, seguían justificando el fusilamiento de Maximiliano.<sup>316</sup>

En *El Cerro de las Campanas*, Mateos narró la historia que él, desde su horizonte ideológico, vio; la historia de un gran suceso en una novela que alcanza el grado de histórica no por narrar un hecho auténtico, ni tampoco por incluir un gran número de citas y fragmentos de fuentes oficiales; se vuelve histórica, desde nuestro punto de vista, porque intentó explicar el proceso histórico mexicano de ese momento, como un proceso en el cual intervienen diferentes actores sociales. No es solamente una historia de héroes iluminados que guían por medios casi mágicos a las masas ignotas y dóciles; no es la historia de la voluntad providencial. Es el conjunto de tres factores: voluntad popular, hombres excepcionales —del pueblo y de las elites—, y en la lógica de la novela, de la voluntad divina

---

<sup>316</sup> Francisco Zarco el 11 de agosto de 1868 en *El Siglo XIX*, en un artículo denominado “La ejecución de Maximiliano”, señalaba: “Cuando sentencien con calma y sin pasión todos los acontecimientos de que México ha sido teatro, se conocerá que el fusilamiento del usurpador no sólo fue un acto de estricta justicia, sino que la reclamaban de una manera tan imperiosa como inevitable[...]. Era preciso que la República [...] hiciera comprender a los príncipes de Europa que no es empresa sencilla subvertir las instituciones de América y levantar sobre sus ruinas imperios y reinos”. *Obras Completas*, t. xv, 1993, pp. 603-608.

adecuada para la visión providencialista de la historia. El autor une de manera verosímil en la novela un destino histórico – accesible solo *a posteriori* al conocimiento humano– junto a la voluntad de un pueblo por ser libre, guiados, como señalaba Altamirano, por un “círculo de inteligencias superiores”.<sup>317</sup> Y que aunque la postura de Mateos por momentos parece obnubilada por un patriotismo desmedido, no obstante, es en esa parte del grupo liberal que estaba representada la República, como lo señaló Ignacio Ramírez en diciembre de 1867: “y si no existiese, la inventaríamos unos pocos, como hemos inventado la Independencia y la Reforma”.<sup>318</sup>

BENITO JUÁREZ: EL HOMBRE NECESARIO EN LA *HISTORIA DE LA GUERRA DE MÉJICO*

Benito Juárez representa ese liberalismo que Pruneda admiraba, de hecho, es el personaje mayor en el Prólogo a la *Historia de la Guerra de Méjico*. El historiador español consideraba al presidente republicano como la encarnación necesaria para instaurar, por fin, un modelo de gobierno liberal, cercano al de la república americana, el cual representaba la posibilidad exitosa y alterna al modelo monárquico europeo, a pesar del conflicto interno que sufría –la Guerra de Secesión– y del que rápidamente volvería con más fuerza y reclamaría su papel de potencia hemisférica. De hecho, Pruneda señalaba que Juárez supo encontrar en el gobierno de Lincoln “recursos inesperados para continuar la resistencia” (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. VIII).

En su *Historia de la Guerra de Méjico*, Pruneda dio relieve a la personalidad del presidente mexicano sirviéndose de sus proclamas. Un ejemplo es el siguiente: después de que las

<sup>317</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Revistas Literarias de México, Obras completas*, 1949, p. 40.

<sup>318</sup> Ignacio Ramírez, *Obras Completas*, t. I, 1985, p. 154.

tropas intervencionistas avanzaran hacia la capital de la República, el historiador resalta la fe y el entusiasmo de Juárez: “la causa que tantos años venía defendiendo en Méjico” no “le hacían temer que el ejército invasor se acercara hasta las puertas de la capital” (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 45); hombre tocado por el destino, añade, comprendía que su lucha sería larga y difícil.

Del siguiente tipo de descripciones sobre la personalidad de Juárez, es posible comprender su proceder al evacuar la ciudad de México, en 1863, y al dar inicio su gobierno itinerante:

¿Quedó señor de España Napoleón I porque tomó Madrid y á muchas de las ciudades de aquel reino? [...]. Creedme compatriotas; bastarán vuestro valor, vuestra perseverancia, vuestros sentimientos republicanos, vuestra finísima unión en torno del gobierno que elejisteis como depositario de vuestra confianza, de vuestro poder y de vuestro glorioso pabellón, para que hagáis morder el polvo á vuestros injustos y pérfido enemigos. Olvidad vuestras querellas [...]. Unámonos, pues y no escusemos sacrificios para salvar nuestra independencia y nuestra libertad (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 217).

Juárez era el primer patriota que con el mismo tono de anteriores proclamas no desfallecía; Pruneda mostraba admiración:

El tono de sus palabras es arrogante y decisivo; habla, no como quien ha sido vencido, sino como quien ha sufrido un descalabro que puede repararse; y con esa mirada perspicaz, propia de quien comprende su situación y la situación ajena, predice con una seguridad pasmosa la impotencia de las armas extranjeras y el triunfo definitivo de la República (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 216).

De forma parecida, José María Vigil, unos años más tarde, en 1889, mencionaría acerca del mismo suceso:

El vivísimo sentimiento del alto papel que representaba jamás abandonó á don Benito Juárez, que inspirándose en la fe robusta de la causa que defendía, nunca mostró debilidad ó vacilación en la marcha que debía seguir.<sup>319</sup>

Contadas son las veces en todo su texto, en que Pruneda consideró una acción errónea por parte del presidente mexicano, siempre lo apoyó con sus comentarios otorgándole sustento a las proclamas, que explicaba al lector para que comprendiera la grandeza de las acciones y de la táctica que sería su mejor arma; por eso todas las medidas que tomó el presidente después de la citada evacuación fueron calificadas como “llenas de vigor varonil”, e incluso podía parodiar “a Luís xv” diciendo “la patria soy yo” (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 219). Nada detuvo al oaxaqueño, ni las intrigas del clero, ni las de algunos miembros de su propio partido:

La energía de Juárez no desmayó nunca: con una fé ciega en los destinos de la República [...]. Después de la derrota, volvía con más vigor al combate. Cuando más desalentado se le creía [...]. Hallábase en las fronteras estremas de la República, en el Paso del Norte, sin generales, casi sin soldados, inquietado por la rivalidad del general González Ortega [...]. Otro ménos audáz hubiera dado por perdida su causa (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. viii).<sup>320</sup>

Pruneda destacó del personaje el valor, la energía y su capacidad de resistencia ante la adversidad, y aunque Juárez tuvo menos espacio que Maximiliano, sin embargo lo relativo al liberal mexicano no deja dudas sobre la superioridad, la firmeza y la inteligencia, que en opinión del historiador español,

<sup>319</sup> José María Vigil, *México a través de los siglos*, t. xvi, cap. x, 1987, p. 16.

<sup>320</sup> A este respecto coincidente es la opinión del francés Ollivier: “Había ciertamente desfallecimientos y cobardías en el partido liberal: algunos jefes subalternos se pasaban al enemigo y otros vacilaban y se negaban a obedecer; pero Juárez, que, solo, representaba á la Patria, no se doblegaba, y nada podía decirse terminado, mientras él permaneciese inquebrantable”. *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano*, 1963, p. 122.



sobrepasaba a los militares de fama y éxito de ese entonces, por ejemplo el general González Ortega, y por supuesto de sus contrincantes tanto en México como en Europa.

El historiador español construyó el personaje del presidente mexicano como un hombre dotado de características excepcionales, guiado siempre por los fines republicanos. Juárez se sobreponía a los imponderables o a las derrotas militares. Además, sabía reagruparse inteligentemente, era un hombre tocado por la Providencia; sabiendo que el destino de la patria estaba en sus manos, hizo lo necesario para que la causa liberal triunfara. De hecho, el historiador español no le reclamó el fusilamiento del Archiduque, ni mencionó que éste había dado antes la orden a Miramón de asesinar a Juárez, en el caso de ser apresado.<sup>321</sup> El fusilamiento del Emperador era casi un designio providencial, como lo fue el de Iturbide: “Los designios de la Providencia se cumplen fuera de toda previsión posible. Dos patibulos lo revelan; el primero se levantó el 19 de Julio de 1824 para el gran Iturbide; el segundo el 19 de Junio de 1867 para el Archiduque de Austria” (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 437).

El fusilamiento de Maximiliano sería el fin del segundo ensayo de gobierno imperial. Consecuente con su ideología liberal y en consonancia con sus propias ideas republicanas, Pruneda justificó la actitud del presidente después de las ejecuciones en Querétaro:

Después del fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía, fueron contadas las víctimas; los vencedores no se ensañaron con los vencidos, como algunos pretendieron propalar por Europa, con el objeto de hacer odiosos á los republicanos. Satisfecho Juárez con su victoria, no se en-

---

<sup>321</sup> Jorge Magallón dice: “Podría reflexionarse si el autor de esa misiva [Maximiliano solicitando el perdón] habría anticipado su texto, cuando ordenaba al general Miramón que aprendiese al presidente Juárez y lo ejecutara de acuerdo con la ley de 3 de octubre de 1865”. Véase *Proceso y ejecución vs Fernando Maximiliano de Habsburgo*, 2005, p. 389.

tregó á sangrientas y estériles venganzas, dando un alto ejemplo de clemencia y demostrando que si grande fué el esfuerzo de su corazón en la adversidad, no es ménos grande la magnanimidad de su alma en los días prósperos (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 439).

Al mismo tiempo que refiere uno a uno los hechos y las situaciones que le parecen injustas, Pedro Pruneda defendió la causa mexicana sustentando las decisiones del presidente Juárez ante las voces europeas que juzgaban el episodio mexicano. Elaboró, además, un balance final de los acontecimientos y subrayaba el futuro de México:

Méjico no ha gozado de un momento de reposo. Necesitase gran tacto, mucha prudencia, y más que todo una viril energía para que ese país tan favorecido por la naturaleza, vea afirmadas las insituciones democráticas, normalizada su existencia, y en condiciones de poder desarrollar sus elementos de prosperidad. Tal es á no dudarlo la misión de Juárez, la más alta capacidad política de Méjico, como es también su carácter más enérgico y perseverante (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 445).

Entonces y de lo anterior, se puede suponer que el hecho de “elevar” la imagen de Juárez, casi al mismo tiempo que su triunfo en la elecciones de 1868, para Pruneda era una manera de hacerlo más accesible a sus conciudadanos en Europa, ya que, como sabemos, los liberales y, específicamente Juárez, no practicaban lo que hoy podría llamarse publicidad política fuera del país, pero sí una propaganda muy efectiva que hacían los corresponsales mexicanos en diferentes periódicos de Europa; un ejemplo al respecto, lo hemos mencionado, fueron *Las revistas históricas* de José María Iglesias. En contraste, las imágenes iconográficas de Maximiliano y Carlota eran más conocidas que las de Juárez,<sup>322</sup> aun antes de su arribo a México, como lo prueba la importante cantidad de fotografías

---

<sup>322</sup> Arturo Aguilar, *La fotografía durante el Imperio de Maximiliano*, 1996, p. 25.

que se vendieron de ellos. Será hasta la muerte de Juárez cuando se despierte el interés por su imagen fotográfica que venderá miles de retratos del presidente mexicano.

Mateos y Pruneda elevaron la heroicidad de las acciones de Juárez, que sirvió para difundir un hecho grandioso en la historia nacional y coadyuvar a la cimentación de la imagen de “bronce” que aun subsiste y comienza justamente desde el fin del Segundo Imperio:

El liberalismo concedió al presidente el título de consumidor de la Segunda Independencia. Otro tipo de héroe era el que encarnaba, pero con él se cerraba el ciclo iniciado por Hidalgo. Si éste es un héroe ígneo, exaltado en el momento de arengar a sus fieles o de romper las cadenas de la esclavitud, Juárez encarna la prudencia valerosa, la espera paciente, la fe de la letra llevada a la práctica. Son extremos del proceso libertario de México, y a cada uno de ellos corresponde a un tipo distinto de héroe: el sacerdote ilustrado que llama al pueblo a las armas, en el primero; un indio zapoteca, profesionista laico, forjado con base en su esfuerzo personal, en el segundo [...]. Con Hidalgo, México inicia su doloroso nacimiento; con Juárez alcanza su madurez de Estado.<sup>323</sup>

#### NAPOLÉON III, EL GRAN ORQUESTADOR Y MAYOR CULPABLE

Resta sólo destacar al personaje que en las obras de Mateos y Pruneda se señala como culpable. El historiador español aludió poco directamente a la figura del Emperador de los franceses, pero dio cuenta de algunos hechos relevantes, como el referir, el beneplácito de Napoleón III al enterarse de los esfuerzos de Gutiérrez de Estrada para apoyar la instauración de la monarquía en México, así como la participación que tuvo en lo relativo a las negociaciones que tuvo la familia real de Austria, especialmente en lo tenía que ver con la renuncia a los

<sup>323</sup> Vicente Quirarte, “La formación de la figura del héroe”, en *México en tres momentos: 1810-1910-2010...*, t. II, 2007, p. 297.

derechos de sucesión de Maximiliano; o aconsejando a éste para que después de un año aceptara el trono. Y aunque no culpó a Napoleón III directamente, sí detalló algunos de sus errores de juicio sobre la causa mexicana. Por ejemplo, narró que al inicio de 1865, el gobierno de Maximiliano estaba en franca pugna con el partido conservador en México; o señaló cuando Napoleón se vanagloriaba de sus victorias conseguidas en América. Otro hecho, no erróneo, pero significativo fue dar cuenta de la conferencia que tuvo el Emperador de los franceses con el representante de Estados Unidos y en la cual Napoleón, presionado, aseguraba que “no daría un franco más para sostener al Emperador Maximiliano” (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 90). Pruneda fue cauto en cuanto a sus juicios en contra de Napoleón III, pero uno que emitió en el capítulo III del Libro Primero fue muy crítico:

Tales son las contrariedades y desengaños que ha sufrido Napoleón III desde su malhadada expedición a Méjico. Cuando en ellos piense el Cesar francés, cuando considere el juicio severo que la Europa ha formado sobre esta empresa [...] cuando, finalmente reflexione sobre las complicaciones por que atraviesa su imperio y en los inminentes peligros que lo amagan por todas partes, no hay duda de que la imagen y el recuerdo de Méjico, se presentará en su pensamiento como la causa fundamental de todos esos males, que si hasta hoy le han valido solamente la vergüenza y el desprestigio del mundo, pudieran mas adelante ocasionarle otro género de desastres (*Historia de la Guerra de Méjico*, p. 90).

Esta única opinión y el recuento de hechos que hizo Pruneda sobre el actuar de Napoleón III, así como el rigor que puso en todo su texto, lo acerca a lo que Benedetto Croce consideraba el quehacer histórico: “el acto de comprender y entender”.<sup>324</sup>

---

<sup>324</sup> Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, 2005, p. 17.

Mateos, en cambio, fue más directo al asentar un juicio sobre el emperador francés en el “Epílogo” a *El Cerro de las Campanas*, ya que además de responsabilizarlo del fracaso de la Intervención Francesa, le echó en cara el final de la malograda pareja imperial mexicana; para ello se valió de una escena que se desarrolló durante la ceremonia de premiación en la Exposición de París de 1867:

Cuando Mr. Hugues, al tocar la mano imperial [de Napoleón III], puso en la palma de ella un pedacito de papel que contenía el último mensaje recibido por el cable, e impreso por la misma máquina que se premiaba en ese momento. El mensaje contenía estas frases: “Maximiliano está fusilado”: sus últimas palabras fueron: “¡Pobre Carlota!” La majestad imperial leyó el telegrama e inmediatamente se notó en ella una profunda agitación. Su semblante palideció, sus manos temblaban [...]. En medio de esa multitud alegre y encantada, en medio de tanto esplendor y de tanta pompa, estaban para Napoleón las víctimas de su bastarda ambición, de su abuso de poder (*El Cerro de las Campanas*, pp. 422-423).

Mateos cerró la trama de *El Cerro de las Campanas* señalando a Napoleón III, como el gran culpable, que desde Europa con sus recursos y su ejército planificó y sostuvo la intervención de un país europeo. Con ese final, el autor pretendía que el lector supiera quién fue el gran orquestador, que en ese momento aún no sabía que su propio imperio estaba a unos meses del desastre militar y del fin de su gobierno.

Otro punto de vista liberal y cercano, que sirve para ver las consonancias ideológicas del grupo liberal, lo podemos encontrar en el discurso pronunciado por Gabino Barreda inmediatamente después de la restauración del gobierno republicano, el 15 de septiembre de 1867 y ahí señalaba:

Hay en Europa, para mengua y baldón de la Francia, un soberano cuyas únicas dotes son la astucia y la falsía [...] Este hombre meditaba, de tiempo atrás el exterminio de las instituciones republicanas en América, después de haberlas

minado primero y derrocado por fin en Francia [...]. A este hombre recurrieron, de este soberano advenedizo se hicieron cómplices los mexicanos extraviados que, en el vértigo del despecho, no vieron tal vez el tamaño de su crimen; en manos de ese verdugo de la república francesa entregaron una nacionalidad, una independencia y unas instituciones que habían costado ríos de sangre y medio siglo de sacrificios y de combates.<sup>325</sup>

Juicios que años después serían aceptados en narraciones consideradas paradigmáticas del periodo, como la de José María Vigil, en las conclusiones al periodo de La Reforma, en *México a través de los siglos*.

Traspassando los límites de una cuestión internacional, el pensamiento napoleónico se dirigía nada menos que á desviar de su *natural curso el desenvolvimiento social y político de las naciones hispano-americanas*, [...] so pretexto de ponerlas a salvo de la influencia absorbente de los Estados Unidos. El plan era tan claro que todo el mundo lo comprendió. [...]. Acostumbrados á ver a la nación mexicana con el más profundo desprecio, creyeron los gobiernos europeos que la real estirpe del archiduque era un escudo que le ponía á salvo de todo peligro: para ellos nada significaban los torrentes de sangre derramada por la más inicua de las causas.<sup>326</sup>

#### HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA NACIONAL

Las reflexiones anteriores nos llevan a afirmar que tanto Mateos como Pruneda elaboraron sus respectivos textos, con la intención de narrar y defender la causa liberal mexicana, y lo hicieron en un tono triunfalista. Utilizaron el poder de la palabra escrita para defender y persuadir, pero igual de importante, para divulgar que nuestro país no era ya una nación en la cual los políticos europeos podían traer sus ejércitos cada

<sup>325</sup> Gabino Barreda, *Estudios*, 1992, p. 87.

<sup>326</sup> José María Vigil, "Conclusiones" a *La Reforma*, t. xvi, de *México a través de los siglos*, 1987, p. 284. Las cursivas son mías.

vez que quisieran. Los dos escritores, sin tenerlo como consigna directa de Juárez, parecen seguir esa idea que el presidente mexicano le externara en una misiva a Andrés S. Viesca en enero de 1866: “Haga lo posible por tener una imprentita, pues ya sabe usted cuánto importa hacer la guerra con la pluma”.<sup>327</sup>

Muy importante fue para los liberales mexicanos el peso y la importancia de ganar la guerra “propagandística”, y no escatimaron esfuerzos por apoyar cualquier género del discurso; no obstante el maniqueísmo en sus obras y, por ende su parcialidad, al final sirvieron para apuntalar el triunfo y coadyuvar en la creación de imaginarios. Pero semejante empresa no sólo fue atendida por los liberales, los conservadores también echaron mano de la escritura, ellos entregaron excelentes muestras de su ideología en todos los géneros del discurso que, desde nuestro presente nos permiten corroborar que en el debate sobre las formas de gobierno para México, los contendientes sabían exponer y debatir sus ideas.

En Juan Antonio Mateos y Pedro Pruneda, además de lo antes señalado, subsistió el afán por explicar a sus lectores de fines de 1867 y principios de 1868, que esa guerra no fue un hecho de menor importancia. Se esforzaron por dar a conocer que la caída del Segundo Imperio era un referente definitivo de la historia nacional y en la historia europea, juicios arriesgados, ya que nada garantizaba que el proyecto liberal se afianzaría. En *El Cerro de las Campanas* y en la *Historia de la Guerra de Méjico*, se representó un episodio que es narrado como un hecho grandioso, excelso, el fin de un periodo, que ellos consideraban, había interrumpido el proceso de la Independencia, un proceso iniciado en 1810, del que Mateos y toda aquella generación de liberales se sentían parte. La novela y el texto histórico podían cimentar la obra político-militar, que no perduraría por sí misma en la conciencia colectiva.

---

<sup>327</sup> Benito Juárez, *Flor y látigo, ideario político liberal*, 2005, p. 70.

Después de 1868, lo que importaba encontrar el camino que llevaría a la “cultura nacional”, a la que aludía Ignacio Manuel Altamirano -aunque no utiliza este término,<sup>328</sup> que sería cimiento del discurso político. Esta aspiración no era extraña, ya antes se había llevado a cabo después de la independencia, por parte de historiadores y literatos, como señalaba Altamirano: “el principio político conquistado” era sólo “nube” y como nube necesitaba “la vulgarización”, o diríamos hoy la popularización, que era la “lluvia”;<sup>329</sup> así lo reconocería años después, en 1883, en su *Revista literaria*.<sup>330</sup> el camino no fue fácil, habría que librar y ganar una guerra de propaganda, a la cual le seguiría una necesaria labor educativa con el propósito de formar esa nueva generación de mexicanos que aspiraran al progreso y al pensamiento moderno y liberal:

[...] es preciso oponer a esas numerosas escuelas [...] en las que en lugar de moral se enseña el Ripalda, y en las que se habitúa a la niñez a luchar a odiar el progreso, [que] se enseñe a practicar la virtud, a amar la patria, a adorar la libertad y a preparar el porvenir de este país [...].<sup>331</sup>

Como sabemos, se necesitaron años para que las condiciones se dieran, como lo señaló el propio Altamirano, el 27 de abril de 1887, en un artículo de *El Diario del Hogar*, en el que

<sup>328</sup> Nicole Giron, *En torno a la cultura nacional*, 1976, p. 57.

<sup>329</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Revista literaria”, en *La literatura nacional*, t. 2, 1949, p. 52.

<sup>330</sup> “Para nosotros, los hombres de 1810 se completaban con el doctor Cos, con Quintana Roo, con Zavala, con Ramos Arizpe, con el doctor Mier, con Bustamante, con “El pensador Mexicano, con Villavicencio y con otros diez escritores populares, más o menos oscuros, que sembraban por dondequiera en su folletos, en sus novelas, en sus versos, las ideas de emancipación y de igualdad”, *Ibid.*, p. 52.

<sup>331</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, citado por Nicole Giron, en *En torno a la cultura nacional*, 1983.



ya reseñaba el avance gracias a las buenas condiciones que la “paz porfiriana” había traído.<sup>332</sup>

## REFLEXIONES FINALES

Poco después de la elección de Juárez como presidente de la República,<sup>333</sup> en diciembre de 1867, hubo signos para apuntalar ese nivel ideológico-formativo, con la creación de la Biblioteca Nacional, la de la Escuela Nacional Preparatoria (y su programa positivista)<sup>334</sup> y la promulgación de la Ley de Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal: Leyes que serían los primeros pasos en la anhelada y necesaria difusión popular de los principios liberales, anhelo que años antes había planteado el propio Juárez.<sup>335</sup> Actos que venían apoyados por una nueva manera de entender el devenir histórico, como lo señalaba Gabino Barreda en su *Oración Cívica* de 1867:

[...] para todos aquellos que no quieren, que no pueden dejar la historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan por ver ella una ciencia, más difícil sin duda, pero sujeta, como las demás [las ciencias naturales], a leyes que la dominan y que hacen posible la previsión de los hechos por venir, y la explicación de los que ya han pasado. <sup>336</sup>

<sup>332</sup> Altamirano decía: “los libros nacionales se venden mejor ya; el círculo de lectores se va ensanchando cada vez más”. Además, el nivel de vida de los escritores había mejorado, ya no padecían como Ramírez o Payno, quienes “escribían por veinticinco pesos en casa de [Ignacio] Cumplido”. En Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, t. XIII, 1988, pp. 90-91.

<sup>333</sup> Respecto de la reelección de Juárez, Francisco Zarco señala las vicisitudes que aparecieron; véase *Benito Juárez, documentos, discursos y correspondencia*, versión electrónica en CD ROM, 2006, t. 12, cap. CXLVI, pp. 20-25.

<sup>334</sup> Véase Jorge Hernández Campos, “Texto Introductorio” a *La instrucción pública en México*, 1993, p. 22.

<sup>335</sup> La ley contemplaba la educación primaria, secundaria, preparatoria y la educación profesional. Véase Jorge Hernández, “Texto Introductorio” a *La instrucción pública en México*, 1993, p. 23.

<sup>336</sup> Gabino Barreda, “Oración Cívica” en *Estudios*, 1992, p. 70.

Para ir ultimando este trabajo y antes de hacer un breve comentario sobre el nuevo modelo de escritura de la historia que comenzaba a asentarse en el México de la República Restaurada, resta señalar que el novelista Mateos y el historiador Pruneda, narran, cada uno *una historia* y la *Historia* de la Intervención Francesa y el Segundo Imperio, en una forma que se vuelve innecesario el querer separar lo histórico concreto de lo poético imaginado. En una se aprecia la forma *narrativa*, característica del género novela histórica y en otra las marcas del texto histórico. Y aunque lo “narrativo” en el discurso histórico ha sido criticado desde diferentes perspectivas, como Hayden White señaló en *El contenido de la forma*, de ahí resalta un punto que conviene abordar: a la crítica que se ha hecho a la narrativa histórica por ser una “representación ideológica” que “dramatiza” los hechos (crítica derivada del grupo de los *Annales*), White responde de la siguiente forma, y nosotros nos unimos a esta respuesta:

Se puede normativizar sin dramatizar, según demuestra toda la literatura modernista, y dramatizar sin teatralismo, como deja muy claro el teatro moderno desde Pindarello y Brecht. Por lo tanto, ¿cómo se puede condenar la narrativa debido a sus efectos «noveladores»? Se sospecha que de lo que se trata no es de la naturaleza dramática de las novelas sino del disgusto hacia el tipo de literatura que sitúa en el centro del interés a agentes humanos en vez de procesos impersonales.<sup>337</sup>

Es decir, lo valioso de propuestas historiográficas como las plasmadas en *El Cerro de las Campanas* y la *Historia de la Guerra de Méjico*, es que nos permite reconocer el papel del sujeto excepcional junto a las masas del pueblo que lo siguen en una búsqueda por ideales libertarios desde visiones providencialistas, hoy superadas, pero que permiten traer al centro de la discusión histórica e historiográfica al individuo

---

<sup>337</sup> Hayden White, *El Contenido de la forma*, 1992, p. 50.

como parte del devenir y asimismo nos permiten proponer que las diferencias de los géneros discursivos no deben ser barreras infranqueables para el análisis transdisciplinar. Además, aquí no hemos planteado que toda obra histórica mantenga en su estructura la forma narrativa. Lo que sí se puede sostener claramente es que al comparar *El Cerro de las Campanas* con la *Historia de la Guerra de Méjico*, inmediatamente surgen paralelismos en la forma en que se construyen los sucesos y en la visión de los escritores. Al respecto, Hayden White, señala que la labor del historiador se acerca a la del literato:

Los acontecimientos son *incorporados* en un relato mediante la supresión y subordinación de algunos de ellos y el énfasis en otros, la caracterización, la repetición de motivos, la variación del tono y el punto de vista, las estrategias descriptivas alternativas y similares; en suma, mediante todas las técnicas que normalmente esperaríamos encontrar en el tramado de una novela o una obra.<sup>338</sup>

El pasado inmediato, apenas acontecido, a que aluden Mateos y Pruneda, está presente en un espacio de experiencia: “un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados”, como señala Koselleck<sup>339</sup> y, además, sigue dentro de un horizonte de expectativas que ellos considera único, el progreso a nuevos modelos de gobierno democráticos e igualitarios, al republicanismo soñado por los liberales. Así como también en la manera emotiva de adherirse a algunos personajes o sucesos, que, incluso, podrían ser considerados muestra de los “Principios dominantes”, presentes no sólo en los discursos narrativos de Mateos y de Pruneda, sino también presentes en muchos de los liberales mexicanos que hemos destacado. Estos principios dominantes serían un:

<sup>338</sup> Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, 1992, p. 113.

<sup>339</sup> Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, 2003, p. 113.

[...] tipo de concepto que marca culturalmente, como perteneciente a una época, y en tanto autocomprensión de una sociedad en un momento determinado [Además] Marca la idea del pensamiento histórico de un momento dado, en una cultura político-social determinada.<sup>340</sup>

Finalmente y apoyándonos nuevamente en White, podemos señalar que las obras del siglo XIX exhiben una forma de narrar, de argumentar y explicar<sup>341</sup> el discurso histórico decimonónico como una “estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa”, y podemos afirmar que la *Historia de la Guerra de Méjico*, de Pruneda, se adhiere a tales características, que se revelan aún más comparándola con la novela *El Cerro de las Campanas*, de Mateos; en tal dimensión se ha ubicado el presente estudio.

---

<sup>340</sup> Sylvia Pappé, “Principios Dominantes” en *Historiografía crítica, una reflexión teórica*, 2001, p. 47.

<sup>341</sup> Hayden White, “Prefacio” a *Metahistoria*, 2005, p. 9.

## CONCLUSIONES

Podemos señalar, como primera conclusión, que el contexto social, personal, y los antecedentes literarios de Juan Antonio Mateos, sobre todo las obras de teatro que escribió junto a Vicente Riva Palacio entre 1861 y 1867, fueron el punto de partida para la escritura de *El Cerro de las Campanas* y de toda su posterior obra novelística, en un momento, 1868, en que hacía falta cimentar la idea de México como nación. Se pretendía alcanzar un ideario y una literatura nacional (por ejemplo en las “Veladas Literarias”), después de décadas de guerras y rebeliones derivadas de la proclamación de independencia en 1821, pero también se pensaba en lo mexicano, lo nacional y se proponían visiones que compartían un pasado común. Esas “veladas” o reuniones de intelectuales, junto a las novelas que se escribían en 1868, nos permitieron comenzar a reconocer el horizonte enunciativo de Mateos.

En el caso de Pedro Pruneda, del contexto social y político en el cual vivió, algunos antecedentes de su vida, así como conocer el grupo liberal al que se adhería, pudimos argumentar que pese a la distancia geográfica respecto de México, el historiador español escribió su *Historia de la Guerra de Méjico* con una convicción liberal y republicana tan fuerte como la de Mateos, y se valió de una cantidad de fuentes históricas mexicanas, que permitieron no sólo conocer su horizonte enunciativo, sino que posibilitaron el comenzar a precisar algunas

similitudes con el perfil, horizonte y tradición de Mateos, y de los liberales de su generación.

Además, y como resultado del análisis de cada una de las partes del texto de Pruneda y la comparación con los juicios y con los diferentes paradigmas históricos presentes en España en esos años, se puede afirmar que Pruneda fue cercano en su manera de entender el devenir histórico al de algunos mexicanos, como por ejemplo, Manuel Larraínzar. Asimismo, destaca las semejanzas con el horizonte enunciativo de otros historiadores mexicanos y extranjeros del periodo, en su adscripción al romanticismo y al liberalismo. Sin dejar de señalar que tanto en España como en México se vivían procesos de lucha interna, en los cuales se enfrentaban visiones opuestas, y tanto Mateos como Pruneda consideraron la escritura de un texto histórico y de una novela histórica, como formas narrativas adecuadas para llevar agua a su molino.

Una segunda conclusión, sólo aplicable a la novela *El Cerro de las Campanas*, fue el acierto que tuvo Mateos al introducir al personaje histórico Nicolás Romero, ya que pudo permitir al lector del momento de la producción e, incluso, al contemporáneo, “ver” al guerrillero ficticio Pablo Martínez como un personaje “vivo”; su actuar es más profundo y complejo que el de Nicolás Romero, por lo tanto, de éste último, sólo permanece el valor, el martirio y el liderazgo sobre los *chinacos*. Igual de importante, es resaltar que este tipo de personaje es representante de la voz del pueblo, elemento de gran importancia, ya que el concepto pretendía corresponder a la idea de unidad contra el Segundo Imperio, puntos muy sensibles en la restauración de la república. Además, Pablo Martínez encarnaba al patriota, por eso al novelista le interesó ubicarlo al lado de los héroes y mártires históricos, como Ignacio Zaragoza y Santos Degollado, que representaban la causa republicana y a ellos les dedicó un homenaje, en un momento en que la consolidación del proyecto liberal era todavía endeble. Asimismo,

y como apoyo de todo lo anterior, en la trama de *El Cerro de las Campanas* se advierte una gran cantidad de fuentes históricas para sostener la defensa de la causa liberal y dar soporte a la verosimilitud, en el sentido literario. También e igual de importante, es señalar que Mateos sigue en su novela histórica un estilo testimonial como el propuesto por Alfred de Vigny, pese a sus preferencias personales, prefiere darle más foco a los hechos históricos.

La tercera conclusión que deriva de la construcción de los personajes históricos de Mateos y Pruneda, es el papel que ambos otorgaron a las figuras relevantes como instrumentos del devenir histórico. En el caso de Benito Juárez, Mateos tomó, también, la idea de los grandes hombres que se tornan en héroes al haber posibilitado la continuación del devenir histórico en un momento en que se necesitaría para empujar el proyecto republicano, lo cual cabría perfectamente en la concepción liberal de la historia. En el texto de Pruneda se nota que apoya su narración en el modelo histórico romántico, y de ahí destaca también el papel que tienen las grandes figuras históricas. Algo que nos remite a lo planteado por Hyden White que considera al individuo como el “único agente” eficaz en el proceso histórico del pensamiento romántico. Entonces el gran héroe que surge es Juárez, como parte de una circunstancia histórica específica, en este caso el periodo de la guerra de intervención y del Segundo Imperio, y responde a una necesidad social y, sobre todo, surge para resolver las grandes crisis.

En lo que respecta a la novela de Mateos, Benito Juárez aparece en un segundo plano, ya que sólo una vez se le da la voz narrativa, por breves momentos; el novelista lo presentaba como el heredero de Hidalgo, el cual inicia la Independencia, pero quien la lleva a su triunfo definitivo sería Juárez; por ello es ya un héroe áureo. Podemos decir que el personaje de Juárez presentado en *El Cerro de las Campanas*, pudo haber

sido uno de los primeros modelos textuales que contribuyeron a la construcción de la heroicidad y la mitificación que le otorgaron poco después toda una generación de mexicanos en el siglo XIX, y que aún hoy está presente. La novela de Mateos fue quizá una de las primeras fuentes para la construcción de la historia patria y la historia oficial, sobre el episodio de la Intervención y el Segundo Imperio que aún persiste.

Para Pruneda, Juárez fue un hombre dotado de cualidades excepcionales que se elevó sobre todos los otros personajes y fue un elemento necesario para el proceso del devenir histórico. Al igual que Mateos, Pruneda resaltó sólo los hechos positivos o acertados de Juárez para enfrentarse a los distintos problemas durante la Intervención y el Imperio. El historiador español narró los sucesos señalando al lector que el genio de Juárez se hacía presente en cada episodio en que la patria republicana estaba en peligro. El presidente mexicano fue defendido a través de las decisiones que toma y por sus propias palabras, que frecuentemente Pruneda introducía a su texto, sobre todo, las proclamas; no duda en señalar que Juárez era el máximo representante del Estado republicano en México. En suma, el estado —liberal y republicano— como representación ideal, para el historiador español, era encarnado por Juárez.

Por lo que respecta a Maximiliano, Mateos, a diferencia de lo que hace con Juárez, entregó al lector un personaje que no sólo se muestra actuando en el nivel público, sino también en algunas situaciones de la vida íntima; por ejemplo, inventa una relación amorosa con la hermana del guerrillero Pablo Martínez. El novelista tuvo algunos gestos que para algunos serían rasgos de simpatía con el Archiduque y que, por lo menos, pueden considerarse como una intención de comprenderlo. Mateos se mostró mesurado en los juicios que directamente emite en la novela; de hecho prefería primero presentar, ya sea a través de los personajes o por medio de sus propios juicios, los hechos y las “pruebas”, para después criticar o señalar,



con la intención de ser ponderado, del mismo modo que los historiadores. Hecho destacable en un novelista que pretendía convencer que la verosimilitud literaria de su narración alcanzaba, por momentos, la veracidad del historiador.

En la *Historia de la Guerra de Méjico* Pruneda deja clara su visión heroica y romántica de la historia. Así, Hernán Cortés fue un héroe para la causa española, mientras que para la Independencia de la Nueva España los héroes fueron Miguel Hidalgo y José María Morelos, y para la Intervención y el Segundo Imperio, Benito Juárez. En lo que respecta al personaje de Maximiliano, éste alcanzó mayor relieve en la *Historia de la Guerra de Méjico*, Pruneda dio muestras de simpatía y comprensión hacia el Emperador de México, por ejemplo en los episodios sobre el decreto del 3 de octubre de 1865, o el pasaje en el que se da cuenta del “engaño” del que fue objeto Maximiliano en Europa por parte de los conservadores, que le presentaron un panorama diferente al que se encontró cuando llegó a México. Además, en el texto se aprecia el papel significativo del “héroe” en el devenir histórico de México.

Una cuarta conclusión sobre el texto histórico de Pruneda es que subsiste la idea ciceroniana, presente en algunos mexicanos, de considerar a la historia como maestra de la vida, de ahí que enuncie el historiador español que su texto es útil para entender la historia de México. Además, se puede señalar que Pruneda mostró adhesión por la causa republicana de México, y de la vehemencia con que lo hizo, se entiende que escribir un texto histórico que retoma sucesos contemporáneos no fue un hecho aislado ni fortuito, ya que en España el hacer historia de sucesos inmediatos era uno de varios paradigmas históricos que coexistían; por ejemplo, la historia erudita, la historia medieval, la historia cristiana, la historia nacional, etc., prueba de ello está el ensayo histórico de Fernando Garrido sobre el periodo de Isabel II, *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad,*

*despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón.*<sup>342</sup>

Una quinta conclusión que vale la pena señalar, es la relativa a la importancia que le dieron Mateos y Pruneda a la defensa de la causa republicana tanto en México como en España y que ellos llevaron a cabo por medio del discurso escrito. Ambos consideraron que esa causa era la mejor para la nación. Pruneda consideró, además, que la defensa republicana era parte de un proyecto mayor que buscaba afanosamente la constitución de un ser de lo nacional, particular e independiente, en el cual cupieran todos los mexicanos para lograr una necesaria reconciliación nacional.

Sobresale también que Mateos haya escogido a la novela histórica como el mejor formato para continuar con la difusión del triunfo de la República, porque le permitió destacar la gran cantidad de datos que tuvo a la mano, que fundamentaron su labor de investigación y documentación, y también coadyuvaron a cimentar la memoria histórica y la de los héroes, ya que, como señaló el prologuista de la primera edición en volumen de 1868 de *El Cerro de las Campanas*, José Rivera y Río, los mexicanos “necesitamos más que ningún otro pueblo del auxilio de la historia y de los monumentos literarios que la reflejan”.<sup>343</sup>

En el caso de Pruneda lo destacable no sólo es el apego a la causa republicana de México, sino que él mismo como español la asumiera como propia, sin importar que fuera miembro de la nación que siglos antes conquistó y colonizó América. Él supo diferenciar bien las épocas y los contextos, y en su narración reconoce los excesos y las equivocaciones de aquellos españoles, pero también reconocía que en ese

---

<sup>342</sup> Garrido, Fernando. *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón*, Madrid, Editorial de Salvador Manero, 1868.

<sup>343</sup> José Rivera y Río, *El Cerro de las Campanas*, 1868, p. iv.

periodo, 1861 a 1867, las “jóvenes repúblicas americanas”, entre ellas México, tenían derecho de elegir libremente el tipo de gobierno que mejor les pareciese, el cual como hemos visto fue el republicano y liberal, modelo al que aspiraban. *La Historia de la Guerra de Méjico* es ejemplo de cómo los preceptos liberales se situaban por encima de los nacionalismos como fue *Napoleón le petit*, escrito por Victor Hugo.

Una última conclusión derivada de postulados analíticos de White y Gadamer, es que podemos señalar que el análisis comparativo de la novela histórica de Juan Antonio Mateos, *El Cerro de las Campanas* y *la Historia de la Guerra de Méjico* de Pedro Pruneda, de finales de 1867 y principios de 1868, son muestras de que el discurso literario y el discurso histórico se acercan en sus horizontes enunciativos, en los prejuicios de sus autores y en la labor de selección, organización y construcción de una narrativa que no sólo pretendía contar sucesos, sino que, además, perseguía emocionar y convencer de que la causa republicana y liberal era la única posible en el devenir histórico de México. Lo anterior muestra que los dos autores se afiliaban a la misma matriz intelectual, aunque en competencia, en la cual se nutría lo clásico y lo romántico que muestra una tradición, en el sentido positivo que señala Gadamer: aquella a la que se le reconoce como tal por respeto al conocimiento que representa.

Con respecto a los alcances de nuestra propuesta analítica, exponemos algunos problemas que avizoramos pero que no fueron objeto de estudio. No pudimos comprobar quién y cómo le hicieron llegar a Pruneda los textos desde México y cuáles fueron los compromisos, y de qué tipo, que pudo haber adquirido el autor español. No se agotó el análisis de la recepción de los textos, sobre todo el de Pruneda por el impedimento de consultar archivos en España. Una posibilidad de análisis del texto de Pruneda sería considerarlo desde la perspectiva de ausencia o presencia de los cortes histórico-

temporales que maneja en su texto y que ahí aparecen como encadenados.

Aunque nos basamos en dos principios analíticos, y resaltamos algunos puntos de la hermenéutica de Gadamer y de la perspectiva histórica de White, sin duda queda por analizar los textos incorporando perspectivas como la de Paul Ricoeur. Con respecto a las posibles líneas de investigación que deja abiertas este trabajo, está el valor historiográfico de un texto literario, concretamente las novelas históricas, en la reconstrucción del horizonte de enunciación, la tradición y los prejuicios del autor. También, la relativa al análisis desde otras perspectivas diferentes, por ejemplo desde la historia cultural, concretamente el papel que tienen las figuras heroicas populares, presentes en *El Cerro de las Campanas*, desde la perspectiva de Peter Burke en *La cultura popular en la Europa Moderna*, y la de Carlo Ginsburg en *El queso y los gusanos*, la cual da relevancia a la cultura popular como parte destacada y en continua competencia con la cultura hegemónica, y que podría servir en el análisis del guerrillero ficticio de *El Cerro de las Campanas*, Pablo Martínez, y del guerrillero histórico, Nicolás Romero.

Finalmente, una línea que no se agotó fue la consulta de otros textos de 1867 de autores mexicanos y europeos, para conocer una visión “contraria” a la liberal, por ejemplo: una comparación de la novela de Mateos, con la de José María Roa Bárcena, *La Quinta Modelo*, de 1857, ya que es una acerba crítica a la República como forma de gobierno que permite reconocer y analizar el mensaje doctrinario desde una novela y, por lo tanto, la presencia de convicciones ideológicas en dos periodos específicos de la historia mexicana del siglo XIX. Asimismo, buscar en textos históricos y literarios posteriores a la caída del Segundo Imperio, versiones de los antagonistas, por ejemplo, los franceses. Finalmente, destacamos que la hemerografía que consultamos para la investigación es la base

para un rastreo posterior y un análisis comparativo entre la prensa mexicana y la española sobre el Segundo Imperio.



## BIBLIOGRAFÍA

- Adame, Jorge. *El pensamiento político social de los católicos, 1867-1914*, México, UNAM/IIH, 1988, 276 pp.
- Aguar e Silva, Vítor de. "Pre-romanticismo y Romanticismo", en *Teoría de la Literatura*, Madrid, Gredos, 1986, 547 pp.
- Aguilar, Arturo. *La fotografía durante el imperio de Maximiliano*, México, UNAM/IIH, 1996, 191 pp.
- . "El mundo del impresor Ignacio Cumplido", en *Historia de la vida cotidiana en México, tomo IV, Bienes y vivencias en el siglo XIX*, tomo coordinado por Anne Staples y dirigida por Pilar Gonzalbo, México, FCE/COLMEX, 2005, 615 pp.
- . "Benito Juárez y la fotografía", en *Los mil rostros de Juárez y del liberalismo mexicano*, México, UAM/UABJO/SHCP, 2007, 399 pp.
- Alamán, Lucas. "Carta de Lucas Alamán a Santa Anna", en *El pensamiento de la reacción mexicana, Historia documental, tomo primero (1810-1859)*, introducción y selección de textos de Gastón García Cantú, México, UNAM, 1986, p. 313-316.
- . "Prólogo" a *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, edición facsimilar, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1985, t. 1.

- Algaba, Leticia. *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, México, UAM-A, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, serie Literatura, 1997, 151 pp.
- . “Prólogo” a *Novelas y Cuentos* de José María Roa Bárcena, México, Factoría Ediciones, 2000, 321 pp.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *La literatura nacional. Revistas, Ensayos, Biografía y Prólogos*, edición y prólogo de José Luis Martínez, México, Porrúa, 1949, (Escritores Mexicanos núms., 52, 53 y 54).
- . *El Renacimiento, periódico literario*, edición facsimilar de los dos tomos de 1869, México, UNAM, 1993.
- . “Revistas literarias de México (1821-1867)”, en *La literatura nacional*, prólogo de José Luis Martínez, México, Porrúa, 1949. t. I, 520 pp.
- . *Escritos de literatura y Arte. Obras completas*, selección y notas de José Luis Martínez, vol. XIII, México, SEP, 1988, 356 pp.
- . *Clemencia*, México, Porrúa, 1980 (Sepan cuantos, núm. 62) 210 pp.
- . “El cinco de Mayo”, en *Discursos, Obras completas*, México, SEP, 1949, pp. 70-81. Discurso pronunciado el 5 de mayo de 1865 en Acapulco. t. I. 520 pp.
- . “Glorificación de los héroes”, en *Discursos, Obras completas*, t. I, México, SEP, 1949, pp. 100-106. Discurso pronunciado el 17 de septiembre de 1867 en la Alameda de la ciudad de México.
- . “Arteaga y Salazar, Mártires de la república”, en *Discursos, Obras completas*, t. I, México, SEP, 1949, pp. 107-120. Discurso pronunciado por encargo del Poder Ejecutivo de la Unión el 17 de julio de 1869 en el panteón de San Fernando al depositarse las cenizas de los generales Arteaga y Salazar.



- . “Prólogo” a *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero, novela histórica*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868, 757 pp.
- . “Juicio crítico” a *Flores del destierro: colección de composiciones líricas, leyendas, baladas, tradiciones, etc.*, México, Imprenta de J. Fuentes, 1868, 296 pp.
- . “Boletín bibliográfico”, en *El Renacimiento, periódico literario*, México, edición facsimilar de la original de 1869, UNAM, 1993, t. I. 520 pp.
- Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas, Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993, (Colección Popular, núm. 498) 313 pp.
- Arango y Escandón, Alejandro. “Discurso a Bazaine”, en *El pensamiento de la reacción mexicana, Historia documental, tomo segundo (1860-1926)*, introducción y selección de textos de Gastón García Cantú, México, UNAM, 1994, 402 pp.
- Aristóteles. *Retórica*, Madrid, Gredos, 2000, (Biblioteca Básica Gredos, núm. 31) 626 pp.
- Arrangoiz, Francisco de Paula de. *México desde 1808 hasta 1867*, México, Porrúa, sexta edición con base en la primera de Madrid de 1871-1872, 1996, (Sepan cuantos, núm. 82) 966 pp.
- Artola, Miguel. *Partidos y programas políticos, 1808-1936*, 2 tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1991, 705 pp.
- Balzac, Honoré de. “Proemio” a *La comedia humana, Obras Completas*, Barcelona, edición facsimilar de Aguilar bajo el sello RBA, 2003, t. I, 890 pp.
- Baptiste, Jean (Molière). *El Tartufo*, Barcelona, RBA, 2002, 139 pp.
- Barragán, José. *Juan A. Mateos, periodista liberal*, México, Departamento del Distrito Federal, 1983, (Colección: Distrito Federal, núm. 3) 190 pp.

- Barreda, Gabino. *Estudios*, Selección y prólogo de José Fuentes Mares, México, UNAM, 1992, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 26) 165 pp.
- Basch, Samuel. *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano*, México, Editorial México Universitario, segunda edición en México, 2003, 480 pp.
- Beezley, William. "Cómo fue que el Negrito salvó a México de los franceses: las fuentes populares de la identidad nacional", en *Historia Mexicana*, núm. 26, octubre-diciembre 2007, México, COLMEX.
- Beltrán Rosa. *La corte de los ilusos*, México, Planeta, 2007, 296 pp.
- Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, 1991, 197 pp.
- Brading, David. "Clemente de Jesús Munguía: Intransigencia ultramontana y la reforma mexicana", en *Memoria del I Coloquio Historia de la Iglesia en el siglo XIX*, Miguel Ramos (coordinador), México, COLMEX/El Colegio de Michoacán/Instituto Mora/UAM-1/CONDUMEX, 1998, 435 pp.
- Brushwood, John. *México en su novela, una nación en busca de identidad*, México, traducción de Francisco González, FCE, 1973, (Breviarios, núm. 230) 437 pp.
- Bulnes, Francisco. *Páginas escogidas*, selección y prólogo de Martín Quirarte, México, UNAM, 1995, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 89) 196 pp.
- Bustamante, Carlos María de. *Mañanas de la Alameda de México*, México, Imprenta de la testamentaria de Valdez, 1836. t. II, 1836, edición facsimilar y electrónica ([http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02584974390269573089079/p0000001.htm#I\\_1\\_](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02584974390269573089079/p0000001.htm#I_1_)).

- Calderón, Fernando. *A ninguna de las tres*, estudio preliminar de Francisco Monterde, México, UNAM, 1993, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 47) 131 pp.
- Carlyle, Thomas. *Los héroes, el culto de los héroes y de lo heroico en la historia*, México, Porrúa, 2000 (Sepan cuantos, núm. 307) 195 pp.
- Chateaubriand, René de. *El genio del cristianismo*, México, segunda edición, Porrúa, 1990, (Sepan cuántos, núm. 382) 405 pp.
- Chávez, Luis. “Maximiliano y la restitución de la esclavitud en México, 1865-1866”, en *Archivo Histórico Diplomático Mexicano*, núm. 13, México, SRE, 1961, 111 pp.
- Cicerón. *Sobre el orador*, Madrid, Gredos, 2002, 509 pp.
- Cirujano, Paloma, Juan Sisinio, Teresa Planes Elorriaga. *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985, 206 pp.
- Corti, Egon Caesar (Conde). *Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 2003, 707 pp.
- Croce, Benedetto, *La historia como hazaña de la libertad*, FCE, 2005, 178 pp.
- Díaz Covarrubias, José. *La instrucción pública en México, estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la profesional en la República*, México, edición facsimilar de la publicada en 1875, Miguel Ángel Porrúa, 1993, 218 pp.
- Díaz Covarrubias, Juan. “Al lector”, en *Gil Gómez el insurgente*, México, Porrúa, 1991, (Sepan cuantos, núm. 604) 223 pp.
- Díaz y de Ovando, Clementina. “Prólogo” a *El Cerro de las Campanas*, México, Porrúa, 1985, (Sepan cuantos, núm. 193) 427 pp.
- Escalante, Fernando. *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mejicana – Tratado de moral pública*, México, COL-MEX, 2002, 308 pp.

- Escobedo, Mariano. "Orden de fusilamiento del 3 de febrero de 1867", en *México a través de los siglos*, "La República", t. xvi, cap. xvii, p. 236.
- Esparza, Xavier. *El coronel Nicolás Romero Benemérito del Estado de México*, Villa Nicolás Romero, Comunicación, 1991, 188 pp.
- Fernández Cuesta, Nemesio. "Revista de la Semana", en *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, Industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 1 de junio, 1862, p. 1.
- . "Revista de la Semana", en *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 29 de septiembre, 1862, p. 1.
- . "Revista de la Semana", en *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 25 de mayo, 1862, p. 1.
- . "Revista de la Semana", en *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 28 de junio, 1862, p. 1.
- . "Revista de la Semana", en *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 29 de junio, 1862, p. 1.
- . "Revista de la Semana", en *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 17 de abril, 1864, p. 1.
- . "Revista de la Semana", en *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 6 de agosto, 1865, p. 1.
- . "Revista de la Semana", en *El Museo Universal, periódico de ciencias, literatura, industria, artes y conocimientos útiles*, Madrid, 31 de diciembre, 1865, p. 1.
- Fernández de Castro, Ignacio. *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo 1808-1966, ensayo de interpretación política de la España Contemporánea*, Madrid, Ruedo Ibérico, 1968, 400 pp.

- Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El periquillo sarniento*, México, 1987, (Sepan cuantos, núm. 1) 472 pp.
- Fernández Prieto, Celia. *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona, segunda edición de la Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE, núm. 23) 248 pp.
- Forster, Edward. *Aspectos de la novela*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1961, (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras) 210 pp.
- Frías y Soto, Hilarión. *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano*, México, Editorial México Universitario, 2003, 480 pp.
- Fuentes Mares, José. "Prólogo" en Gabino Barrera, *Estudios*, México, UNAM, 1992, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 26) 165 pp.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método, fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Editorial Sígueme, 1988, 432 pp.
- Galeana, Patricia, Blanca Torres, Josefina Vázquez, Rogelio Aguirre, Roberta Lajous, Berta Ulloa, Lorenzo Meyer, Carlos Rico. *México y el mundo, historia de sus relaciones exteriores*, t. III, México, Senado de la República, LIV legislación, 8 volúmenes, 1990.
- Galindo y Galindo, Miguel. *La gran década nacional, o relación histórica de la Guerra de Reforma, intervención extranjera y gobierno del archiduque Maximiliano. 1857-1867*, edición facsimilar de la original de 1904, México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 2006, 3tt.
- Garrido, Fernando. *Historia del reinado del último Borbón de España: De los crímenes, apostasías, opresión, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los gobiernos que han regido España durante el reinado de Isabel de Borbón*, Madrid, Editorial de Salvador Manero, 1868.
- Tomo I (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01305020833804846978802/index.htm>).

- Tomo II (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01715852548925034110035/index.htm>).
- Tomo III (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01048852096708339660035/index.htm>).
- Genette, Gérard. *Umbrales*, México, Siglo XXI, 2001, 366 pp.
- Giron, Nicole. "La idea de 'Cultura Nacional' en el siglo XIX", en *En torno a la cultura nacional*. México, Instituto Indigenista, 1976.
- . "Historia y literatura: dos ventanas hacia un mismo mundo", en *El historiador frente a la historia, Historia y Literatura*, México, UNAM/IUH, Serie divulgación 2000.
- González Acosta, Alejandro. *Miscelánea, periódico crítico y literario, José María Heredia*, México, UNAM, 2007, (Colección ida y regreso al siglo XIX) 701 pp.
- . *El enigma de Jicotencatl. Estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*. México, UNAM/Instituto Tlaxcalteca de Cultura/Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1997, 242 pp.
- González Aníbal. "Arte poética", en *Aristóteles, Horacio*, Madrid, Editorial Taurus, 1992.
- González Obregón, Luis. *Semblanza de Martín Cortés*, México, FCE, 2005, 95 pp.
- Gortari, Eli de. "Prólogo" a *Obras Completas, Polémicas religiosas*, t. I, México, Ediciones El Caballito, 1978, pp. 24-31.
- Guerra Francois-Xavier (coordinador). *Inventado la nación, Iberoamérica, siglo XIX*, México, FCE, 2003, 694 pp.
- Gutiérrez de Estrada, José María. "Carta a Bustamante", en *El pensamiento de la reacción mexicana, Historia documental, tomo primero (1810-1859)*, introducción y selección de textos de Gastón García Cantú, México, UNAM, 1986, 329 pp.
- Hale, Charles. *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, México, Siglo XXI, 1999, 347 pp.

- Hernández, Jorge. "Texto introductorio" a *La instrucción pública en México, estado que guardan la instrucción primaria, la secundaria y la profesional en la República*, México, edición facsimilar de la publicada en 1875, Miguel Ángel Porrúa, 1993, 218 pp.
- Heródoto, *Historia*, Madrid, Gredos, 2005. t. I, (Biblioteca Clásica Gredos, núm. 3) 495 pp.
- Herrejón, Carlos. "Construcción del mito en Hidalgo", en *El héroe entre el mito y la historia*, México, UNAM/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000, 356 pp.
- Herrejón, Tarsicio. "Introducción", en Quinto Horacio Flaco, *Arte poética*, México, UNAM, 1970 (BSGRM).
- Hugo, Víctor. "Prefacio" en *Cromwell*, Drama en cinco actos. *Obras Completas*, España, edición facsimilar de Aguilar bajo el sello RBA, 2005. t. IV, 542 pp.
- . "Napoleón el pequeño", en *Obras Completas*, España, edición facsimilar de Aguilar bajo el sello RBA, 2005. t. III, 1056 pp.
- Iglesias, José María. *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*, México, Porrúa, 1972, (Sepan cuántos, núm. 47), 802 pp.
- Jaime Loren, José de y José De Jaime Gómez. "Pedro Pruneda (el Poyo del Cid, 1830-1869): Escritor y político republicano, autor de la primera historia de Teruel", en *Xiloca*, núm. 34, noviembre de 2006, Centro de Estudios del Jiloca, España, p. 45-58.
- Jiménez Rueda, Julio. "Prólogo" a *Muñoz visitador de México*, de Ignacio Rodríguez Galván, México, UNAM, 1995, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 67) 173 pp.
- . "Prólogo" a *Relatos*, de José María Roa Bárcena, México, UNAM, 1993, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 28) 163 pp.

- Juárez, Benito. *Flor y látigo, ideario político liberal*, selección de textos de Andrés Henestrosa, México, Chanti Editores, 2005, 125 pp.
- . *Documentos, discursos y correspondencia*, Selección y notas de Jorge L. Tamayo, versión digitalizada y coordinada por Cuauhtémoc Hernández, México, UAM-A/El Colegio de San Luís Potosí, 2006.
- Keraty, Emile de. *La contra guerrilla francesa en México*, México, FCE, 1981, 179 pp.
- . *Elevación y caída del Emperador Maximiliano, Intervención francesa en México, 1861-1867*, México, Editora Nacional, 1973, 592 pp.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado, para una semántica de los tiempos modernos*, Barcelona, Paidós básica, 2003, 368 pp.
- Lafuente, Modesto. *Historia General de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, continuada de dicha época hasta nuestros días por don Juan de Valera, edición facsimilar y digital, 1889, Universidad de Alicante.
- Larrainzar, Manuel. “Algunas ideas sobre la Historia y manera de escribir la de México”, en *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, selección, introducción, estudio y notas de Juan A. Ortega y Medina, UNAM, 2001, 540 pp.
- León-Portilla, Miguel. “El historiador Pedro Pruneda y su olvidada obra sobre la guerra de Intervención”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. 2, UNAM, México, 1967, pp. 139-145.
- Lesbre, Patrick. “Nezahualcoyotl, entre historia, leyenda y divinización”, en *El héroe entre el mito y la historia*, México, UNAM/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000, 356 pp.
- Lores, Vicente. *Liberales y románticos, una emigración española en Inglaterra*, Madrid, Editorial Castalia, 1968, 710 pp.
- Lukács, Georg. *La novela histórica*, Grijalbo, 1996.



- Luna, María. "La escritura de la historia y la tradición retórica, (1834-1885)", en *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, UAM-A/CONACYT, 2004, (Cuadernos de debate, núm. 3) 139 pp.
- Magallón, Jorge. *Proceso y ejecución vs Fernando Maximiliano de Habsburgo*, México, IJ/UNAM, 2005, 639 pp.
- Martínez, José Luis. "México en busca de su expresión", en *Historia General de México*, México, COLMEX, 2002, t. II.
- . "Introducción" a *Poesía Romántica*, México, UNAM, 1993, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 30).
- Martin Vivaldi, Gonzalo. *Curso de redacción; del pensamiento a la palabra: teoría y práctica de la composición y el estilo*, Madrid, Paraninfo, 1974, 494 pp.
- Mata, Carlos. "Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica", en *La novela histórica, teoría y comentarios*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE, núm. 15) 193 pp.
- . "Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)", en *La novela histórica, teoría y comentarios*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE, núm. 15) 193 pp.
- Mateos, Juan Antonio. *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero, novela histórica*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1868, 757 pp.
- . *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero*, México, tercera edición, Porrúa, 1985, (Sepan cuantos, núm. 193) 427 pp.
- . *El Cerro de las Campanas, versión condensada*, México, SEP-PROMEXA, 1981, 268 pp.
- . *El Cerro de las Campanas, Memorias de un guerrillero*, tres tomos, México, SDN, 1983 (Biblioteca del oficial mexicano).

- . *El Cerro de las Campanas*, versión condensada en audiocasette, y para invidentes, México, Comité Internacional Pro-Ciegos, 1996.
- . *El sol de mayo, Memorias de la intervención*, México, Porrúa, 1993, (Sepan cuantos, núm. 197) 347 pp.
- . *Memorias de un guerrillero*, Buenos Aires-México, Maucci Hermanos é Hijos, 1900, 383 pp.
- . *Sangre de niños, (una página de Chapultepec), novela histórica*, México, Imprenta de los periódicos “El Mundo” y “El Imparcial”, 1901, 134 pp.
- . *Sacerdote y Caudillo, Memorias de la insurrección*, México, Porrúa, 1986, (Sepan cuantos, núm. 514) 527 pp.
- . *Los Insurgentes, continuación de Sacerdote y Caudillo*, México, Porrúa, 1988, (Sepan cuantos, núm. 573) 362 pp.
- . *La majestad caída*, México, SEP, colección, 1982, (La Matraca, núm. 10) 175 pp.
- y Vicente Riva Palacio. *Las líras hermanas (Obras dramáticas), Obras escogidas*, tomo III, México, CNCA/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/ Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997, 450 pp.
- . “Leandro Valle”, en *Mártires de la Reforma*, México, SEP/Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1970, p. 18-26, (Cuadernos Mexicanos), episodio ilustrado con reproducciones pictóricas de batallas así como imágenes de Miguel Miramón y Tomás Mejía, tomado integro de *El Libro Rojo* de 1870, 153 pp.
- . “Santos Degollado”, en *Mártires de la Reforma*, México, SEP/Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1970, p. 27-32, (Cuadernos Mexicanos), episodio ilustrado con imágenes de Santos Degollado

- y Valentín Gómez Farías, tomado integro de *El Libro Rojo* de 1870, 153 pp.
- Matute, Álvaro. *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, UNAM/IIH, 1976, 420 pp.
- May, Georges. *La autobiografía*, México, FCE, 1982, (Breviarios, núm. 327) 420 pp.
- Mazín, Oscar. *Una ventana al mundo hispánico, ensayo bibliográfico*, México, COLMEX, 2006, 377 pp.
- Mínguez, Víctor. “Héroes clásicos y reyes héroes en al Antiguo Régimen”, en *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Universitat de València/El Colegio de Michoacán/Universidad Veracruzana/UAM-I, 2003, 220 pp.
- Miranda, Celia. “Estudio preliminar”, en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, ensayo de Jorge Ruedas de la Serna, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998, 190 pp.
- Montemayor, Carlos. “Prólogo” a *El Libro Rojo*, México, CNCA, 1989, (Cien de México) 190 pp.
- Mora, José María Luis. *México y sus revoluciones*, facsimilar en tres tomos de la edición de 1856, México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1986.
- . “Advertencia preliminar” a *México y sus revoluciones*, facsimilar de la edición de 1856, México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1986. t. 1, 558 pp.
- Ocampo, Melchor. “Proyecto de ley sobre Reforma de obviaciones parroquiales”, en *Obras Completas, Polémicas religiosas*, México, Ediciones El Caballito, 1978, p. 24-31. t. 1, 420 pp.
- O’Gorman, Edmundo. *La supervivencia política Novo-Hispana*, México, Universidad Iberoamericana, 1974, 120 pp.
- . “Prólogo” a *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América Septentrional*,

conocida con el nombre de Nueva España, México, Porrúa, 1996, (Sepan cuantos, núm. 89) 604 pp.

———. *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Xalapa, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Veracruzana, 1960, 220 pp.

Olea, Rafael. “José María Roa Bárcena: literatura e ideología”, en *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Galería de escritores, edición a cargo de Belem Clark y Elisa Speckman, México, UNAM, 2005, vol. III, (Colección ida y regreso al siglo XIX) 705 pp.

Ollivier, Emile. *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano*, México, Ediciones Centenario, traducción y selección de Manuel Puga y Acal, 1963, 295 pp.

Ortega y Medina, Juan A. *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana (Guillermo de Humboldt-Leopoldo Ranke)*, México, UNAM, 1980, 273 pp.

———. “Prólogo” a *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa, 2000, (Sepan cuantos, núm. 150) 770 pp.

Ortiz Ayala, Tadeo. “De los beneficios del cultivo de las ciencias y las artes”, en *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM, 1996, (Colección, ida y regreso al siglo XIX) 150 pp.

Ortiz Monasterio, José. *México eternamente, Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, FCE/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004, 407 pp.

———. “Patria”, *tu ronca voz me repetía... biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1999, 301 pp.

———. “Las novelas históricas de Vicente Riva Palacio”, en *Secuencia*, núm. 21, septiembre-diciembre, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1991, pp. 29-30.

- Palti, Elias. *El tiempo de la política, el siglo XIX reconsiderado*, Argentina, Siglo XXI, 2007, 327 pp.
- . *La nación como problema, los historiadores y la cuestión nacional*, Argentina, FCE, Argentina, 2003, 159 pp.
- Pani, Erika. *El Segundo Imperio, pasados de usos múltiples*, México, FCE/CIDE, 1987, 177 pp.
- . “El liberalismo que no fue de Juárez. Las razones de los imperialistas”, en *Fuentes Humanísticas*, núm. 33, México, UAM-A, Departamento de Humanidades, 2006.
- Paso, Fernando del. *Noticias del Imperio*, México, Editorial Diana, 1996, 670 pp.
- Payno, Manuel. *Cuentas y gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la intervención francesa y del imperio de 1861-1867*, México, Porrúa/SHCP, edición facsimilar, 1981, 190 pp.
- . “Melchor Ocampo”, en *Mártires de la Reforma*, México, SEP/Compañía Nacional de Subsistencias Populares, 1970, p. 3-15, (Cuadernos Mexicanos) episodio tomado de *El Libro Rojo* de 1870.
- Paz, Ireneo. *Los hombres prominentes de México, Les hommes éminents du Mexique, The prominent men of Mexico*, edición trilingüe, México, Imprenta de Ireneo Paz, 1888, 2 vols.
- Perales, Alicia. *Asociaciones literarias mexicanas*, México, UNAM/Centro de Estudios Literarios, 1957, 275 pp.
- Picard, Roger. *El romanticismo social*, México, FCE, 1987, 363 pp.
- Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva, estudio de teoría narrativa*, México, Siglo XXI/UNAM, México, 2005, 191 pp.
- Pi-Suñer, Antonia. “La cuestión mexicana en el ambiente político español de mediados del siglo XIX: la obra de Pedro Pruneda”, en *Secuencia*, núm. 12, septiembre-diciembre, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, pp. 16-28.
- Prescott, William. *Historia de la conquista de México: con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la*

*vida del conquistador Hernando Cortés*, México, traducción de José María González de la Vega; anotada por Lucas Alamán, notas críticas y esclarecimientos de José Fernando Ramírez, prólogo, notas y apéndices de Juan A. Ortega y Medina, Porrúa, 2000, (Sepan cuantos, núm. 150) 770 pp.

———. *Historia de la conquista de México*, México, Editorial Océano, 2004.

Prieto, Guillermo. “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura”, en *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, UNAM, 1996, (Colección, ida y regreso al siglo XIX) 417 pp.

Pruneda, Pedro. “Prólogo” a *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867, con todos los documentos justificativos, precedida de una introducción que comprende la descripción topográfica del territorio, la reseña de los acontecimientos ocurridos desde que Méjico se constituyó en república federativa en 1823, hasta la guerra entre Miramón y Juárez, y acompañada de 25 a 30 láminas litografiadas, representando retratos de los principales personajes y vistas de las ciudades más importantes*, edición facsimilar de la edición de 1867, México, UNAM/FCE (1996)/Fundación UNAM/Fundación Miguel Alemán, 1994, 465 pp.

Pruneda, Víctor. “Editorial”, del primer número de la segunda época de *El Centinela de Aragón, periódico republicano*, Teruel, 1 de noviembre de 1868, p.1.

Quirarte, Martín. *El problema religioso en México*, INAH, 1967, 408 pp.

———. “Prólogo”, en *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México* de José María Iglesias, México, Porrúa, 1972 (Sepan cuantos, núm. 47) 802 pp.

———. “Prologo”, en *México desde 1808 hasta 1867* de Francisco de Paula de Arrangoiz, México, Porrúa, 1996, sexta edición en Porrúa con base en la primera

- de Madrid de 1871-1872, 1996, (Sepan cuantos, núm. 82) 966 pp.
- . “Prologo”, en *Calvario y Tabor, novela histórica y de Costumbres*, obras escogidas, México, CNCA/UNAM/ Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997. t. VI.
- . *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, México, UNAM/IIH, sección de Historia Moderna y Contemporánea: 9, 1970, 263 pp.
- Quirarte, Vicente. *Vergüenza de los héroes, armas y letras de la guerra entre México y Estados Unidos, problema religioso en México*, México, Libros del Umbral, 1999, 78 pp.
- . “La formación de la figura del héroe”, en *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, coordinación de Alicia Mayer, prólogo de Juan Ramón de la Fuente, UNAM/IIH, 2007, t. II.
- Rangel, Armando. “Prólogo”, en René de Chateaubriand *Atala-René*, México, séptima edición, Porrúa, 1987, (Sepan cuantos, núm. 524) 198 pp.
- Ramírez de Aguilar, Fernando. *Nicolás Romero, un año de su vida, 1864-1865*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929, 16 pp.
- Ramírez Ignacio. *Ensayos*, selección y prólogo de Manuel González Ramírez, México, UNAM, 1993, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 28) 190 pp.
- . “La muerte de Maximiliano”, en *Obras Completas, escritos periodísticos*, México, t. I, Centro de Investigación científica Jorge L. Tamayo, A. C., p. 69-71, 1985, artículo publicado en el periódico *El Correo de México*, el 16 de octubre de 1867.

- . “En el aniversario de la victoria de Puebla en 1862”, en *Obras Completas, discursos, cartas, documentos, estudios*, t. III, México, Centro de Investigación científica Jorge L. Tamayo, A. C., p. 46-52, 1985, discurso pronunciado el 5 de mayo de 1864 en Mazatlán.
- . “Discurso Cívico”, en *Obras Completas, discursos, cartas, documentos, estudios*, México, t. III, Centro de Investigación científica Jorge L. Tamayo, A. C., p. 53 y ss, 1985, discurso pronunciado en el Teatro Nacional el 15 de septiembre de 1867 en la ciudad de México, por encargo de la junta patriótica.
- Ratz, Konrad. *Querétaro: fin del Segundo Imperio mexicano*, México, Gobierno del estado de Querétaro/CNCA, Colección 2005. (Cien de México) 419 pp.
- . *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 2003, 367 pp.
- Remolina, Enrique. “Juan Antonio Mateos, parlamento del siglo XIX”, en *Enciclopedia parlamentaria de México, Historia y desarrollo del poder legislativo, Vida parlamentaria y obra de Juan A. Mateos*, México, Instituto de Investigaciones Legislativas, 1997, p. 124-241.
- Reyes de la Maza, Luis. “El lugar de Juan A. Mateos en el teatro mexicano”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, UNAM, 1957, p. 67-76.
- . *El teatro en México durante el Segundo Imperio 1862-1867*, México, UNAM, 1957, 238 pp.
- . “De la intervención francesa al canacán”, en *Cien años de teatro en México 1810-1910*, México, SEP, 1972, 161 pp.
- Riva Palacio, Vicente, Martínez de la Torre, Rafael, Mateos, Juan Antonio, Payno, Manuel. *El Libro Rojo*, México, CNCA, 1989, (Cien de México) 235 pp.
- Riva Palacio, Vicente. *Las lirás hermanas (Obras dramáticas)*, Obras escogidas, México, CNCA/UNAM/Instituto Mexi-



- quense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997, t. III, 450 pp.
- . *Clavario y Tabor, novela histórica y de costumbres*. Obras escogidas, México, CNCA/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tercera edición, 1997, t. VI, 555 pp.
- . “Introducción” y “Conclusión” a el Virreinato de *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual*, México, primera versión electrónica de la impresa y publicada de 1884 a 1889, UAM-A/Instituto Nacional de Astrofísica Óptica y Electrónica/El Colegio de Jalisco, 2007, t. II.
- . *Periodismo, primera parte, varios periódicos. Obras escogidas*, México, CNCA/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2002, t. X.
- . “Discurso que pronunció en la Alameda de la ciudad, el ciudadano general Vicente Riva Palacio por encargo de la junta patriótica el 16 de septiembre”, en *Periodismo, primera parte, varios periódicos. Obras escogidas*, México, CNCA/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2002, p. 133-146, t. X.
- . “Juan A. Mateos”, en *Los Ceros, galería de contemporáneos, Obras escogidas*, México, CNCA/UNAM/Instituto Mexiquense de Cultura/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1996, p. 219-231.
- Rivera y Río, José. *Flores del destierro: colección de composiciones líricas, leyendas, baladas, tradiciones, etc.*, México, Imprenta de J. Fuentes, 1868, 296 pp.

- Roa Bárcena, José María. "La Quinta Modelo", *Novelas y cuentos*, México, Factoría Ediciones, 2000, 321 pp.
- Rodríguez, Jaime. "De súbditos de la corona a ciudadanos republicanos: el papel de los autonomistas en la independencia de México", en *Interpretaciones de la Independencia de México*, coordinación de Josefina Vázquez, México, Nueva Imagen, 1997, 227 pp.
- Roeder, Ralph. *Juárez y su México*, FCE, México, 1995, 1101 pp.
- Ronzón, José, et al. *Reflexiones en torno a la historiografía contemporánea, objetos, fuentes y usos del pasado*, México, UAM-A, 2002, 384 pp.
- Rosa, Luis de la. "Utilidad de la literatura en México", en *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, UNAM, 1996. (Colección ida y regreso al siglo XIX) 417 pp.
- Rubial, Antonio, *El héroe entre el Mito y la Historia*, 2000.
- Ruedas de la Serna, Jorge. "Presentación", de *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, UNAM, 1996, (Colección, ida y regreso al siglo XIX) 417 pp.
- Ruiz, Eduardo. *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1940, 698 pp.
- Salado Álvarez, Victoriano. "Capítulo III, Nicolás Romero", en *Episodios nacionales, Santa Anna-La Reforma-El Imperio*, México, Porrúa, 1985, (Sepan cuantos, núm. 468) 303 pp.
- Santacilia, Pedro. *Del movimiento literario en México*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1868, 128 pp.
- Santamaría, Francisco. *Diccionario de Mejicanismos*, México, séptima edición, Porrúa, 2005, 1207 pp.
- Schiller, Federico. *Los Bandidos*, Dramas, Barcelona, Editorial Iberia, 1960, t. 1, 373 pp.
- Sierra, Justo. *Juárez: su obra y su tiempo*, México, séptima edición, Porrúa, 2004, (Sepan cuantos, núm. 146) 571 pp.
- Solís, Antonio de. *Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida*

- con el nombre de Nueva España*, México, Miguel Ángel Porrúa, edición facsimilar, 1988, 639 pp.
- Solórzano, María Teresa. "Juan Antonio Mateos (1831-1913)", en *La República de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Galería de escritores, edición a cargo de Belem Clark y Elisa Speckman, México, UNAM, 2005, vol. III (Colección ida y regreso al siglo XIX) 705 pp.
- Soto, Mónica. *La España Isabelina*, Madrid, Altalena Editores, 1978, 215 pp.
- Souto, Arturo. "Introducción" en René de Chateaubriand, *El genio del cristianismo*, México, segunda edición, Porrúa, 1990, (Sepan cuantos, núm. 382) 405 pp.
- Spang, Kurt. "Apuntes para la definición de la novela histórica", en *La novela histórica, teoría y comentarios*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1998, (Anejos del RILCE, núm. 15) 193 pp.
- Stendhal (Henry Beyle). *Rojo y Negro*, Barcelona, CREDSA, 1972, 450 pp.
- Tavera, Xavier. "Introducción", en Francisco Zarco, *Textos políticos*, UNAM, 1994, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 75) 156 pp.
- Torre, Ernesto de la. "La política americanista de Fray Servando y Tadeo Ortiz", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, UNAM/IIH, vol. 8, 1980, p. 67-84.
- . *La conciencia nacional y su formación, discursos setembrinos (1825-1871)*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1988.
- . "Prólogo" a *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867, con todos los documentos justificativos, precedida de una introducción que comprende la descripción topográfica del territorio, la reseña de los acontecimientos ocurridos desde que Méjico se constituyó en república federativa en 1823, hasta la guerra entre Miramón y Juárez, y acompañada de 25 a 30 láminas*

- litografiadas, representando retratos de los principales personajes y vistas de las ciudades más importantes*, edición facsimilar de la edición de 1867, México, UNAM/FCE (1996)/Fundación UNAM/Fundación Miguel Alemán, 1994, 464 pp.
- Tucidídes. *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Gredos, 2002, t. I, (Biblioteca Clásica Gredos, 149) 588 pp.
- Usigli, Rodolfo. *Corona de Sombra*, México, segunda edición, Porrúa, 2002, (Sepan cuantos, núm. 237) 455 pp.
- Valadés, José. *El pensamiento político de Benito Juárez*, México, FCE, 2006, 134 pp.
- Valle, Guillermina del. “El apoyo financiero del clero al gobierno de Agustín de Iturbide”, en *Memoria del Coloquio Historia de la Iglesia en el siglo XIX*, Miguel Ramos (coordinador), México, COLMEX/El Colegio de Michoacán/Instituto Mora/UAM-I/CONDUMEX, 1998, 435 pp.
- Vázquez, Josefina. *Historia de la historiografía*, México, Ediciones Ateneo, 1980, 174 pp.
- Vázquez, Josefina, Carmagnani, Marcello, Hamett, Brian, Di Tella, Torcuato, Sordo, Raymundo. “De la difícil constitución de un Estado”, en *La fundación del Estado Mexicano, 1821-1855*, coordinación de Josefina Vázquez, México, Patria, 1994, 187 pp.
- Vico, Gianbattista, *Ciencia Nueva*, Madrid, Editorial Tecnos, 1995, 529 pp.
- Vigil, José María. “La Reforma”, *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual*, México, Editorial Cumbre, 1987, tt. XIV-XVI.
- 
- . “Introducción” a “La Reforma”, *México a través de los siglos, Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México, desde la antigüedad hasta la época actual*, México, Editorial Cumbre, 1987, t. XIV.

- Villa, Rocío de la. "Introducción" a *Ciencia Nueva*, Madrid, Editorial Tecnos, 1995, 529 pp.
- Villoro, Luis. *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 1977, 250 pp.
- White, Hayden. *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 2005, 432 pp.
- . *El artefacto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós, 2003, 252 pp.
- . *El contenido de la forma, narrativa discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, 229 pp.
- Yurrieta, José. "Prólogo", en Nicole Giron, *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*, Instituto Guerrerense de Cultura/ Instituto Mexiquense de Cultura/ Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1993, 175 pp.
- Zavala, Iris. *El texto en la historia*, Madrid, Editorial Nuestra Cultura, 1982, 259 pp.
- Zavala Iris. *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, Madrid, Anaya, 1972, 362 pp.
- Zaragoza, Ignacio. *Correspondencia y documentos*, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, Consejo editorial del gobierno del estado de Puebla, 1979, 374 pp.
- Zarco, Francisco. *Textos políticos*, selección e introducción de Xavier Tavera Alfaro, UNAM, 1994, (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 75) 156 pp.
- . "El libro secreto de Maximiliano", en *Periodismo político y social. Obras Completas*, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1993, artículo del periódico *El Siglo XIX* del 5 de Enero de 1868, p. 212-215, t. xv.
- . "Las noticias de México en Europa", en *Periodismo político y social. Obras Completas*, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 1993,



*Horizontes que se cruzan:  
El Cerro de las Campanas y  
la Historia de la Guerra de Méjico*

Se terminó de imprimir en septiembre de 2010 en  
Editorial Botello, S. A. de C. V., Priv. de Lava 20,  
Col. Jardines del Pedregal, México, D. F.

La edición consta de 1,000 ejemplares de 274 páginas,  
realizada en impresión offset sobre papel cultural de 90 grs.,  
portada sobre cartulina sulfatada de 12 pts.,  
plastificado mate, encuadernación rústica cosida  
y refinada a tamaño 20.5 x 13.5 cms.

2896079



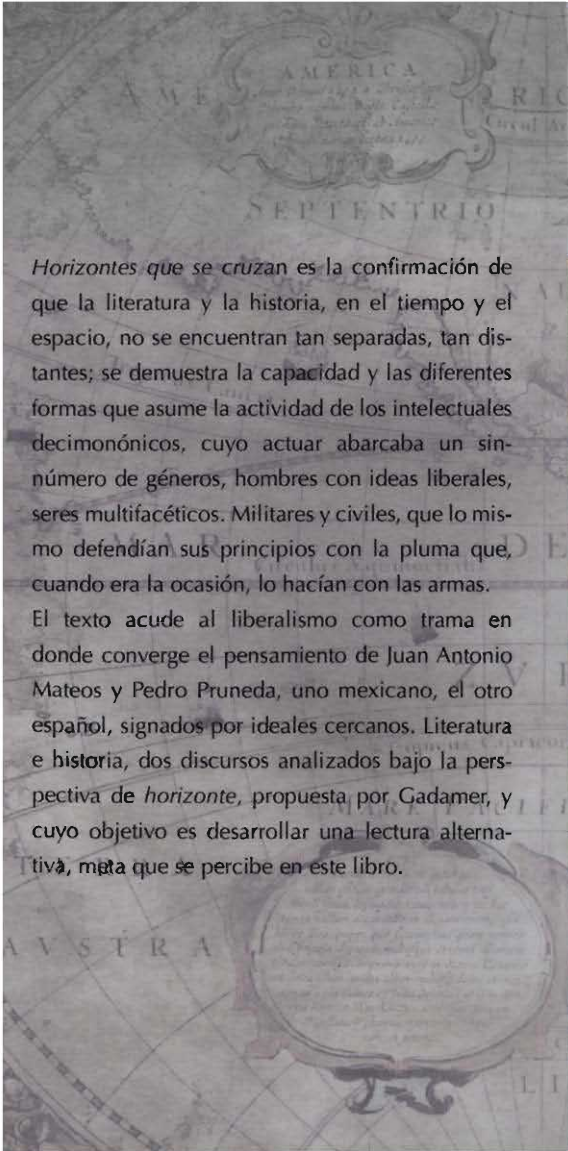


**Rumbos de la Lingüística**  
**Lenguas amerindias,**  
**Adquisición del lenguaje, Relación**  
**lenguaje-cerebro, Filología**



**De las palabras a los hechos.**  
**Glosario de términos históricos,**  
**políticos y económicos**

ADMINISTRACIÓN  
 DERECHO  
 ECONOMÍA  
 HUMANIDADES  
 SOCIOLOGÍA



*Horizontes que se cruzan* es la confirmación de que la literatura y la historia, en el tiempo y el espacio, no se encuentran tan separadas, tan distantes; se demuestra la capacidad y las diferentes formas que asume la actividad de los intelectuales decimonónicos, cuyo actuar abarcaba un sinnúmero de géneros, hombres con ideas liberales, seres multifacéticos. Militares y civiles, que lo mismo defendían sus principios con la pluma que, cuando era la ocasión, lo hacían con las armas.

El texto acude al liberalismo como trama en donde converge el pensamiento de Juan Antonio Mateos y Pedro Pruneda, uno mexicano, el otro español, signados por ideales cercanos. Literatura e historia, dos discursos analizados bajo la perspectiva de *horizonte*, propuesta por Gadamer, y cuyo objetivo es desarrollar una lectura alternativa, *mapa* que se percibe en este libro.